

IDAD  
CCIÓN



MASSILLO



SERMONES



BX1756

.M32

E5

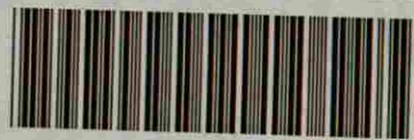
1800

v. 1

c. 1



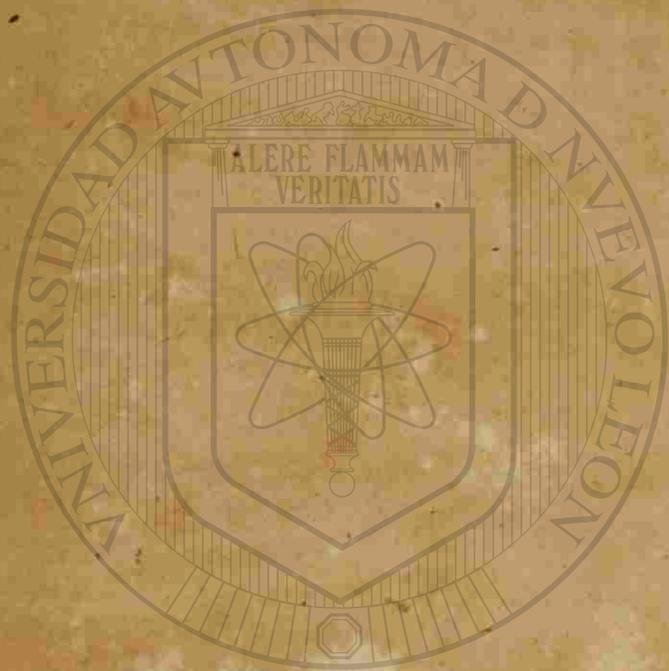
*José Angel Benavides.*



1080046630

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



640  
**SERMONES**

DEL ILL.<sup>MO</sup> SEÑOR

**D. JUAN BAUTISTA MASSILLON,**  
PRESBITERO, DE LA CONGREGACION  
DEL ORATORIO, UNO DE LOS QUARENTA DE  
LA ACADEMIA FRANCESA,

Y

**OBISPO DE CLERMONT,**

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

Por el P. D. Pedro Diaz de Guereñu, de la Congregacion  
de Clérigos Reglares de San Cayetano.

TOMO I.

ADVIENTO.

TERCERA EDICION.



110507

CON LICENCIA Y PRIVILEGIO.

EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE MARIN.  
AÑO DE MDCCC.

Se hallará en la Librería de Juan de Llera, Plazuela  
del Angel, junto á la Nevería.

38064

DX1758  
- 432  
SERMONES  
1800  
1



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

# TABLA

## DE LOS SERMONES

contenidos en este primer tomo.

Sermon para la Fiesta de todos los Santos. <i>Sobre la felicidad de los Justos.</i>	Pag. 1.
Sermon para el dia de los Difuntos. <i>La muerte del pecador, y la del Justo.</i>	30.
Sermon para el primer Domingo de Adviento. <i>Sobre el Juicio universal.</i>	65.
Sermon para el segundo Domingo de Adviento. <i>Sobre las aflicciones.</i>	98.
Sermon para la Fiesta de la Concepcion de nuestra Señora.	126.
Sermon para el tercer Domingo de Adviento. <i>Sobre el retardar la conversion.</i>	155.



dícula Oratoria, que sin mover el corazón, solo dexaban que admirar lo que no se entendia. Es verdad que los Españoles tenemos menos disculpa que las demás Naciones para habernos dexado arrastrar de esta extravagante Retórica, pues al mismo tiempo que entre otras Naciones reynaba este mal gusto, teniamos entre nosotros los verdaderos Maestros de la Oratoria christiana; á un Fray Luis de Granada, á un Santo Thomás de Villanueva, á un Fray Luis Lopez, y á otros muchos, que seria largo el referir, y á los que nos han enseñado á estimar los Estrangeros, tomándolos por modelo para adelantarse á nosotros en enmendar unos errores, en que no hubieramos caído sino nos hubiesemos apartado de estos modelos. Hoy ya es distinto el gusto de los hombres, porque como su carácter es la inconstancia, ni aun en lo malo viven mucho tiempo tranquilos. Ya todos quieren que una Oracion evangélica se distinga de una forense, y de las representaciones del teatro: que se les hable al corazón desde el Púlpito, manifestando con razones deducidas de los Libros sagrados, ó con metáforas autorizadas con la letra del texto, ó con las exposiciones de los Santos Padres y Concilios, las verdades que se les anuncian; que sin molestar á los Auditores, haciendo asunto particular de reprehender un vicio, que no suele convenir sino á un corto número de oyentes, se declame contra las pasiones que son comunes á todos, circunstanciándolas de un modo que á cada uno le parezca en su interior que á él solo se dirige la doctrina; este es el gusto de este siglo, y sin duda que es muy arreglado, y este el motivo que yo he tenido para dedicarme á poner en nuestro idioma los Sermones del Ilustrísimo Massillon, pues segun el dictámen de muchos hombres doctos, á quien he consultado, es el que mejor cumple con todas estas leyes, no teniendo su estilo semejante en la ma-  
te-

teria que se trata; basta para la confirmacion de esta verdad el elogio que mereció á uno de los mayores Reyes que ha tenido la Francia; (\*) oyóle predicar su primer Adviento en Versalles, y al acabar le dixo: *A muchos Predicadores he oído predicar en mi Capilla, y me han gustado mucho; pero despues que os he oído, he quedado muy disgustado de mí mismo.* Modo de elogiar propio del talento y christiandad de tan grande Rey.

El estilo del Ilustrísimo Massillon es el mas natural, el mas fluído, y el mas elegante de quantos he observado en los Oradores Franceses. Su espíritu lleno de las máximas de piedad, y extraordinariamente enriquecido con el caudal de las Escrituras Santas, y Obras de los Padres, en lo que habia hecho su mayor estudio, se dexaba arrebatado del fervor que le animaba, y de la ciencia que poseía, y así en todos sus Sermones parece un caudaloso río de doctrina y eloquencia, que arrebatara quanto se le opondrá, haciendo que aun los talentos mas indiferentes cedan á la fuerza de la verdad que propone. Es cierto que en algunos pasages parece rígido, y así el que quisiere imitarle, deberá proporcionar sus expresiones á las circunstancias del Auditorio á quien predique.

Esta es una de las Obras Francesas, que hasta ahora han pasado por casi imposibles de traducirse á nuestro Castellano; yo á lo menos conozco á muchos, que habiendolo intentado, se han acobardado al mejor tiempo; no sé si yo seré mas feliz, ó mas temerario, pero sea como fuere, me consuela el haber emprendido un trabajo que juzgo ser utilísimo; el Público decidirá de su suerte.

Esta Obra contiene cerca de cien Sermones; los mas Morales; algunos Panegíricos; diferentes Conferen-

(\*) Luis XIV.

rencias Eclesiásticas; la Paraphrasis de algunos Psalmos; muchos discursos Sinodales; trabajado todo por nuestro Autor con igual espíritu y método, según las diferentes circunstancias en que se halló. Me ha parecido empezar por el Adviento, para de este modo continuar metódicamente siguiendo el año Eclesiástico. VALE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

SER-



SERMON  
PARA LA FIESTA  
DE TODOS LOS SANTOS.  
SOBRE LA FELICIDAD  
de los Justos.

*Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.*  
Bienaventurados los que lloran, porque ellos  
serán consolados. *Matth. 5. v. 5.*

SEÑOR.

**S**I como es Jesu-Christo quien habla con V. Magestad hablára el mundo, no usaria de este estilo. ®  
Feliz el Principe, os diria, que nunca peleó, sino para vencer; que nunca vió un gran número de Potencias coligadas contra sí, sino para concederlas una paz mas gloriosa; y que siempre fue mayor que el peligro, ó que la victoria.

Tomo I.

A

Fe-



rencias Eclesiásticas; la Paraphrasis de algunos Psalmos; muchos discursos Sinodales; trabajado todo por nuestro Autor con igual espíritu y método, según las diferentes circunstancias en que se halló. Me ha parecido empezar por el Adviento, para de este modo continuar metódicamente siguiendo el año Eclesiástico. VALE.



SERMON  
PARA LA FIESTA  
DE TODOS LOS SANTOS.  
SOBRE LA FELICIDAD  
de los Justos.

*Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.*  
Bienaventurados los que lloran, porque ellos  
serán consolados. *Matth. 5. v. 5.*

SEÑOR.

**S**I como es Jesu-Christo quien habla con V. Magestad hablára el mundo, no usaria de este estilo. Feliz el Principe, os diria, que nunca peleó, sino para vencer; que nunca vió un gran número de Potencias coligadas contra sí, sino para concederlas una paz mas gloriosa; y que siempre fue mayor que el peligro, ó que la victoria.

Tomo I.

A

Fe-

SER-

2 SERMON PARA LA FIESTA

Feliz el Principe, que en el discurso de un reynado largo y floreciente, goza en paz los frutos de su gloria, el amor de sus pueblos, el respeto de sus enemigos, la admiracion del Universo, la utilidad de sus conquistas, la magnificencia de sus obras, la sabiduria de sus leyes, la augusta esperanza de una numerosa sucesion, y que solo le queda que desear el conservar por mucho tiempo lo que posee.

De este modo hablaría el mundo; pero, Señor, Jesu-Christo no habla de este modo.

Feliz, os dice, no el que es la admiracion de su siglo, sino el que principalmente se ocupa en el siglo venidero, y que vive despreciandose á sí mismo, y á todo lo presente; porque de este será el Reyno de los Cielos. *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est Regnum Cælorum. (a)*

Feliz, no aquel, cuya historia hará que eternamente viva su reynado y sus acciones en la memoria de los hombres, sino aquel cuyas lágrimas borrarán de la memoria del mismo Dios la historia de sus pecados, porque este será eternamente consolado. *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur. (b)*

Feliz, no aquel que con nuevas conquistas habrá estendido los límites de su Imperio, sino aquel que habrá sabido contener sus deseos y pasiones dentro de los terminos de la Ley de Dios; porque este poseerá una tierra mas durable que el Imperio del Universo. *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram. (c)*

Feliz, no aquel que exáltado por la voz de sus Pueblos sobre los Príncipes sus predecesores goza tranquilamente de su grandeza y de su gloria, sino aquel, que no hallando, aun en el Trono, cosa alguna que sea digna de su corazon, solo busca en la tierra la perfec-

(a) Matth. 5. v. 5. (b) Ibid. v. 5. (c) Matth. 5. v. 4.

DE TODOS LOS SANTOS. 3

ta felicidad, que consiste en la virtud y en la justicia; porque este se verá satisfecho. *Beati qui esuriunt, & sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur. (a)*

Feliz, no aquel á quien los hombres dieron los gloriosos títulos de grande é invencible, sino aquel á quien los pobres, en la presencia de Jesu-Christo, darán el título de Padre y de Misericordioso; porque este será tratado con misericordia. *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur. (b)*

Feliz finalmente, no el que árbitro siempre de la fortuna de sus enemigos ha dado muchas veces la paz á la tierra, sino el que ha podido darsela á sí mismo, y desterrar de su corazon los vicios y afectos desarreglados, que turban la tranquilidad; porque este será llamado hijo de Dios. *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur. (c)*

Estos son, Señor, á los que Jesu-Christo llama Bienaventurados; y el Evangelio no conoce mas felicidad en la tierra, que la inocencia y la virtud.

¡Oh gran Dios! no consiste la prosperidad del mayor de los Reyes en las incomparables felicidades con que habeis favorecido su reynado. Es verdad que por ellas es grande; pero no consiste en ellas su felicidad; ésta empezó por su piedad: lo que no santifica al hombre no le puede hacer dichoso. Quanto se halla en el corazon del hombre, no siendo vos, oh Dios mio, son falsos bienes que le dexan vacío, ó verdaderos males que le llenan de inquietud; y una conciencia pura es la única raíz de las verdaderas felicidades.

A esta verdad reduce hoy, Católicos, la Iglesia nuestra Madre todo el fruto de la solemnidad que nos propone. Como el mundo está en el error de que la vida de los Santos fue triste y desagradable, se vale

(a) Ibid. v. 6. (b) Ibid. v. 7. (c) Ibid. v. 9.

principalmente de este artificio para impedirnos que los imitemos; pero la Iglesia, renovando hoy su memoria, nos acuerda á un mismo tiempo, que no solo gozan de una felicidad inmortal en el Cielo, sino tambien que solo ellos fueron felices en la tierra. *Beati, &c.* Que el que encierra en su corazon la iniquidad, siempre está acompañado de la turbacion y del miedo; y que aun en este mundo es infinitamente mas suave y tranquila la suerte de los buenos, que la de los pecadores.

¿Pero en qué consiste la felicidad de los Justos en esta vida? Consiste en manifestar la verdad oculta á los Sabios del Mundo, y en gozar del deleyte de la caridad, el que está negado á los amadores del Mundo. Consiste en las luces de la fé, que suavizan todas las penas del alma fiel, y hacen mas amargas las del pecador. Este será el primer Punto. Y en las dulzuras de la gracia que calman todas las pasiones, y que negándose al corazon corrompido, le dexan entregado á sí mismo. Este será el segundo. Manifestaré estas dos verdades tan propias para hacer amable la virtud, y utiles los exemplos de los Santos. Pero antes de empezar imploremos los auxilios del Espiritu Santo, por medio de la intercesion de Maria. *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

LA raíz de todos nuestros pesares regularmente consiste en nuestros errores; y solo somos infelices, dice un Santo Padre, (a) porque nos equivocamos en el juicio que hacemos de los bienes, y de los verdaderos males. *Causa laboris ignorantia est.* Los Justos que son hijos de la luz son mucho mas felices que los pecadores, porque están mas ilustrados. Las mismas luces que corrigen sus juicios, suavizan sus penas

(a) *Sanct. Ambros.*

nas; y la fé que les manifiesta el mundo como es en sí, les muda en motivo de consuelo los mismos sucesos en que las almas entregadas á sus pasiones hallan el principio de todas sus inquietudes.

Para daros á conocer, Católicos, esta verdad, de la que tanto honor resulta á la virtud, os suplico repareis en que yá sea que una alma movida de Dios se acuerde de lo pasado, y de aquellos tiempos de disolucion que precedieron á su penitencia; yá sea que considere lo que actualmente pasa en el Mundo á su vista; yá finalmente se ponga á pensar en lo futuro, todo la consuela; todo la confirma en el partido de la virtud que ha abrazado; todo hace que su estado sea infinitamente mas feliz, que el del alma que vive entregada al desorden, y que en estos tres estados solo halla amarguras y temores secretos.

Porque en primer lugar; por mas entregado que esté un pecador á todos los desordenes de su corazon, nunca le arrastran tanto los deleytes presentes, que alguna vez no vuelva la vista á aquel cúmulo de años llenos de iniquidad que se van quedando atrás. Aquellos dias de tinieblas, que consagró á la disolucion, no han perecido tan absolutamente, que no presenten en ciertos tiempos á su memoria ideas importunas, que le turban, que le fatigan, que de tiempo en tiempo le despiertan de su letargo, representandole como reunido en un punto el monstruoso cúmulo de delitos, los que no le horrorizaban tanto, quando los cometia, porque entonces solo los veía sucesivamente: se le representan de un golpe las gracias despreciadas, las inspiraciones resistidas, el indigno uso que ha hecho de un natural feliz, y formado, segun parece, para la virtud: representansele unas flaquezas de que se avergüenza, y unos horribles monstruos á quienes casi no se atreve á mirar.

Esto es lo que detrás de sí dexa el pecador; por lo que



que es infeliz si mira á lo pasado. Toda su felicidad parece está reducida á el momento presente; y para ser dichoso es necesario que no piense, sino que como los animales mudos se dexen llevar del atractivo de los objetos presentes, y que apague y ofusque su razon, si quiere vivir tranquilo. De aqui se siguen aquellas máximas tan indignas de la humanidad, y tan comunes en el mundo: que el demasiado talento es un dón molesto: que las reflexiones echan á perder los deleytes de la vida: y que para ser feliz se ha de pensar muy poco. ¡Oh hombre! ¿Te dió acaso el Cielo la razon que te ilustra para hacerte infeliz, ó para ayudarte á buscar la verdad, la que solamente puede hacerte dichoso? ¿Esta luz divina que adorna tu sér, puede por ventura ser antes castigo, que dón del Criador? ¿Te distinguirás tan gloriosamente con ella de las bestias, solo para ser de peor condicion que ellas?

Católicos, tal es el destino de una alma infiel: la embriaguez, el desorden, la extincion de todo discurso es solamente quien la hace feliz; y como esta situacion solo dura un instante, luego que calma y vuelve en sí el espíritu, cesa el deleyte, desaparece la felicidad, y se halla el hombre solo con su conciencia y sus delitos.

¡Pero, oh Dios mio, y qué distinta es la suerte de una alma que camina segun vuestras leyes! ¡Y qué digno es de compasion el mundo que no os conoce! A la verdad, Católicos, los pensamientos mas agradables de una alma justa son los que le acuerdan su vida pasada; es cierto que en ellos vé la parte de su vida, que entregó á el mundo y á sus pasiones: confieso que esta memoria la cubre de vergüenza en presencia de la santidad de su Dios, y la hace derramar lágrimas de compuncion y tristeza; ¡pero qué consuelos no halla en sus lágrimas y en su dolor!

Porque, Católicos, una alma que se ha vuelto á Dios, no puede acordarse de sus pasados desvíos, sin des-

descubrir en ellos la conducta que con ella usó la Divina Misericordia; los caminos singulares por donde su sabiduria la condujo, como por grados, á el instante feliz de su conversion; tantas circunstancias no esperadas, de favor, de desgracias, de pérdidas, de muerte, de perfidia, de preferencia, y de afliccion, gobernadas todas por una cuidadosa providencia para facilitarla los medios de romper sus cadenas; aquellos particulares cuidados que Dios usaba con ella, aun quando seguia los caminos injustos; aquellos disgustos que su bondad la hacia experimentar, aun en medio de los placeres; aquellas secretas instancias con que sin cesar la llamaba á su obligacion y á la virtud; la voz interior que en todas partes la seguia, y que no cesaba de decirla, como en otro tiempo á San Agustin: Insensato, ¿hasta cuándo has de andar buscando deleytes que no pueden hacerte dichoso? ¿Quando darás fin á tus inquietudes con tus delitos? ¿Necesitas por ventura mas para desengañarte del mundo, que las mismas molestias y desgracias que experimentas sirviendole? Haz la prueba de si es mayor bien el ser mio, y de si yo soy bastante para el alma que me posee.

Esto es lo que presenta la memoria de lo pasado á una alma compungida; mira á los cómplices de sus antiguos deleytes, entregados aún, por la justicia de Dios, á los desordenes del mundo y de las pasiones, y ella sola escogida, separada, y llamada al conocimiento de la verdad.

¡Oh, Católicos, y cómo llena de paz y de consuelo esta memoria á una alma fiel! En este estado exclama con el Propheta: ¡Oh, Dios mio, y qué infinitas son vuestras misericordias! Desde el seno de mi madre me acogisteis baxo vuestra proteccion: me habeis seguido muy de cerca en todos mis caminos. ¿Qué es lo que yo he hecho mas que otros pecadores, á quienes no os dignasteis abrir los ojos, ni manifestar la severidad de vuestros

tros juicios y de vuestra justicia? ¡Oh, Dios mio! ¡Qué admirables son vuestras obras! ¡y cuán bien conoce mi alma lo que os debe, y lo que habeis hecho por ella! *Mirabilia opera tua, & anima mea cognoscit nimis.* (a) Esta es la primera felicidad de las almas justas: aun la memoria de sus pasadas infidelidades las consuela.

Pero en segundo lugar; si la memoria de lo pasado es para ellas un manantial de sólidos consuelos, no consuela menos su piedad lo que á su vista pasa en el mundo; y aqui vereis, Católicos, quan util es la virtud para la felicidad de la vida, y como el mismo Mundo, que forma á los pecadores todas sus pasiones, y por consiguiente todas sus inquietudes, es el ejercicio mas agradable, y que mas consuela la fé de los Justos.

A la verdad, fieles, ¿qué es el Mundo, aun para los mismos mundanos que le aman, que están embriagados con sus placeres, y que no pueden vivir sin él? El mundo es una eterna servidumbre, en donde ninguno vive para sí, y en donde para ser feliz es necesario besar sus cadenas, y amar su cautiverio. El mundo es una diaria revolucion de sucesos, que unos despues de otros despiertan en el corazon de sus sequaces las mas violentas y mas funestas pasiones, los rencores crueles, las indiferencias odiosas, los temores amargos, los zelos que consumen, y los pesares que molestan. El mundo es una tierra de maldicion, en la que aun los mismos deleytes están llenos de espinas y amargura. El juego cansa con sus furors é inconstancias; las conversaciones molestan con la oposicion de genios y contrariedad de opiniones; las pasiones é inclinaciones pecaminosas tienen sus disgustos, sus contratiempos, y sus ruidos desagradables; los espectáculos, no siendo por lo comun los asistentes mas que unas al-

(a) *Psalm. 138. v. 14.*

mas torpemente disolutas, é incapaces de conmov<sup>se</sup> sino con los mas horribles excesos del desorden, fastidian, y solo mueven aquellas pasiones delicadas, que no hacen mas que manifestar de lejos el delito, y poner lazos á la inocencia. Finalmente, es el mundo un lugar, en donde aun la misma esperanza, que se mira como una pasion tan alhagüena, hace á todos los hombres desgraciados; en donde aun los que nada esperan se tienen por mas infelices; donde aun lo que agrada nunca agrada mucho tiempo; y donde el enfado es casi siempre el destino mas suave, y soportable que de él puede esperarse. Este es el mundo, Católicos, y advertid que no hablo del mundo obscuro, que no conoce ni los grandes deleytes, ni los encantos de la prosperidad, del favor, y de la opulencia; hablo del mundo brillante, del mundo de la Corte; hablo con vosotros mismos que me escuchais, Católicos. Este es el mundo; y no creais que esta es una de aquellas pinturas imaginarias, cuyo original en ninguna parte se encuentra; yo pinto al mundo por vuestro corazon; esto es, le pinto del mismo modo que vosotros le conoceis, y le experimentais todos los dias.

No obstante, este es el lugar en que todos los pecadores buscan su felicidad: esta es su patria; aqui es donde quisieran eternizarse; este es el mundo que prefieren á los bienes eternos, y á todas las promesas de la Fé. ¡Oh gran Dios! qué justo sois quando castigais al hombre con sus propias pasiones, permitiendo que ya que no quiere buscar su felicidad en vos, que sois solo la verdadera paz de su corazon, se forme una felicidad fantástica de sus temores, de sus disgustos, de sus molestias, y de sus crueles inquietudes.

Pero lo que mas favorece en esto á la virtud, Católicos, es, que este mismo mundo tan molesto, y tan insufrible para los pecadores que buscan en él su felicidad, es un motivo de reflexiones que consuelan á

1.<sup>o</sup> Justos que le miran como destierro y país extraño.

Porque, primeramente, la inconstancia del mundo, tan terrible para los que están entregados á él, ofrece al alma fiel mil motivos de consuelo. Nada la parece constante ni durable en la tierra; ni las mas altas fortunas, ni las mas estrechas amistades, ni la mas brillante fama, ni los mas deseados favores. Vé una soberana Sabiduría, que parece se divierte en burlarse de los hombres, levantando á unos sobre las ruinas de otros: degradando á los que estaban en lo alto de la rueda, para colocar allí á los que estaban abatidos, pasando la felicidad de todos en un instante, presentando todos los dias nuevos heroes en el teatro, y haciendo que se oscurezcan los que el dia antes hacian un papel sobresaliente, ofreciendo siempre nuevas scenas al mundo. Vé á los hombres que pasan toda su vida en agitaciones, proyectos y medidas, cuidando siempre, ó de engañar, ó de no ser engañados; siempre hábiles y prontos para aprovecharse del retiro, de la desgracia, ó de la muerte de sus competidores; y en formar de estas grandes lecciones, que debian servirles para despreciar el mundo, nuevos motivos de ambicion y codicia; ocupados siempre, ó en sus temores, ó en sus esperanzas; siempre inquietos, ó con lo presente, ó con lo que está por venir; nunca tranquilos, trabajando todos por el descanso, y siempre apartandose mas de él.

¡Oh hombre! ¿Por qué discurre tanto para ser infeliz? Esto es lo que entonces piensa una alma fiel. La felicidad que ésta busca es menos costosa. No es necesario, ni atravesar mares, ni conquistar Reynos; sin salir de sí misma halla su felicidad.

¡Oh Católicos! ¿Qué suaves le parecen á un hombre virtuoso las amarguras de la virtud, quando las compara con los crueles pesares, y eternas inquietudes de los pecadores! ¿Qué contento está con haber hallado un lugar de reposo y seguridad, mientras que vé

á los amadores del mundo tristemente agitados con la violencia de las pasiones, y de las esperanzas humanas! De este modo los Israelitas, despues que salieron del Mar Rojo, viendo de lejos á Pharaon y á todos los Grandes de Egypto, hechos juguete de las olas, gustaban el deleyte de su seguridad: tenian por suaves y agradables los caminos del Desierto; no sentian su molestia; y comparando su suerte con la de los Egypcios, lejos de quejarse y murmurar, cantaban con Moysés aquel cántico de alabanza y accion de gracias, en que con tanta magnificencia se celebran las misericordias y maravillas del Señor.

En segundo lugar. La injusticia del mundo, tan cruel para los que le aman, quando se vén olvidados, despreciados y sacrificados á indignos competidores, es un principio fecundo de reflexiones de consuelo para un alma que le desprecia, y que solo teme al Señor. Porque ¿qué consuelo ha de tener un pecador, que despues de haber sacrificado al mundo y á sus Señores su reposo, su conciencia, sus bienes, su mocedad, y su salud, sin haber tenido mas recompensa que desprecios, fatigas, abatimientos, y frívolas esperanzas, vé que de repente se le cierran las puertas de la elevacion y de la fortuna, y que le quitan de entre las manos los puestos que habia merecido, y de los que ya se juzgaba en posesion? amenazado, si se queja, de perder los que posee; obligado á doblar la rodilla delante de sus rivales, mas felices que él, y á vivir dependiente de aquellos á quienes antes aun no los tenia por dignos de que le sirviesen? ¿se retirará del mundo para vengarse, murmurando eternamente de la injusticia de los hombres? ¿Pero qué ha de hacer en su retiro, sino dar mas lugar á sus pesares, y menos diversion á sus penas? ¿se consolará acaso con el exemplo de sus semejantes? No por cierto, porque quando nosotros miramos nuestras desgracias, nunca creemos que se parecen á las de otros. Además de que, ¿qué

consuelo puede haber en ver renovarse sus penas, segun vá descubriendo la imagen y la memoria de ellas en las de los demás?

¿Podrá confiar en una vana filosofía, y en las luces de su entendimiento? No; porque la razon, quando la dexan sola, presto se cansa; el que es Filósofo para el público, para sí mismo siempre es hombre: ¿Recurrirá á entregarse todo á los placeres é infames sensualidades? No; porque el corazon que varía en las pasiones, solo muda de tormento. ¿Podrá esperar que hallará en la inaccion la dicha que no encontró en sus vivas y eficaces pretensiones? No; porque una conciencia delinquente, aunque pueda conseguir la indiferencia, no consigue la tranquilidad; bien podrá el hombre no sentir sus desgracias é infortunios; pero siempre sentirá sus infidelidades y sus culpas; el pecador desgraciado, Católico, no tiene recurso: todo falta á una alma mundana quando la llegó á faltar el mundo.

Pero el Justo, en el mismo desprecio que de él hace el mundo, aprende á despreciarle: la injusticia de los hombres le sirve solamente para acordarse de que sirve á un Señor mas justo, que no se apasiona, ni se dexa engañar; que solo vé en nosotros lo que en la realidad hay; que para decidir de nuestra suerte se gobierna por nuestros oraciones; y que para con él no debemos temer mas que á nuestra propia conciencia; y que así es felicidad el servirle; que no hay que recelar de su ingratitude, pues está escrito quanto se hace por él; que en vez de no hacer caso, ó de olvidarse de nuestros trabajos y servicios, cuenta hasta nuestros deseos; y que con él solo se pierde lo que se dexa de hacer por agradecerle.

¿Qué motivos de consuelo no halla una alma fiel en estas luces de la Fé! ¿Qué poco la mueve el mundo, sus reveses, ni sus malos tratamientos quando le contempla de este modo! Entonces arrojandose en el seno de su Dios, y mirando con ojos christianos la na-

da y vanidad de las cosas humanas, siente mudarse en ella repentinamente aquellas inquietudes inseparables de la naturaleza en una suave paz: vé un rayo de luz que alumbra su alma, y restablece en ella la tranquilidad; un dardo de consuelo que penetra su corazon, y dulcifica en él toda la amargura. ¡Ah Católicos, y qué felicidad es servir á solo aquel Señor que puede hacer felices á todos los que le sirven! ¡Oh dichosa condicion de la virtud, y qué mal que te conocen los hombres! ¿En qué consiste que te tengan por suerte desagradable y triste, quando sola tú puedes consolar á los infelices, que están en este destierro, y suavizar todas sus penas?

Finalmente; los juicios del mundo, que para los mundanos son motivos de tantos pesares, acaban tambien de consolar al alma fiel; porque es un suplicio para los amadores del mundo el estar siempre expuestos á sus juicios; esto es, á la censura, á la bafa, y á la malicia de todos. Por mas que uno desprecie á los hombres, siempre quiere ser estimado de los mismos que desprecia. Por mas elevado que uno se halle sobre los demás, la elevacion le expone mas á la vista y á las conversaciones de la multitud, y aun se sienten mas vivamente las censuras de aquellos de quienes no se debian esperar sino respetos. Por mas que se goce de los públicos aplausos, los desprecios son tanto mas sensibles, quanto son menos comunes y mas raros; por mas que uno se venga de estas censuras con otras mas vivas y mordaces, la venganza siempre supone el resentimiento y el dolor; y por otra parte es mucho menos el gusto que se experimenta en despreciar, que el pesar que se recibió en ser despreciado. Finalmente, desde que vivís solo para el mundo, y que vuestros deleytes ó pesares dependen solamente de él, no podeis mirar con indiferencia sus juicios.

No obstante, entre estas contradicciones se ha de buscar la alegría. Os disputan todo lo que ó la verdad ó la vanidad os atribuye, vuestros talentos, vuestros

tro nacimiento, vuestra reputacion, vuestros servicios, vuestros aciertos, vuestra prudencia, vuestro honor; si quereis hacer valer vuestra nobleza, se la disputan á vuestros antepasados; si vivís en el olvido, echan la culpa á vuestra poca habilidad; si salís bien con vuestras empresas, se atribuye, ó á la casualidad, ó al merito de vuestros subalternos; si gozais de la estimacion del público, apelan de su error al juicio de los mas prudentes; si sabeis agradar, dicen al instante que habeis sabido aprovecharos bien de vuestro talento; si vuestra conducta es extraordinaria, luego satirizan vuestro genio. Finalmente, seais el que fuereis, grande, pequeño, Príncipe ó vasallo, el estado mas feliz que podeis desear para complacer vuestra vanidad, es ignorar el juicio que de vosotros hace el mundo. Las mismas pasiones con que estamos unidos nos desunen; la envidia obscurece aun nuestras mas nobles circunstancias; y son censores de nuestros placeres aun aquellos mismos que los imitan.

Pero una alma fiel está libre de todas estas inquietudes. Como no desea la estimacion de los hombres, tampoco teme sus desprecios; como no tiene por fin el agradarlos, tampoco estraña no haberles dado gusto. Dios solo, que es quien vé su corazon, es el unico Juez á quien teme; y el que al mismo tiempo la consuela en los juicios que de ella hacen los hombres. Su gloria es el testimonio de su conciencia; busca su fama en el cumplimiento de su obligacion; mira los aplausos del mundo como escollo de la virtud, ó como recompensa del vicio; y sin atender á sus juicios, se contenta con darle buen exemplo. ¡Pero qué es lo que digo, Católicos! Aun el mismo mundo, estando como está tan lleno de desprecios, de censuras y de malicia para con aquellos que le adoran, se vé obligado á venerar la virtud de los que le desprecian y aborrecen; él mismo parece que imprime en la persona de un verdadero Justo, no sé qué dignidad, no sé qué cosa divina, que se grangea la veneracion,

cion, y casi el culto de las almas mundanas; parece que su íntima union con Jesu Christo hace que brille en él, como antiguamente en los tres Discipulos que estaban en el santo Monte, una parte de aquel celestial resplandor, que derramó el Eterno Padre sobre su Hijo querido, y que no dexa libertad para no respetarlos; este es un derecho inseparable que tiene la virtud sobre los corazones de los hombres; y el mundo, siempre inconsiguiente, desprecia las mismas pasiones que inspira, y venera la virtud que contradice. No quiero decir que la estimacion del mundo, tan digna de ser despreciada, sea de gran consuelo para el alma fiel; pero la consuela el vér que el mundo se condena á sí mismo; que declaman contra los placeres los mismos que los buscan; que los pecadores son los apologistas de la virtud; y que la vida del mundo se pasa tristemente, haciendo lo mismo que él condena, y huyendo de lo que aprueba.

De este modo el mismo mundo es motivo de consuelo para una alma christiana: pero aun mas: si piensa en lo por venir, halla en esta reflexion muchos consuelos, que para el pecador no son mas que continuos y secretos sobresaltos; y esta es la ultima utilidad que sacan los Justos de las luces de la Fé. Mantienense y se consuelan con la magnificencia de sus promesas; esperan la bienaventurada Esperanza, y aquel feliz instante en que serán agregados á la Iglesia del cielo, reunidos á los hermanos que perdieron en la tierra, recibidos por ciudadanos eternos de la Jerusalem celestial, incorporados en la Congregacion inmortal de los escogidos de Dios, en donde la Caridad será la ley que los una, la verdad, la luz que los ilumine, y la eternidad la medida que pondrá fin á su dicha.

Estas reflexiones son de tanto mayor consuelo para los Justos, quanto están mas fundadas sobre la verdad del mismo Dios. Saben que sacrificando todo lo presente, nada sacrifican; que todo pasa en un instante;



te; que lo que se ha de acabar no puede durar mucho; que ese momento de tribulacion es nada respecto al inmenso peso de gloria que él nos dispone; y que la rapidéz de las cosas presentes, no merece el que se cuenta por años ni por siglos.

Sé muy bien, que la Fé puede subsistir aun entre costumbres depravadas; y que muchas veces se pierde la gracia santificante sin perder la sincéra sumision á las verdades que el espíritu de Dios nos ha revelado: pero esta certidumbre de la Fé, que es de tanto consuelo para el alma justa, para el pecador que aun cree, no es mas que un abismo inagotable de remordimientos secretos, y de temores crueles: porque quanto mas ciertas os parezcan las verdades de la Fé, á los que teneis sepultada la conciencia en una vida llena de desordenes, tanto mas inevitables os deben parecer los suplicios con que amenaza á los pecadores como vosotros, y tanto mas cierta os parecerá vuestra desgracia. Todas las verdades que la doctrina santa presenta á vuestra fé, despiertan en vosotros nuevos sobresaltos. Estas luces divinas, raiz de todo consuelo para las almas fieles, se os representan como luces de venganza, que os amedrentan, os turban y os juzgan; os manifiestan continuamente lo que nunca quisierais vér; os enseñan, á pesar vuestro, lo que siempre quisierais ignorar; ponen á vuestra vista lo que, á lo menos por algun tiempo, quisierais tener en olvido. Vuestra misma fé os adelanta el suplicio. Vuestra religion, aqui en la tierra, si es licito decirlo así, es vuestro infierno; y quanta mayor es vuestra sumision á la verdad, tanto mas infelíz es vuestra vida. ¡Oh Dios mio! y qué grande es vuestra bondad para con el hombre, pues quisisteis que la virtud fuese necesaria, aun para su sosiego; y le llamais para vos, permitiendo que sin vos no pueda ser dichoso.

Permitidme, amados oyentes míos, que os haga reflexionar estas verdades dentro de vosotros mismos. ¿Aun quando no fuera tan lastimoso el destino de una alma

pecadora en el siglo venidero, reflexionad si es digno de envidia aun en este mundo? Sus aflicciones son irremediabiles, sus desgracias no tienen consuelo, sus mismos placeres están llenos de inquietudes; padece infinitos sobresaltos acerca de lo presente: sus pensamientos acerca de lo pasado y de lo por venir son funestos y tristes: su fé la atormenta, y sus luces la desesperan. ¡Qué estado tan triste! ¡Qué destino tan fatal! ¡Qué terribles mutaciones ocasiona un solo pecado en lo exterior é interior del hombre! ¡Quanto trabajo le cuesta el prepararse á las eternas penas! ¿No es pues cierto, Católicos, que el camino del mundo y de sus pasiones es mucho mas penoso que el del Evangelio; y que el Reyno del infierno, si es licito explicarse de este modo, padece aún mas violencia que el del cielo? ¡O inocencia de corazón, y cuántos bienes traes contigo al hombre! ¡O hombre, quanto pierdes quando pierdes la inocencia de tu corazón! Pierdes todos los consuelos de la Fé, que son la ocupacion mas deliciosa de la piedad de los Justos; y te privas tambien á tí mismo de todas las dulzuras de la gracia, que tan envidiable hace en este mundo la suerte de los Justos.

## SEGUNDA PARTE.

Quando prometemos, dice San Agustin, á las almas mundanas consuelos y dulzuras en la observancia de la Ley de Dios, miran nuestras promesas como un lenguaje piadoso de que usamos para alabar la virtud; y como el corazón que no gustó nunca estos castos deleites, tampoco puede comprenderlos, nos vemos precisados, continúa este Santo Padre, á responder: ¿cómo quereis que os persuadamos? No podemos deciros: gustad, y vereis quán suave es el Señor; (a) porque un corazón enfermo y desarregla-

(a) Psalm. 33. v. 9.

glado no puede gustar las cosas del cielo; dadnos un corazón que ame, y él entenderá todo lo que decimos.

No es ahora mi principal intento manifestar todas las secretas operaciones de la gracia en el corazón de los Justos, sino contraponer el feliz estado en que los constituye acá en la tierra, á la triste situación de los pecadores, y acabar con este paralelo de confundir el vicio, y alentar á la virtud. Digo pues que la gracia dá á las almas justas en la tierra dos generos de consuelos; unos interiores y secretos; otros exteriores y sensibles, ambos tan esenciales para la felicidad de esta vida, que no hay en la tierra ningun placer que á ellos equivalga.

La primera utilidad interior que facilita la gracia á una alma fiel, es el establecer en su corazón una paz sólida, y reconciliarla consigo misma. Porque, Católicos, todos tenemos dentro de nosotros mismos los principios naturales de equidad, de pudor, y de rectitud. Nacemos, como dice el Apostol, con las reglas de la Ley escritas en nuestros corazones; aún quando nuestras primeras inclinaciones no sean á la virtud, á lo menos conocemos que ella es nuestra primera obligación; por mas que la pasión intente algunas veces persuadirnos en secreto, que nacimos para el deleyte, y que las inclinaciones que en nosotros ha puesto la naturaleza no pueden ser verdaderamente culpables, nunca podrá esta estraña persuasión asegurar á una alma pecadora. Es verdad que esto se desea, porque quisieramos que todo lo que nos deleyta fuese lícito; pero esta persuasión es falsa, es un sophisma; porque nos gloriamos de no dexarnos arrastrar de las máximas vulgares, pero en el fondo nada tiene de convincente esta persuasión. Siempre llevamos dentro de nosotros mismos un juez incorruptible, que sin cesar se pone de parte de la virtud contra las

pa-

pasiones que mas nos lisongean; que mezcla con las que mas nos arrastran las ideas importunas de nuestra obligación; y que nos hace infelices en medio de nuestros deleytes y de nuestra abundancia.

Este es el estado de una conciencia impura y manchada; el pecador es quien se acusa á sí mismo en lo íntimo de su corazón; á todas partes lleva consigo una inquietud que con nada se sosiega; es desgraciado por no poder vencer sus desarregladas inclinaciones; pero aún lo es mucho mas por no poder sofocar sus importunos remordimientos; arrastrado de su flaqueza, y avisado por sus luces, se disputa á sí mismo el delito que se permite; y en el mismo tiempo en que goza del deleyte injusto, se le está reprehendiendo á sí mismo. ¿Qué ha de hacer, pues? ¿Combatirá sus luces para sosegar su conciencia? ¿Dudará de su fé para gozar con mas tranquilidad de sus delitos? Pero ay! que la incredulidad es un estado aún mucho mas infeliz que la misma culpa; ¿vivirá sin Dios, sin culto, sin principio y sin esperanza; creerá que los excesos mas abominables, y las mas puras virtudes no son mas que nombres; mirará á todos los hombres como á aquellas figuras viles y ridiculas, á quienes se les hace que se muevan y hablen en un teatro, y que solo sirven de divertir á los concurrentes; se mirará á sí mismo como producción del acaso y eterna posesion de la nada? pero ay! que estos pensamientos tienen en sí una tan funesta obscuridad, que no los puede mirar el alma sin horror; porque la incredulidad mas es desesperacion del pecador, que alivio del pecado. ¿Qué ha de hacer, pues? obligado á huir continuamente por el miedo de encontrarse con su propia conciencia, corre de objeto en objeto, de pasión en pasión, de precipicio en precipicio. Cree que á lo menos con la variedad de los placeres podrá llenar su vacío y su insuficiencia; no dexa algu-

C 2

no

no que no pruebe; pero en vano ofrece su corazon sucesivamente á todas las criaturas; todos los objetos de sus pasiones le responden, dice San Agustin: no te engañes en amarnos, no somos nosotros la felicidad que buscas, ni podremos hacerte feliz: levántate sobre las criaturas, y vé á buscar en el cielo al que nos formó, y allí sabrás si es mayor y mas amable que nosotros. Este es el destino del pecador.

No quiero decir que el corazon de los Justos goce en esta vida una tranquilidad tan inalterable, que no experimente alguna vez acá en la tierra tribulaciones, disgustos é inquietudes; pero estas son unas nubes pasajeras, que solo cubren, por decirlo así, la superficie de su alma. En su interior reyna siempre aquella calma profunda, aquella serenidad de conciencia, aquella sencillez de corazon, aquella igualdad de espíritu, aquella confianza viva, aquella resignacion pacífica, aquella tranquilidad de pasiones, y aquella paz universal, que aún desde esta vida es ya principio de la felicidad de las almas inocentes. Criaturas vanas, ¿qué poder tendreis sobre un corazon que no hicisteis vosotras, y que no se hizo para vosotras? La paz del corazon es el primer consuelo de la gracia.

El segundo es el amor que suaviza á los Justos los rigores de la ley, y muda segun la promesa de Jesu-Christo, su yugo, que parece insoportable á los pecadores, en yugo suave y de consuelo para ellos. Porque una alma fiel ama á su Dios aún con mas viveza, mas tiernamente, y con mas solidéz que habia antes amado al mundo y á las criaturas. Quanto intenta por él, aunque sean los mayores trabajos, ó no cuestan nada á su corazon, ó le sirven de deleyte. Porque es caracter del amor santo, quando es dueño del corazon, ó suavizar las penas que causa, ó mudarlas en santos placeres. Y así, una alma enamorada de Dios, quiero explicarme de este

modo, perdona con alegría, sufre con confianza, se mortifica con gusto, huye de buena gana del mundo, ora con consuelo, y desempeña sus obligaciones con una santa complacencia. Quanto mas crece su amor, mas se suaviza su yugo. Quanto mas ama, tanto es mas feliz; porque no hay mayor felicidad que el amar aquello que ya tenemos por necesario.

Al contrario el pecador; quanto mas ama al mundo, es tanto mas infeliz; porque quanto mas ama al mundo, mas se multiplican sus pasiones, mas se encienden sus deseos, mayor estorvo halla en sus proyectos, y mas se agrian sus inquietudes. Su amor es el motivo de todas sus desgracias; su inquietud es la raíz de todas sus penas, porque el mundo, que es el que las causa, no puede remediarlas. Quanto mas ama al mundo, mas siente su vanidad una preferencia, su soberbia una injuria, tanto mas le confunde un proyecto desconcertado, le aflige un deseo en que halló oposicion, y le confunde una pérdida impensada. Quanto mas ama al mundo, le son mas necesarios sus placeres, y como ninguno de ellos puede llenar la inmensidad de su corazon, es tanto mas insufrible su molestia, porque la molestia es la recompensa de todos los deleytes. Y en medio de todos estos placeres, el mundo, desde que es mundo, no cesa de quejarse de su enfado.

Y no creais, Señores, que por honrar á la virtud exâgero demasiado la desgracia de las almas mundanas. Sé muy bien que parece se halla tambien felicidad en el mundo; y que en medio de este conjunto de cuidados, de movimientos, de temores y de inquietudes, suele verse un corto número de dichosos, cuya felicidad es envidiada, y que parece gozan de una suerte suave y tranquila; pero sondead esas vanas exterioridades de felicidad y de alegría, y hallareis pesares verdaderos, corazones oprimidos, y conciencias agi-

agitadas; llegaos á esos hombres que os parecen los felices de la tierra, y os admirareis de hallarlos tristes é inquietos, llevando sobre sí con gran trabajo el peso de una conciencia delinqüente; oidlos en aquellos instantes mas tranquilos, en que mas sosegadas las pasiones dexan algun uso á la razon; todos ellos convienen en que no son felices, y que el resplandor de su fortuna solo brilla de lejos, y solo es digno de envidia para aquellos que no le conocen; confiesan que en medio de sus placeres y prosperidades nunca gozaron de la alegría pura y verdadera; que si se piensa seriamente en lo que es el mundo, se halla ser nada; que ellos mismos están admirados de que se le pueda amar conociendole; y que solo son felices en el mundo los que saben huir de él, y servir á Dios. Unos suspiran deseando ocasiones para un honroso retiro; otros se proponen todos los dias entablar unas costumbres mas arregladas y christianas; todos convienen en la felicidad de los Justos; todos desean serlo; y todos dan testimonio contra sí mismos: no buscan los placeres, sino que se hallan encadenados en ellos; detieneles en los lazos del mundo y del pecado, no el gusto, sino la costumbre y la flaqueza; lo conocen, se quejan, lo confiesan; y con todo eso se entregan á la corriente de una suerte tan triste. ¡Ah mundo engañoso! Haz felices si puedes á los que te sirven, y entonces abandonaré yo la ley del Señor por servir á la vanidad de tus promesas.

Vosotros mismos, amados oyentes, vosotros que tantos años há servís al mundo, ¿quánto habeis adelantado en vuestra felicidad? Poned en un peso, á un lado todos los momentos y dias felices que habeis pasado en él, y á otro todas las amarguras que habeis padecido, y ved qual de los dos pesa mas. Acaso habeis dicho en algunos instantes de placer, de exceso y de furor; aqui estamos bien: *Bonum est nos hic es-*

se; (a) pero aquello fue una embriaguez, que duró poco tiempo, cuya ilusion os manifestó el instante siguiente, sepultandoos de nuevo en vuestras primeras inquietudes. En este mismo instante en que os estoy hablando, preguntad á vuestro corazon ¿si está tranquilo? Preguntadle ¿si le falta algo para su felicidad; si teme, si desea, si conoce que Dios está con él, si quisiera vivir y morir en el estado en que se halla; si está contento con el mundo, si es fiel sin remordimientos al Autor de su ser, si todas las doce horas del dia le son igualmente gustosas, y si hasta ahora ha podido conseguir el tener tranquila la conciencia entre los delitos?

Aun quando os habeis sepultado en el abismo para apagar allí vuestros remordimientos, y os persuadiais poder ahogar con los excesos de la iniquidad aquellas reliquias de la Fé, que en vuestro corazon defienden aun el partido de la virtud, ¿no mandó el Señor á la Serpiente, como lo dice él mismo por su Profeta, que fué á picáros y á morderos hasta el fondo del abismo en donde os habeis escondido para libertaros de ella? ¿No sentisteis allí la mordedura secreta de este gusano cruel? *Et si celaverint se ab oculis meis in profundo maris, ibi mandabo Serpenti, & mordebit eos.* (b) ¿No es verdad que los dias mas felices de vuestra vida fueron aquellos que consagrasteis á Dios con alguna de las obligaciones de la Religion, renovando vuestra conciencia en el tribunal de la Confesion; y que solo habeis vivido, quando teniendo pura vuestra conciencia habeis vivido con Dios? No dice el Profeta santamente irritado: el Dios que adoramos no es un Dios engañador ó incapáz de consolar á los que le sirven, como los Dioses que adora el mundo, y para esto no apelo á otros

(a) *Matth. 17. v. 4.* (b) *Amós. 9. v. 3.*

otros jueces que á los mismos mundanos: *Non enim est Deus noster ut dii eorum, & inimici nostri sunt iudices.* (a)

¡Oh gran Dios! ¿Quién es el hombre para oponerse de este modo toda su vida á sí mismo, y querer ser feliz sin Vos; para declararse contra Vos; para conocer sus desgracias, y amarlas; para huir de su verdadera felicidad, al mismo tiempo que la conoce? ¿Quién es el hombre, ó Dios mio, y quién podrá comprender lo profundo de sus fines, y la eterna contradicción de sus desordenes?

Pero qué no pueda yo, Católicos, estenderme mas en la idea que me propuse al principio de este discurso, para persuadiros que lo que hace mas digna de nuestros deseos la suerte de los Justos, es que quando les llegan á faltar los consuelos interiores, tienen los socorros exteriores de la piedad, el consuelo de los Sacramentos, los que para el pecador, que tiene precisión de llegar á ellos, no son mas que una triste ceremonia que le fastidia y embaraza; los exemplos de los Santos, y la historia de sus milagros, que nos presenta todos los dias la Iglesia á nuestra vista, de los que la aparta el pecador, por no vér en ellos su condenacion; los adorables Misterios que se ofrecen todos los dias sobre nuestros Altares, que las mas veces no dexan al pecador mas que el pesar de haberlos profanado con su asistencia; los santos Cánticos y las Preces de la Iglesia que sirven al pecador de triste molestia; y finalmente el consuelo de las Divinas Escrituras, en las que no halla mas que amenazas y anathemas.

Qué descanso, Católicos, para una alma fiel, quando al salir de las vanas conversaciones del mundo, donde solo se ha tratado de la elevacion de una familia, de la magnificencia de un edificio, de los que en el mundo

(a) Deuter. 32. v. 31.

do hacen un papel sobresaliente, de las calamidades públicas, de los defectos de los que están á la frente de los negocios, de los sucesos de la guerra, de las faltas de que siempre se acusa al gobierno: finalmente, donde siendo terrenos, solo se ha tratado de cosas terrenas; qué consuelo siente una alma fiel, quando al salir de estas conversaciones toma en sus manos el libro de la ley para descansar un poco de la fatiga de estos vanos discursos, y halla que en todas partes está escrito: que de nada sirve al hombre el ganar el mundo entero si pierde su alma: que la memoria de las mas celebradas conquistas se sepultó en el olvido con la vanidad de sus Conquistadores; que pasarán el cielo y la tierra, que los Reynos del mundo y toda su gloria perecerán con el uso, como un vestido; pero que Dios solo durará siempre, y que solo á él es á quien debemos unirnos. Entonces, dice esta alma con el Propheta; ¡oh Dios mio, los insensatos me contaron fabulas; pero qué diferentes son de vuestra Ley!

Y á la verdad, fieles; ¿de cuánto consuelo son las promesas que se ofrecen en estos libros santos! ¿Qué poderosos motivos de virtud! ¿Qué oportunas precauciones contra el vicio! ¿Qué sucesos tan instructivos! ¿Qué dardos tan felices, que hieren al alma! ¿Qué ideas de la grandeza de Dios, y de la miseria del hombre! ¿Qué pinturas de la fealdad del pecado, y de la falsa felicidad de los pecadores! No tenemos necesidad de vuestra alianza, (a) escribió Jonatás y todo el Pueblo de los Judios á los de Sparta, porque teniendo entre nuestras manos los libros santos que nos consuelan, podemos passarnos sin el socorro de los hombres: *Nos, cum nullo horum, indigeremus, habentes solatio sanctorum libros, qui sunt in manibus nostris.* Y sabeis, fieles, quiénes son los

(a) 1. Machab. 12. v. 9.

hombres que hablan de este modo? Las desgraciadas reliquias de la crueldad de Antiocho; errantes por las montañas de Judéa, despojados de sus bienes y de su fortuna, arrojados de Jerusalén y del Templo, en el que habia sucedido á el Sacrificio del Santo Dios la abominacion de los Idolos; y apenas habian salido de un tan triste estado, no necesitaban de nada, porque tenian entre sus manos los libros santos. *Nos, cum nullo horum indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.* Y en una tan nueva extremidad, cercados por todas partes de Naciones enemigas, no teniendo en su exercito, ni el Arca de Israel, ni el Tabernaculo Santo, llorando aun la reciente muerte del invencible Judas, que era la salud del Pueblo y el terror de los incircuncisos, habiendo visto degollar en su presencia á sus mugeres é hijos, estando ellos mismos para perecer á cada instante, ó por la perfidia de sus falsos hermanos, ó por las emboscadas de sus enemigos, el solo libro de la Ley les bastaba para consolarse, y defenderse, y creen poderse pasar sin los socorros á que tenían derecho por una antigua alianza. *Nos, cum nullo horum indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.*

Viendo esto, no me admiro, amados oyentes míos, de que los primeros Discípulos del Evangelio, con el consuelo de las Escrituras Santas, olvidasen todo el furor de las persecuciones; ni de que no habiéndose podido determinar á apartar de sí en todo el tiempo de su vida este libro Divino, quisiesen que aun despues de su muerte se enterrase con ellos en un mismo sepulcro, como para que allí sirviese á sus cenizas de fiador de la inmortalidad que les habia prometido, y para presentarle, segun parece, á Jesu Christo en el día de la revelacion, como sagrado titulo que les daba derecho á los bienes celestiales, y á las promesas hechas á los justos.

Es.

Estos son los consuelos de las almas fieles en la tierra. ¿Qué cosa tan terrible es, pues, Católicos, el vivir lejos de Dios, bajo la tiranía del pecado, peleando siempre consigo mismo, sin gusto alguno verdadero en el corazón, con tanto disgusto, las mas veces, en los placeres como en la virtud; odiosos á los hombres por la bajeza de nuestras pasiones; insufribles á nosotros mismos por la altanería de nuestros deseos; aborrecidos de Dios por los horrores de nuestra conciencia; sin las dulzuras de los Sacramentos, porque nuestros delitos nos separan de ellos; sin el consuelo de los libros santos, porque no hallamos en ellos mas que anathemas y amenazas; sin el alivio de la oracion, porque una vida tan disoluta, ó nos quita la libertad, ó nos la hace olvidar por la falta de uso! ¿Qué es, pues, el peador mas que el desprecio del cielo y de la tierra? ¿Sabeis, pues, Católicos, cuáles serán los desconsuelos de los réprobos en aquel gran día en que á cada uno se le premiará segun sus obras? ¿Creeis acaso que les pesará de su felicidad pasada, y que dirán: pasaronse nuestros días felices, y se acabó ya el mundo, en el que disfrutamos de tan agradables momentos; nuestros placeres no han durado mas que los sueños, acabóse nuestra felicidad, y van á empezar nuestros suplicios? Os engañais, fieles; no usarán de este estilo; oid como hablan en la Sabiduría, y como nos asegura el Espíritu Santo que hablarán en aquel día: Nunca gustamos, dirán, alegría verdadera en el pecado; siempre caminamos por caminos ásperos y tristes. ¡Pero ay! que esto solamente es el principio de nuestras desgracias y de nuestras penas. (a) *Amulavimus vias difficiles.* Gansámonos en los caminos de la iniquidad: nuestras pasiones nos fueron siempre ma-

(a) Sap. 5. v. 7.

D 2

penosas, que nos pudieran haber sido las mas austeras virtudes; y mas nos ha costado el perdernos, que nos pudiera haber costado el salvarnos, y merecer hoy subir con los escogidos al descanso de la inmortalidad. *Lassati sumus in via iniquitatis, & perditionis. (a)*; Qué necios fuimos en buscar por caminos tristes y desgraciados unos males que nunca se acabarán! *Nos insensati. (b)*

¿Quereis, pues, Católicos vivir felices en la tierra? Vivid christianamente. La piedad es útil para todo; la inocencia del corazon es la raíz de los verdaderos deleytes. Mirad á todas partes, y hallareis que no hay paz para el impío, como dice el Espíritu Santo. Gustad de todos los placeres, y vereis que no pueden curar aquella raíz de tristeza que en todas partes os acompaña. No mireis la suerte de las almas justas como una suerte triste y desagradable; no juzgueis de su felicidad por las apariencias que os engañan; veis que lloran, pero no veis la mano invisible que enjuga sus lágrimas; veis que su carne gime bajo el yugo de la penitencia, pero no veis la uncion de la gracia que la suaviza; veis unas costumbres austeras y tristes; pero no veis su conciencia siempre alegre y tranquila. Son semejantes al Arca de Israel en el desierto, solo está cubierta de pieles de animales, las apariencias son viles ó despreciables; esta es la condicion de este triste desierto; pero si pudieseis registrar su corazon, aquel Divino Santuario, ¿qué nuevas maravillas se ofrecerian á vuestros ojos! Hallariaisle vestido de purísimo oro, veriais allí la gloria de Dios que le llena; admirariais la suavidad de los perfumes, y el fervor de las oraciones que sin cesar suben al Señor; el fuego sagrado que nunca se apaga sobre aquel Altar; aquel silencio, aquella paz, aquella Magestad que allí reyna; y al mismo Señor

(a) *Ibid.* (b) *Ibid.* 5. v. 4.

ñor que la ha escogido por morada, y que de ella hace sus mayores delicias.

¡Oh, y como os mueve su felicidad á una emulacion santa! En vosotros solos consiste el imitarlos: acaso en otro tiempo fueron complices de vuestros placeres, ¿por qué, pues, no podreis vosotros ser imitadores de su penitencia? Estableced, finalmente, una paz sólida en vuestro corazon; empezad á cansaros de vosotros mismos. Hasta aquí no habeis gozado perfectamente de la vida, pues no es vivir no pudiendo vivir en paz consigo. Volveos á vuestro Dios que os llama y os espera; desterrad de vuestra alma la iniquidad, y desterrareis al mismo tiempo la raíz de vuestras penas, gozareis de la paz de la inocencia, vivireis felices en la tierra, y esta felicidad temporal será el principio de la Bienaventuranza que nunca se acabará. Asi sea.



Por que la ha escogido por morada, y que de ella

como se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

en los ventos, y los consiste en imitarlos; como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

# SERMON

## PARA EL DIA

### DE LOS DIFUNTOS.

#### LA MUERTE DEL PECADOR,

y la del Justo.

*Beati mortui, qui in Domino moriuntur.*

Felices los muertos, que mueren en el Señor. *Apoc. 14. 13.*

Tienen las pasiones humanas un no sé qué de admirable e incomprehensible. Todos los hombres quieren vivir, y miran la muerte como la última de sus desgracias; todas sus pasiones los aficianan á la vida, y al mismo tiempo sus pasiones son las que sin cesar los dirigen á esta muerte que tanto aborrecen; y parece que solo viven para darse priesa á morir.

Todos se lisongean de que morirán con la muerte de los justos: lo esperan, y lo desean. No pudiendo prometerse ser eternos en la tierra, cuentan á lo menos que antes de este último instante se apagarán las pasiones que actualmente los dominan y cautivan. Representanse la suerte de un pecador que muere aborrecido de Dios, como una suerte formidable, y con todo eso van disponien-

do

do para sí, sin inquietud, y con tranquilidad, esta misma suerte. Aquel horrible término de la vida humana, que es la muerte en el pecado, los atemoriza y espanta; y con todo eso caminan alegres como insensatos por el camino que conduce á él. Por más que se les predique que el morir es semejante al vivir, quieren vivir como pecadores, y morir como justos.

Hoy, pues, quiero Católicos, no desengañaros de una ilusion tan comun y tan grosera (esto lo dejo para otra ocasion) sino, ya que la muerte del justo os parece tan apetecible, y la del pecador tan formidable, exponeros aqui una y otra, y despertar sobre ambas vuestros deseos y vuestro espanto. Como necesariamente haveis de morir en uno de estos dos estados, importa que os acerqueis al espectáculo; para que registrando con los ojos de la consideracion el retrato formidable del uno, y la imagen consoladora del otro, podais pronosticar en tiempo qual de los dos destinos os espera, y tomar vuestras medidas para que la decision os sea favorable.

En el retrato del pecador que muere, vereis adonde vá á parar, por último, el mundo con todos sus deleites y toda su gloria. En la relacion de la muerte del justo conoceremos á dónde guia la virtud con todos sus trabajos. En el uno vereis á el mundo con los ojos de un pecador que vá á morir, y os parecerá vano, frívolo, y diferente de lo que os parece hoy. En el otro vereis la virtud con los ojos del justo que espira, y os parecerá grande, y digna de estimacion. En el uno comprendereis toda la desgracia de una alma que ha vivido olvidada de Dios; en el otro la felicidad de aquella que solo ha vivido para servirle y agradarle. En una palabra, el espectáculo de la muerte del pecador os hará desear vivir la vida del justo; y la imagen de la muerte del justo os inspirará un santo horror á la vida del pecador. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRI-



Por que la ha escogido por morada, y que de ella

como se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

en los vientos, y los consiste en imitarlos; como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

que se dice en el libro de Job. Como se dice en el libro de Job.

# SERMON

## PARA EL DIA

### DE LOS DIFUNTOS.

#### LA MUERTE DEL PECADOR,

#### y la del Justo.

*Beati mortui, qui in Domino moriuntur.*

Felices los muertos, que mueren en

el Señor. *Apoc. 14. 13.*

Tienen las pasiones humanas un no sé qué de admirable e incomprehensible. Todos los hombres quieren vivir, y miran la muerte como la última de sus desgracias; todas sus pasiones los aficianan á la vida, y al mismo tiempo sus pasiones son las que sin cesar los dirigen á esta muerte que tanto aborrecen; y parece que solo viven para darse priesa á morir.

Todos se lisongean de que morirán con la muerte de los justos: lo esperan, y lo desean. No pudiendo prometerse ser eternos en la tierra, cuentan á lo menos que antes de este último instante se apagarán las pasiones que actualmente los dominan y cautivan. Representanse la suerte de un pecador que muere aborrecido de Dios, como una suerte formidable, y con todo eso van disponien-

do para sí, sin inquietud, y con tranquilidad, esta misma suerte. Aquel horrible término de la vida humana, que es la muerte en el pecado, los atemoriza y espanta; y con todo eso caminan alegres como insensatos por el camino que conduce á él. Por más que se les predique que el morir es semejante al vivir, quieren vivir como pecadores, y morir como justos.

Hoy, pues, quiero Católicos, no desengañaros de una ilusion tan comun y tan grosera (esto lo dejo para otra ocasion) sino, yá que la muerte del justo os parece tan apetecible, y la del pecador tan formidable, exponeros aqui una y otra, y despertar sobre ambas vuestros deseos y vuestro espanto. Como necesariamente haveis de morir en uno de estos dos estados, importa que os acerqueis al espectáculo; para que registrando con los ojos de la consideracion el retrato formidable del uno, y la imagen consoladora del otro, podais pronosticar en tiempo qual de los dos destinos os espera, y tomar vuestras medidas para que la decision os sea favorable.

En el retrato del pecador que muere, vereis adonde vá á parar, por último, el mundo con todos sus deleites y toda su gloria. En la relacion de la muerte del justo conoceremos á dónde guia la virtud con todos sus trabajos. En el uno vereis á el mundo con los ojos de un pecador que vá á morir, y os parecerá vano, frívolo, y diferente de lo que os parece hoy. En el otro vereis la virtud con los ojos del justo que espira, y os parecerá grande, y digna de estimacion. En el uno comprendereis toda la desgracia de una alma que ha vivido olvidada de Dios; en el otro la felicidad de aquella que solo ha vivido para servirle y agradarle. En una palabra, el espectáculo de la muerte del pecador os hará desear vivir la vida del justo; y la imagen de la muerte del justo os inspirará un santo horror á la vida del pecador. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

**P**OR mas que apartemos de nosotros la imagen de la muerte, cada día de los que vivimos nos la vá acercando. Apagase la juventud, precipitanse los años, y semejantes, dice la Escritura, á las aguas que salen del mar, y que nunca vuelven acia su corriente, nos arrojamos con rapidéz en el abismo de la eternidad, en donde sepultados para siempre, no volveremos atrás, para parecer otra vez sobre la tierra. *Et quasi aquae dilabimur in terram, quae non revertuntur.* (a)

Bien sé que todos los días hablamos de la incertidumbre y brevedad de la vida. La muerte de nuestros parientes, de nuestros subditos, de nuestros amigos, de nuestros amos, muchas veces repentina, siempre inopinada, nos ofrece mil reflexiones acerca de la fragilidad de todo lo que pasa. Continuamente estamos repitiendo que el mundo es nada, que la vida es un sueño, y que es muy insensato el que se fatiga por cosa que tan poco ha de durar. Pero esto no es mas que hablar, no lo sentimos así. Son discursos de costumbre, y la misma costumbre hace que se olviden.

Pues Católicos, figuraos acá en la tierra una suerte á vuestro gusto; dilatad en vuestra imaginacion vuestros días, aun mas allá de vuestras esperanzas; quiero dejaros gozar de esta dulce ilusion; pero finalmente será preciso caminar por el camino que caminaron vuestros padres. Vereis por último llegar aquel día que no tiene siguiente, y este será para vosotros el día de vuestra eternidad feliz, si morís en el Señor; ó de vuestra eterna desgracia si morís en la culpa. Uno de estos dos destinos os espera. En la final

(a) 2. Reg. 14. v. 14.

decision de la suerte de los hombres no habrá mas que diestra y siniestra; cabritos y ovejas. Permitidme, pues, que yo os acuerde el tiempo de vuestra muerte, y que en él os manifieste estos dos espectáculos de esta ultima hora, tan terrible para el pecador, y de tanto consuelo para el Justo.

Digo terrible para el pecador, que dormido en las vanas esperanzas de conversion, llega finalmente á este ultimo momento lleno de deseos, vacío de buenas obras, casi sin haber conocido á Dios, y sin poder ofrecerle mas que sus delitos, y el pesar de vér acabarse unos días que juzgaba habian de ser eternos. Digo, pues, Señores, que no hay cosa mas terrible que la situacion de este infelz en los ultimos instantes de su vida, y que á qualquiera parte que se vuelva, ya sea que se acuerde de lo pasado, ya considere lo que actualmente pasa á su vista, ya finalmente penetre con los ojos del alma aquel por venir fatal que está ya tocando, todos estos objetos, que son los que por entonces pueden solamente ocuparle y presentarsele, no le ofrecen mas que tristeza y desesperacion, despertando en él unas imagenes las mas funestas y tristes.

Porque, Católicos, ¿qué puede ofrecer el tiempo pasado á un pecador, que tendido en la cama de la muerte empieza á no contar con su vida, y que en el rostro de todos los que le rodean lee la terrible noticia de que para él se acabó todo? ¿Qué vé en la larga sucesion de días que ha pasado en la tierra? Vé trabajos inútiles, deleytes que solo han durado un instante, y delitos que van á durar eternamente.

Trabajos inútiles: Presentasele de un golpe toda su vida pasada, y no vé en ella mas que una violencia y una agitacion eterna é inutil; acuerdasele todo lo que ha sufrido por el mundo que se le huye, por una fortuna que se desvanece, por una reputacion que no le acompaña en

la presencia de Dios; por unos amigos que pierde, por unos Señores que van á olvidarle, por un nombre que solo quedará escrito sobre las cenizas de su sepulcro. ¡Qué pena entonces para este desdichado, el ver que habiendo trabajado toda su vida, nada ha ganado para sí! ¡Qué pesar el haberse hecho tantas violencias, sin haber podido adelantar nada para el cielo, haberse tenido siempre por muy debil para el servicio de Dios, y haber tenido fuerza y constancia para ser martyr de la vanidad de un mundo que vá á perecer! Entonces el pecador, fatigado y atemorizado con su ceguedad y su engaño, no hallando sino un gran vacío en una vida á quien solo el mundo ha ocupado, viendo que apenas ha empezado á vivir despues de tantos años de vida, dexando acaso llenas las historias de sus hechos, los monumentos públicos cargados de los sucesos de su vida, el mundo lleno de la fama de su nombre, sin dexar nada que merezca ser escrito en el libro de la Eternidad, ni que le pueda acompañar en la presencia de Dios; entonces es quando empieza, aunque tarde, á hablar consigo mismo en un estilo que hemos oído muchas veces: ¿Con que no he vivido sino para la vanidad? ¿Qué no haya yo hecho por Dios lo que he hecho por mis Señores! ¡Ay de mí! ¿Había acaso necesidad de tantos trabajos y molestias para perderse? ¿Es posible que no haya yo de recibir á lo menos mi consuelo en este mundo? A lo menos hubiera gozado de lo presente, de este instante que se me huye, y no lo huviera perdido todo; pero toda mi vida ha estado llena de inquietudes, de esclavitud, de fatigas, de violencias; y todo para adquirirme una eterna desgracia. ¿Qué locura ha sido el haber sufrido para perderme, lo que no hubiera tenido necesidad de sufrir para salvarme; y haber tenido la vida de los Justos por una vida triste é insufrible, pues nada han hecho por Dios tan difícil, que no haya yo hecho cien veces por el mundo, que es

na-

nada, y de quien por consiguiente nada pudiera esperar! *Ambulavimus vias difficiles . . . erravimus à via veritatis.* (a)

Sí, Católicos; en este ultimo instante se os representará todo con muy diferentes ideas de las que hoy os figurais. Contais al presente los servicios hechos al estado, los puestos que habeis ocupado, las acciones en que os habeis distinguido, las heridas que dan testimonio de vuestro valor, el número de vuestras campañas, y lo distinguido de vuestros empleos; todo esto os parece verdadero. Los aplausos públicos que lo acompañan, las recompensas que lo siguen, la fama que lo publica, las distinciones á ello anexas os acuerdan vuestros dias pasados como dias completos, ocupados, señalados cada uno con memorables acciones, y con sucesos dignos de conservarse en la posteridad. Aun dentro de vosotros mismos os distinguís de aquellos hombres inútiles de vuestra clase, que siempre han vivido en una vida obscura, cobarde, é inútil, y que han deshonrado su nombre con el ocio y costumbres afeeminadas, que los han dexado sepultados en el olvido; pero en la hora de la muerte, en aquel ultimo instante en que el mundo huye, y la eternidad se acerca, se abrirán vuestros ojos, se mudará la scena, se disipará la ilusion que os aumenta estos objetos, todo lo vereis al natural, y todo lo que os parecia tan grande, como solo lo hicisteis por el mundo, por la gloria, por la fortuna, os parecerá nada. *Aperiet oculos suos, dice Job, & nihil inveniet.* (b) Solo hallareis verdadero en vuestra vida lo que hubiereis hecho por Dios; solo digno de alabanza las obras de fé y de piedad; solo grande lo que sea digno de la eternidad; y un vaso de agua fria dada en nombre de Jesu-Christo, una sola lágrima derramada en su presencia, la mas leve violencia sufrida por

él

(a) *Sap. 5. v. 7. 6.* (b) *Job 27. v. 19.*

él, os parecerá mas precioso, mas digno de estimacion, que todas las maravillas que admira el mundo, y que perecerán con él.

No solo halla en su vida pasada el pecador que muere trabajos perdidos, halla tambien la memoria de sus placeres; y esta memoria es la que le consterna y le consume. Halla unos placeres que solo han durado un instante: vé que ha sacrificado su alma y su eternidad á un momento fugitivo de deleyte y embriaguez. ¡Infeliz! Habiale parecido demasiado larga la vida para consagrarla toda entera á Dios; no se atrevia á emprender en tiempo el partido de la virtud, temiendo no poder sufrir la molestia, sus dilaciones, y las resultas; miraba los años que aun le faltaban como un espacio inmenso que era preciso andar, llevando sobre sí la Cruz, viviendo separado del mundo, y exercitandose en obras de Christiano. Este solo pensamiento detubo siempre sus buenos deseos; esperaba para volverse á Dios la ultima edad, como en la que es mas segura la perseverancia. ¡Qué espanto el vér en esta ultima hora, que lo que le habia parecido tan largo no ha durado mas que un instante; que su niñez y su vejez se tocan tan de cerca, que no forman mas que un solo dia; y que desde el seno de su madre hasta el sepulcro no ha dado mas que un paso! Aun no es esta la mayor amargura que halla en la memoria de sus deleytes; desaparecieron estos como un sueño; pero el que en otras ocasiones se preciaba de ellos, se halla ahora cubierto de confusion y vergüenza; á sus altanerías ha sucedido la flaqueza y cobardia: preciabase delante de los hombres de talento, de elevacion, de valentia; ¡oh Dios mio! al presente se halla el mas debil y despreciable de todos los pecadores! Acaso su vida fue prudente en la apariencia, pero en la realidad estubo llena de la infamia de los sentidos, y de la puerilidad de las pasiones; una vida aca-

acaso gloriosa en la presencia de los hombres, pero á los ojos de Dios la mas vergonzosa, la mas digna del oprobrio y del desprecio: una vida á la que acaso acompañó siempre la felicidad, pero en lo interior la mas insensata, la mas frívola, la mas vacía de reflexiones y prudencia: Finalmente, halla placeres que han sido tambien la raíz de todos sus pesares, que emponzoñaron toda la dulzura de su vida, que mudaron sus dias mas alegres en dias de furor y de tristeza: placeres que compró siempre muy caros, y de los que solo sacó molestia y amargura. A esto se reduce esta vana felicidad. Sus pasiones son las que le ocasionaron una vida desgraciada, y no tubo en toda ella un instante de tranquilidad, sino aquel en que estubo libre de ellas. Los dias de mis deleytes se huyeron, dice entonces el pecador hablando consigo mismo, pero con distintas disposiciones que el Santo Job; estos dias que han sido el motivo de todas las desgracias de mi vida, que han turbado mi sosiego, y aun la tranquilidad de la noche me la han mudado en pensamientos lugubres y tristes: *Dies mei transierunt, cogitationes meae dissipatae sunt torquentes cor meum.* (a) ¡Y con todo eso, oh gran Dios, castigareis los pesares é inquietudes de mi vida desgraciada! ¡Escribis contra mi en el libro de vuestra indignacion todas las amarguras de mis pasiones, y preparais una desgracia eterna y sin medida á los deleytes que han sido siempre el motivo de todas mis desgracias? *Scribis enim contra me amaritudines, & consumere me vis peccatis adolescentiae meae?* (b)

Esto es lo que halla el pecador, quando muere, en la memoria de lo pasado; delitos que durarán eternamente: las flaquezas de la niñez, las disoluciones de la juventud, las pasiones y escandalos de una edad mas avanzada, y aun acaso tambien los desordenes vergonzosos

(a) Job 13. v. 26. (b) *Ibid.*

de una licenciosa vejez. ¡Ah Católicos! mientras tenemos salud no vemos mas que la superficie de nuestra conciencia; no tenemos mas que una vaga y confusa memoria de nuestra vida; solo vemos en nuestras pasiones la que actualmente nos cautiva: un habito vicioso, no nos parece mas que un solo delito: pero al tiempo de morir se disipan las tinieblas que cubren la conciencia del pecador. Quanto mas sondéa su corazon, halla en él mayores manchas: quanto mas penetra este abismo, vé en él mayores monstruos: pierdese en este caos; no sabe qué partido tomar para empezar á aclararle; necesitaria para esto una vida entera; ¡pero ay! El tiempo pasa, y apenas le quedan mas que algunos instantes; tiene precision de hacer una confesion precipitada, para la que apenas bastaria un largo espacio de tiempo, y á la que en el instante siguiente sucederá el terrible juicio de la divina Justicia. ¡Oh Dios mio! Mientras dura la vida nos quejamos de la infelicidad de nuestra memoria, de que todo se nos olvida, y es necesario que supla el Confesor nuestra falta de atencion, y nos ayude á juzgarnos y á conocernos á nosotros mismos: pero en este ultimo instante no tendrá el pecador que muere necesidad de este socorro: la divina Justicia, que durante el tiempo de su salud le habia entregado á la profundidad de sus tinieblas, le alumbrará entonces en su indignacion. Quanto rodéa la cama de su muerte hace venir á su memoria algun nuevo delito: los criados á quienes escandalizó, los hijos de quienes no tubo cuidado, la esposa á quien contristó con ajenas pasiones, los Ministros de la Iglesia á quienes despreció: las pecaminosas imagenes de sus pasiones, pintadas aun sobre aquellas paredes: los bienes de que abusó; el lujo que le rodéa, con el que han padecido los pobres y sus acreedores; la soberbia de sus edificios, levantados acaso con los bienes de la viuda, del huérfano, ó con la miseria del público: todo, finalmente, el cielo, y la tierra, dice Job, se le-

van-

vanta contra él, y le acuerda la terrible historia de sus pasiones y delitos. *Revelabunt Cæli iniquitatem ejus, & terra consurget adversus eum.* (a)

De este modo la memoria de lo pasado forma uno de los estados mas terribles del pecador que muere, porque no halla en él sino trabajos perdidos, placeres que solo han durado un instante, y delitos que han de durar eternamente.

Pero aun no es menos triste para este desgraciado todo lo que actualmente pasa en su presencia. *Sus sustos, sus separaciones, sus mudanzas.*

*Sus sustos.* Habíase siempre gloriado de que no le asustaria el dia del Señor; quanto acerca de esto habia oído decir en los Púlpitos, no le estorbaba el prometerse que ordenaria su conciencia antes de este ultimo instante; y ahora se vé ya en él, cargado de todos sus delitos, sin preparacion, sin haber dado un paso para aplacar á su Dios: ya le llegó este instante sin que haya pensado en él, y ya vá á ser juzgado.

*Sus sustos.* Hierete Dios quando está en lo mas fuerte de sus pasiones, al tiempo que mas lejos estaba de su alma la memoria de la muerte, quando habia llegado á ciertos puestos que habia deseado con ansia, y que semejante al necio del Evangelio, exórtaba á su alma á que descansase y gozase en paz el fruto de sus trabajos. En este mismo instante le acomete la divina Justicia, y vé acabarse de un golpe su vida y todas sus esperanzas.

*Sus sustos.* Vá á morir, y permite Dios que nadie se atreva á decirle que ya no debe contar con la vida. Sus parientes le lisongean, sus amigos le dexan en su error; le lloran en secreto como muerto, y aun le muestran es-

pe-

(a) Job 20. v. 27.

peranzas de vida, engañarle para que se engañe á sí mismo. Es necesario que se cumplan las Escrituras, que sea asaltado el pecador en este ultimo instante; vos lo profetizasteis, ¡oh Dios mio! y vuestras palabras son verdaderas.

*Sus sustos.* Abandonado de todos los socorros del arte, entregado solamente á sus males y á sus dolores, aun no puede persuadirse que vá á morir, aun se lisongea, aun espera: parece que la divina Justicia no le dexa aquel rastro de razon mas que para que le emplee en engañarse. Al vér sus miedos, su espanto, sus inquietudes, se conoce bien que aun no ha creído que se muere; atormentase, se agita, como si pudiera huir de la muerte, y sus agitaciones no son mas que un pesar de perder la vida, y no un dolor de haberla empleado mal. Es preciso que el ciego pecador lo esté hasta el fin, y que su muerte sea semejante á su vida.

Finalmente, *Sus sustos.* Vé entonces que el mundo siempre le ha engañado, que siempre le ha llevado de ilusion en ilusion, de esperanza en esperanza; que nunca le han sucedido las cosas como él se habia prometido, y que siempre ha sido engañado con sus propios errores. No comprehende cómo puede haber sido tan constante su desprecio; como ha podido obstinarse tantos años en sacrificarse por un mundo, por unos Señores que nunca le han pagado sino con vanas promesas, y que su vida no ha sido mas que una indiferencia del mundo para con él, y una embriaguez en él para con el mundo. Pero lo que mas le aflige es, que el error no tiene ya remedio, que no se muere mas que una vez, y que una vez mal concluida la carrera, no se puede volver atrás para empezarla de nuevo. Vos sois Justo, ¡oh Dios mio! y quereis que el pecador pronuncie de antemano su sentencia contra sí, para juzgarle vos por su propia boca.

Muy terribles son los sustos del pecador que muere,

re, pero no lo son menos las cosas de que se separa en este ultimo instante. Quanto mayor apego tenia al mundo, á la vida, y á todas las criaturas, tanto mas padece quando ha de separarse de ellas; quantos son los lazos que debe romper, tantas son las heridas que le penetran; quantas son las cosas de que debe separarse, otras tantas nuevas muertes experimenta.

*Separase* de sus bienes, los que habia acumulado con tan largas y tan penosas fatigas; y acaso por caminos dudosos para su salud; los que se habia obstinado en conservar á pesar de los remordimientos de su conciencia, y que con gran dureza de su corazon habia negado á la necesidad de sus próximos; huyensele ahora, este vaso de barro se quiebra en su presencia, solamente lleva consigo el amor, el pesar de perderlos, el delito de haberlos adquirido.

*Separase* de la magnificencia que le rodea, de la vanidad de sus edificios, en los que creía haberse edificado un asilo contra la muerte: del lujo, de la vanidad, de sus alhajas, de las que no le quedará mas que la lúgubre mortaja, que le ha de envolver en el sepulcro; de aquella opulencia en que siempre habia vivido: todo huye de él, todo le abandona; empieza á mirarse como extraño en medio de sus Palacios, en donde siempre debia haberse mirado como tal: como un desconocido que no es dueño de nada de quanto en ellos hay; como un infeliz á quien en su presencia ván á despojar de todo, y á quien solo permiten gozar aun por algun tiempo de la vista de sus despojos para aumentar sus penas y su suplicio.

*Separase* de sus cargos, de sus honores, los que acaso vá á dexar á un rival suyo, á los que habia llegado por entre tantos peligros, trabajos y ruindades, y de los que con tanta insolencia habia gozado: ya está en la hora de la muerte, despojado de todas las señas de su dignidad, sin conservar de todos sus títulos

mas que el de pecador, del que entonces usa, aunque tarde y en vano. ¡Oh Dios mio! Contentariase en este ultimo instante con ser de la condicion mas vil; aceptaria como una especial gracia el estado mas obscuro y abatido, con tal que le alargasen la vida; envidia la suerte de sus esclavos, que dexa en el mundo. Camina con gran priesa hácia la muerte, y aun vuelve con ansia los ojos á la vida.

*Separase* de su cuerpo, para quien siempre vivió, con quien contrajo tan estrechos lazos, favoreciendo todas sus pasiones: conoce que se arruina esta casa de barro; vé que poco á poco se vá muriendo en cada uno de sus sentidos; solo está unido á la vida por medio de un cadáver que se apaga, por los crueles dolores que sus males le hacen padecer, por el excesivo amor que la tiene, el que es mas vivo quanto mas cerca está de separarse.

*Separase* de sus parientes, de sus amigos, á quienes vé al rededor de su cama, cuyos llantos y tristeza acaban de oprimirle el corazon, y le hacen sentir con mayor crueldad el dolor de perderlos.

*Separase* del mundo en el que ocupaba tantos puestos, y en el que se habia establecido, ensalzado y estendido, como si debiera ser este lugar el de su eterna permanencia; del mundo, sin el que nunca pudo vivir; en el que fue siempre uno de los principales actores; en cuyos sucesos siempre tubo tanta parte; en donde siempre se manifestó tan placentero, y con talentos tan propios para agradarle: su cuerpo vá á dexarle, pero su corazon y todas sus acciones se quedan aun en él. El mundo muere para él, pero él aunque muere, todavia no muere para el mundo.

*Separase* finalmente de todas las criaturas. Todo se aniquila en su presencia: estíende las manos á todos los objetos que le rodean, como para agarrarse á ellos, y no agarra mas que fantasmas, y un humo que se

se disipa, y que no dexa cosa alguna verdadera entre sus manos. *Et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis. (a)*

Entonces es quando Dios parece grande al pecador que muere. En este terrible instante es quando deshaciendose el mundo, huyendo de su vista, no vé quedar mas que solo Dios, el que todo lo llena, el que solo es eterno é inmutable: quejabase en otro tiempo, con un estilo irónico y lleno de impiedad, de que era difícil poder conocer con viveza alguna cosa de un Dios que es invisible, y no amar á unas criaturas que se vén y ocupan todos nuestros sentidos. ¡Però ay! En este ultimo instante no vé mas que á solo Dios: el invisible será visible para él; sus sentidos, ya amortiguados, se negarán á todos los objetos sensibles: todas las cosas de que está rodeado desaparecerán, y Dios ocupará el lugar de todas estas ilusiones con que se entretuvo mientras le duró la vida.

De este modo se muda todo para este desgraciado; y estas mudanzas, estos sustos, este separarse de las cosas es la ultima amargura del espectáculo de su muerte.

*Mudase* su credito y su autoridad; quando ya no hay esperanza de su vida empieza el mundo á no contar con él; sus fingidos amigos se retiran: sus criaturas buscan ya en otra parte protectores y dueños; aun sus mismos esclavos andan solícitos en asegurarse para despues de su muerte una fortuna proporcionada; apenas queda con él quien pueda recoger sus ultimos suspiros; no hay cosa que no le abandone, todo le desampara; ya no vé cerca de sí aquel gran número de aduladores; acaso caminan ya todos á la casa del que creen que ha de ser su sucesor, mientras que él, dice

(a) *Psalm. 75. v. 6.*

ce Job, solo en la cama de su dolor, solamente cercado de los horrores de la muerte, entra ya en aquella triste soledad que le prepara el sepulcro, y hace amargas reflexiones sobre la inconstancia del mundo, y sobre lo poco que hay que fiar en los hombres. *Affligetur relictus in tabernaculo suo. (a)*

*Mudase* la estimacion pública con que habia estado embriagado. ¡Oh Dios mio! Ya le ha olvidado el mundo que tanto le alabó. La mutacion que su muerte vá á hacer en la scena, dará aun por algunos dias motivo á las conversaciones públicas; pero pasado este corto tiempo caerá en el olvido y en la nada: apenas habrá quien se acuerde de que ha vivido; todo el cuidado será ponderar los prodigios de su sucesor, y ensalzarle sobre las ruinas de su reputacion y su memoria; experimenta ya este olvido, vé que no le resta mas que morir; que su hueco se llenará muy presto; que no quedará ni aun señal de él en el mundo, y que solos los Justos, que le habian visto cercado de tanta gloria, se dirán unos á otros: ¿En dónde está ahora? ¿Qué se han hecho aquellos aplausos que le grangeaban su poder? En esto viene á parar el mundo, y esto es lo que se gana con servirle. *Et qui eum viderant, dicent: ¿ubi est? (b)*

*Mudase* su cuerpo, aquella carne á quien tanto habia alhagado é idolatrado; aquella vana hermosura que le habia grangeado tanta atencion, y corrompido tantos corazones, ya no es mas que un espectáculo de horror, cuya vista apenas puede sufrirse; no es ya mas que un cadaver á quien dá miedo arrimarse; esta desgraciada criatura que habia encendido tantas injustas pasiones; ¡oh Señor! sus amigos, sus parientes, aun sus

(a) Job 20. v. 26. (b) Job 20. v. 7.

mismos esclavos huyen de ella, se apartan, no se atreven á arrimarse sino con recelo; no la tributan mas servicios que los de cortesía y de temor; aun ella misma tiene trabajo en sufrirse, y se mira con horror. ¿Pero qué era lo que otras veces me grangeaba todas las atenciones? se dice á sí misma con el Santo Job; mis esclavos á quienes llamo no se atreven á acercarse á mí, y aun mi mismo aliento es infeccion, y una infeccion mortal para mis hijos y parientes: *Servum meum vocavi: & non respondit... halitum meum exhorruit uxor mea, & orabam filios uteri mei. (a)*

Finalmente: *Mudase* en todo lo que le rodea. Buscan sus ojos algun objeto en que fijarse, y no hallan por todas partes mas que imagenes lúgubres de la muerte. Pero nada es esto para el pecador que muere; la memoria de lo pasado, el espectáculo de lo presente seria muy poco, si á solo esto se ciñeran todas sus penas: la memoria de lo que está por venir es lo que le horroriza y desespera. Este por venir, esta region de tinieblas en donde vá á entrar él solo, sin mas compañía que la de su conciencia; este por venir; esta tierra incógnita de la que ningun mortal ha vuelto, donde no sabe lo que ha de hallar, ni lo que le espera: este por venir, este abismo inmenso en donde se pierde y se confunde su entendimiento, y en donde vá á sepultarse, incierto de su destino; este por venir; este sepulcro, esta morada de horror en donde vá á tomar lugar con las cenizas y cadaveres de sus mayores; este por venir, esta eternidad espantosa, cuya primera vista no puede sufrir; este por venir finalmente: este terrible juicio en que vá á parecer ante la ira de Dios, y á dar cuenta de una vida, cuyos instantes casi todos han sido delitos. ¡Ah!

(a) *Ibid.* 19. v. 16. 17.



cia vanidad de no temerle; preguntaba sin cesar con un tono blasfemo é irrisible: ¿Quién ha vuelto del otro mundo? Burlabase de los temores vulgares, y hacia gala de valiente; pero luego que le hirió la mano de Dios, luego que la muerte se manifestó de cerca, y se le abrieron las puertas de la eternidad, y que toca finalmente á este por venir terrible, contra el que se había manifestado tan valiente, ¡ah! muéstrese entonces cobarde, afligido y lloroso, levantando las manos al cielo en acción de suplicar; ó triste, taciturno, y agitado, revolviendo entre sí pensamientos terribles, sin esperar mas socorro de parte de Dios, en la debilidad de sus lamentos y lágrimas, que en sus furores y desesperacion.

Sí, Católicos. Este infeliz que se había dormido siempre en sus desordenes: que había siempre confiado vanamente en que no había necesidad de mas que de un buen instante, y de un movimiento de compuncion en la muerte para mitigar la cólera de Dios, desespera entonces de su clemencia: por mas que se le hable de sus eternas misericordias, conoce lo indigno que es de ellas. Por mas que el ministro de la Iglesia procure asegurarle en sus temores, abriendole el seno de la clemencia divina, estas promesas le mueven poco, porque conoce bien que la caridad de la Iglesia, aunque nunca desespera de la salud de sus hijos, con todo eso en nada muda los formidables decretos de la justicia de Dios: por mas que se le prometa el perdón de sus delitos, una voz secreta y terrible le dice en lo íntimo de su corazón, que no hay salud para el impío, y que mas debe creer á la verdad, que á las esperanzas que le ofrecen en sus desgracias: por mas que se le exórté á que recurra á los ultimos remedios que ofrece la Religion á los que mueren, los mira como aquellos remedios desesperados que se dan á Dios y á dicha, quando ya no hay esperanza, y que mas sirven de

de consuelo á los vivos, que de utilidad á los que mueren: llaman á los Siervos de Jesu-Christo para que le consuelen en esta última hora, y él lo mas que puede hacer es envidiar en su interior su suerte, y detestar la infelicidad de la suya: ponle en la boca las palabras de los libros santos, las expresiones de un Rey penitente, y conoce muy bien que su corazón desaprobaba estas divinas expresiones, y que las palabras formadas por una caridad ardiente, y una compuncion perfecta no convienen á un pecador, asaltado como él, en sus desordenes. Sus amigos y parientes vienen al rededor de su cama á recoger sus ultimos suspiros, y él aparta los ojos, porque aun halla entre ellos la memoria de sus delitos; el ministro de la Iglesia le presenta un Crucifijo, y este objeto de tanto consuelo, y tan propio para excitar su confianza, le arguye mudamente de sus ingraticudes, y del abuso perpetuo de sus gracias. Entretanto se acerca la muerte: el Sacerdote procura mantener con las preces que se dicen en la agonía, aquel resto de vida que aun le anima. Camina, alma christiana, le dice: *Proficiscere anima christiana*. No le dice, camina Principe, Grande de este mundo: mientras vivió, apenas bastaron los monumentos públicos para lo numeroso y vano de sus títulos; en este ultimo instante no le dán mas título que el que recibió en el bautismo, el unico de que no hacía caso, y el que solo le debe durar eternamente. *Proficiscere anima christiana*. Camina, alma christiana, ¡Oh Dios mio! Había vivido como si no tubiera mas sér que su cuerpo; había procurado persuadirse á que su alma no era nada; que el hombre era solamente obra de la carne y de la sangre, y que todo moría con nosotros; y ahora le hacen vér que su cuerpo no era mas que un poco de barro, que vá á disolverse; que su sér inmortal es esta alma, esta imagen de la Divinidad, esta inteligencia, capaz ella sola de amarle y de conocerle, y que vá á

separarse de su casa terrena, y á parecer en el tremendo Tribunal. Camina, alma christiana: habiais mirado á la tierra como á vuestra patria, y no era mas que un lugar de peregrinacion, de donde es necesario partir: la Iglesia creía que anunciandoos la disolucion de vuestro cuerpo terrestre, el fin de vuestro destierro, el término de vuestras miserias, os anunciaba una nueva de alegría. ¡Pero ay! que no os anuncia sino una nueva lúgubre y espantosa, y el principio de vuestras desgracias y penas. Camina, alma christiana. *Proficiscere anima christiana.* Alma, sellada con el sello de la salud que borraste; rescatada con la sangre de Jesu-Christo que has pisado; lavada con la gracia de la regeneracion que mil veces has manchado; ilustrada con las luces de la fé que siempre has despreciado; llena de todas las misericordias del cielo que siempre indignamente has profanado. Camina, alma christiana, vé á presentar á Jesu-Christo este augusto titulo, que debía ser la señal magnífica de tu salud, y que será el mayor de tus delitos. *Proficiscere anima christiana.*

Entonces el pecador que agoniza, no hallando en la memoria de lo pasado sino remordimientos que le consumen, en quanto se presenta á sus ojos imagenes que le afligen, y en la reflexion de lo por venir, horrores que le espantan, no sabiendo á quien recurrir, ni á las criaturas que se le huyen, ni al mundo que se desvanece, ni á los hombres que no podrian librarle de la muerte, ni á un Dios justo á quien mira como á un enemigo declarado, de quien no debe esperar perdon, dá vueltas cavilando en sus propios horrores; se atormenta, se agita por huir de la muerte que se acerca, ó á lo menos para huir de sí mismo; sale de sus ojos un no sé qué obscuro y terrible, que dá bien á entender los furiosos de su alma; arroja del seno de su tristeza unas palabras mezcladas de suspiros, que apenas

se

se perciben, y que no se sabe si es el arrepentimiento, ó la desesperacion quien las forma; se vuelve ácia el Dios Crucificado con unas terribles miradas, que dexan bastante duda de si proceden de temor ó de esperanza, de odio ó de amor. Empieza á padecer violentas conmociones, y no se sabe si provienen del cuerpo que se disuelve, ó del alma que percibe la llegada de su Juez. Suspira profundamente, y se ignora si estos suspiros nacen de la memoria de sus delitos, ó de la desesperacion de perder la vida. Finalmente, en medio de estos tristes esfuerzos, se le fijan los ojos, desfigurasele el rostro, ponesele cádena la boca, y se le abre por sí misma; estremecese todo el cuerpo, y con este último esfuerzo, se arranca su desgraciada alma, como por fuerza, de este cuerpo de barro, cae entre las manos de Dios, y se halla sola á los pies del Tribunal terrible.

Católicos, así mueren los que han vivido olvidados de Dios, y así morireis los que me oís, si os acompañan vuestros delitos hasta aquel último instante. Todo se mudará entonces á vuestra vista, sin que vosotros os mudeis: morireis, y morireis pecadores como habeis vivido, y vuestra muerte será semejante á vuestra vida. Precabad esta desgracia, vivid como los Justos, y será vuestra muerte semejante á la suya, acompañada de gozo, de dulzura, y de consuelo; que es lo que vamos á ver en la segunda parte.

## SEGUNDA PARTE.

**B**ien sé que la muerte es siempre terrible, aun para las almas mas justas; los juicios de Dios, cuyos impenetrables secretos temen siempre; las tinieblas de su propia conciencia, en que siempre se figuran manchas ocultas, y conocidas de solo Dios; la viveza de su fé y de su amor, que aumenta siempre á su vista aun las

Tomo I.

G

fal-

faltas mas leves; finalmente, la sola disolucion del cuerpo terreno, y el natural horror al sepulcro, todo esto dexa siempre en la muerte un no sé qué de terrible para la naturaleza, que hace que aun los mas Justos, como dice San Pablo, quisieran ser revestidos de la inmortalidad que les está prometida, pero sin ser despojados de la mortalidad que los rodea.

Pero tambien es verdad que la gracia vence en ellos este horror tan natural á la muerte, y que ya se acuerden de lo pasado, dice San Bernardo, yá consideren lo que actualmente pasa, yá atiendan á lo por venir, hallan en la memoria de lo pasado el fin de sus penas: *Requies de labore*; en lo que actualmente pasa, una novedad que los llena de santa alegría: *Gaudium de novitate*; en la consideracion de lo venidero, la seguridad de la eternidad que los consuela: *Securitas de aternitate*. De modo que los mismos estados que causan la desesperacion del pecador que muere, son entonces un manantial de consuelos para el alma fiel.

Dixe, yá sea que se acuerde de lo pasado: y á la verdad, Católicos, representaos á una alma fiel, próxima á morir, que desde mucho tiempo antes se estaba preparando para este último instante; que con la práctica de los obras christianas juntaba un tesoro de justicia, para no presentarse vacía en la presencia de su Juez, y que vivia con la fé para morir en la paz, y en el consuelo de la esperanza: representaos esta alma que llegó por fin á esta última hora, la que nunca habia perdido de vista, y á la que siempre habia referido todas sus penas, todos los gustos de que se habia privado, todas sus violencias, todos los sucesos de su vida mortal; vuelvo á decir que no hay para ella cosa de mas consuelo que la memoria de lo pasado, de sus sufrimientos, de sus penitencias, y de las cosas de que se privó en todos los estados en que se ha hallado. *Requies de labore.*

Sí,

Sí, Católicos, al presente os parece cosa molesta el padecer por Dios: las mas leves violencias que os pide la Religion os parecen pesadisimas; un solo ayuno os debilita y os ofende; el acercarse los días santos de la Penitencia os aflige y entristece; mirais como desgraciados á los que llevan sobre sí el yugo de Jesu-Christo, y que renuncian al mundo y á todos sus placeres por agradarle.

Pero la memoria de mayor consuelo para una alma fiel, quando está para morir, es acordarse de las violencias que se ha hecho por su Dios. Conoce entonces todo el mérito de la penitencia, y lo insensatos que son los hombres en disputar á Dios un instante de violencia, que debe ser pagado con una felicidad sin fin y sin medida: la consuela el que solo ha sacrificado placeres instantaneos, de los que no la hubiera quedado mas que la confusion y la vergüenza; que quanto hubiera padecido por el mundo era para ella perdido en este último instante, pero que al contrario, quanto ha padecido por Dios, una lágrima, una violencia, el mortificarse en un gusto, reprimir una viveza, sacrificar una vana satisfaccion, nada de esto se olvidará jamás, y durará tanto como el mismo Dios. La consuela el que de todos los placeres y deleytes humanos, lo mismo queda en la cama de la muerte al pecador que los disfrutó, que al Justo que siempre se abstuvo de ellos; que respecto de ambos pasaron igualmente, pero con esta diferencia, que al uno le acompaña eternamente el delito de haberse entregado á ellos, y al otro la gloria de haberlos sabido vencer.

Esto es lo que ofrece al alma justa que está próxima á morir, la memoria de lo pasado; vé las violencias, las afliciones que han durado poco, y de las que vá á recibir el eterno consuelo; pasado el tiempo de los peligros y de las tentaciones; acabados los combates que presentaba el mundo á su fé; disipados los peligros en

G 2

que

que había corrido tanto riesgo su inocencia, distantes para siempre las ocasiones en que su virtud había estado tan á pique de naufragar; finalizados los combates eternos, que tuvo que sufrir contra las pasiones; y finalmente, aniquilados los obstáculos que la carne y la sangre opusieron siempre á su piedad: *Requies de labore*: ¿Qué alegría se experimenta despues de haber llegado al puerto, en acordarse de la tempestad y la borrasca? ¿Quánto deleyta el recorrer con la imaginacion, despues de haber vencido en la carrera, los parages de ella mas señalados por los trabajos, los obstáculos y las dificultades que los han hecho célebres! *Requies de labore*. Pareceme que el Justo se halla en este lance, como otro Moysés muriendo en la Montaña Santa, en donde el Señor le había señalado su sepulcro; *ascende in montem, & morere*, (a) el que antes de espirar, volviendo la cabeza desde lo alto de este sagrado lugar, y echando la vista sobre aquella extension de tierras, de Pueblos, y de Reynos por donde había pasado, y yá dexaba atras, registra los innumerables peligros de que se ha libertado, los combates de tantas Naciones vencidas, las fatigas del desierto, las emboscadas de Madian, las murmuraciones y calumnias de sus hermanos, las peñas abiertas, las dificultades de los caminos vencidas, huidos los peligros de Egipto, facilitado el paso de las aguas del mar Rojo, vencidos el hambre, la sed, y el cansancio, y tocando felizmente el término de tantos trabajos, y saludando desde lejos aquella tierra prometida á sus padres, canta un cántico de accion de gracias; muere lleno de gozo, por acordarse de tantos peligros de que se ha librado, y con la vista del lugar de des-

(a) *Deuter. 32. v. 49. y 50.*

canso, que el Señor le manifiesta desde lejos, mira la Montaña Santa adonde vá á espirar como recompensa de sus trabajos, y término feliz de su carrera. *Requies de labore*.

Es verdad que la memoria de lo pasado, al mismo tiempo que acuerda al Justo que muere los combates y peligros de la vida pasada, le acuerda tambien sus infidelidades y caídas; pero estas son unas caídas expiadas con los llantos de la penitencia; unas caídas felices por haberse con ellas renovado el fervor y la fidelidad que las han subseguido; unas caídas que le acuerdan las misericordias de Dios para con su alma; que fueron motivo de que sus delitos sirviesen á su penitencia, sus pasiones á su conversion, y sus culpas á su salud. El dolor de sus defectos en este último instante es para ella un dolor de consuelo y de ternura; las lágrimas que aun la saca esta memoria, son lágrimas de alegría y de agradecimiento; las antiguas misericordias que el Señor ha usado con ella, la llenan de confianza, y la hacen esperar otras nuevas; todo el modo de proceder que Dios ha tenido con ella hasta entonces, la asegura, y parece que la responde de lo por venir: no se le representa entonces, como en los dias de su tristeza y penitencia, baxo la idea de un Juez terrible á quien había ultrajado, y cuya indignacion debia mitigar; sino como un padre de misericordia, y un Dios consolador, que vá á recibirle en su seno, y aliviarle en todas sus penas.

Levantate, alma fiel, la dice entonces en el interior su Señor, y su Dios. *Elevare, consurge Jerusalem.* (a) Tú que bebiste toda la amargura de mi caliz, olvida yá tus pasadas lágrimas y penas. *Quæ bibisti calicem usque ad fundum.* (b) Yá se te acabó el tiempo de sufrir,

(a) *Isaí. 51. v. 17.* (b) *Ibid.*

ffir, y de llorar, (a) *non adjicies, ut bibas illum ultra.*

Dexa, pues, hija de Jerusalén, el vestido de luto y de tristeza que has llevado hasta ahora; dexa los tristes despojos de tu mortalidad; ponte tus vestidos de gloria y de magnificencia; entra en la alegría de tu Señor, en la Ciudad Santa que yo he escogido para mi eterna morada. *Induere vestimentis gloriae tuae Jerusalem, Civitas Sancti.* (b) Rompe por último los lazos de tu cautiverio, sal de en medio de Babilonia, en donde ha tanto tiempo que lloras los rigores y duración de tu destierro. *Solve vincula solli tui captiva Filia Sion.* (c) Ya no habitarán contigo los incircuncisos; los escandalos de los pecadores no afligirán tu fe; ya por fin es tiempo de que yo vuelva á tomar lo que me pertenece, de que yo tome posesion de mi herencia, de que te saque de en medio del mundo, pues no eres suya, ni él es digno de tí; y de que te una con la Iglesia del Cielo, de quien eres una parte pura é inmortal. *Non adjiciet ultra, ut pertranseat per te incircuncisus, & immundus.* (d)

Este es el primer consuelo de la alma justa que está próxima á espirar; la memoria de lo pasado: *Requies de labore.* Pero lo que actualmente pasa en su presencia, el mundo que se huye, todas las criaturas que desaparecen, aquella fantasma de vanidad que se deshace, aquella mutacion, aquella novedad, es para ella un manantial de nuevos é infinitos consuelos. *Gaudium de novitate.*

A la verdad, Fieles, que es un gran motivo de desesperacion para el pecador que muere, como habeis oído, el

(a) *Ibid. v. 22.* (b) *Ibid. 52. v. 1.* (c) *Ibid. v. 2.*  
(d) *Ibid. v. 1.*

el ver lo que actualmente pasa á su vista, sus sustos, las cosas de que se separa, y sus mudanzas; y esto justamente es el mayor consuelo del alma fiel en este último instante. Nada la sobrecoge, de nada se separa, y y nada se muda á su vista.

*Nada la sobrecoge.* No la espanta el día del Señor, porque le esperaba, porque le deseaba; la memoria de esta última hora tenía parte en todas sus acciones, en todos sus proyectos, arreglaba todos sus deseos, animaba toda la conducta de su vida; cada hora, cada instante la parecía aquel en que el justo Juez iba á pedirla la estrecha cuenta en que han de ser juzgadas aún las virtudes; de este modo habia vivido, disponiendose continuamente para esta última hora; de este modo muere tranquila, consolada, sin susto, sin temor, en la paz del Señor, viendo entonces tan de cerca á la muerte, como la habia estado mirando toda su vida; sin morir entonces para sí, mas de lo que estaba muriendo cada día; y sin hallar diferencia entre el día de su muerte y los días regulares de su vida mortal.

Por otra parte; lo que mas sorprende y desespera al pecador moribundo, es el ver que el mundo en quien habia puesto toda su confianza es nada; que no es mas que un sueño, que se desaparece, y que huye. Pero el alma fiel, en este último instante, mira al mundo con los mismos ojos que le habia mirado todos los días de su vida, como una figura que pasa, como un humo que solo engaña de lejos, y tocado de cerca nada tiene de real ni sólido; experimenta entonces una santa alegría, por haber siempre juzgado del mundo como debe juzgarse de él; por no haberse engañado; por no haber tenido apego á lo que habia de desaparecer en un instante; por no haber puesto su confianza sino en solo Dios, que siempre dura para recompensar eternamente á los que esperan en él. ¡Qué

consuelo entonces para el alma fiel el poderse decir á sí misma! Yo escogí el mejor partido; con razon no me unía yo sino á solo Dios, pues él solo era lo que me debía quedar; miraban mi eleccion como locura; el mundo se burlaba, y tenia por cosa ridicula y estraña el que no me conformase con él; pero por fin, este último instante responde de todo. La muerte es la que decide quien ha sido prudente ó insensato, y quien de los dos tenia razon, ó el mundano, ó el fiel.

Así mira el Alma justa en la hora de su muerte al mundo y á toda su gloria. Quando los Ministros de la Iglesia llegan á hablarla conversaciones de Dios, y de la nada de todas las cosas humanas, estas verdades, que tan nuevas son para el pecador en este último instante, son para ella objetos familiares, luces habituales que nunca habia perdido de vista. Entonces estas verdades consoladoras son su mas suave ocupacion: las medita, las gusta, las saca de lo íntimo de su corazon, en donde siempre las habia tenido, para ponerlas á la vista; no es para ella idioma nuevo ni estraño el que le habla el Ministro de Jesu Christo; es el idioma de su corazon, y los pensamientos de toda su vida; nada la consuela entonces tanto como el oír hablar del Dios á quien siempre ha amado, de los bienes eternos que siempre ha deseado, de la felicidad de la otra vida, por quien siempre ha suspirado, de la nada del mundo á quien siempre despreció; qualquiera otra conversacion la es insufrible; no quiere oír contar sino las misericordias del Dios de sus padres, y detesta los instantes que entonces es preciso emplear en arreglar una casa terrena, y disponer de la sucesion de sus antepasados. ¡Gran Dios! ¡Qué luz! ¡Qué paz! ¡Qué consuelos tan dichosos! ¡Qué santos movimientos de amor, de alegría, de confianza, de accion de gracias pasan entonces en esta alma fiel! Su fé se re-  
nue-

nueva, su amor se inflama, su fervor se excita, y su compuncion se despierta. Quanto mas se acerca la disolucion del hombre terreno, tanto mas el nuevo se perfecciona y completa. Quanto mas se desmorona su casa de barro, tanto mas se eleva y purifica su alma. Quanto mas se destruye el cuerpo, tanto mas se desembaraza y renueva el espiritu: así como la pura llama que se eleva, y parece mas resplandeciente, á proporcion que se separa del resto de la materia que la retenia, y que se consume y disipa el cuerpo á que estaba unida.

¡Ah! Las conversaciones de Dios fatigan entonces al pecador que está para morir, aumentan sus males, molestan su cabeza, y turban su reposo; es necesario atender á su debilidad, no diciendole mas que algunas palabras á tiempo; buscar las ocasiones, porque no le importune la molestia; escoger los instantes para hablarle del Dios que le vá á juzgar, y á quien nunca conoció; es necesario usar de santos artificios, y casi engañarle para hacerle acordar de su salvacion; aun los Ministros de la Iglesia se le acercan pocas veces, porque se conoce bien lo que le molestan; los apartan de allí como á Profetas tristes y desagradables; procuran apartar las conversaciones de la salvacion como nuevas de muerte, y discursos lúgubres que cansan; solo procuran aliviar sus males, contando los negocios y vanidades del mundo, que le habian ocupado todo el tiempo de su vida. ¡Oh gran Dios! ¿Es posible permitais el que á este desgraciado acompañe hasta en la muerte el disgusto de la verdad? ¿Qué aun esté ocupado en este último instante con las imagenes del mundo, y que teman hablarle del Dios á quien siempre temió servir y conocer?

Pero no perdamos de vista al alma fiel. No solo no vé, quando está próxima á morir, cosa alguna que la atemorice, sino que tampoco se separa de cosa alguna  
Tomo I. H que

que la cueste sentimiento: porque, Católicos, ¿de qué podría separarla la muerte, que la costase aun pesares y lágrimas? ¿Del mundo? ¡Ah! De un mundo en donde siempre vivió como estraña, en donde nunca halló sino escandalos que afligian su fé, escollos que hacian temblar su inocencia, cortesías que la molestaban, rendimientos que, aunque contra su voluntad, la dividian entre el cielo y la tierra: no se siente perder lo que nunca se ha amado; ¿sentirá acaso perder sus riquezas y su tesoro? ¡Oh Dios! Su tesoro estaba en el cielo, sus riquezas eran los bienes de los pobres; no los pierde, vá á hallar los inmortales en el seno del mismo Dios. ¿Sentirá acaso perder sus títulos y dignidades? ¡Oh! que estas son para ella un yugo que sacude; el solo título que siempre estimó, fue el que recibió en el sagrado bautismo, el que debe llevar á la presencia de Dios, y que le dá derecho á las eternas promesas. ¿Sentirá acaso separarse de sus parientes, de sus amigos? ¡Oh! Sabe muy bien que no es mas que un instante lo que se adelanta á ellos, que la muerte no separa á los que la caridad unió en la tierra, y que reunidos presto en el seno de Dios, formarán con ella la misma Iglesia, y el mismo Pueblo, y gozarán las dulzuras de una sociedad inmortal. ¿Sentirá acaso separarse de sus hijos? Dexalos al Señor por Padre; por herencia sus instrucciones, y buen exemplo; sus súplicas y bendiciones por ultimo consuelo; y como David, muere pidiendo para su hijo Salomon, no las prosperidades temporales, sino un corazon perfecto, el amor de la Ley, y el temor del Dios de sus Padres: *Salomoni quoque filio meo, da cor perfectum.* (a) ¿Sentirá el apartarse de su cuerpo? ¡Ah! De su cuerpo á quien siempre habia cas-

(a) Paralip. lib. 1. cap. 29. v. 19.

tigado y crucificado, á quien miraba como á su enemigo, que la tenía ligada á los sentidos y á la carne, que la consumía con el peso de tantas necesidades; de aquella casa de barro que la tenía cautiva, que dilataba los dias de su destierro y servidumbre, y la impedía el ir á unirse con Jesu Christo; deseaba como Pablo su disolucion; era para ella un vestido estraño de que se desembaraza, una muralla de separacion entre ella y su Dios, que se arruina, que la dexa libre, y en estado de abrir sus alas y volar ácia las montañas eternas. De este modo la muerte no la separa de nada, porque la fé la habia separado de todo.

No quiero añadir que las mudanzas que suceden en la hora de la muerte, y que de tanta desesperacion son para el pecador, nada inmutan á el alma fiel. Es verdad que se apaga su razon, pero ya habia mucho tiempo que la habia cautivado baxo el yugo de la fé, y apagado sus vanas luces en presencia de la Luz Divina y profundidad de sus misterios; obscurecense sus ojos moribundos, y se cierran para todas las cosas visibles, pero ya habia mucho tiempo que no miraba sino las invisibles; su lengua inmovil se traba, pero ya habia mucho tiempo que la habia puesto una guarda de circunspeccion, y meditaba en el silencio las misericordias del Dios de sus padres; turbanse todos sus sentidos, y pierden su uso natural, pero ya habia mucho tiempo que ella misma se le habia prohibido; y aunque en diferente sentido que los idolos vanos, tenia ojos, y no veía, oidos, y no oía, olfato, y no usaba de él, sabor, y solo gustaba las cosas del cielo. Finalmente, disipanse los rasgos de una vana hermosura, pero ya habia mucho tiempo que toda su hermosura estaba en el interior, y solo se ocupaba en adornar su alma con los dones de la gracia y de la justicia.

Nada, pues, se muda para esta alma quando muere; su cuerpo se destruye, todas las criaturas desaparecen, la luz se retira, toda la naturaleza se vuelve á su antigua nada, y en medio de todas estas mudanzas ella sola no se muda, ella sola permanece siempre la misma. ¡Oh, Católicos, y qué grande hace la fé á la alma justa que está para espirar! ¡Qué espectáculo el de el alma fiel en este último instante, tan digno de Dios, de los Angeles, y de los hombres! Entonces es quando esta alma parece dueña del mundo y de todas las criaturas; entonces es quando esta alma, participando ya de la grandeza é inmutabilidad con quien vá á unirse, se levanta sobre todas las cosas; sobre el mundo sin tener parte en él; sobre un cuerpo mortal, sin tenerle apego; en medio de sus parientes y amigos, sin verlos ni conocerlos; entre las lágrimas y gemidos de los suyos, sin oírlos; en medio de los estorvos y movimientos que ocasiona su muerte á su vista, sin perder su tranquilidad. *Está libre entre los muertos.* (a) Inmóvil en el seno de Dios, en medio de la destruccion de todas las cosas. ¡Oh, y qué cosa tan grande es, vuelvo á decir, el haber vivido en la observancia de la ley del Señor, y morir en su temor santo! ¡Cómo se manifiesta á el alma fiel en este último instante la grandeza de la fé! Este es el instante de sus glorias y de sus triunfos; es el punto en que se reune todo el resplandor de su vida y de sus virtudes. ¡Cómo deleyta ver entonces al Justo caminar con paso tranquilo y magestuoso ácia la eternidad, y como tenia razon aquel Profeta infiel, para decir antiguamente, viendo entrar al Pueblo de Israel en la Tierra de Promision, el triunfo de su marcha, y la confian-

(a) Psalm. 87. v. 6.

za de sus cánticos: ¡Ojalá muera mi alma en la muerte de los Justos, y mi fin les sea semejante! (a)

Lo que ultimamente, Católicos, acaba de llenar al alma fiel de consuelo y alegría en aquellos últimos instantes es la memoria de lo futuro: *Securitas de Æternitate*. El pecador mientras le dura la salud mira con tranquilidad lo por venir; pero en este último instante, viendolo ya cerca, se muda su tranquilidad en terror y espanto. Por el contrario el alma justa, mientras vivia en esta vida mortal no se atrevia á mirar sin miedo la profundidad de los juicios de Dios; trabajaba para su salvacion con temor y con temblor; estremeciase con solo pensar en este por venir terrible, en que apenas se salvarán los Justos, si son juzgados sin misericordia; pero que al contrario quando está para espirar; el Dios de paz que se la manifiesta, calma todos sus sustos; cesan de repente sus temores, y se mudan en una suave esperanza; penetra ya con sus ojos medio muertos la nube de la mortalidad que la rodea, y vé, como otro San Esteban, al Hijo del Hombre que está á la diestra de su Padre, dispuesto á recibirla: vé aquella patria inmortal, por la que tanto habia suspirado, y en la que siempre habia habitado en espíritu; aquella Sion santa, llena de la presencia y gloria del Dios de sus padres, en la que embriaga á sus escogidos con un torrente de delicias, y les dá á gustar todos los dias los incomprehensibles bienes que tiene preparados para los que le aman; aquella Ciudad del Pueblo de Dios, morada de los Santos, habitacion de los Justos y Profetas, en donde hallará á sus hermanos, con quienes estuvo unida por caridad en la tierra, y con quienes ben-

(a) Num. 23. v. 10.



decirá eternamente las misericordias del Señor, y cantará con ellos las alabanzas de su gracia.

¡Oh Católicos! Quando los Ministros de la Iglesia llegan ultimamente á anunciar á esta alma que ha llegado su hora, y que se acerca la eternidad; quando ván á decirla en nombre de la Iglesia que los envia: Camina, alma christiana: *Proficiscere anima christiana*: sal finalmente de esta tierra en que has sido tanto tiempo estrangera y cautiva; ya se ha acabado el tiempo de los trabajos y de las tribulaciones; ya llega por fin el justo Juez á romper las cadenas de tu mortalidad; vuelve al seno de Dios de donde saliste: dexa ya un mundo que no te merecia: *Proficiscere anima christiana*: ya por fin el Señor se compadeció de tus lágrimas; ya viene á abrirte el camino de los Santos y las puertas eternas; camina, alma fiel, vé á unirte con la Iglesia del cielo que te espera; pero acuerdate de tus hermanos, los que dexas acá en la tierra, expuestos aun á las tentaciones y borrascas; compadecete del triste estado de la Iglesia Militante, que te engendró en Jesu Christo, y que te vé con envidia salir del mundo; ruega para que se acabe su cautiverio, y se una eternamente con su Esposo, del que aun está separada: *Proficiscere anima christiana*. Los que duermen en el Señor no mueren eternamente, pues nosotros aunque te perdamos en la tierra, es para volver á hallarte dentro de poco con Jesu Christo en el Reyno de los Santos; el cuerpo que ahora dexas para que sea presa de los gusanos y de la corrupcion, te seguirá muy presto inmortal y glorioso; no perecerá ni un cabello de tu cabeza; en tus cenizas quedará una semilla de inmortalidad hasta el dia de la revelacion, en que tus huesos aridos volverán á cobrar vida, y parecerán mas resplandecientes que la luz. ¡Qué felicidad la tuya, de salir por último de tantas miserias, que aun nos afligen á nosotros; de no estar ya expuesta como

tus

tus hermanos, á perder al Dios que vás á poseer; de cerrar finalmente los ojos á todos los escandalos que nos afligen, á la vanidad que nos engaña, á los exemplos que nos llevan tras sí, á las inclinaciones que nos dividen, á las agitaciones que nos disipan! ¡Qué felicidad el salir por último de un lugar en donde todo nos disgusta, todo nos mancha, en donde somos molestos aun á nosotros mismos, en donde solo vivimos para hacernos desgraciados, é ir á una morada de paz, de alegría, de serenidad, en donde no hay mas ocupacion que gozar del Dios que se ama! *Proficiscere anima christiana*.

¡Qué nueva está de gozo, y de inmortalidad para el alma justa! ¡Qué orden tan feliz! ¿Con qué paz, con qué confianza, con qué accion de gracias la aceptará? Levanta entonces al cielo sus ojos ya casi muertos, como otro viejo Simeon, y mirando á su Señor que viene ácia ella, le dice con su corazon: Romped, ¡oh Dios mio! quando gustareis estas reliquias de la mortalidad, estos debiles lazos que aun me detienen; espero en paz el efecto de vuestras eternas promesas. De este modo, purificada con las espiaciones de una vida santa y christiana, fortalecida con los ultimos remedios de la Iglesia, lavada con la sangre del Cordero, confortada con la esperanza de las promesas, consolada con la secreta suavidad del espiritu que habita en ella, muere para vivir eternamente; cierra sus ojos con una santa alegría á todas las criaturas; se duerme tranquilamente en el Señor, y vuelve al seno de Dios de donde habia salido.

Católicos, inútiles son aqui las reflexiones; este es el fin de los que han vivido en el temor del Señor; su muerte es preciosa en la presencia de Dios, como lo ha sido su vida; este es el fin deplorable de los que le han olvidado hasta esta última hora. La muerte de los

pe-

pecadores es abominable á los ojos de Dios, como su vida; si vivís en el pecado, morireis con los horrores, é inútiles pesares del pecador, y vuestra muerte será una muerte eterna: si vivís en la justicia, morireis en la paz y confianza del Justo, y vuestra muerte no será mas que un tránsito á la Bienaventuranza. Así sea.



S E R M O N  
PARA EL PRIMER DOMINGO  
DE ADVIENTO,

SOBRE EL JUICIO UNIVERSAL.

*Tunc videbunt Filium Hominis venientem in  
nube cum potestate magna, & majestate.*

Verán entonces al Hijo del Hombre, que vendrá sobre una nube con gran poder, y magestad. *Luc. 21. v. 27.*

SEÑOR.

**E**ste ha de ser el último espectáculo que acabará las revoluciones eternas, que la figura de este mundo ofrece cada dia á nuestra vista, y que, ó nos divierten con su novedad, ó nos engañan con sus encantos; tal será la venida del Hijo del Hombre, el dia de su revelacion, el cumplimiento de su Reyno, y la entera redencion de su cuerpo místico; tal el dia en que se manifiesten las conciencias, aquel dia de calamidad y desesperacion para unos, y de paz, alegría, y consuelo para otros; la esperanza de los Justos, el terror de los pecadores; el dia en que se decidirá la suerte de todos los hombres.

*Tomo I.*

I

Es.

pecadores es abominable á los ojos de Dios, como su vida; si vivís en el pecado, morireis con los horrores, é inútiles pesares del pecador, y vuestra muerte será una muerte eterna: si vivís en la justicia, morireis en la paz y confianza del Justo, y vuestra muerte no será mas que un tránsito á la Bienaventuranza. Asi sea.



SERMON  
PARA EL PRIMER DOMINGO  
DE ADVIENTO,

SOBRE EL JUICIO UNIVERSAL.

*Tunc videbunt Filium Hominis venientem in  
nube cum potestate magna, & majestate.*

Verán entonces al Hijo del Hombre, que vendrá sobre una nube con gran poder, y magestad. *Luc. 21. v. 27.*

SEÑOR.

**E**ste ha de ser el último espectáculo que acabará las revoluciones eternas, que la figura de este mundo ofrece cada dia á nuestra vista, y que, ó nos divierten con su novedad, ó nos engañan con sus encantos; tal será la venida del Hijo del Hombre, el dia de su revelacion, el cumplimiento de su Reyno, y la entera redencion de su cuerpo místico; tal el dia en que se manifiesten las conciencias, aquel dia de calamidad y desesperacion para unos, y de paz, alegría, y consuelo para otros; la esperanza de los Justos, el terror de los pecadores; el dia en que se decidirá la suerte de todos los hombres.

*Tomo I.*

I

Es.

Esta imagen siempre presente, que las profecías del Salvador acerca de este terrible día habian dexado á los primeros Fieles, los hacia pacientes en las persecuciones, alegres en los trabajos, gloriosos en los oprobrios; esta fue la que mantuvo despues la fé de los Mártires, animó la constancia de las Vírgenes, suavizó á los Anacoretas los horrores del desierto; ésta la que aun hoy puebla las soledades Religiosas que levantó la piedad de nuestros padres contra el contagio del siglo.

Vosotros mismos, Católicos, acordandoos alguna vez del formidable aparato de este gran suceso, no habeis podido menos de compungiros y temer con su memoria; pero estos temores han sido pasajeros, se disiparon al instante con otras ideas suaves y alegres que sucedieron, y que os restituyeron á vuestra antigua calma. ¡Oh Dios! En los tiempos felices de la Iglesia se hubiera tenido por apostasia de la Fé el no desear el día del Señor; todo el consuelo de los primeros Discipulos era el esperarle; y aun era menester que acerca de esto moderasen los Apóstoles la santa ansia de los Fieles; y hoy es necesario que la Iglesia se valga de todo el terror de nuestro ministerio para hacer acordar de él á los Christianos, y todo el fruto de nuestros discursos se reduce á hacerle temer.

No obstante, no es mi intento referiros aqui toda la historia de esta terrible venida; quiero ceñirme á una de aquellas circunstancias, que me ha parecido siempre mas propia para hacer impresion en los corazones, y es la manifestacion de las conciencias.

Es, pues, mi intento manifestar que el pecador en la tierra nunca se conoce tal como es, ni es mas que medio conocido de los hombres; vive, por lo comun, desconocido á sí mismo por su ceguera, y á los demás por sus disimulos y artificios. En este gran día se co-

nocerá, y será conocido; el pecador manifestado á sí mismo, y el pecador manifestado á las criaturas son los dos puntos sobre que he determinado hacer algunas sencillas y edificantes reflexiones. Imploramos, &c. Ave Maria.

## PRIMERA PARTE.

*Todo se reserva para lo por venir, dice el Salmo, y queda incierto en la tierra, porque todo sucede igualmente al justo y al injusto, al bueno y al malo, al puro y al impuro, al que ofrece víctimas, y al que desprecia los sacrificios. (a) Porque á la verdad, Católicos, ¿qué idea formaríamos de la providencia en el gobierno del universo, si juzgásemos de su sabiduria y de su justicia por los diversos destinos que en el mundo dá á los hombres? ¿Seria posible que los bienes y los males se dispensasen en la tierra sin distincion, sin eleccion, y sin respeto? ¿Habia de gemir el Justo casi siempre en la afliccion y en la miseria, viviendo el impío al mismo tiempo cercado de gloria, de placer, y de abundancia? ¿Y despues de tan diferentes fortunas, de costumbres tan contrarias, habian ambos de caer igualmente en un eterno olvido, sin que el Dios justo y vengador, que han de hallar despues, se dignase de pensar sus obras, y discernir sus meritos? ¡Oh Señor! Vos sois justo, y á cada uno le dareis segun el merito de sus obras.*

Supuesto este gran punto de la Fé christiana, tan conforme á la equidad natural, digo: que en este terrible día, en que á vista de todo el universo parecerá el pecador ante el terrible Tribunal, acompañado de

(a) *Ecles. li. el conocimiento del justo impío.*

sus obras, será la manifestacion de las conciencias el mayor suplicio del alma infiel. Primeramente se hará patente á sí misma con un riguroso exámen, cuyas circunstancias voy á manifestaros.

No quiero detenerme en ponderaros los títulos propios del que os ha de exáminar, y que anuncian todo el rigor de que ha de usar quando pese en su peso vuestras obras y pensamientos; será un legislador severo, zeloso de la santidad de su Ley, y que os juzgará segun ella; se desvanecerán todas las mitigaciones, todas las vanas interpretaciones, introducidas por la costumbre, ó inventadas por una falsa ciencia; las disparará todas el resplandor de la Ley; caerán las vanas salidas con que habian alhagado al pecador; y el legislador irritado exáminará casi con mas rigor las falsas interpretaciones que habian alterado su pureza, que las transgresiones manifiestas con que habia sido violada; será un Juez encargado de los intereses de la gloria de su Padre contra el pecador, establecido para juzgar entre Dios y el hombre; y este dia será el dia de su zelo por el honor de la Divinidad contra los que no la hayan tributado el honor que la es debido: será un Salvador que os manifestará sus llagas para echaros en cara vuestra ingratitude: quanto ha hecho por vosotros se volverá contra vosotros; su Sangre, precio de vuestra salud, levantará su voz, y pedirá vuestra perdicion; y el desprecio de sus favores se contará entre vuestros mayores delitos: será el escrutador de los corazones, á cuya vista se manifestarán los mas ocultos consejos y los mas secretos pensamientos. Finalmente, será un Dios de una magestad terrible, en cuya presencia se desharán los cielos, se confundirán los elementos, se trastornará toda la naturaleza, y se hallará el pecador solo, y precisado á sufrir su exámen y el terror de su presencia.

Ved aquí, pues, las circunstancias de este terrible exá-

exámen. Primeramente, será el mismo respecto de todos los hombres. *Et congregabuntur ante eum omnes gentes,* (a) dice otro Evangelista. No se atenderá ni á la diferencia de siglos, de edades, de países, de condiciones, de nacimiento, ni de temperamento: y como el Evangelio por donde habeis de ser juzgados es la Ley de todos los tiempos, de todos los estados, y que propone unas mismas reglas al noble y al plebeyo, al Príncipe y al Vasallo, á los Grandes y al Pueblo, al solitario y al que vive entre los negocios del mundo, al fiel que vivia en el fervor de los primeros tiempos, y al que ha tenido la desgracia de vivir en la relajacion de estos siglos, no habrá distincion alguna en el modo de exáminar á los culpados. Las excusas fundadas en la dignidad, en el nacimiento, en los peligros de su estado, en las costumbres de su siglo, en la debilidad del temperamento serán vanas, no se admitirán; y el justo Juez pedirá entonces tan exácta cuenta acerca de la castidad, de la modestia, de la ambicion, del perdon de las ofensas, de la negacion de sí mismo, de la mortificacion de los sentidos, al Griego como al Barbaro, al pobre como el rico, al que vivió en el mundo, como al que vivió en la soledad, al Príncipe como al simple Ciudadano; finalmente á los Christianos de estos últimos tiempos, como á los primeros discipulos del Evangelio. *Et congregabuntur ante eum omnes gentes.*

Oh vanos juicios de la tierra, qué habeis de hacer entonces tan extraordinariamente confundidos! Qué poco caso haremos de la nobleza de la sangre, de la gloria de nuestros mayores, del resplandor de la reputacion, de la distincion de los talentos, y de todos los pomposos títulos con que acá en la tierra procuran los hom-

(a) *Matth. 25. v. 32.*

bres exaltar su bajeza, y sobre los que fundan tantas distinciones y privilegios: quando veamos en aquel monton de culpados al Soberano confundido con el esclavo, los grandes con el Pueblo, los cabios puestos sin orden entre los ignorantes y simples, los Dioses de la Guerra, aquellos hombres invencibles y gloriosos, que habian llenado el mundo con el ruido de su nombre, puestos al lado del rústico, del labrador. ¡Oh Dios mio! Vos solo teneis la gloria, el poder, la inmortalidad; los demas titulos de sobervia serán destruidos y aniquilados con el mundo que los inventó, y cada uno parecerá rodeado solamente de sus obras.

En segundo lugar. Este exámen será universal; esto es, se harán en él presentes todas las edades y todas las circunstancias de nuestra vida, las flaquezas de la niñez, que se os han olvidado; los excesos de la juventud, en la que casi todos los instantes fueron otros tantos delitos; la ambicion y cuidados de una edad mas madura; la obstinacion y los pesares de una vejez, acaso lasciva. ¡Qué espanto, Católicos, quando volviendo á pasar por las diversas scenas que habeis representado en el mundo, os halleis en todas profano, disoluto, voluptuoso, sin virtud, sin penitencia, sin buenas obras, sin haber pasado por todos estos estados mas que para juntar mayor tesoro de indignacion, y habiendo vivido en todos como si todo hubiera de morir con vosotros!

La variedad de sucesos que acá en la tierra se suceden unos á otros, y que dividen nuestra vida, no fijan nuestra atencion mas que á lo presente, y no nos permiten que nos acordemos de ella toda entera, ni que veamos todo lo que somos; nunca registramos mas de lo que nos ofrece nuestro estado presente; la última situacion es siempre por la que juzgamos de nosotros mismos. Un pensamiento de salvacion con que Dios nos favorece alguna vez calma en nosotros la

insensibilidad de muchos años: un dia empleado en ejercicios de piedad nos hace olvidar toda una vida delinquente: el confesar nuestros pecados en el tribunal de la penitencia, los borra de nuestra memoria, y nos olvidamos de ellos como si nunca los hubieramos cometido: en una palabra, nunca vemos mas que lo presente del estado de nuestra conciencia: pero delante del terrible Juez todo se presentará junto, se manifestará la historia toda entera: desde el primer pensamiento que formó vuestro corazon, hasta su último suspiro, todo se pondrá á la vista. Aquí se reunirán todas las iniquidades repartidas por las diferentes edades de vuestra vida, sin que se oculte ni una acción, ni un deseo, ni un pensamiento, ni una palabra; ¿pues qué será de nuestras obras quando están contados hasta nuestros cabellos? Veremos revivir toda la carrera de nuestros años, que estaba como aniquilada para nosotros, y que no obstante vivia en la presencia de Dios: hallaremos en ella, no las historias perecederas en que debian conservarse para la posteridad nuestras vanas acciones; no aquellas relaciones lisongeras de nuestras militares hazañas, y de aquellos admirables sucesos que habian llenado tantos volúmenes, y agotado tantas alabanzas: no aquellas memorias publicas, en que estaba señalada la elevacion de nuestro nacimiento, la antigüedad de nuestro origen, la gloria de nuestros antepasados, las dignidades que los condecoraron, el lustre que nosotros hemos añadido á su nombre, y toda la historia, por decirlo así, de las ilusiones y errores humanos: esta inmortalidad tan ponderada que nos prometiamos, será sepultada entre las ruinas del universo; pero al mismo tiempo veremos la historia mas terrible y mas exácta de nuestro corazon, de nuestro espíritu, de nuestra imaginacion; esto es, aquella parte interior é invisible de nuestra vida, tan desconocida á nosotros

mis-

mismos como á los demás hombres.

Sí, Católicos, además de la historia exterior de nuestras costumbres, que toda se hará presente, lo que mas nos admirará será la historia secreta de nuestro corazón, que entonces se manifestará toda entera á nuestra vista; de este corazón que nunca habíamos sondeado ni conocido; de este corazón que sin cesar se nos ocultaba á nosotros mismos, y que con nombres especiosos nos disfrazaba la vergüenza de sus pasiones; de este corazón, cuya grandeza, rectitud, magnificencia, desinterés, y bondad tanto habíamos ponderado; á quien el público error y la adulacion habían mirado como tal, y que nos habia colocado sobre los demás hombres. Tantos vergonzosos deseos que apenas se habian formado, quando procurabamos ocultarlos aun á nosotros mismos; tantos ridículos proyectos de fortuna y elevacion, alhagueños errores á que nuestro corazón engañado se entregaba sin cesar; tantas envidias ruines y secretas, las que por soberbia disimulabamos, siendo, no obstante, como eran, el principio invisible de toda nuestra conducta; tantas disposiciones pecaminosas, que mil veces nos induxeron á desear el que fuesen eternos, ó que quedasen sin castigo los deleites de los sentidos; tantos odios y rencores que corrompieron nuestro corazón, aun sin saberlo nosotros: tantos pensamientos obscenos y viciosos, de los que con tanta gracia nos gloriabamos: tantos proyectos infames, á los que solo faltó la ocasion, de los que no hicimos caso, porque no salieron de nuestro corazón; en una palabra, aquella variedad de pasiones que siempre se sucedieron unas á otras en nuestro interior. Todo esto es lo que se manifestará á nuestra vista. Veremos salir, dice San Bernardo, como de una emboscada, delitos sin número, de los que nunca nos habíamos creído culpables. *Prodiunt ex improviso, & quasi ex insidiis.* Seremos manifes-

ta-

tados á nosotros mismos, se nos hará entrar en nuestro corazón, en el que nunca habíamos habitado. Una repentina luz iluminará este abismo; se revelará este misterio de iniquidad, y veremos que lo que mas ignorabamos de nosotros era á nosotros mismos.

A el exâmen de los males que hemos hecho sucederá el de los bienes que dexamos de hacer. Se nos acordarán entonces las infinitas omisiones de que ha estado llena nuestra vida, y de las que ni aun remordimientos habíamos tenido: tantas circunstancias en que por nuestro carácter estabamos obligados á dár gloria á la verdad, y en que la hicimos traicion por viles intereses, ó por condescendencias indignas; tantas ocasiones de hacer bien como Dios nos habia presentado, y las despreciabamos casi siempre: tantas ignorancias culpables y voluntarias, por haber temido siempre á la luz, y huido de los que nos podian instruir; tantos sucesos tan propios para abrirnos los ojos, y que solo sirvieron de aumentar nuestra ceguera; tanto bien como pudieramos haber hecho con nuestros talentos ó exemplo, y le hemos estorvado con nuestros vicios; tantas almas á quienes con nuestras liberalidades huvieramos podido conservar en la inocencia, y las hemos dexado perecer, por no haber querido cercenar nada de nuestras profusiones; tantos delitos como huvieramos podido hacer evitar á nuestros inferiores ó iguales con reprehensiones discretas y consejos utiles, los que la indolencia, la cobardia, ó acaso otros fines mas culpables, nos han hecho suprimir; tantos dias, tantos instantes como huvieramos podido aprovechar para el cielo, pasados inutilmente y en una indigna ociosidad. Y lo mas terrible es, que esta será la parte mas inocente de nuestra vida que se presente á nuestra vista, y que á lo mas ofrece un gran vacío á nuestra memoria.

¡Qué pesar entonces para el alma infiel, el ver tantos dias perdidos, sacrificados á la inutilidad y al mundo

do que ya pereció; quando un solo instante consagrado á un Dios, fiel en sus promesas, hubiera podido merecerla la felicidad de los Santos! ¡El ver tantas bajezas, tantos rendimientos por unos bienes y una fortuna miserable, que no habian de durar mas que un instante, quando una sola violencia sufrida por Jesu-Christo hubiera podido asegurarla un reyno inmortal! ¡Qué pena el ver que no hubiera tenido necesidad de tantos cuidados ni de tantos trabajos para salvarse, como ha padecido para perderse; y que un solo día de esta larga vida de los que empleó para el mundo, le hubiera bastado para la eternidad!

A este exâmen sucederá, en quarto lugar, el de las gracias de que habeis abusado; tantas inspiraciones santas despreciadas, ó mal obedecidas; tantos cuidados y atenciones de la divina Providencia con vuestra alma, inutilizados; tantas verdades como os hemos predicado, que en otros fieles han obrado la penitencia y la salud, y siempre han caido en vano en vuestros corazones; tantos contratiempos y aflicciones como os envió el Señor para llamaros á sí, de las que no quisisteis aprovecharos; tantos dones, aun de naturaleza, que debian fundar en vosotros esperanzas de virtud, y de que os valisteis para fomentar vuestros vicios. ¡Ah! Si el siervo inutil solo por haber escondido su talento fue arrojado á las tinieblas exteriores, ¿qué perdon podreis esperar vosotros que recibisteis tantos, y los habeis empleado todos contra la gloria del Señor que os los entregó?

¿Qué cuenta tan terrible será esta? Jesu-Christo os pedirá el precio de su sangre: os quejais algunas veces de que Dios no hace bastante por vosotros; que os hizo nacer flacos, y de un temperamento de quien no sois dueños, y no os dá los auxilios necesarios para resistir á las ocasiones en que estais metidos! ¡Ah! y cómo vereis entonces que toda vuestra vida ha sido un continuo abuso de sus dones! Vereis como entre tan-

tas Naciones infieles que no le conocian, fuisteis los privilegiados, ilustrados, llamados á la fé, mantenidos con la doctrina de la verdad, y con la virtud de los Sacramentos, socorridos continuamente con sus inspiraciones, y gracias. Os admiraréis al ver quanto ha hecho Dios por vosotros, y lo poco que vosotros habeis hecho por Dios. Vuestras quejas se mudarán en una confusion profunda, que no hallará mas consuelo que la desesperacion.

Hasta ahora el justo Juez solo os ha examinado de los delitos que son propios vuestros. Pero qué será quando éntre en cuenta con los pecados ágenos, de que fuisteis ocasion ó causa en vuestros proximos, y que por consiguiente se os han de imputar? ¡Qué nuevo abismo! Os presentarán todas las almas á quienes fuisteis motivo de ruina ó de escandalo; todas las almas á quienes vuestras conversaciones, vuestros consejos, vuestros exemplos, vuestras sollicitaciones, vuestras inmodestias precipitaron con vosotros en una perdicion eterna; todas las almas cuya flaqueza engañasteis, cuya inocencia corrompisteis, cuya fé pervertisteis, cuya virtud trastornasteis, cuyo libertinage autorizasteis, cuya impiedad asegurasteis con vuestras persuasiones, ó con el exemplo de vuestra vida. Jesu-Christo de quien son, y que las rescató con su sangre, os las pedirá como su mas estimada herencia, como su mas preciosa conquista, que injustamente le habeis usurpado. Y si el Señor señaló á Cain con una señal de reprobacion quando le pidió cuenta de la sangre de su hermano, juzgad con qué señal os marcará quando os pida cuenta de su alma.

Pero aun no es esto todo. Si fuisteis hombre de República y autoridad, ¿quántos abusos autorizados! ¿quántas injusticias disimuladas! ¿quántas obligaciones sacrificadas, ó á vuestros intereses, ó á las pasiones é intereses ágenos! ¿quántas acepciones de personas contra



la equidad; y la conciencia! ¡ cuántas injustas empresas aconsejadas! ¡ Y aun acaso, cuántas guerras, cuántos desordenes, cuántos males públicos de que fuisteis, ó el autor, ó el indigno ministro! ¡ Vereis que vuestra ambicion ó vuestros consejos fueron como la fatal raíz de una infinidad de desgracias y calamidades de vuestro siglo; de males que se perpetúan y pasan de padres á hijos; y os admirareis al vér que vuestras iniquidades han vivido mas que vosotros, y que aun mucho tiempo despues de vuestra muerte erais culpable en la presencia de Dios de una infinidad de delitos y desordenes que sucedian en la tierra! Aquí es, Católicos, donde se conocerá el peligro de los cargos públicos, los precipicios que rodean aun al mismo trono, los escollos de la autoridad, y con quanta razon llama felices el Evangelio á los que viven en la obscuridad de una condicion privada; con quanta prudencia nos inspiraba la Religion el horror á la ambicion, la indiferencia á las grandezas de la tierra, el desprecio de lo que solo es grande á los ojos de los hombres, y nos aconsejaba el no amar sino lo que siempre debe amarse.

¿ Pero os parece que si estais libres de todos estos vicios que se acaban de referir, aplicados ya há mucho tiempo á las obligaciones de la vida christiana, que no os tocará este terrible juicio, ó á lo menos que os presentareis en él con mas confianza que el alma delinquente? Sin duda que sí, Católicos, este día será el día del triunfo, y de la gloria de los Justos; el día que justificará los tan ponderados excesos de retiro, de mortificacion, de modestia, y delicadeza de conciencia, que tanto habia censurado el mundo, y de que tanto se habia burlado; sin duda se presentará el Justo ante este terrible tribunal con mayor confianza que el pecador; pero con todo eso parecerá en él, y serán juzgadas hasta sus mismas buenas obras; vuestras virtudes, vuestras obras santas serán expuestas á este exámen riguroso.

El mundo que muchas veces niega los elogios debidos á la virtud mas verdadera, suele algunas veces darlos con ligereza á las apariencias de virtud. Muchos Justos hay que se engañan á sí mismos, y que solo deben este nombre á la reputacion y error público: por eso dice el Señor, no solo visitaré á Tyro, y Sidón en el día de mi furor, esto es, á los pecadores, cuyos delitos parece los confunden con los Infieles y habitantes de Tyro, y de Sidón, sino que llevaré la luz de mis juicios hasta Jerusalén; esto es, exáminaré, inquiriré, sondearé los motivos de aquellas obras santas que parecian igualaros con las almas mas fieles de la santa Jerusalén: *Scrutabor Jerusalem in lucernis.* (a)

Registraré hasta el primer motivo de aquella conversion que tanto ruido hizo en el mundo, y veré si acaso fue su raíz alguna desesperacion secreta, la decadencia de la edad ó de la fortuna, algunos ocultos fines de favor y elevacion, y no el horror al pecado, y el amor á la Justicia: *Scrutabor Jerusalem in lucernis.*

Cotejaré las liberalidades con los pobres, las visitas de misericordia, el zelo de las obras de piedad, y la proteccion concedida á mis siervos, con las complacencias, los deseos de estimacion, la ostentacion, los fines humanos que las han inficionado; y acaso hallaré que mas son frutos de la vanidad, que efectos de la gracia, y obra de mi espiritu: *Scrutabor, &c.*

Lamaré á juicio aquella frecuencia de Sacramentos, de oraciones, de santos ejercicios de que hicisteis costumbre, sin que en vosotros despertase movimiento alguno de compuncion, y entonces sabreis como la tibieza, la negligencia, el poco fruto que los acompañaba

(a) *Sophon. I. v. 12.*

ba, eran en mi presencia otras tantas infidelidades, por las que sereis juzgados sin misericordia: *Scrutabor, &c.*

Examinaré aquel retiro del mundo y de los deleites, aquella singularidad en vuestra conducta, aquella afectación de modestia y gravedad; y acaso hallaré que mas provenia de humor, de temperamento, y de pereza, que de fe; y que en una vida mas regular, y mas retirada, al juicio de los hombres, todavia conservabais todo vuestro amor propio, toda la pasión á vuestro cuerpo, todas las delicias de la sensualidad, y en una palabra, todas las inclinaciones de las almas mundanas: *Scrutabor, &c.*

Registraré exáctamente aquel fingido zelo de mi gloria, que tanto os hacia gemir por los escandalos que veáis; que os movia á condenarlos con tanta satisfaccion y confianza, y á declamar tan vivamente contra los desórdenes y flaquezas de vuestros hermanos; y acaso este zelo, á mi vista, no será mas que una aspereza de genio, una malignidad del natural, una inclinacion á censurar y maldecir, un zelo indiscreto, zelo de ostentacion y de vanidad; y lejos de parecer en mi presencia zeloso de mi gloria, y de la salvacion de vuestros proximos, parecereis injusto, terrible, maligno y temerario. *Scrutabor, &c.*

Os pediré cuenta de aquellos prodigiosos talentos que empleasteis, al parecer, en mi gloria, y en la instruccion de los Fieles, que os grangearon las bendiciones de los Justos, y los aplausos aun de los mundanos; y acaso los obsequios, el deseo de la estimacion, y de aventajarse á los demás, y la complacencia en las alabanzas de los hombres no dexarán ver en vuestras obras mas que las obras de un hombre, y los frutos de la vanidad, y yo maldeciré estos trabajos, nacidos de tan perversa raíz. *Scrutabor, &c.*

¡Gran Dios! ¡Quántas de las obras con que yo habia contado se hallarán entonces muertas en vuestra presencia.

sencia! ¡Oh qué exámen tan terrible! De todas quantas acciones executamos por Vos, ¡qué pocas serán las que querréis tener por vuestras, y que sean juzgadas dignas de recompensa!

No infrais de aqui, Católicos, que es inutil el trabajar por la salvacion; pues parecé que el justo Juez solo intenta perder á los hombres; ¡qué es lo que decís! Al contrario, solo vino por salvarlos, y sus misericordias excederán á sus justicias. Lo que debéis inferir es, que si estas almas justas, á quienes tantas veces habeis acusado de exceso y de escrupulo en la práctica de las obligaciones de la vida christiana, como si en esto cometieran exceso, si estas almas puestas en la presencia de Dios parecerán tibias, sensuales, imperfectas, y acaso delinquentes; ¿qué será entonces de vosotros que vivís entre los peligros y placeres del mundo; que solo empleais los mas inutilés instantes de vuestra vida en obsequio de la Religion y de la salvacion; que apenas executais una obra de piedad en un año entero de disolucion é inutilidad? Si aun correrán peligro los que están cargados de buenas obras que poder presentar, vosotros que no podreis ofrecer mas que una vida mundana, ¿qué suerte debéis temer? Si al leño verde se le trata con tanto rigor, ¿qué sucederá al seco? Y si apenas se salva el Justo, el alma mundana (no digo el pecador, que ese ya está juzgado) que vive sin vicios ni virtudes, ¿cómo se atreverá á presentarse?

Muchas veces nos decís, Católicos, que vuestra conciencia no os acusa de delitos enormes; que no sois ni bueno ni malo, y que vuestro solo pecado es la indolencia y la pereza. ¡Ah, y cómo os conocereis en el Tribunal de Jesu Christol! Veréis que el testimonio de vuestra conciencia, que no os recorda de delito alguno, que no os ofrecia casi nada que decir al Confesor, era una ceguera terrible, á la que os habia

entregado la justicia de Dios. Vereis por el temor con que estarán los Justos, lo que debéis temer vosotros mismos, y si la confianza con que siempre vivisteis, era la paz de la conciencia buena, ó la falsa seguridad de la mundana.

¡Oh Dios mio! exclama San Agustín, ¡si pudiera yo ver ahora el estado de mi alma del mismo modo que me le manifestareis entonces! *¡O si jam nunc faciem peccatricis animæ liceret oculis corporis intueri!* ¿Si yo pudiera despojarme de estas preocupaciones que me ciegan, desconfiar de estos exemplos que me aseguran, de estas costumbres que me sosiegan, de estas alabanzas que me engañan, de esta elevación y estos títulos que me sacan de mí, de estos talentos que oscurecen mi vista, de estas condescendencias de un Director que me asegura, de este amor propio, que es la raíz de todos mis errores, y pudiera yo verme solo á vuestros pies, y á vuestra luz? ¡Oh Dios mio! ¿Qué horror tendria yo de mí mismo? *¡O si jam nunc faciem peccatricis animæ liceret oculis corporis intueri!* ¿Y qué medidas tomaria yo, confundiendome en vuestra presencia, para evitar la pública confusión de aquel temible dia, en que se manifestarán los consejos del corazón, y los mas secretos pensamientos? Porque, Católicos, no solo se hará presente el pecador á sí mismo, sino que se manifestará tambien á todas las criaturas.

## SEGUNDA PARTE.

**D**Os desordenes nacen en el mundo de la inevitable confusión de los buenos con los malos en la tierra. Primeramente, el vicio, con el favor de esta confusión, se oculta de la vergüenza pública que le es tan debida; y la virtud desconocida, no recibe los elogios que merece. En segundo lugar. Exáltado las mas veces el pecador, ocupa los primeros puestos; mientras

el Justo vive en el abatimiento, y está hollado á sus pies como un esclavo. En este dia se manifestarán dos cosas que repararán estos dos desórdenes. Primeramente, se distinguirán los Justos de los pecadores por la pública manifestacion de su conciencia. En segundo lugar. Se distinguirán de los Justos en el estar separados de ellos, y en la diferencia de los lugares y puestos que les serán señalados en los ayres: *Et separabit eos ab invicem, sicut Pastor segregat oves ab hædis.* (a) Estadme atentos.

Para compehender bien toda la confusion que padecerá el alma pecadora, quando sea manifestada á todas las criaturas, y expuestos al público aún sus mas secretos vicios, no hay mas que atender, primeramente al número y carácter de los que han de ser testigos de su vergüenza: En segundo lugar, al cuidado que ella habia tenido de ocultar sus flaquezas y disoluciones á los ojos de los hombres quando vivia en la tierra: En tercer lugar finalmente, á las qualidades personales; que harán aún mas profunda y molesta su confusion.

Figuraos aquí, Católicos, al alma delinqüente ante el Tribunal de Jesu-Christo, rodeada de Angeles y de hombres: los Justos, los pecadores, sus parientes, sus súbditos, sus Señores, sus amigos, sus enemigos, todos mirándola atentamente; presentes al terrible exámen que el Justo Juez hará de sus acciones, de sus deseos, y de sus pensamientos, obligados, aunque por fuerza, á asistir á su Juicio, y á ser testigos de la justa sentencia que contra ella pronunciará el Hijo del Hombre: la faltarán al alma infiel en este dia todos los remedios que acá en la tierra pueden aliviar la mas terrible confusion.

(a) *Matth. 25. v. 32.*

Tom. I.

L

*Primer remedio.* Acá en la tierra quando hemos cometido algun delito que nos ha hecho caer en desprecio, todo pasa en la presencia de cierto número de testigos, que se hallan en nuestra nacion, ó en los lugares de nuestro nacimiento: despues podemos apartarnos de ellos para no tener continuamente á nuestra vista la memoria y el argumento de nuestra pasada vergüenza: podemos mudar domicilio, y buscar en otra parte, entre hombres desconocidos, la reputacion que ya habiamos perdido. Pero en este gran dia todos los hombres justos oirán la historia secreta de vuestras costumbres y de vuestra conciencia; no podreis ir á ocultaros de la vista de los asistentes, buscar nuevas regiones, ni huir á los desiertos como Caín: Cada uno estará quieto é immobil en el lugar que se le hubiere señalado, teniendo escrita en su frente la sentencia de su condenacion, y toda la historia de su vida, con la precision de sufrir las miradas de todo el Universo, y la vergüenza de sus flaquezas. No habrá entonces lugar separado en donde poderse ocultar de la vista del público. La luz de Dios, la sola gloria del Hijo del Hombre llenará el cielo y la tierra, y en los vastos espacios que os rodearán no descubrireis mas que los ojos atentos de todos los que os miran, *et cetera*

*Segundo remedio.* Acá en la tierra, aún quando es pública nuestra vergüenza, y hemos sido degradados de nuestro honor para con los hombres, siempre se hallan á lo menos algunos pocos amigos que nos favorezcan, cuya estimacion y trato nos alivia en algun modo del público desprecio, y cuya benignidad nos ayuda á sufrir los furores de la pública censura. Pero en este dia la presencia de nuestros amigos será el objeto mas insufrible á nuestra vergüenza: si son pecadores como nosotros, nos echarán en cara nuestros comunes placeres, y nuestros exemplos, en los que acaso hallaron el primer escollo de su inocencia: si son Justos, como la

vis-

vista de los Santos es sencilla, y nos tuvieron siempre por hijos de luz, nos echarán en cara el que abusamos de su buena fé, y el que engañamos su amistad; amabais al Justo, nos dirán, y aborreciais la justicia; protegiais la virtud, y en vuestro corazon colocabais sobre el trono al vicio; amabais en nosotros la rectitud, la fidelidad, la seguridad que no hallabais en vuestros amigos mundanos, y no buscabais al Señor que formaba en nuestro corazon todas estas virtudes. ¡Oh! ¡Es posible que el Autor de todos nuestros dones no mereciese ser mas amado y mas buscado que nosotros!

Y ved aqui el *tercer remedio* que faltará á la confusion del alma pecadora. Porque, caso que acá en la tierra no hallemos amigos que se interesen en nuestras desgracias, á lo menos hay muchas personas indiferentes á quienes no ofenden nuestros defectos, y no se declaran contra nosotros. Pero en aquel terrible dia no habrá quien nos mire con indiferencia. Los Justos que tanto sienten en este mundo las calamidades de sus próximos, que son tan ingeniosos para buscar excusas á sus defectos, ó á lo menos para cubrirlos con el velo de la caridad, y minorarlos á vista de los hombres, quando no pueden hallar alguna aparente excusa; los Justos, desnudos entonces, á imitacion del Hijo del Hombre, de aquella benignidad, de aquella misericordia de que habian usado en la tierra con sus próximos, silvarán al pecador, dice el Profeta, le insultarán, y pedirán al Señor que le castigue para venganza de su gloria; se pondrán de parte de su zelo y de su justicia, y dirán burlándose: Ved al hombre que no quiso poner su confianza en el Señor, y que quiso mas confiar en la vanidad y en la mentira (a): *Ecce homo, qui non posuit Deum adiutorem suum.* Ved al insensato, que

(a) Psalm. 51. v. 9.

que creía ser él solo sabio en la tierra, que tenía por locura la vida de los Justos, y se fiaba en el favor de los Grandes, en la vanidad de los Títulos y Dignidades, en la extensión de sus posesiones y dominios, en la estimacion y alabanza de los hombres, apoyos de barro que habian de perecer con él. ¿Donde están ahora aquellos Señores, aquellos Dioses de carne y sangre á quienes habia sacrificado su vida; sus cuidados y trabajos? Vengan aqui á aliviarle y defenderle; vengan á libertarle de los males que le amenazan; ó por mejor decir, á librarse ellos de la condenacion que los espera: *Ubi sunt Dii eorum in quibus habebant fiduciam? Surgant, & opitulentur vobis, & in necessitate vos protegant.* (a) Los pecadores no se compadecerán ya de su desgracia; los aborrecerán con tanto horror como á sí mismos; la compañía en la infidelidad que debía unirlos, no será mas que un odio eterno que los separe, una insensibilidad bárbara que solamente engendrará en su corazón pensamientos de crueldad y de furor para con sus próximos, y aborrecerán en los otros los mismos delitos que son causa de sus penas. Finalmente, los hombres que vivían mas lejos de nosotros, las Naciones mas bárbaras á quienes no habia sido anunciado el Nombre de Jesu-Christo; llegando entonces, aunque tarde, al conocimiento de la verdad, se levantarán contra vosotros, y os arguirán diciendo, que si los prodigios que Dios obró, aunque en vano, con vosotros, los hubiera obrado con ellos, que si hubieran sido ilustrados como vosotros con las luces del Evangelio, y fortalecidos con los socorros de la Fé y de los Sacramentos, hubieran hecho penitencia, *in cinere, & cilicio*, y se hubieran aprovechado para su salvacion de las gracias de que vosotros habeis abusado para perderos eternamente.

(a) Deut. 32. v. 37. 38.

Tal

Tal será la confusion del alma reprobada: maldecida de Dios, verá al mismo tiempo que es el desprecio del cielo y de la tierra, el oprobrio y anathema de todas las criaturas; aún las inanimadas, á quienes obligó á que sirviesen á sus pasiones, y que gemian, como dice San Pablo, con la esperanza de librarse de esta vergonzosa servidumbre, se levantarán contra ella á su modo. El Sol, de cuya luz habia abusado, se oscurecerá como para no alumbrar mas á sus delitos. Los Astros desaparecerán, como para decirle que bastante tiempo han sido testigos de sus injustas pasiones. Se abrirá la tierra debajo de sus pies, como para arrojar de su seno á un monstruo á quien ya no podia sufrir. Y todo el Universo, dice el Sabio, se armará contra él para vengar la gloria de su Señor á quien ultrajó: *Et pugnabit pro eo orbis terrarum contra insensatos.* (a) ¡Oh! Acá deseamos tanto ser compadecidos en nuestras desgracias, que la sola indiferencia nos enfada é irrita; y allá no solo estarán cerrados todos los corazones á nuestros males, sino que todos los que estén presentes nos insultarán, y no tendrá el pecador mas recurso que su confusion, su desesperacion, y sus delitos. Esta es la primera circunstancia de la confusion del alma pecadora; la que consiste en la multitud de los testigos.

La segunda se infiere del cuidado que habia tenido el pecador mientras vivió en la tierra de disfrazarse á la vista de los hombres: porque, Católicos, el mundo es un gran Teatro donde cada uno representa un personage fingido: como estamos llenos de pasiones, y éstas siempre tienen en sí alguna cosa ruin y despreciable, todo nuestro cuidado consiste

(a) Sap. 5. v. 21.

en ocultar la ruindad, y dar á entender lo que no somos. La iniquidad es siempre engañosa y disimulada: toda vuestra vida, ¡oh vosotros particularmente que me escuchais, y que mirais los dobleces de vuestra intencion como la ciencia del mundo, y de la Corte! toda vuestra vida no fue mas que un continuo disfraz y artificio: aún vuestros mas sinceros é íntimos amigos no os conocian perfectamente; á todos os ocultabais, mudabais de aspecto, de dictámen, y de inclinación segun las ocasiones y calidad de aquellos á quienes queriais agradar: de este modo os habiais acreditado de sabio y de prudente, y en este dia no se verá mas que una alma vil, sin rectitud, sin verdad, y cuya mayor virtud fue ocultar su indignidad y su bajeza.

¡Tú tambien, alma infiel, á quien un sexò mas zeloso del honor te hizo tan cuidadosa en ocultar tus flaquezas á la vista de los hombres! ¡Tú, que con tanta destreza te librabas de la verguenza de ser sorprendida, que tan de lejos y con tanta seguridad tomabas tus medidas para engañar la vista de un esposo, la vigilancia de una madre, y aun acaso la buena fé de un Confesor; que qualquiera accidente que hubiera frustrado tus precauciones y artificios te hubiera costado la vida; considera que son inútiles todos estos cuidados, que no cubres tus desórdenes, dice el Profeta, mas que con una tela de araña, la que con solo el aliento de su boca romperá el Hijo del Hombre en este gran dia. Yo juntaré, dice el Señor, al rededor de tí, en presencia de todas las Naciones, á todos los amantes profanos: *Congregabo super te omnes amatores tuos.* Verán aquella eterna continuacion de ficciones, de artificios, y de ruindades; aquel vergonzoso comercio de protestas y juramentos de que te valias para contentar á un mismo tiempo muchas pasiones, y hacer que se durmiesen en su credulidad;

las

las verán, y registrando hasta la raiz las fingidas expresiones que los hacias, hallarán que no nacieron de su mérito, como se lo quisiste persuadir, sino de tu perverso caracter, de un corazon naturalmente inclinado á la disolucion, quando al mismo tiempo te preciabas de tenerle tan noble y tan sincero, que nada sino el mérito podia moverle: *Congregabo super te omnes amatores tuos; (a) & videbunt omnem turpitudinem tuam.* Y todo esto pasará á vista de todo el Universo; de tus amigos, los que conservaste con una apariencia de modestia; de tus parientes, los que ignoraban su deshonor; de un Confesor á quien siempre engañaste; de un esposo que vivia muy satisfecho de tu fidelidad: *Et videbunt omnem turpitudinem tuam.*

¡O Dios mio! ¿Qué abismos podrá entonces haber en la tierra tan profundos, que le parezcan al alma infiel suficientes para esconderse? En el mundo no ven los hombres en nuestros vicios mas que la exterioridad y los escándalos, y aún esta confusion nos es comun con los que todos los dias se hallan culpados de los mismos delitos; pero en el Tribunal de Jesu-Cristo se verán vuestras flaquezas en vuestro mismo corazon; esto es, su nacimiento, sus progresos, sus mas secretos motivos, y mil circunstancias vergonzosas y personales, que os ocasionarán mas sorrojo, que los mismos delitos. Esta será para vosotros una confusion particular, que no dividireis con nadie; *Et videbunt omnem turpitudinem tuam.*

Finalmente, la última y mas terrible circunstancia de la verguenza del pecador serán sus qualidades personales.

Pasais plaza de amigo fiel, sincero, generoso, y entonces se verá que erais infame, pérfido, interesado, sin fé, sin honra, sin probidad, y sin conciencia. Habiais

(a) *Ibid.*

biais pasado plaza de una alma superior á las flaquezas vulgares, y manifestareis entonces las mas indignas bajezas, y ciertos lances en que el alma mas vil se hubiera muerto de vergüenza. Os miraban en el mundo como á un hombre íntegro, y de incontrastable rectitud en la administracion de vuestro empleo; acaso esta fama os grangeó nuevos honores y la confianza del público, mientras que abusabais de la credulidad de los hombres: ese exterior de equidad ocultaba una alma iniqua y vil, y la fortuna y el interés habian mil veces hecho traicion. en vuestro interior á vuestra fidelidad, y corrompido vuestra inocencia. Pareciais adornado de santidad y de justicia; os manifestabais siempre semejante á los Justos, os tenian por amigo de Dios y fiel observador de su Ley; y no obstante, vuestro corazon no era recto en la presencia del Señor. Cubriais con el velo de la Religion una conciencia manchada, y muchos misterios de ignominia. Caminabais pisando las cosas santas, para llegar con mas seguridad á vuestros fines. ¡ Ah! que en este dia de revelacion vais á ver cómo se desengaña todo el Universo! Los que os vieron en la tierra, admirados de vuestra nueva saerte, buscarán al hombre Justo en el réprobo; la esperanza del hipócrita será entonces confundida; gozasteis injustamente de la estimacion de los hombres; pero entonces seréis conocido, y Dios quedará vengado. Finalmente, ¿pero cómo me he de atrever á decirlo aqui, ni revelar la vergüenza de mis hermanos? Si acaso erais dispensador de los Santos Misterios, y ensalzado en dignidad en el Templo de Dios; si se os habia entregado el depósito de la Fé, de la Doctrina, y de la Piedad; si os presentabais todos los dias en el Santuario, revestido de las terribles señales de vuestra dignidad, ofreciendo dones puros y sacrificios sin mancha; si se os confiaba el secreto de las conciencias, si confortabais en la fé á los débiles, si hablabais de la sabiduria entre los perfectos, y bajo el velo

mas

mas augusto y santo de la Religion ocultabais las mayores execraciones de la tierra; si erais un impostor, un hombre de pecado, sentado en el Templo de Dios: si enseñabais á los otros sin saberos enseñar á vos mismo; si inspirabais el horror á los Idolos, y contabais vuestros dias por vuestros sacrilegios: ¡ Ah! Por último se manifestará el misterio de iniquidad, y os conocerán por lo que siempre fuisteis, anathema del cielo, y vergüenza de la tierra. *Et videbunt omnem turpitudinem tuam.*

Esta es, Católicos, la confusion que cubrirá al alma reprobada, y esta no será de poca duracion. En el mundo lo mas penoso que se experimenta en una culpa es la primera vergüenza; el ruido se desvanece poco á poco, otras nuevas aventuras ocupan el lugar de las nuestras, y la memoria de nuestras caidas parece con el ruido que las habia publicado; pero en aquel gran dia quedará eternamente la vergüenza con el alma pecadora; no acaecerán despues otros sucesos que hagan perder de vista sus delitos, y su oprobrio; no habrá mas mudanza, todo permanecerá fijo y eterno. Lo que se hubiere manifestado ante el Tribunal de Jesu-Christo estará patente para toda la eternidad; aun el caracter de las penas publicará sin cesar la naturaleza de los delitos, y su vergüenza se renovará cada dia con sus tormentos. Católicos, inútiles son aqui las reflexiones. Si ha quedado aun en vosotros alguna fé, á vosotros toca registrar vuestras conciencias, y tomar desde ahora las medidas para poder sufrir la manifestacion de este terrible dia.

Pero despues de haberos explicado la confusion pública que cubrirá al pecador, quisiera poder exponeros aqui cuál será la gloria y el consuelo del verdadero Justo, quando se hagan patentes á la vista del universo los secretos de su conciencia, y todo el misterio de su corazon; de aquel corazon, cuya hermosura ocul-

Tomo I.

M

12

ta á los ojos de los hombres, solo era conocida de Dios; de aquel corazon en quien siempre creyó ver manchas é impurezas, habiéndole su humildad ocultado toda su santidad é inocencia; de aquel corazon en quien solamente habitó Dios, y á quien siempre procuró adornar y enriquecer con sus dones y sus gracias! ;Qué nuevas maravillas vá á presentar á la vista de todo el universo este divino Santuario, tan impenetrable hasta entonces, quando se corra el velo que le cubria! ;Qué fervorosos deseos! ;Qué secretas victorias! ;Qué sacrificios heroicos! ;Qué súplicas tan puras! ;Qué gemidos tan tiernos! ;Qué excesos de amor! ;Qué fè! ;Qué grandeza! ;Qué magnanimidad! ;Qué superioridad sobre los vanos objetos que forman todos los deseos y todas las esperanzas de los hombres! Entonces se verá que no habia en el mundo cosa mayor ni mas digna de admiracion que un verdadero Justo; y que estas almas á quienes teniamos por inútiles, porque lo eran para nuestras pasiones, cuya vida obscura y retirada despreciabamos, se verá entonces que lo que pasaba en el corazon de una alma fiel, era mas grande y admirable que los mayores sucesos de la tierra; que solo esto merecia ser escrito en los libros eternos, y que ofrecia á la vista de Dios un espectáculo mas digno de los Angeles y de los hombres, que las victorias y conquistas que llenan en el mundo la vanidad de las historias, á las que se levantan sobervios montimentos para eternizar su memoria, y serán miradas entonces como juegos pueriles, ó como el fruto de la vanidad, ó de las pasiones humanas. Este es el primer desorden que se reparará en aquel gran dia. El vicio escondido acá en la tierra de la pública vergüenza, y la virtud privada de los elogios que merece.

El segundo desorden que nace en el mundo de la confusion de los buenos con los malos es la desigualdad de sus condiciones, y el injusto trueque de sus suer-

tes.

tes. Sucede en el presente siglo lo que sucedia con la estatua, cuyo misterio explica Daniél; los Justos como un barro que se pisa, ó como un hierro endurecido con el fuego de las tribulaciones, no ocupan acá regularmente sino los puestos mas baxos y despreciables, pero los pecadores y mundanos, figurados en el oro y en la plata, objetos vanos de sus pasiones, se hallan casi siempre en la cabeza, y en los mas eminentes puestos; esto era un desorden, y aunque de este modo se exercitan los buenos, y se obstinan mas los pecadores; aunque esta confusion de bienes y males entra en el orden de la providencia; y aunque Dios se vale de caminos y medios impenetrables para conducir á sus fines al Justo y al pecador, con todo eso es preciso que el Hijo del Hombre lo restablezca todo: *Instaurare omnia in Christo*, (a) y que por último se vea la diferencia que se debe hacer entre el Justo y el impío, entre el que sirve al Señor, y el que le desprecia. *Quid sit inter justum, & impium, inter servientem Deo, & non servientem ei.* (b) Ved, pues, el espectáculo de este último dia; estableceráse el orden; los buenos serán separados de los malos; los unos colocados á la diestra, y los otros á la siniestra. *Et statuet oves quidem à dextris suis, hados autem à sinistris.* (c)

En primer lugar, será una separacion absolutamente nueva. Para daros el lugar que os pertenece en esta formidable scena, no os preguntarán vuestro nombre, vuestro nacimiento, vuestros títulos, ni vuestras dignidades. Esto no era mas que humo, que se fomentaba con el error público: solamente se exâminará si sois un animal inmundo, ó un cordero inocente. No será separado el

Prin-

(a) *Ephes. 1. v. 10.* (b) *Malach. 3. v. 18.* (c) *Math. 25. v. 33.*



Principe del vasallo, el noble del plebeyo; el pobre del rico, el Conquistador del vencido; solamente se separará la paja del grano, los vasos de honor de los de ignominia, los cabritos de las ovejas. *Et statuet oves quidem à dextris suis, hædos autem à sinistris.*

Veremos al Hijo del Hombre, que desde lo mas alto de la esfera registra con sus ojos los Pueblos y Naciones confundidas y juntas debaxo de sus pies, leyendo en este espectáculo la historia del universo, esto es, los vicios ó virtudes de los hombres. Veremosle como junta sus escogidos de las quatro partes de la tierra, como los escoge entre todas las lenguas, entre todos los estados, entre todas las Naciones: como reúne á los hijos de Israel derramados por la tierra: como refiere la historia secreta de un Pueblo santo y nuevo: como manifiesta al público los Heroes de la fé, desconocidos hasta entonces del mundo, sin distinguir los siglos por las victorias de los Conquistadores, por la fundacion ó decadencia de los imperios, por la política ó barbarie de los tiempos, por los grandes hombres que han florecido en cada edad; sino por los diversos triunfos de la gracia, por las victorias ocultas de los Justos contra sus pasiones, por el establecimiento de su reyno en su corazon, y por la heroyca firmeza de un fiel perseguido. Vereisle que muda la cara de todas las cosas, que cria un nuevo cielo y una nueva tierra, y que reduce esta infinita variedad de pueblos, de títulos, de condiciones, y de dignidades, á un pueblo santo, y á un pueblo reprobado. *Et statuet, &c.*

En segundo lugar, esta separacion será cruel. El padre será separado del hijo, el amigo de su amigo, el hermano de su hermano; se tomará uno, y se dexará otro. La muerte que nos arrebatara las personas mas queridas, y que nos hace arrojar tantos suspiros, y derramar tantas lágrimas, nos dexa á lo menos un consuelo en la esperanza de reunirnos con ellos algun dia; pero aqui la

separacion será eterna; ya no habrá mas esperanza de reunion; ya no habrá mas parientes, mas padre, mas hijo, mas amigo; ya no habrá mas vínculo que el de las eternas llamas, que nos unirán para siempre con los réprobos.

En tercer lugar, esta separacion será ignominiosa. Sentimos tanto un desayre, quando nos dexan olvidados en una ocasion de lucimiento; sentimos tanto quando en la distribucion de las gracias vemos á los subalternos llevarse los primeros puestos, dexando olvidados nuestros servicios, y que aquellos á quienes siempre habiamos tenido por inferiores, son elevados y puestos sobre nuestras cabezas; pero en aquel grande dia la preferencia será acompañada de las circunstancias de mayor desprecio para el alma pecadora. Vereis en medio de aquel universal silencio, entre aquella terrible esperanza en que estará cada uno de la decision de su suerte, á el Hijo del Hombre, que viene por los ayres trayendo en una mano coronas, y en la otra la vara de su furor; que llega y saca de vuestro lado á un Justo, cuya inocencia acaso calumniasteis con temerarios discursos, ó cuya virtud despreciasteis con graciosidades impías; á un fiel que acaso nació vasallo vuestro; á un Lázaro que os importunó inutilmente con la relacion de sus necesidades y miseria; á un competidor á quien siempre mirasteis con desprecio, y sobre cuyas ruinas os elevasteis con artificios y mañas. Vereis que el Hijo del Hombre le pone en su cabeza una corona de inmortalidad, le hace sentar á su diestra, al mismo tiempo que tú, como otro sobervio Amán, depreciado, humillado, y degradado, no tendrás á tu vista mas que el aparato de tu suplicio.

Si, Católicos. Quanto tiene de sensible un desayre se hallará en este. Un Salvage convertido á la fé, tendrá su asiento entre las ovejas; y el Christiano, heredero de las promesas de Jesu Christo, se quedará entre

tre los cabritos. El Lego se levantará como una aguililla acercándose al Señor, y el Ministro de Jesu-Christo quedará en la tierra cubierto de vergüenza y de oprobrio. El hombre del mundo pasará á la derecha, y el solitario á la izquierda. El prudente, el sabio, el investigador del siglo será arrojado al lado de los animales inmundos; y el idiota que ni aun responder sabia á las bendiciones comunes será colocado sobre un trono de gloria y de luz. Raab, muger pecadora, subirá á la Sion celestial con los verdaderos Israelitas; y la hermana de Moysés, la Esposa de Jesu-Christo, será separada del campo, y de las tiendas de Israel, y parecerá cubierta de una vergonzosa lepra. *Et statuet oves quidem à dextris suis, haec autem à sinistris.* Nada queis, Dios mio, que falte á la desesperacion del alma infiel. ¿No bastaria el oprimirla con el peso de su desgracia, sino que tambien la habeis de hacer padecer un nuevo suplicio en la felicidad de los Justos que la serán preferidos, quando los vea conducidos por los Angeles al seno de la inmortalidad?

¿Qué mutacion de scena en el universo, Católicos! Entonces arrancados todos los escandalos del Reyno de Jesu-Christo, y separados enteramente los Justos de los pecadores, formarán una nacion escogida, una generacion santa, y la Iglesia de los Primogenitos, cuyos nombres estaban escritos en el cielo. Entonces el comercio con los malos, que en la tierra les era inevitable, no molestará su fé, ni hará temblar á su inocencia. Entonces, no siendo su suerte comun con los infieles é hipócritas, no se verán precisados á ser testigos de sus delitos, y aun algunas veces, ministros involuntarios de sus pasiones. Entonces, rotos ya los lazos de sociedad y autoridad, ó de dependencia, que los unia acá en la tierra con los impíos y mundanos, no dirán con el Profeta: ¿Por qué, Señor, dilatais nuestro destierro y nuestra habitacion? Nuestra alma se seca de

dolor á vista de los delitos, y prevaricaciones con que está inficionada la tierra. Entonces, finalmente, sus llantos se mudarán en alegría, y sus gemidos en acciones de gracias. Pasarán á la diestra como ovejas escogidas, dexando la siniestra para los impíos. *Et statuet, &c.*

Dispuestas de este modo las cosas del universo, separados todos los Pueblos de la tierra, inmobil cada uno en el lugar que le haya tocado, pintado en el rostro de los unos el susto, el terror, la desesperacion, la confusion; y en el de los otros la alegría, la serenidad, la confianza: los Justos con los ojos levantados, mirando al Hijo del Hombre de quien esperan su libertad; los impíos mirando de un modo terrible hácia la tierra, y penetrando con su vista hasta el abismo, como señalando ya el lugar que los espera: el Rey de la Gloria, dice el Evangelio, puesto en medio de los dos Pueblos, se adelantará, y volviéndose hácia los que están á su derecha, con un semblante lleno de agrado y magestad, capaz él solo de consolarlos de todas las pasadas penas, les dirá: *Venid benditos de mi Padre á poseer el Reyno que os está preparado desde el principio del mundo.* (a) Los pecadores os miraron siempre como la mas inutil porcion de la tierra; sepan, pues hoy, que el mundo subsistia solamente por vosotros, que todo estaba hecho para vosotros, y que luego que estuvo completo vuestro número, todo se acabó. Salid por ultimo de la tierra en que siempre fuisteis extraños y pasajeros. Seguidme por los inmortales caminos de mi gloria y de mi felicidad, como me seguisteis en los de mis trabajos y fatigas. Vuestros trabajos han sido momentáneos, la felicidad de que vais á gozar será eterna. *Venite benedicti Patris mei possidere paratum vobis regnum à constitutione mundi.* (b)

(a) *Matth. 25. v. 34.* (b) *Ibid. &c.* (s)

Volviéndose despues hácia la izquierda, llenos sus ojos de furor y venganza, echando terribles miradas á una y otra parte, como rayos vengadores, sobre aquella multitud de culpados, con una voz, dice el Profeta, que hará abrir las entrañas del abismo para tragarlos, dirá, no como en la Cruz: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen; sino: Retiraos, malditos, á el fuego eterno, que está preparado á Satanás y á sus Angeles. Vosotros erais los escogidos del mundo, ahora sois los malditos de mi Padre; vuestros delitos fueron breves y momentáneos, vuestras penas serán eternas. *Discadite à me maledicti in ignem æternum, qui paratus est diabolo, & Angelis ejus.* (a) Entonces los Justos levantándose en el ayre con el Hijo del Hombre, empezarán á cantar el cántico celestial: ¡Qué rico sois, Señor, en misericordia; y cómo habeis coronado vuestros dones, recompensando nuestros meritos! Los impíos maldecirán al Autor de su ser, y al fatal día que presidió á su nacimiento; ó por mejor decir, se enfurecerán contra sí mismos como contra los autores de su perdicion y sus desgracias. Abriránse los abismos, baxarán los cielos; los réprobos, dice el Evangelio, irán al eterno suplicio, y los Justos á la vida eterna. *Ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.* (b) Esta es una suerte que nunca se mudará.

Despues de una relacion tan formidable, y tan propia para hacer impresion aun en los mas endurecidos corazones, me es preciso acabar usando de las mismas palabras con que en otro tiempo habló Moysés á los Israelitas, despues de haberles manifestado las terribles amenazas, y consoladoras promesas contenidas en el Libro de la Ley: Hijos de Israel, les decia este sabio

(a) *Matth. 25. v. 42.* (b) *Ibid. v. 47.*

Legislador, hoy os propongo una bendicion, y una maldicion: *En propono in conspectu vestro hodie benedictionem, & maledictionem.* (a) Una bendicion, si obedecis á los preceptos de vuestro Dios y Señor, *benedictionem, si obedieritis mandatis Domini:* (b) y una maldicion si salieseis del camino que yo os enseñaré, por servir á Dioses estraños: *Maledictionem si recesseritis de via, quam ego nunc ostendo vobis, & ambulaveritis post Deos alienos.*

Esto mismo os digo yo, Católicos, al acabar una materia tan terrible. En vosotros consiste el elegir y declararos. Aquí está la diestra y la siniestra; las promesas y las amenazas; las bendiciones y las maldiciones: vuestra suerte camina sobre esta terrible alternativa; ó estareis al lado de Satanás y sus Angeles, ó al de los escogidos con Jesu-Christo y sus Santos. No hay medio, Católicos; yo os he manifestado el camino que conduce á la vida, y el que lleva á la perdicion. ¿Por cuál de los dos caminais? ¿A qué lado os pondriais, si en este instante hubierais de parecer ante el terrible Tribunal? La muerte es como la vida; temed que la suerte que hoy os toca, sea la que os toque eternamente; salid desde ahora de vuestros caminos de iniquidad, empezad á vivir como los Justos, si quereis en aquel ultimo dia ser colocados á la diestra, y subir en su compañía á la feliz morada de la inmortalidad. Amen.

(a) *Deut. 11, v. 26.* (b) *Ibid. v. 27.*

S E R M O N  
PARA EL SEGUNDO DOMINGO  
DE ADVIENTO,  
SOBRE LAS AFLICCIONES.

*Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.*

Feliz el que no tomase de mí motivo para caer,  
y escandalizarse. *Matth. II. v. 6.*

**F**elicidad es, y felicidad rara, el no escandalizarse de Jesu-Christo. ¿Pero qué podía haber en él, que es la misma Sabiduría, el resplandor del Padre, y la imagen substancial de todas sus perfecciones; qué podía haber en él, que fuese á los hombres motivo de escandalo? Su Cruz, Católicos, su Cruz, que en otro tiempo fue el escandalo de los Judios, y es y será en todos los siglos el escandalo de la mayor parte de los Christianos. No entiendo por esta Cruz solamente la que su Magestad llevó, sino tambien la que á su exemplo nos manda llevar, sin la que no quiere reconocernos por discipulos suyos, ni repartir con nosotros la gloria, en la que el mismo Señor entró por el camino de la Cruz.

Esto es lo que nos turba, y esto es lo que no nos parece bien en nuestro divino Salvador: quisieramos que

que pues fue preciso que él padeciese sus penas, hubiesen sido para nosotros como un título de excepcion, y nos hubiesen merecido el privilegio de no padecer con él. Desengañémonos, Católicos, de nosotros depende el hacer meritorias nuestras penas; pero el padecer ó no, no quedó en nuestro arbitrio. La providencia ha dispensado los bienes y los males de esta vida con tanta sabiduría, que cada uno en su estado, por feliz que parezca su suerte, halla cruces y amarguras que contrapesen sus placeres. No hay, pues, felicidad perfecta en la tierra; porque este no es el tiempo de los consuelos, sino el de los trabajos. La elevacion tiene sus sumisiones é inquietudes; la obscuridad sus abatimientos y desprecios; el mundo sus cuidados é inconstancias; el retiro sus tristezas y enfados; el matrimonio sus antipatías y furores; la amistad sus quiebras y trayciones; y aun la piedad tiene sus repugnancias y disgustos: finalmente todos los hijos de Adan, por un inevitable destino, hallan sus propios caminos sembrados de zarzas y espinas: el estado mas feliz en la apariencia tiene sus secretas amarguras que corrompen toda su felicidad. El trono es el asiento de los pesares, del mismo modo que el puesto mas inferior. Los palacios sobervios ocultan cuidados crueles, del mismo modo que el techo del pobre y del Labrador. Y para que no cobremos aficion á nuestro destierro, todos los dias estamos experimentando que falta alguna cosa á nuestra felicidad.

No obstante, aunque destinados á padecer no podemos amar los trabajos: aunque heridos cada dia con una nueva afliccion, no sabemos convertir en merito nuestras penas: aunque nunca somos dichosos, porque nos es necesario llevar nuestra cruz, no sabemos hacer que á lo menos ésta nos sea util. ¡Gran talento tenemos para privarnos de todo el mérito de nuestras penas! Unas veces buscamos en la flaqueza de nuestro co-

S E R M O N  
PARA EL SEGUNDO DOMINGO  
DE ADVIENTO,  
SOBRE LAS AFLICCIONES.

*Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.*

Feliz el que no tomase de mí motivo para caer,  
y escandalizarse. *Matth. II. v. 6.*

**F**elicidad es, y felicidad rara, el no escandalizarse de Jesu-Christo. ¿Pero qué podía haber en él, que es la misma Sabiduría, el resplandor del Padre, y la imagen substancial de todas sus perfecciones; qué podía haber en él, que fuese á los hombres motivo de escandalo? Su Cruz, Católicos, su Cruz, que en otro tiempo fue el escandalo de los Judios, y es y será en todos los siglos el escandalo de la mayor parte de los Christianos. No entiendo por esta Cruz solamente la que su Magestad llevó, sino tambien la que á su exemplo nos manda llevar, sin la que no quiere reconocernos por discipulos suyos, ni repartir con nosotros la gloria, en la que el mismo Señor entró por el camino de la Cruz.

Esto es lo que nos turba, y esto es lo que no nos parece bien en nuestro divino Salvador: quisieramos que

que pues fue preciso que él padeciese sus penas, hubiesen sido para nosotros como un título de excepcion, y nos hubiesen merecido el privilegio de no padecer con él. Desengañémonos, Católicos, de nosotros depende el hacer meritorias nuestras penas; pero el padecer ó no, no quedó en nuestro arbitrio. La providencia ha dispensado los bienes y los males de esta vida con tanta sabiduría, que cada uno en su estado, por feliz que parezca su suerte, halla cruces y amarguras que contrapesen sus placeres. No hay, pues, felicidad perfecta en la tierra; porque este no es el tiempo de los consuelos, sino el de los trabajos. La elevacion tiene sus sumisiones é inquietudes; la obscuridad sus abatimientos y desprecios; el mundo sus cuidados é inconstancias; el retiro sus tristezas y enfados; el matrimonio sus antipatías y furoros; la amistad sus quiebras y trayciones; y aun la piedad tiene sus repugnancias y disgustos: finalmente todos los hijos de Adan, por un inevitable destino, hallan sus propios caminos sembrados de zarzas y espinas: el estado mas feliz en la apariencia tiene sus secretas amarguras que corrompen toda su felicidad. El trono es el asiento de los pesares, del mismo modo que el puesto mas inferior. Los palacios sobervios ocultan cuidados crueles, del mismo modo que el techo del pobre y del Labrador. Y para que no cobremos aficion á nuestro destierro, todos los dias estamos experimentando que falta alguna cosa á nuestra felicidad.

No obstante, aunque destinados á padecer no podemos amar los trabajos: aunque heridos cada dia con una nueva afliccion, no sabemos convertir en merito nuestras penas: aunque nunca somos dichosos, porque nos es necesario llevar nuestra cruz, no sabemos hacer que á lo menos ésta nos sea util. ¡Gran talento tenemos para privarnos de todo el mérito de nuestras penas! Unas veces buscamos en la flaqueza de nuestro co-

razon la excusa de nuestros sentimientos, y murmuraciones; otras veces en el exceso ó qualidad de nuestros trabajos; otras finalmente en los estorvos que nos parecen ponen á nuestra salvacion; esto es, nos quejamos unas veces de que somos muy flacos para sufrir con tranquilidad nuestras penas; otras de que nuestras penas son muy excesivas; y otras de que en este estado es imposible pensar en la salvacion.

Estos son los tres pretextos que regularmente se oponen en el mundo á el uso christiano de las aflicciones: el pretexto de la propia flaqueza; el pretexto del exceso ó naturaleza de las aflicciones; y el pretexto de los obstáculos que parece oponen á nuestra salvacion. Estos pretextos son los que debemos confundir, oponiendoles las reglas de la fé. Escuchadme todos, y sabed que la mayor parte de los hombres no se condena solamente por los placeres: ¡Oh! Son estos muy raros en la tierra, y los sigue muy de cerca el disgusto; condenanse por el uso poco christiano que hacen de sus trabajos. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

**E**L lenguaje mas comun de las almas á quienes el Señor affige es alegar su propia flaqueza, para justificar el uso poco christiano que hacen de sus aflicciones. Confiesan y se quejan de no haber nacido con bastante fortaleza para poder conservar un corazon sumiso y tranquilo; dicen que no hay mayor felicidad que el poder ser insensible; que este carácter nos libra de muchos trabajos y pesares inevitables en la vida; pero que nosotros no podemos formarnos un corazon á nuestro gusto; que la Religion no hace fuertes ni Filósofos á los que nacieron con inclinaciones mas suaves y mas humanas; y que el Señor es tan justo que no nos imputará á delito nuestras propias desgracias.

Pe-

Pero para confundir aqui una ilusion tan comun y tan indigna de la piedad, advertid primeramente, Católicos, que quando Jesu-Christo mandó á todos los fieles que llevasen con sumision y amor la cruz que su Magestad les destina, no añadió que este precepto tan justo, de tanto consuelo, y tan conforme á su exemplo, era solo para las almas fuertes é insensibles; no distinguió entre sus discipulos á los que la naturaleza, el valor, ó las reflexiones habian hecho mas firmes y constantes, de los que eran naturalmente mas débiles y delicados, para obligar á los unos á una penitencia y una insensibilidad que no les costase casi nada, y dispensar á los otros de lo que pudiera costarles trabajo.

Por el contrario, sus divinas reglas son remedios, y quanto mas distantes parezcamos de ellas por razon del carácter de nuestro corazon, tanto mas útiles y necesarias son para nosotros; por lo mismo que sois flaco, y que las menores contradicciones hallan siempre vuestro corazon mas vivo, y mas opuesto al sufrimiento, por lo mismo el Señor debe haceros pasar por tribulaciones y amarguras; porque los flacos, y no los fuertes son los que tienen necesidad de ser probados.

Y á la verdad; en qué consiste el ser flaco y sensible? Consiste en amarse excesivamente á sí mismo; en entregarse todo á la naturaleza, negandose todo á la fé; en dexarse llevar de la viveza de sus inclinaciones, y en no vivir mas que para gozar de su sosiego y de sí mismo, como si fuera esta la unica felicidad del hombre. En este estado, pues, y con este caudal excesivo de amor propio y del mundo, si el Señor no dispusiera modo de affligir vuestra flaqueza, si no hiriera á vuestro cuerpo con una habitual debilidad que hace que el mundo os fastidie, si no os dispusiera las pérdidas y pesares, que hacen que el retiro os sirva de comodidad; si no trastornára ciertos proyectos, de modo que obscureciendo mas vuestra fortuna os apartan de grandes pe-

li-

ligros; si no os colocára en ciertas circunstancias en que algunas obligaciones tristes é inevitables ocupan lo mas precioso de vuestros dias; en una palabra, si no pusiera entre vuestra flaqueza y vos mismo una barrera que os sujeta y detiene; ¡Oh! que presto hubiera naufragado vuestra inocencia, hubierais sin duda abusado de la paz y de la prosperidad; vosotros, que aun en medio de las aflicciones y trabajos no hallais seguridad, y que aunque afligidos y separados del mundo y de los placeres no podeis volveros á Dios, ¿qué os sucedería si en un estado mas feliz no tuvieran freno vuestros deseos? La misma flaqueza y el mismo peso del amor propio, que tanto os hacen sentir el dolor y la afliccion, os expondrían mas á el peligro de los placeres y de las prosperidades humanas.

Por lo que no es excusa de nuestras tibiezas y murmuraciones el confesar que somos flacos y débiles para sufrir los golpes con que Dios nos hiere: la debilidad de nuestro corazon proviène solamente de la flaqueza de nuestra fé. Una alma christiana debe ser una alma fuerte y á prueba, como dice el Apostol, de persecuciones, de oprobrios, de enfermedades, y aun de la misma muerte. Podrá ser oprimida, continúa el mismo Apostol, pero nunca será abatida; podrán quitarla sus bienes, su fama, su sosiego, su fortuna, y aun su vida; pero no podrán quitarla el tesoro de la fé y de la gracia que tiene oculto en lo íntimo de su corazon, y que con abundancia la consuela en todas estas leves y pasajeras pérdidas: la podrán hacer derramar lágrimas de sentimiento y tristeza, porque la Religion no destruye los sentimientos de la naturaleza; pero inmediatamente desapueba su corazon su flaqueza, y de sus lágrimas carnales hace lágrimas de penitencia y de piedad. ¿Pero qué es lo que digo? Una alma christiana se regocija en las mismas tribulaciones, las mira como señales del amor que Dios la

tiene, como preciosa prenda de las futuras promesas, como felices rasgos de su semejanza con Jesu-Christo, y que aun en esta vida la dán un seguro derecho á su gloria inmortal. Ser flaco, y volverse contra Dios en los trabajos, es haber perdido la fé, y no ser Christiano.

Confieso que hay algunos corazones mas tiernos y mas sensibles al dolor, pero esta sensibilidad les ha quedado para aumentar el merito de sus penas, y no para excusar su impaciencia y sus murmuraciones. No condena el Evangelio el sentimiento, condena sí el desordenado uso del dolor. Quanto mas sensibles somos por naturaleza en nuestros trabajos, tanto mas debemos serlo en los consuelos de la fé. La misma sensibilidad que abre nuestros corazones al pesar que mortifica, debe abrirlos á la gracia que alivia, y que consuela. Las aflicciones son mejor socorridas en un buen corazon, porque la gracia halla en él mas facil entrada. El dolor immoderado mas es efecto de la furia, que de la bondad del corazon; y el no poder sujetarse á Dios, ni consolarse en sus trabajos, no es ser tierno y sensible, sino feróz y desesperado.

Además. Todos los preceptos del Evangelio piden fortaleza; y si no teneis la suficiente para llevar con sumision la cruz con que el Señor quiere affigiros, tampoco la tendreis para la observancia de los demás preceptos que os impone la doctrina de Jesu-Christo. Se necesita de fortaleza para perdonar una injuria, para decir bien de los que nos calumnian, y para ocultar los defectos de los que intentan obscurecer vuestras virtudes: se necesita de fortaleza para huir del mundo que nos agrada, para desviarse de los deleytes, á los que nos inclinan nuestras pasiones, para resistir á los exemplos que autoriza la multitud, y que la costumbre ya casi ha llegado á establecer por ley: se necesita de fortaleza para usar christianamente de

la prosperidad, para ser humilde en la elevacion, mortificado en la abundancia, pobre de corazon entre los bienes perecederos, desprendido de todo, aun quando todo se posea, y para estar lleno de deseos del cielo en medio de todas las felicidades de la tierra: se necesita de fortaleza para vencerse á sí mismo, para reprimir un deseo, para ahogar una pasion que agrada, y para traer continuamente arreglado á un corazon que continuamente se extravía: Finalmente, recorred todos los preceptos del Evangelio, no hay uno que no suponga una alma fuerte y generosa; en todo es necesario violentarse; el Reyno de Dios es un campo que es necesario siempre cultivar; una viña en que es preciso pasar el peso del dia y del calor; una lucha en que es necesario pelear con continuacion y valentia; en una palabra, el Discipulo de Jesu-Christo luego que se muestra flaco, puede contarse por vencido; hasta las menores obligaciones de la Fé son costosas; en todo se halla el caracter de la Cruz, que es el espiritu dominante; y si os falta la fortaleza un solo momento estais perdidos: excusarse, pues, con la flaqueza, es decir que nada del Evangelio se hizo para nosotros, y que no solamente no podemos ser obedientes y sufridos, pero ni tampoco castos, humildes, desinteresados, mortificados, pacíficos, ni caritativos.

Pero además de esto, Católicos, por grande que sea nuestra flaqueza, siempre debemos confiar en la bondad de nuestro Dios, y creer que nunca permite que seamos afligidos ni tentados mas de lo que permiten nuestras fuerzas; que siempre proporciona el Señor las aflicciones á nuestra debilidad; que derrama sus castigos como sus favores, con peso y con medida; que aunque nos castiga, no quiere perdernos, sino purificarnos y salvarnos; que él mismo nos ayuda á llevar la cruz que nos impone; que nos castiga como

Padre, y no como Juez, que con la misma mano con que nos hiere, nos sostiene; y que la misma vara que hace la herida, derrama en ella el aceyte y la miel que la cura; conoce el caracter de nuestros corazones, y hasta donde llega nuestra flaqueza; y como á el tiempo que nos aflige no quiere perdernos sino santificarnos; sabe hasta donde ha de estender su mano, para que por una parte no se minore nuestro merito, si las penas son demasiado ligeras, y por otra no le perdamos del todo, si fueran superiores á nuestras fuerzas.

¿Qué otro fin puede tener, Católicos, en llenar nuestra vida de amarguras? ¿Os parece acaso que es un Dios cruel, que solo se deleyta en que sus criaturas sean infelices? ¿Que es algun barbaro tirano, que solo halla su seguridad y su grandeza en las lágrimas y en la sangre de los vasallos que le adoran? ¿Que es un Señor envidioso, que no se tiene por feliz mientras participan de su felicidad sus esclavos? ¿Os parece que para que él sea dichoso es necesario que nosotros suframos, gimamos y padezcamos? No, Fieles, por nosotros solos nos castiga; su amor sufre, por decirlo así, parte de nuestros males; pero como su amor es un amor justo é ilustrado, quiere dexarnos padecer, porque prevée que si pusiera fin á nuestras penas, aumentaria nuestras miserias: es un Medico compasivo, dice San Agustin, que aunque se compadece de los gritos y trabajos de su enfermo, con todo eso corta hasta lo vivo todo quanto halla corrompido en la llaga: nunca es para con nosotros mas suave y amoroso que quando se manifiesta mas severo; y es preciso que las aflicciones nos sean muy utiles y necesarias, quando un Dios tan bueno y tan piadoso se determina á afligirnos.

Refiere la Escritura santa, que el Patriarca Joseph, colocado en las primeras dignidades de Egypto, no po-



dia detener sus lágrimas, y sentia renovarse en su corazon el amor á sus hermanos, al mismo tiempo que les manifestaba mas aspereza, y fingia no conocerlos: *Quasi ad alienos durius loquebatur :: avertitque se parumper, & flevit.* (a) Este es el modo con que nos castiga Jesu Christo; finge, si es licito decirlo asi, no conocernos por sus coherederos y hermanos; nos castiga y trata con aspereza como á estraños; pero este disimulo cuesta mucho á su amor; no puede sufrir por mucho tiempo este caracter de severidad, que le es como ageno; sus gracias salen inmediatamente á suavizar sus golpes; se manifiesta al instante como es en sí, y no tarda su amor en disipar estas apariencias de rigor y enfado: *Quasi ad alienos durius loquebatur :: avertitque se parumper, & flevit.* Juzgad si los golpes que vienen de una mano tan amiga y favorable, podrán dexar de ser proporcionados á nuestra flaqueza: no echemos, pues, la culpa de nuestras impaciencias y murmuraciones á la flaqueza de nuestro corazon, sino á su corrupcion.

¿Quántas tiernas doncellas desafiaron en otro tiempo la barbaridad de los Tiranos? ¿Quántos niños, aun antes de saber sufrir los trabajos de la vida, corrieron alegres á ofrecerse á los rigores de la muerte mas cruel? ¿Quántos ancianos, agoviados ya con el peso de sus cuerpos, sintieron renovarse su juventud como la de la Aguila, en medio de los tormentos de un largo martirio? Es verdad que sois flacos, pero esta misma flaqueza es gloriosa para la Fé y Religion de Jesu Christo; por eso mismo os escogió el Señor, para dar á conocer quanto mas fuerte es la gracia que la naturaleza; si hubierais nacido con mayor fortaleza, no resultara tanto honor al poder de la gracia; entonces se

(a) *Genes. 42. v. 7. 24.*

atribuyera al hombre una paciencia que debe ser Dón de Dios, y asi, quanto mayor es vuestra flaqueza, tanto mas á proposito sois para servir de instrumento á los fines y á la gloria de Dios. Siempre que su Magestad ha querido cargar su mano sobre las criaturas, ha escogido personas débiles y flacas, para que el hombre nada piense atribuirse á sí, y para confundir con el exemplo de su firmeza la vana constancia de los Sabios y Filosofos; sus Discipulos eran unos tiernos corderos quando los envió al mundo, y los expuso en medio de los lobos. Las Ineses, las Lucías, las Ceciliás glorificaban á Dios y á su doctrina en medio de su flaqueza, ayudadas de la gracia. Estos son aquellos vasos de tierra que el Señor gusta de romper, como los de Gedeon, para que en ellos resplandezca con mayor magnificencia la luz y el poder de la fé; y si penetrarais los fines de su misericordia y sabiduria, vuestra flaqueza, que á vuestro parecer justifica vuestras murmuraciones, seria el mas suave consuelo de vuestros trabajos.

Señor, le diriais sin cesar, yo no os pido aquellos vanos pensamientos, que hallan todo el consuelo de sus penas en la gloria de sufrir con constancia: no os pido aquella insensibilidad de corazon, que, ó no siente los males, ó los desprecia; conservadme, Señor, aquella razon tímida y debil, aquel corazon tierno y sensible, que tan desproporcionado parece para sufrir las tribulaciones y los trabajos; aumentad solamente vuestros consuelos y vuestras gracias; quanto mas debil parezca á la vista de los hombres, mayor os pareceré en mi flaqueza; tanto mas admirarán los hijos del siglo el poder de la fé, la que sola puede levantar á las almas mas débiles y tímidas hasta el grado de constancia y de firmeza á que nunca pudo llegar toda la Filosofia, y sacar su fortaleza de su misma debilidad. Este es el primer pretexto sacado de

la flaqueza del hombre; vamos á descubrir la ilusion del segundo, qué se saca del exceso y carácter de las mismas aflicciones.

## PARTE SEGUNDA.

**N**O hay cosa mas comun entre las personas á quienes Dios aflige, que el justificar sus quejas y murmuraciones con el exceso y calidad de sus mismas penas; queremos siempre que nuestras cruces no se parezcan á las de los otros; y temiendo que el exemplo de su fortaleza y de su fé nos condene, buscamos pretextos en nuestras desgracias para justificar nuestras disposiciones y nuestra conducta; nos persuadimos á que podríamos llevar con resignacion una cruz que fuese de otra naturaleza, pero que el carácter de aquella con que el Señor nos aflige no admite consuelo; que quanto mas examinamos lo que sucede entre los hombres, tanto mas singular es nuestra desgracia, y que no hay situacion que se parezca á la nuestra; que es difícil conservar la paciencia y tranquilidad en un estado, en que parece que la casualidad ha juntado solamente para nosotros mil circunstancias de afliccion, que nunca parece pudieron hallarse en otros.

Pero para quitar al amor propio una defensa tan debil, y tan indigna de la fé, pudiera responder primeramente, que quanto mas extraordinarias nos parecen nuestras aflicciones, menos debemos creer que son disposiciones de la casualidad, antes bien debemos contemplar en ellas los impenetrables decretos de un Dios singularmente cuidadoso de nuestra suerte; debemos presumir que debaxo de unos sucesos tan nuevos, oculta sin duda nuevos fines, y singulares designios de misericordia para con nuestra alma: debemos decirnos á nosotros mismos, que no nos quiere dexar perecer con la multitud, que es el partido de los réprobos, pues  
nos

nos guia por caminos tan singulares y tan poco conocidos. Esta singularidad de desgracias debe ser á los ojos de nuestra fé una distincion que nos consuele; el Señor siempre lleva á los suyos, tanto en materias de afliccion, como en las demás, por caminos nuevos y extraordinarios. Mirad ¿qué sucesos tan tristes y singulares los de la vida de Noé, de Loth, de Joseph, de Moysés y de Job? Registrad de siglo en siglo la historia de los Justos, y hallareis siempre en las contradicciones que experimentaron una singularidad tan extraordinaria, que en las edades siguientes llegaron algunos á tenerla por increíble; y así, quanto menos se parezcan vuestras aflicciones á las de los demás hombres, tanto mas debeis mirarlas como aflicciones propias de los escogidos de Dios; están señaladas con el carácter de los Justos; y tienen parte en la tradicion de las calamidades singulares que componen su historia desde el principio de los siglos. Las batallas perdidas, aun quando nos parecia estar asegurados de la victoria; las Plazas inconquistables, rendidas al enemigo con solo presentarse delante de ellas; los Estados y Provincias que nos han ganado; un Reyno el mas floreciente de la Europa, afligido con todas las plagas que Dios en su furor puede derramar sobre sus Pueblos; la Corte llena de luto; toda la Estirpe Real casi aniquilada; esto es, Señor, lo que Dios por su misericordia reservaba para vuestra piedad, y las singulares desgracias que os preparaba para purificar las prosperidades del Reynado mas feliz de que hay memoria en las historias; los sucesos felices y extraordinarios que han acompañado vuestra vida, os han hecho el mayor Rey que la Monarquía, y aun las demás Naciones vieron jamás sobre el trono; lo singular de los desgraciados sucesos con que Dios os aflige, están destinados, por la sumision y christiana constancia con que os los vemos sufrir, á hacer tan gran Santo como habeis sido gran Rey. Todo  
do

I IO SERMON PARA EL II. DOMINGO

do debia ser singular en vuestro Reynado, las prosperidades, y las desgracias; para que nada faltase á vuestra gloria para con los hombres, y á vuestra piedad para con Dios. Este es el grande exemplar que su misericordia preparaba á nuestro siglo.

Y este es al mismo tiempo, Católicos, con el que quiero instruiros y confundiros. Os quejais de lo excesivo de vuestras desgracias y trabajos; pero mirad al que es mas que vosotros, y considerad si el vasallo tendrá excusa en murmurar y quejarse, quando el Señor, que no padece menos, está conforme y tranquilo; quanto Dios mas os affige tanto mas os ama, tanto mas cuida de vosotros. Otras desgracias mas regulares os hubieran acaso parecido efectos de causas puramente naturales, y aunque la divina providencia gobierna todos los sucesos, acaso hubierais creído que el Señor no os miraba con particular atencion, pues solo os enviaba algunas afficciones que todos los dias suceden á los demás hombres; pero en la triste y singular situacion en que os pone, no podeis menos de conocer que os mira con singular cuidado, y que sois particular objeto de los fines de su misericordia.

¿Qué cosa, pues, puede haber que mas nos consuele en nuestros trabajos? Dios me mira; cuenta mis suspiros; pesa mis afficciones; vé correr mis lágrimas; las recibe para mi eterna santificacion: desde que estendió sobre mí su mano de un modo tan singular, y que parece no haberme dexado alivio acá en la tierra, empiezo á ser un espectáculo mas digno de su atencion y cuidado. ¡Ah! Si yo gozara de un estado mas feliz y tranquilo, no me miraria con tanto cuidado, se olvidaria de mí, y estaria confundido en su presencia con los demás que viven felices en la tierra. ¡Dichosos trabajos, que privandome de todos los humanos socorros, me dán á mi Dios, y hacen que él sea el unico recurso en mis penas! ¡Dichosos trabajos, que haciendo-

me

DE ADVIENTO. I I I

me olvidar de las criaturas, son motivo de que yo sea el continuo objeto de la memoria y de las misericordias de mi Señor!

Pudiera responderos, en segundo lugar, que las calamidades comunes y leves solo despertarían nuestra fé por un momento, y prontamente hallariamos en las cosas que nos cercan mil alivios, que nos harian olvidar esta ligera desgracia: los deleytes, los consuelos humanos, los sucesos nuevos que sin cesar ofrece á nuestros ojos la figura del mundo, calmarian muy presto nuestra tristeza, y nos volverian el gusto del mundo y de sus vanos placeres: nuestro corazon, que siempre se conforma con todos los objetos que le deleytan, se cansaria muy presto de su dolor y de sus suspiros; pero el Señor, enviandonos trabajos, en los que solamente la Religion puede servirnos de alivio, ha querido cercarnos todos los caminos por donde pudieramos volvernos hácia el mundo; ha querido poner entre nosotros y nuestra flaqueza una barrera que no pueda ser vencida, ni del tiempo, ni de los acontecimientos; ha querido remediar nuestra inconstancia, haciendo que nos sean necesarias algunas precauciones, que acaso no siempre nos hubieran parecido igualmente utiles; leía en el carácter de nuestro corazon que la fidelidad que observabamos en huir de los peligros del mundo, no duraria mas de lo que durase nuestra tristeza; que en el mismo instante en que nos hallasemos consolados, nos veria mudados; que olvidandonos de nuestros pesares, olvidariamos tambien nuestras santas resoluciones; y que con unas afficciones leves hubieramos sido justos por poco tiempo: establece, pues, la duracion de nuestra piedad sobre la de nuestras penas; nos envia trabajos permanentes y constantes, como prendas de la constancia de nuestra fé; y temiendo el que entregandonos nuestra alma se la volviésemos á dar al mundo, quiso ponerla en seguridad, uniendola para siempre al pie de

la

la Cruz. Bien conocemos nosotros mismos la necesidad que tenemos de un gran golpe para despertar de nuestro letargo; que las aflicciones leves con que el Señor nos había visitado hasta entonces, no habían sido para nosotros mas que unas lecciones débiles é ineficaces, y que apenas nos había herido, quando ya nos habíamos olvidado de la mano que nos había hecho una tan saludable llaga. ¡Pues de qué he de quejarme, oh Dios mio! El exceso que hallo en mis penas es el exceso de vuestras misericordias: bien conozco, Señor, que quanto menos perdonais al enfermo, tanto mas adelantais la curacion de sus males, y que el rigor de vuestros golpes, es la mayor utilidad y seguridad de nuestras penas: en adelante, Señor, será mi mayor consuelo, en el trabajoso estado en que me ha puesto vuestra Providencia, el pensar que á lo menos no me contemplareis, que proporcionareis vuestros rigores y vuestros remedios á mis necesidades, y no á mis deseos; y que atenderéis mas á la seguridad de mi salvacion, que á la injusticia de mis quejas: *Et hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat.* (a)

Tambien pudiera responderos: vosotros los que os quejais del exceso de vuestras penas, entrad en juicio con el Señor; poned en un peso, á un lado vuestros delitos, y á otro vuestras aflicciones; cotejad el rigor de sus castigos con la gravedad de vuestras ofensas; comparad lo que sufrís con lo que mereceis padecer; ved si vuestros trabajos igualan á los infames deleytes de que habeis gozado; si lo vivo y dilatado de vuestros dolores corresponde á vuestras profanas liviandades; si el estado de afliccion en que vivís, iguala á la licencia y desorden de vuestras primeras costumbres; si la

(a) Job 6. v. 10.

privacion de las criaturas que padecéis, repara el injusto uso que de ellas hicisteis en otro tiempo; y si vuestras penas exceden á vuestras iniquidades, entonces podreis quejaros del Señor: juzgais de vuestros trabajos por vuestras inclinaciones, pero habeis de juzgar de ellos por vuestros delitos. ¿Por ventura no hubo en todo el tiempo de vuestra vida mundana algun instante en el que fueseis digno de una eterna desgracia? ¿Pues por qué murmurais contra la bondad de un Dios, que quiere conmutar aquellas eternas llamas, que tantas veces habeis merecido, en algunas penas transitorias, en las que aun los mismos consuelos de la Fé os ofrecen tantos alivios?

¡Qué injusticia! ¡Qué ingratitud! Guardate, alma fiel, de que el Señor te oyga en su indignacion; guardate de que castigue tus pasiones, ofreciendote acá en la tierra lo que las favorece; de que te halle indigna en su presencia de estas aflicciones temporales; de que te reserve para el tiempo de su justicia y de sus venganzas, y de que te trate como á aquellas desgraciadas victimas, á las que solo se adorna de flores, solo se las cuida, solo se las engorda, porque están destinadas al sacrificio; y porque el cuchillo con que han de ser degolladas, y la hoguera en que han de ser consumidas están ya sobre el altar; el Señor es tan terrible en sus dones como en su indignacion; y supuesto que es preciso que sean castigados los delitos, ó con suplicios transitorios acá en la tierra, ó con eternos dolores en la otra vida, nada debe atemorizar tanto, si se mira con los ojos de la Fé, como el ser pecador, y vivir feliz en la tierra.

¡Gran Dios! Suplicoos sea este para mí el tiempo de vuestras venganzas; y pues es imposible el que mis delitos queden sin castigo, daos priesa, Señor, á satisfacer vuestra Justicia; quanto mas me perdoneis acá en la tierra, tanto mas me pareceréis un Dios terrible, que

no quiere perdonarme á costa de estos transitorios trabajos, y que vuestra indignacion no quiere aplacarse sino con mi eterna desgracia; no oyais, Señor, los gritos de mi dolor, y las quejas de un corazon corrompido, que no conoce sus verdaderos intereses; yo desapruero, Señor, estos suspiros demasiado humanos, que me arranca todos los dias la tristeza de mi estado; desapruero estas carnales lágrimas, que tantas veces me hace derramar la afliccion en vuestra presencia; no escuchéis las súplicas que os he hecho hasta ahora para alcanzar el fin de mis trabajos, antes bien acabad de vengaros acá en la tierra; no reserveis nada para aquella eternidad terrible, en que vuestros castigos serán sin fin y sin medida: alentad, os suplico, mi flaqueza, y al mismo tiempo que llenais mi vida de amarguras, derramad en ella las gracias que consuelan, y cuya suavidad es mayor que la pena de un corazon afligido.

A todas estas verdades, que de tanto consuelo son para una alma afligida, podría añadir, Católicos, que el parecernos excesivas nuestras penas consiste en el exceso de la corrupcion de nuestros corazones: que la viveza de nuestras pasiones es la que forma la de nuestros trabajos: que el sernos tan sensibles nuestras pérdidas, consiste en el demasiado apego que tenemos á los objetos que se pierden: que la viveza de la afliccion consiste en el excesivo afecto con que se amaban; y que el exceso de nuestros trabajos es siempre la pena del exceso de nuestros injustos amores. Podría añadir que aumentamos siempre todo quanto es propio nuestro; que aun esta idea que formamos de lo singular de nuestras desgracias, al mismo tiempo que autoriza nuestras murmuraciones, lisonjea nuestra vanidad; que nunca queremos parecernos á los demás; que hallamos un cierto gusto secreto en persuadirnos que somos solos en nuestra especie; quisieramos que todos los hombres solamente atendiesen á nuestros in-

fortunios, como si fuéramos los unicos desgraciados en la tierra. Si, Católicos: nada nos parecen los agenos males; no advertimos que quantos nos rodean son mas desgraciados que nosotros; que nuestras aflicciones tienen mil consuelos, que faltan á otros muchos; que en las enfermedades habituales hallamos en la abundancia de bienes, y en el número de personas que cuidan de nuestra asistencia, mil consuelos que están negados á otros infelices; que en la pérdida de una persona á quien amabamos, nos quedan, en el estado en que nos ha puesto la divina providencia, mil alivios que pueden suavizar esta amargura; que en las disensiones domésticas hallamos en la amistad y confianza de nuestros amigos los consuelos que no podriamos hallar entre nuestros parientes; que en el caso de una preferencia injusta, la estimacion del público nos venga de la injusticia de nuestros Gefes. Finalmente, hallamos mil alivios humanos para nuestras desgracias; y si se pusieran en un peso nuestros consuelos, y en otro nuestras penas, veriamos que aun nos quedan en nuestro estado mas alivios capaces de corrompernos, que cruces propias para santificarnos.

Y así, Católicos, casi solamente los Grandes y felices del mundo son los que se quejan del exceso de sus desgracias y trabajos; los infelices, que nacen y viven en la miseria é infelicidad, pasan en el silencio, y casi en el olvido de sus penas, sus desgraciados dias; el mas pequeño vislumbre de alivio y descanso les vuelve la serenidad y la alegría; los mas leves consuelos que hallan en sus penas hacen que las olviden; y un instante de contento los alivia de un año entero de aflicciones; quando al mismo tiempo vemos á las almas felices y sensuales, que en medio de su abundancia cuentan por una desgracia inaudita la sola contradiccion á uno de sus deseos: que el fastidio y demasiada abundancia de deleytes los martiriza, y

hallan en algunos males imaginarios el motivo de mil pesares verdaderos; que sienten con mas viveza el dolor de haberles faltado un puesto, que el gusto de todos los que ocupan; finalmente, que miran todo lo que puede turbar su felicidad sensual, por poco que sea, como la mayor de las desgracias.

Sí, Católicos, los grandes y poderosos son los unicos que se quejan; siempre creen ser ellos solos los infelices; nunca hallan bastantes consoladores; y al menor contratiempo vén al rededor de sí, no solamente todos aquellos amigos mundanos que les grangea su puesto y su fortuna, sino tambien á los piadosos y doctos Ministros, venerados de la pública estimacion, cuyos santos consejos serian mejor empleados con otros muchos infelices, á quienes faltan todos los consuelos del mundo y de la Religion, y á los que les serian mas útiles. Pero, Católicos, en el Tribunal de Jesu Christo se compararán vuestras aflicciones con las de tantos desgraciados que os cercaban, y cuyas desgracias son tanto mas terribles, quanto ellos eran mas oscuros y olvidados; y entontes se os preguntará, si debiais murmurar y quejaros; se os preguntará, si debiais ponderar tanto vuestras calamidades, las que para otros muchos hubieran sido consuelos; se os preguntará, si debiais murmurar tanto contra un Dios, que os trataba con tanta piedad, quando al mismo tiempo cargaba su mano sobre otros muchos desgraciados; se os preguntará, si aquellos tenian menos derecho que vosotros á los bienes y placeres de la tierra; si su alma era menos noble y menos preciosa que la vuestra en la presencia de Dios: en una palabra: ¿si acaso ellos eran mas pecadores, ó de otra naturaleza que vosotros? ¡Oh Católicos! no solo lo excesivo de nuestro amor propio, sino tambien la falta de compasion para con nuestros hermanos, es la que aumenta á nuestra vista nuestras propias desgracias. Entre-  
mos

mos alguna vez en aquellas pobres casas, en donde la vergüenza oculta miserias tan terribles y tan dignas de compasion: entremos en aquellos asilos de la misericordia, en donde parece haberse juntado todas las calamidades; alli aprenderemos lo que debemos juzgar de nuestras desgracias: alli, movidos con el exceso de tantas miserias, nos ayergonzaremos de nombrar las nuestras: alli nuestras murmuraciones contra el cielo se mudarán en acciones de gracias, y no reparando tanto en las ligeras cruces que el Señor nos envia, como en las otras de que nos liberta, empezaremos á temer su piedad, en vez de quejarnos de su rigor. ¡Dios mio! ¡Qué terrible será el juicio de los grandes y poderosos, pues además del inevitable abuso de su prosperidad, las aflicciones que debieran haber servido para santificarla, y para espiar sus abusos, serán sus mayores delitos.

¿Pero cómo se ha de usar de las aflicciones para santificar los peligros del propio estado, y coadyuvar á la salvacion, quando parece que estas mismas aflicciones ponen unos obstáculos invencibles para ella? Este es el ultimo pretexto, deducido de la incompatibilidad que parece tienen las aflicciones con nuestra salvacion.

## TERCERA PARTE.

NO puede menos de admirar el que la corrupcion del corazon humano halle, aun en los mismos trabajos, obstáculos para la salvacion, y que los Christianos pretendan justificar sus murmuraciones contra la sabiduria y bondad de Dios, acusandole de que les envia unas cruces incompatibles con su eterna salud. Pues con todo eso, no hay cosa mas comun en el mundo que este modo de hablar tan injusto; y quando exortamos á las almas á quienes Dios aflige, á que de sus transitorios trabajos hagan caudal para el cielo, y para  
la

la eternidad, nos responden que hallandose en este estado de miseria, les es imposible pensar en su eterna salud; que las contradicciones en que se hallan indisponen su espíritu, y alteran su corazón, en vez de reducirle á su deber; y que para pensar en Dios es menester estar tranquilo.

Pues yo al contrario digo, que entre todos los pretextos que se alegan para justificar el uso poco christiano de las aflicciones, este es el mas insensato y mas culpable. El mas culpable: porque es blasfemar contra la providencia, el decir que os pone en un estado incompatible con vuestra salvacion: quanto Dios hace ó permite acá en la tierra, solo lo hace ó permite para facilitar á los hombres los caminos de la vida eterna. Todos los sucesos prósperos ó adversos que han de llenar la carrera de nuestra vida, todos nos los ha preparado como medios para nuestra salud y santificacion; todos sus designios para con nosotros se reducen á este unico fin. Quanto somos, aun en el orden de la naturaleza, nuestro nacimiento, nuestra fortuna, nuestros talentos, nuestro siglo, nuestras dignidades, nuestros protectores, nuestros vasallos, nuestros Señores; todo esto, en la misericordia que usa con nosotros, se ordena á los impenetrables fines de su eterna santificacion. Aun todo este mundo visible no está hecho mas que para el siglo futuro. Quanto sucede tiene sus secretas relaciones con el siglo eterno, en el que nada pasará: quanto vemos no es mas que la figura y esperanza de las cosas invisibles. El mundo en tanto es digno de los cuidados de un Dios sabio y misericordioso, en quanto con secretas y adorables relaciones deben sus revoluciones diversas formar aquella Iglesia del cielo, aquella inmortal Congregacion de escogidos, en que eternamente será glorificado. Aunque obra en tiempo, es siempre con respeto á la eternidad; y este es el modelo que nosotros debemos seguir. Decir, pues, que nos

co-

coloca en circunstancias que no solo no dicen relacion, sino que son incompatibles con nuestros intereses eternos, es hacer un Dios temporal, y blasfemar contra su admirable sabiduria.

Pero no solo no hay cosa mas culpable que este pretexto, sino que tambien digo que no la hay, mas insensata; porque solamente se vuelve una alma á Dios, quando se desprende de este mundo miserable, y nada la desprende con tanta eficacia de este miserable mundo, dice San Agustin, como quando el Señor derrama sobre los peligrosos placeres las saludables amarguras. Señor, decia un Santo Rey de Judá, yo os olvidé en la prosperidad y en la abundancia; las delicias del Reyno, y el resplandor de un reynado largo y glorioso corrompieron mi corazón; las alabanzas y los venenosos discursos de los malos me sepultaron en un profundo y funesto sueño; pero vos me heristeis, derramando sobre mi Pueblo los azotes de vuestra indignacion, levantando contra mí mis propios hijos y vasallos, á quienes yo habia llenado de beneficios, y disperté; me humillasteis, y recurrí á vos; me afligisteis, y os busqué; y he llegado á conocer que no debe ponerse la confianza en los hombres; que la prosperidad era un sueño, la fama un error, los talentos que los hombres admiran, vicios ocultos baxo una exterioridad brillante de virtudes humanas; el mundo todo entero una figura que nos alimenta con fantasmas vanas, y que no dexa en el corazón cosa alguna verdadera, y solo vos mereceis ser servido; porque vos solo nunca faltáis á los que os sirven. *In die tribulationis meae Deum exquisivi.* (a)

Este es el mas natural efecto de los trabajos, facilitar todas las obligaciones de la Religion. Nos facilitan el aborrecimiento al mundo, haciendo que nos sea

(a) *Psalm. 76. v. 3.*

fastidioso; el despego de las criaturas haciéndonos experimentar; ó su perfidia, con sus infidelidades, ó su fragilidad, con sus no esperadas pérdidas; la privación de los deleytes, poniendo en ellos obstáculos; el deseo de los bienes eternos, y las expresiones amorosas á Dios, no dexándonos casi ningun consuelo entre los hombres. Finalmente, todas las obligaciones de la fé son mas fáciles para el alma affigida: sus buenos deseos hallan en este estado menos obstáculos, su flaqueza menos escollos, su fé mas socorros, su tibieza mas alivios, sus pasiones mas freno, y aun su virtud mas ocasiones de mérito.

Aun la Iglesia nunca se mantuvo mas pura y fervorosa que quando estuvo mas affigida. Los siglos de sus trabajos y persecuciones fueron los siglos de su resplandor y de su zelo: la tranquilidad corrompió despues sus costumbres; sus dias, desde que fueron mas felices y dichosos, empezaron á ser menos puros y menos inocentes; su gloria casi se acabó con sus trabajos; y su paz, como dice el Profeta, fue mas amarga por el desorden de sus hijos, de lo que habian sido sus turbaciones por la barbaridad de sus mismos enemigos. *Ecce in pace amaritudo mea amarissima.* (a)

Vosotros mismos los que os quejais de que las cruces con que el Señor os affige os desalientan, y entibian el deseo de trabajar para vuestra salvacion, bien sabeis que los dias que habeis gozado mas felices no han sido para vosotros ni mas santos, ni mas fieles; bien sabeis que embriagados entonces con los placeres del mundo, viviais en un entero olvido de Dios, y que las dulzuras de vuestro estado solo servian de estímulo á vuestra corrupcion, y de instrumento á vuestros injustos deseos.

Pe-

(a) *Isaie 38. v. 17.*

Pero esta es, Católicos, la ilusion perpetua de nuestro amor propio. Mientras somos felices, mientras sucede todo á medida de nuestro deseo, y gozamos de una fortuna tranquila, alegamos los peligros de nuestro estado para justificar los desórdenes de nuestras costumbres mundanas: decimos que es cosa muy difícil en cierta edad, y en cierto estado, quando es preciso mantenerse con honor, y guardar alguna correspondencia con el mundo, el condenarse á el retiro, á la oracion, á huir de las diversiones, y á todas las obligaciones de una vida triste y christiana: pero por otra parte, quando estamos affigidos, quando el cuerpo se halla desmayado, quando nos abandona la fortuna, quando nuestros amigos nos engañan, quando nuestros superiores nos desprecian, quando nuestros enemigos nos oprimen, quando nos persiguen nuestros parientes, nos quejamos de que en este estado de pena y de amargura todo nos aparta de Dios; que el espíritu no se halla con la tranquilidad necesaria para pensar en la salvacion; que está demasiado herido el corazon, para poder sentir mas que sus propias desgracias; que es necesario procurar mitigar el dolor con diversiones y placeres, que parecen necesarios, y no acabar de perder el juicio, entregandose del todo á los horrores de una profunda tristeza. De este modo, ¡oh Dios mio! con nuestras eternas contradicciones justificamos los adorables medios de vuestra sabiduria respecto de los destinos de los hombres, y preparamos á vuestra justicia poderosas razones para confundir algun dia la ilusion y mala fé de nuestros pretextos.

Porque, Católicos, por otra parte, sean de la naturaleza que fueren nuestros trabajos, la historia de la Religion nos ofrece muchos Justos, que en el mismo estado en que nos hallamos nosotros, poseyeron su alma en paciencia, y hicieron de sus afficciones camino para su salvacion. Si llorais la pérdida de una persona á quien amabais, Judith en semejante dolor halló motivo para

Tomo I.

Q

au-



aumentar su fe y su piedad, y mudó las lágrimas de su viudez, en lágrimas de retiro y penitencia: si una salud quebrantada os hace vuestra vida mas amarga y triste que la misma muerte, Job en los destrozos de un cuerpo lleno de llagas, halló motivos de compuncion, deseos de eternidad, y esperanzas de su eterna resurreccion: si desacreditan con imposturas vuestra fama, Susana ofreció una alma constante á la mas infame calumnia, y sabiendo que tenia al Señor por testigo de su inocencia, le dexó el cuidado de vengarla de la injusticia de los hombres; si trastornan vuestra fortuna con artificios, David arrojado de su trono, miró el abatimiento de su nuevo estado como pena del abuso que habia hecho de su pasada prosperidad: si un matrimonio desgraciado es motivo de que continuamente esteis experimentando lo pesado de su cruz, Esthér halló en las inconstancias y en los furoros de un esposo infiel la prueba de su virtud, y el mérito de su paciencia: finalmente, figuraos en el estado mas triste, y hallareis que en él ha habido Justos que han obrado su salvacion; y sin ir á buscar exemplos en la antigüedad, mirad entre vosotros, (porque aun no se ha abreviado la mano del Señor,) y vereis muchas almas, que cargadas con las mismas cruces, hacen de ellas muy diferente uso que vosotros, y hallan medios para salvarse, en los mismos sucesos en que vosotros hallais, ó escollos para vuestra inocencia, ó pretextos para murmurar. Pero qué digo! vereis algunas almas á quienes la misericordia de Dios ha sacado del desorden, derramando sobre su vida saludables armaduras, trastornando una fortuna que ya estaba fija, resfriando un favor que era envidiado, quebrantando una salud que parecia inalterable, apartandolos de las gracias merecidas, por medio de unas preferencias no esperadas, y acabando una amistad profana, por medio de una inconstancia ruidosa en el cómplice.

Vosotros mismos, testigos entonces de su mudanza,

y

y de su conversion á Dios, minorasteis su mérito por las facilidades que los proporcionaban su pena y su afliccion: desconfiasteis de una virtud, que era como efecto necesario de las desgracias; dixisteis que era muy facil dexar al mundo, quando ya el mundo no nos quiere; que luego que se volviese á manifestar algun vislumbre de fortuna, se veria como inmediatamente sucedian los placeres á todo aquel aparato de devocion; y que el entregarse á Dios en la adversidad era á mas no poder. ¡Oh, y qué injustos que sois! Hoy que se trata de que os volvais á su Magestad en vuestra afliccion, respondéis que es imposible, que un corazon angustiado y oprimido con la amargura no es capaz de nada, ni puede sentir mas que su dolor, y que en este estado de afliccion y desgracia, es mayor la desesperacion que la compuncion; y despues de haber censurado y hecho sospechosa la piedad en las almas afligidas, como un partido facil de tomar, y sin mérito alguno, por lo poco que costaba, no os determinais á tomarle en una afliccion, ni á usar de él christianamente, porque decís que es imposible el ocuparos en otra cosa mas que en vuestra misma desgracia. Responded si podeis, ó por mejor decir, temblad de hallar el escollo de vuestra salvacion en un estado que debia ser el mas seguro camino para ella: despues de haber abusado de la prosperidad, temed el que vuestras desgracias sean los mas funestos instrumentos de vuestra perdicion, y que vosotros mismos os cerreis todos los caminos que la divina Misericordia os podia abrir para llamaros á sí.

¿Quando, pues, oh Dios mio, llegará el tiempo de que elevada mi alma por la fe sobre todas las criaturas, solamente os adore á vos en ellas, sin atribuir las los sucesos de que vos solo sois Autor: que reconozca en los diversos estados en que la colocais los fines adorables de vuestra providencia: que aun en medio de sus cruces

Q2

ces

ces goce de aquella paz inalterable que no puede dar el mundo con todos sus placeres? *Quando consolaberis me. (a)*

¡Qué cosa tan infeliz es, Católicos, quando uno está afligido y castigado de Dios, el querer consolarse, volviéndose contra la mano que le hiere, murmurando contra su Justicia, separándose de él como con una especie de rabia, de desesperacion, y de venganza, y buscar consuelo en sus propios furores! ¡Qué estado tan terrible el de una alma insensata á quien Dios aflige, y que para consolarse se queja al mismo Dios de su afliccion! Busca el alivio de sus penas multiplicando las ofensas; se entrega al desorden para olvidar sus trabajos; y de la molesta tristeza del delito forma un abominable remedio para la tristeza de sus aflicciones.

No, Católicos, solamente la Religion puede consolarnos con solidéz en nuestras desgracias. La Filosofia suspendia las quejas, pero no mitigaba el dolor. El mundo adormece los pesares, pero no los cura; en medio de sus insensatos placeres, el secreto aguijón de la tristeza permanece siempre profundamente atravesado en el corazon. Solo Dios puede ser el consolador de nuestras penas, y no necesita de otro el alma fiel. ¡Criaturas flacas! Bien podeis con vanos discursos, con aquel language ordinario, tierno y compasivo, hacer que os oygan los oídos corporales, pero advertid que solo el Dios de todo consuelo sabe hablar al corazon; en vano he buscado yo entre vosotras alivio al exceso de mis penas; he aumentado mis males queriendo aliviarlos; y vuestros vanos consuelos no han sido para mí mas que nuevos tormentos. *Et qui consolaretur, & non irveni. (b)*

¡Gran Dios! De aqui adelante no derramaré la amargura de mi corazon sino á vuestros pies. Con vos

(a) *Psalm. 118. v. 82.* (b) *Psalm. 68. v. 21.*

vos solo quiero olvidarme de todos mis males, de todos mis trabajos, de todas las criaturas; hasta ahora me he abandonado á los pesares y tristezas humanas: he deseado mil veces que los insensatos proyectos de mi corazon sirviesen de regla á vuestra sabiduría. Mis pensamientos han sido desordenados: mi espiritu ha soñado mil sueños alegres: mi corazon se ha dexado llevar de estas vanas fantasmas. Yo he deseado mejor cuna, mas favor, mas talento, mas gloria, mas salud: con estas ideas me he formado una felicidad imaginaria. ¡Oh qué insensato he sido! Como si yo pudiera formar á medida de mis deseos el orden inmutable de vuestra providencia; como si yo fuera, ó mas sabio, ó estuviera mas ilustrado que vos acerca de mis verdaderos intereses. Nunca conté con los eternos designios que teniais para conmigo: jamás miré las amarguras de mi estado, como que hacian parte del orden de mi predestinacion eterna; y hasta ahora solamente las criaturas han decidido de mis alegrías, como de mis pesares. Por eso mis alegrías nunca han sido tranquilas, y mis penas siempre han sido sin consuelo. Pero en adelante, oh Dios mio, vos solo sereis mi unico consolador, y buscaré en la meditacion de vuestra santa Ley, y en mi sumision á vuestras eternas disposiciones, los sólidos consuelos que jamás he hallado en las criaturas, los que suavizando acá en la tierra nuestras penas, nos aseguran al mismo tiempo la recompensa inmortal. Amen.

SERMON  
PARA LA FIESTA  
DE LA CONCEPCION  
DE NUESTRA SEÑORA.

*Vadam, & videbo visionem hanc magnam.*

Iré, y veré esta grande maravilla. *Exod. 3.  
v. 3.*

SEÑOR.

**E**Xtraordinario era el prodigio que se manifestó á Moysés en el Monte Siná. Una zarza cercada por todas partes de llamas sin consumirse; ¿pues qué es lo que en su presencia suspende la actividad de el fuego? ¿Por qué este elemento, que con su voracidad consume quanto encuentra, parece que respeta á esta zarza milagrosa? ¿Quién no diria, como Moysés: iré, y veré esta grande maravilla! *Vadam, & videbo visionem hanc magnam.*

Aun es mayor el prodigio que la Iglesia ofrece hoy á la piedad de los fieles. Una pura criatura, una hija de Adán,

Adán, una porcion de la masa corrompida del humano linage, que á pesar de la raíz inficionada de donde procede, á pesar de la depravacion del siglo en que habita, á pesar del ayre emponzoñado que respira, conserva toda la pureza de su alma santa, y permanece incorrupta en medio de la mayor corrupcion. ¡Oh Dios! ¡Quién como vos! Vos sois el Dios que obra los prodigios.

Los Justos, aun los de primer orden, no obstante sus temores y vigilancia, no obstante los socorros de la gracia que los sostiene, experimentan muchas veces al dia su flaqueza: si dixeran que estaban un solo instante de su vida sin pecado, mentirian al Espiritu Santo, y contra sí mismos; y Maria desde el primer instante en que Dios derramó en su alma la justicia y santidad, hasta el momento en que entró en la eterna bienaventuranza, Maria siempre triunfó del pecado, del mundo, y de todos sus alhagos; del mundo, y sus falsas máximas, con las que hace que tantas almas entren en el camino de la perdicion; del mundo, y de todas las contradicciones que opone á la virtud, y con las que desgraciadamente se pierden tantos Justos, de aquellos que el Evangelio llama temporales; por todas partes la rodea el fuego del pecado, pero sin poderla hacer sentir su infame ardor. ¡Qué prodigio tan inaudito! ¡Qué gloria! ¡Qué privilegio tan singular concedido á Maria! Iré, y veré esta gran maravilla. *Vadam, & videbo visionem hanc magnam.*

No obstante haber nacido Maria con un privilegio tan sublime, que ponía entre ella y el pecado una casi infinita distancia, nunca creyó poder conservarle sino por medio de la fidelidad y vigilancia. La misma plenitud de gracia que la hacia superior á todos los peligros, se los hacia, al parecer, mas formidables. Sin tener en sí aquel caudal de flaqueza y corrupcion, que hace que en todo hallemos escollós, y que muda en lazos aun

nues-

SERMON  
PARA LA FIESTA  
DE LA CONCEPCION  
DE NUESTRA SEÑORA.

*Vadam, & videbo visionem hanc magnam.*

Iré, y veré esta grande maravilla. *Exod. 3.  
v. 3.*

SEÑOR.

**E**Xtraordinario era el prodigio que se manifestó á Moysés en el Monte Siná. Una zarza cercada por todas partes de llamas sin consumirse; ¿pues qué es lo que en su presencia suspende la actividad de el fuego? ¿Por qué este elemento, que con su voracidad consume quanto encuentra, parece que respeta á esta zarza milagrosa? ¿Quién no diria, como Moysés: iré, y veré esta grande maravilla! *Vadam, & videbo visionem hanc magnam.*

Aun es mayor el prodigio que la Iglesia ofrece hoy á la piedad de los fieles. Una pura criatura, una hija de Adán,

Adán, una porcion de la masa corrompida del humano linage, que á pesar de la raíz inficionada de donde procede, á pesar de la depravacion del siglo en que habita, á pesar del ayre emponzoñado que respira, conserva toda la pureza de su alma santa, y permanece incorrupta en medio de la mayor corrupcion. ¡Oh Dios! ¡Quién como vos! Vos sois el Dios que obra los prodigios.

Los Justos, aun los de primer orden, no obstante sus temores y vigilancia, no obstante los socorros de la gracia que los sostiene, experimentan muchas veces al dia su flaqueza: si dixeran que estaban un solo instante de su vida sin pecado, mentirian al Espiritu Santo, y contra sí mismos; y Maria desde el primer instante en que Dios derramó en su alma la justicia y santidad, hasta el momento en que entró en la eterna bienaventuranza, Maria siempre triunfó del pecado, del mundo, y de todos sus alhagos; del mundo, y sus falsas máximas, con las que hace que tantas almas entren en el camino de la perdicion; del mundo, y de todas las contradicciones que opone á la virtud, y con las que desgraciadamente se pierden tantos Justos, de aquellos que el Evangelio llama temporales; por todas partes la rodea el fuego del pecado, pero sin poderla hacer sentir su infame ardor. ¡Qué prodigio tan inaudito! ¡Qué gloria! ¡Qué privilegio tan singular concedido á Maria! Iré, y veré esta gran maravilla. *Vadam, & videbo visionem hanc magnam.*

No obstante haber nacido Maria con un privilegio tan sublime, que ponía entre ella y el pecado una casi infinita distancia, nunca creyó poder conservarle sino por medio de la fidelidad y vigilancia. La misma plenitud de gracia que la hacia superior á todos los peligros, se los hacia, al parecer, mas formidables. Sin tener en sí aquel caudal de flaqueza y corrupcion, que hace que en todo hallemos escollós, y que muda en lazos aun

nues-

nuestras mismas virtudes, las mas rigurosas precauciones la parecieron el unico asilo y toda la seguridad de su inocencia. El retiro, la oracion, el huir del mundo, la negacion de sí misma, fueron las reglas constantes de sus costumbres; y aunque tantos favores recibidos del cielo la daban una confianza tan firme, y tan bien fundada, de que nunca la abandonaria la gracia, vivió, no obstante, como si siempre estuviera temerosa de perderla.

¡Qué instruccion, y qué exemplo! Si Maria libre de aquel principio de corrupcion, que hace que nuestras caídas sean tan faciles y casi inevitables, huye del mundo, vive con recogimiento y oracion, ¿cómo nos prometeremos nosotros poder conservar entre sus placeres y peligros una inocencia, que aun dentro de nosotros mismos tiene enemigos tan terribles contra quienes pelear? Esta es la reflexion mas natural que nos ofrece este Misterio.

Hallo pues en Maria, cuya fidelidad quiero proponer por modelo á las almas favorecidas de Dios, y á quienes la gracia ha sacado del vicio, dos fidelidades respecto de la gracia recibida; una de precaucion, y otra de correspondencia: la fidelidad de precaucion, que la hace temer aun los menores peligros: la fidelidad de correspondencia, con la que cuida hasta el fin de hacer nuevos progresos en los caminos de la gracia: fue fiel en conservar la gracia recibida; y fue fiel en aumentarla y seguirla hasta donde la misma gracia la quiera conducir. Volvamonos á la misma Señora para alcanzar por su intercesion estas dos fidelidades. *AVE MARIA.*

## PRIMERA PARTE.

**T**Res escollos deben temer las almas, que deseosas de su salvacion, y vivamente persuadidas de que todo lo que no es Dios es un sueño, quieren empezar

á ser fieles. Primeramente, su propia fragilidad que las arrastra; en segundo lugar, el mundo, con el qual todavía quieren guardar respetos y atenciones; y por último, el olvido de la gracia, que poco á poco las hace menos cuidadosas de la grandeza y singularidad del favor, que en medio de sus extravíos mudó su corazon, y dispuso sus tinieblas. A estos tres tan peligrosos escollos para una nueva conversion, opone Maria tres precauciones, que nos servirán hoy de modelo. Primeramente á la propia fragilidad, opone una entera separacion del mundo; á la vana delicadeza de los juicios públicos, una insensibilidad heroyca respecto de los discursos y frívolos pensamientos de los hombres; y al olvido de la gracia, un reconocimiento continuo y proporcionado á la grandeza del beneficio. Os suplico que me esteis atentos.

El primer escollo de nuestra inocencia está en nosotros mismos: nuestras mas santas resoluciones vienen casi siempre á tropezar con nuestras propias inclinaciones: la misma prontitud de corazon, que forma nuestras lágrimas y penitencia, es en el instante siguiente la causa de nuestra inconstancia y de nuestros disgustos; y sin que los objetos exteriores se mezclen en nuestro engaño, la virtud por sí sola se debilita en el mismo corazon en que se habia formado.

Una de las ilusiones mas comunes de que se vale el demonio para engañar á las almas que empiezan á servir á Dios, es el persuadirlas que no es necesario romper abiertamente con el mundo para hacer una vida christiana; que se puede muy bien vivir en medio de sus placeres sin tener parte en ellos; que una vez mudado el corazon, las ocasiones que antes eran funestas á la inocencia, son ya objetos indiferentes; y que entonces los mismos peligros vistos de cerca sirven de instruccion y de remedio.

Para confundir, pues, un error tan injurioso á la piedad,

dad, nos propone hoy la Iglesia el exemplo de Maria. Fortalecida con todas las bendiciones de la gracia, defendida con el privilegio de su Concepcion milagrosa, y teniendo la promesa de Dios por prenda de su inocencia, no se tiene por segura sino lejos del mundo y de sus riesgos. Huye de las ocasiones, aun antes de la edad en que pueden temerse los peligros. El retiro de Nazareth fue el primer asilo, en que muy en tiempo depositó el tesoro de la gracia para libertarle del contagio. Allí, separada del mundo, unida con Dios por medio de los mas santos movimientos de una caridad ya consumada; heredera de los deseos de todos los Patriarcas sus antepasados; cargada de los votos de toda la Sinagoga, suspiraba sin cesar por la venida del Salvador: gemía por la desolacion de Jerusalén, y por las infidelidades de su Pueblo: pedia al Señor que visitase á Israel con su misericordia: y pensando continuamente en el que habia de ser la salud de Judá, y la luz de las Naciones, le formaba ya en su corazon por medio de la fé, dicen los Santos Padres, antes que la virtud del Todo poderoso le hubiese formado en su seno por medio de la secreta obra de su poder. Ni la autoridad de los exemplos, ni la licencia de las costumbres de su tiempo, en que el comercio de las Naciones, y el reynado de un Estrangero habian alterado mucho en Judéa la sencillez de las primeras costumbres y la observancia de la Ley de Dios, no la hicieron minorar la austeridad de sus precauciones y conducta. Hija de David, Esposa de Joseph, Madre del Mesías, entregada despues al amado Discipulo, en todos los diferentes estados de su vida se oculta, vive lejos del mundo, y donde solo Dios la vea. La oracion y el retiro la parecen el unico medio para conservar la gracia recibida.

*Primera instruccion.*

Es error el creer que el mundo y sus peligros son menos de temer, quando se les presenta un corazon con-

ver-

vertido, y una alma que desconfia de ellos. Primeramente, exponeis la gracia recibida, y esta es una temeridad castigada, casi siempre, con la pérdida del beneficio que se expone. En segundo lugar, es una ingratitude y una señal del poco caso que haceis de las misericordias que el Señor usa con vosotros: á la ingratitude sigue siempre la tibieza, y muchas veces la indignacion del bienhechor. Podia añadir, que quanto mas ha purificado vuestro corazon la gracia de una conversion sincera, tanto mas peligrosas son para vosotros las ocasiones: en otro tiempo, quando caminabais por el camino de la iniquidad, viviendo en el comercio de los sentidos y de las pasiones, estaba menos expuesta vuestra alma; la familiaridad con los deleytes entorpecía; por decirlo así, su viveza; veiais mil veces el peligro sin reflexion y con tranquilidad; el disgusto os servia como de seguridad; el pecado, si es licito decirlo así, os servia de muralla contra el pecado mismo: pero hoy que conociendo el Dón de Dios os absteneis de quanto puede desagradarle, tienen para vosotros los placeres un nuevo veneno; quanto mas huís de ellos, mas debeis temer su presencia; quanto mas tema vuestro corazon el entregarse á ellos, mayor impresion harán en él: si desafiamos temerariamente á un enemigo que nos parece temible, ya nos podemos contar por vencidos: las mas ligeras ocasiones, que en otro tiempo apenas merecian vuestra atencion, ofenderán hoy vuestra inocencia. Todo aquello de que nos privamos, empieza á sernos mas amable; los deleytes que hemos renunciado, se presentan con nuevos alhagos; el pecado á quien ya hemos apartado de nosotros, halla al corazon mas facil para recibir sus impresiones. Os fiais de vuestra virtud, y la misma virtud expuesta á los peligros es muchas veces la mas peligrosa tentacion de la alma fiel.

Jehú, Principe impío, miraba con indiferencia á la sobervia Jezabel, rodeada de pompa y de atractivos,

R 2

cui-

ciudadosa solamente de agradarle: y David justo y fiel, vé perecer su inocencia por sola la indiscrecion de una mirada. Algunas veces está la virtud mas cerca de caer que el vicio mismo; y vos lo permitís así, oh Dios mio, para que las almas que son vuestras, obren su salud, huyendo de los peligros, y desconfiando de sí mismas.

Por otra parte, si ya os sentís movido de Dios, ¿qué encanto puede tener para vosotros el mundo en que vivís? Aun quando pudierais salir por fiadores de la fragilidad de vuestro corazon, y pudierais prometeros que nunca os sorprehenderian aquellas ocasiones alhagueñas, en aquellos instantes de inadvertencia ó flaqueza en que repentinamente se suele perder el fruto de muchos años de virtud, ¿qué es lo que aun podeis hallar en el mundo que os agrade? ¿En qué os podeis ocupar en él, sino en cosas inutiles, de que vuestra fé se queja en secreto? ¿Qué podeis oír, sino vanos discursos, que se oponen á vuestras determinaciones, ó que las entibian? ¿De qué os pueden servir sus placeres, sino de alhagos que os perviertan, sus mas honrosas conexiones, sino de cumplimientos que os molesten, sus mas divertidas tertulias, sino de scenas que os estorven? ¿Qué puede ser para vosotros todo el mundo entero, sino una perpetua violencia? Oh alma fiel! exclama San Agustin. ¿Qué haces en medio de un mundo que no se hizo para tí? *¿Quid tibi cum pompis Diaboli, amator Christi?* Infelices seriais si aun amaseis al mundo; pero aun lo seriais mucho mas, si no amandole os obstinaseis en vivir en medio de sus peligros: salid, pues, de este mundo corrompido; esto es, formaos en él nuevas amistades, nuevos placeres, nuevas ocupaciones: uníos con el corto número de almas justas, que viven en el mundo como vosotros, pero no viven como el mundo; en su compañía, dice San Agustin, hallareis aquella fidelidad; aquella verdad, aquel candor, aquella alegría pura y agradable, y aquella seguridad que nunca pu-  
dis-

disteis hallar en las compañías mundanas: apartaos generosamente de aquello que no os es permitido amar: tened valor para huir de lo que la fé os ha hecho ya despreciar; y no hagais caso de los vanos juicios de un mundo que no conoce á Dios, y que yá está juzgado. *Segunda precaucion*, cuyo exemplo vereis en Maria Santisima.

El temor de los juicios humanos es, Católicos, el segundo obstáculo que opone el demonio á las santas inspiraciones de la gracia. Bien conocemos que para corresponder á los movimientos saludables, que la bondad de Dios pone en nuestros corazones, era necesario dár muchos pasos, pero nos detiene el mundo, que hablará, que lo condenará, y se burlará; al mismo tiempo que le despreciamos, le tememos.

Persuadida, pues, Maria de que es imposible unir lo que nos pide la gracia con las costumbres y sujeciones que nos impone el mundo, y el no ser infiel á Dios quando queremos suavizar con respetos humanos las obligaciones de una nueva vida, no se detiene en exáminar si sus pasos parecerian extraños á los hombres, sino solamente si son medios necesarios para conservar la gracia recibida: y así, aunque en la Sinagoga se miraba á la virginidad como oprobrio, y eran despreciadas las personas que abandonaban la esperanza de ser madres del Mesías, conociendo Maria que este era el camino por donde Dios queria llevarla, abraza este humilde estado, y sin tener respeto á su nacimiento, á la esperanza de sus parientes, frustrada con esta resolucion, á lo que diria el mundo, el que siempre desea hallar en la conducta de los Justos alguna cosa extraordinaria, para poder motejar á la piedad de capricho y de flaqueza, consagra á Dios su virginidad, y sigue la voz del cielo, sin cuidar de los vanos pensamientos de los hombres: porque á la verdad, Católicos, se adelanta poco en el camino de Dios, quando se  
mi-

miran con respeto las injustas preocupaciones del mundo.

Y si no decidme los que movidos de la gracia, aunque demasiado atentos á los juicios humanos, guardais aun ciertos respetos con un mundo á quien no amais, ¿qué es lo que pretendéis con dexar de hacer por respeto suyo mil cosas propias de la fidelidad que debéis á Dios? Si quereis con esto evitar sus censuras, y que favorezca vuestra nueva virtud, os engañais; porque quanto mas observante os vea de sus máximas, mas censurará vuestra piedad; quanta mayor uniformidad querais conservar con él, mayores motivos dáis á la malignidad de sus censuras: las mismas condescendencias de que con trabajo usará vuestro corazón para agradarle, serán el motivo de su burla: condena solamente en los que se dedican á la piedad lo que halla en ellos de mundanos; se burla de aquellas almas indecisas, que hacen á todo, al mundo y á la virtud, y así son indefinibles; se rie de los que despues de haberle abandonado, aun quieren agradarle; y aunque es enemigo declarado de la virtud, por lo comun su censura mas se dirige contra los defectos de la virtud, que contra la virtud misma.

Si quereis, pues, que el mundo apruebe vuestra mudanza, haced que sea sincera y universal. ¿Quereis que alabe vuestra nueva penitencia? Haced que sea proporcionada á vuestros antiguos desórdenes; que no note en vosotros un penitente sensual, tibio, y medio mundano, despues de haberos conocido un pecador vivo, ardiente, y sin respetos en el vicio; que no pueda decir de vosotros, que á unas pasiones extremadas ha sucedido una virtud acomodada; que en lugar de los placeres violentos habeis elegido la pereza; y que en vuestra nueva vida no hay otra cosa especial mas que haberos apartado de todo lo que os molestaba. No temais, pues, al mundo, sino mientras useis con él de respetos. Mientras que Sansón vivió enemigo declara-

do

do de los Filisteos, y lejos de sus Ciudades, le tuvieron por un hombre escogido por Dios para ensalzar la gloria de Israel; pero apenas se acercó á aquel Pueblo infiel, apenas hizo alianza con él, é imitó sus costumbres, quando se hizo la fábula de Gaza, y sirvió de público juguete á sus conversaciones.

Nada perdona el mundo á la virtud. No solamente no alaba en los Justos el que se acomoden á sus costumbres, sino que quiere en ellos mas modestia, mas moderacion, mas caridad, mas desinterés, mas olvido de sí mismos, y mas privacion, si es posible, de la que manda el Evangelio. Es excesivamente severo en las reglas que impone á los Justos; les disputa hasta las mas leves condescendencias que usan consigo mismos; les imputa á pecado aun las faltas mas leves; se escandaliza aun de sus mas inocentes libertades; quisiera condenarlos á un perpetuo retiro, á una tristeza sin consuelo, y á una entera insensibilidad acerca de sus propios intereses. Quisiera, segun parece, que para contarse entre los Justos, dexasen de ser hombres; y su injusticia se emplea mas en ponderar sus obligaciones, que en disculpar sus fragilidades. En este punto es el mundo un doctor muy rígido. Los Fariseos acusan de intemperancia los inocentes convites de Jesu-Christo. Michol censura las santas alegrías de David. Los Grandes de Jerusalén miran como ambiciosas las lágrimas y predicciones de Jeremías. El mundo aumenta y envenena quanto halla en las acciones de los Justos; y usando consigo de toda la indulgencia posible, guarda para ellos toda su severidad; como si abultando las obligaciones de la piedad, quisiera persuadirse á que son impracticables, y justificar las transgresiones con que se aparta de ellas.

Finalmente, la última precaucion de que se vale Maria para conservar la gracia recibida es un continuo reconocimiento; y este es el tercer escollo que puede

te-



temerse en una nueva vida. No conocemos bien el gran favor de Dios en habernos sacado del desorden: esta falta de conocimiento nace primeramente de una oculta soberbia, que hace que atribuyamos en parte nuestra mudanza á un natural feliz, á un gran caudal de reñitud y providad, el que aun en medio de los desordenes nos hacia avergonzar del vicio, que ponía ciertos límites á nuestras pasiones, los que suelen traspasar la mayor parte de los pecadores, y que nos hacia respetar la obligacion, al mismo tiempo que la posponiamos al deleyte. Pero Maria nacida con tantos privilegios, y formada, segun parece, para la virtud, no busca en sí las razones de los favores de Dios. *Obró en mí (dice) cosas grandes, porque se acordó de su misericordia. (a)*

Qualquiera cosa que quisiera atribuirse á sí misma la hubiera parecido una infame Ingratitud; y no hallando en sí cosa alguna que pudiese merecerla la estimacion de Dios, quanto mas se miraba, mas descubria la grandeza del beneficio, sin hallar en sí mas que nuevos motivos de agradecimiento.

Dios gusta de que conozcamos el valor de las gracias que nos hace; es tan zeloso de sus dones como de su gloria; y no hay cosa que tanto suspenda sus misericordias, como el querer buscar en nosotros mismos las razones de haberlas merecido. Porque á la verdad, además de que un natural feliz y dispuesto para el bien es un dón gratuito, es injusticia querer por eso minorar lo grande del beneficio que ha mudado nuestro corazon, y el reconocimiento que debemos á nuestro bienhechor.

¿De qué proviene, pues, que tantos pecadores, nacidos con mejores disposiciones que nosotros, mas in-

(a) *Luc. 1. v. 49. 54.*

clinados que nosotros, por el caracter de su corazon, á la vergüenza, y á la inocencia; y mas movidos de la virtud y de las santas verdades que la inspiran, de que proviene, que no obstante esto, no tienen valor para romper sus cadenas, que continúan ofendiendo al Dios que conbeen, que ultrajan la misma verdad que respetan, que se dexan llevar, como por fuerza, de sus inclinaciones, y que á pesar de la voz de la naturaleza que parece acordarles su obligacion, se dexan todavia aprisionar del mundo, y del encanto de sus pecaminosos deleytes? ¿Pero qué es lo que digo? ¿De qué proviene que estas felices inclinaciones con que nacieron sean el pretexto de su impenitencia; que fiados en ellas se prometan una conversion futura; y que hallandose con mas disposiciones para la virtud que otros pecadores, mueran impenitentes, porque no se sentian obstinados? Aun no digo bastante, Católicos; exâminad lo que pasa en el mundo, y vereis que las personas de un caracter mas pacífico, las mas dispuestas á la virtud, los corazones mas tiernos, mas sinceros, y mas generosos, son los que mas se dexan engañar de los deleytes. ¿Qué es, pues, lo que habeis ofrecido á la gracia, presentandola una alma buena y facil, sino mas disposiciones para los deleytes, y mas obstáculos á la virtud? Quanto mas parece que os habia favorecido la naturaleza, tanto mas distante estabais del Reyno de Dios, tanto mas debeis bendecir á la mano misericordiosa, que os ha mudado en medios de santificacion las mismas inclinaciones, que en otros son el escollo de su inocencia; que ha mudado vuestra inclinacion al vicio en un santo deseo de la justicia; vuestro amor á las criaturas en una amorosa compuncion hácia él: vuestros movimientos profanos en santas lágrimas; y si alguna vez se os permite reflexionar sobre ese natural docil, que se os concedió al tiempo de nacer, es para que os confundais de haberle hecho servir tanto tiempo á la injusticia, y de no

haber hecho mas uso de los talentos que os distinguen de los demás hombres, que el haber hallado en ellos una distincion infeliz en la ciencia del pecado, y en la satisfaccion de sus pasiones. ¡Quién soy yo, oh Dios mio, para querer hallar en mi corazon las razones de vuestras misericordias! Un infeliz á quien han hecho mas culpables vuestros dones; un pecador que en vuestros mismos beneficios ha hallado la raíz de sus miserias; un monstruo de ingratitud que se ha divertido en juntar quantas disposiciones favorables á la virtud puede dar de sí un natural feliz, con quanto puede inspirar á favor del vicio una voluntad corrompida.

La segunda razon porque el reconocimiento, que debe ser continuo en las almas á quienes Dios ha movido, se entibia en nosotros, es porque nos vamos olvidando de nuestras pasadas miserias. En los primeros dias de nuestra penitencia, apenas nos atreviamos á mirarnos á nosotros mismos: los horrores de nuestra alma, que aun estaban vivos, por decirlo así, hacian gemir á nuestra fé; nuestros desórdenes se presentaban todavía á nuestra vista con toda su fealdad; y aun era preciso que el Confesor prudente y caritativo nos los disfracase para asegurar nuestros temores, y para que no desmayase nuestra flaqueza: entonces la sola tentacion que padeciamos era el conocer demasiado nuestra miseria. Pero insensiblemente nos hemos ido familiarizando con nosotros mismos; nuestras falsas virtudes nos han ocultado nuestros pasados delitos; y algunos pocos dias dedicados á la penitencia, algunas pocas lágrimas han borrado de nuestra memoria los horrores de una vida llena de iniquidad; de este modo el reconocimiento del beneficio que nos purificó, se ha borrado con la memoria de las manchas de que entonces estabamos cubiertos.

Esto sucede en las mas de las conversiones, de lo que nace que sean tan poco durables. Dios quiere que

en todos los instantes de la vida se conozca el inestimable precio de la gracia que mudó nuestro corazon: dexa de ser misericordioso, luego que dexamos de ser agradecidos á sus misericordias. David despues de su rigurosa penitencia, de sus lágrimas, y de sus cánticos, aun no veía en sí sino al asesino de Urias, y al violador de la santidad del lecho conyugal: su culpa, aun despues de mucho tiempo de expiada, se manifestaba continuamente á su vista como una sombra importuna; y ni el resplandor del trono, ni la prosperidad de su reynado, ni el número de sus victorias, ni la constante fidelidad que observó despues á la Ley de Dios, ni su zelo por la Magestad del culto divino, ni las alabanzas de sus profecias, que parecian haberle borrado la memoria de su pecado, para no acordarse mas que de su piedad, y de tantas acciones santas con que despues le habia reparado, no pudieron borrarle de su espiritu, y de su corazon: *Et peccatum meum contra me est semper. (a)*

¡Oh Dios! decia continuamente el penitente Rey, quando me acuerdo en vuestra presencia de la multitud de mis iniquidades, de las gracias con que siempre me habeis favorecido, aun quando yo con mas ingratitud y escandalo violaba vuestra santa Ley, se turba mi corazon, me abandona mi confianza, y mis ojos miran sin gusto todo este resplandor y grandeza que me rodea. *Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea, & lumen oculorum meorum. (b)* Si, Dios mio, todos los placeres del reynar no pueden aliviar la gran tristeza que dexa en mi alma el dolor de haberos ofendido. *Afflictus sum. (c)* Toda la gloria de mi Reyno no equivale al secreto abatimiento que en vuestra presencia me hace

(a) Psalm. 50. v. 4. (b) Psalm. 37. v. 22.

(c) Ibid. v. 9.

pádecen la memoria de mis flaquezas. *Humiliatus sum: (a)*  
 ¿Qué podré yo, Señor, daros por tantas bendiciones con  
 que me habeis enriquecido? En mis desórdenes nunca  
 me habeis desamparado; me enviasteis Profetas que  
 me anunciaseis vuestras santas voluntades; me disteis un  
 corazón docil y dispuesto para la verdad; siempre me  
 favorecisteis contra mis enemigos; multiplicasteis mi des-  
 cendencia, y asegurasteis para siempre en mi casa el  
 Trono de Judá; me hicisteis amado de mis pueblos,  
 y temido de mis vecinos, ¿qué os daré yo, Señor, por tantos  
 beneficios? ¿Podrán acaso bastar mis lágrimas para ex-  
 piar mis delitos, ó para agradecer vuestras gracias? *Quid  
 retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi. (b)*  
 De este modo perseveró David hasta el fin, y afianzó  
 en la continua memoria de su pecado la seguridad  
 de su penitencia.

Finalmente, la última razón porque dexamos enti-  
 biar nuestro agradecimiento, después de los primeros  
 pasos de nuestra conversión, es porque no conside-  
 ramos que quando Dios mudó nuestro corazón, nos  
 prefirió á otras muchas almas menos pecadoras que  
 nosotros, y no obstante las dexó en el camino de la  
 perdición.

La preferencia que Dios usó con María, no en sa-  
 carla del pecado, sino en preservarla de él, es para la Se-  
 ñora el mayor motivo de su agradecimiento: se acuerda  
 de que al mismo tiempo que el Señor desprecia á las de-  
 más hijas de Judá, se digna mirar la bajeza de su Es-  
 clava, escogerla, y llenarla de dones y de gracias; y  
 siendo toda la ocupación de los pensamientos de María  
 esta preferencia de las misericordias y amor del Señor  
 para con ella, la sirve de despertar su amor, y asegu-  
 rar su fidelidad.

(a) *Ibid.* (b) *Psalm. 115. v. 12.*

Y á la verdad, Católicos, no hay cosa que tanto  
 dé á conocer el valor de la gracia á una alma en quien  
 Dios ha infundido un santo disgusto del mundo, y un  
 horror de los pasados desórdenes, como el ver á una  
 infinidad de pecadores de todas clases, de todas edades,  
 de todos sexos, y que solian ser cómplices de sus  
 antiguos placeres, entregados aun á la ceguedad, y  
 á la corrupción de su corazón, quando ella sola ha  
 sido escogida y separada por un singular favor de Dios,  
 sacada de sus desórdenes, ilustrada, y llamada al co-  
 nocimiento de la verdad: entonces, esta alma movi-  
 da de la grandeza del beneficio, dice: ¿Qué habeis  
 hallado en mí, oh Dios mio, que haya podido mere-  
 cerme una distinción tan singular de gracia y de mi-  
 sericordia? ¿Qué tenía yo mas que tantas almas á quie-  
 nes á mi vista habeis dexado perecer en el mundo, sino  
 mas miserias que curar, y mas oposiciones á vuestra  
 gracia? ¿Qué os he hecho yo para que así me prefir-  
 rais? Yo he sido mas indiscreto en mis pasiones, he  
 resistido mas tiempo á vuestras inspiraciones santas, he  
 estado atado con mas pesadas y mas vergonzosas cade-  
 nas: Este es, Dios mio, todo mi mérito. Una abun-  
 dancia de iniquidad ha atraído sobre mí la superabun-  
 dancia de vuestras misericordias: habeis escogido la mas  
 flaca y mas delinvente de vuestras criaturas, para ha-  
 cer resplandecer mas en mí el poder de vuestro brazo,  
 y las maravillas de vuestra misericordia: Oh Dios, que  
 tan propicio sois al pecador, dadme un corazón capaz  
 de amaros tanto, como desea mi agradecimiento, y me-  
 rece el exceso de vuestra bondad. En esto consiste,  
 Católicos, esta fidelidad de precaución, tan necesaria  
 para conservar la gracia recibida. Pero á la fidelidad  
 de precaución añadió María la fidelidad de correspon-  
 dencia.

## PARTE SEGUNDA.

NO basta haber evitado con precauciones saludables los escollos que pueden temerse en el principio de una vida christiana, es necesario tambien seguir los caminos por donde la gracia nos llama, y adelantar continuamente en el camino de la salvacion en que hemos entrado.

¿Quáles son, pues, las mas comunes causas de nuestras recaídas? Primeramente, el no haber seguido toda la fuerza y toda la extension de la gracia que nos sacó del desorden; en segundo lugar, el salirnos del camino por donde queria llevarnos; finalmente, el desmayar al tiempo que vamos adelantando, y ceder á cada obstáculo que el demonio opone á nuestra propia flaqueza. Pero Maria ofrece á la gracia una correspondencia de perfeccion, una correspondencia de estado, y una correspondencia de perseverancia; con que acaba de instruirnos.

En primer lugar; una correspondencia de perfeccion; y en esto enseña Maria á las almas movidas del deseo de su salvacion, á no poner límites peligrosos á la gracia que las sacó de los desórdenes del mundo y de las pasiones. Jamás hubo criatura que hiciese vida mas desprendida, mas pura, y mas perfecta que esta Santa hija de Judá; no tuvo inclinacion que dividiese ó debilitase en su corazon el amor á Jesu Christo; amóle mas que á su propia estimacion, pues las sospechas de Joseph no pudieron sacar de su boca ni una sola palabra que perjudicase á su humildad; mas que á su Patria, pues huye á Egypto sin detenerse; mas que á los aplausos mundanos, pues no le insta, como sus demás parientes á que se manifieste al mundo; mas que á su descanso, pues nunca le abandona en sus viages; y finalmente, mas que á sí misma, pues le

ofre-

ofrece en Sacrificio en el Calvario; sin que lo tierno de su amor ceda á lo grande de su fé; la llamaba la gracia al mas riguroso desapropio; á las virtudes mas perfectas, á las acciones mas heroicas, y nunca la limita á un genero de virtud mas suave y mas comun.

No hay, pues, cosa mas rara entre las personas que se han levantado de sus desórdenes, que este genero de correspondencia á la gracia. Bien sé que cada uno tiene su propio dón; que la medida de la gracia no es la misma para todas las almas; y que al siervo á quien se le hubiere dado menos, tambien se le pedirá menos; pero aseguro que tú en particular á quien Dios ha tocado, eres infiel á la gracia recibida, aunque te abstengas de los pasados delitos, si por otra parte, te ciefes á costumbres tibias, sensuales y comunes.

Y fundó esta verdad en las luces con que Dios os ha favorecido, y que se han seguido á vuestra penitencia; quando abristeis los ojos para ver lo enorme de vuestros pasados delitos, los abristeis al mismo tiempo para ver hasta donde se estendian vuestras obligaciones: conocisteis las reglas de la fé; visteis hasta donde estiende el Evangelio el despego, el aborrecimiento del mundo, el desprecio de sí mismo, el amor de la Cruz, y la violencia de los sentidos y del espíritu; visteis en la mayor parte de las costumbres recibidas en el mundo, muchas cosas que no veian los mundanos; en cada accion conociais lo mejor, segun la expresion del Apostol; esto es, lo que debia hacerse para seguir el espíritu de la fé; y así digo que sereis juzgados segun lo que habeis conocido, y que vuestras luces serán en la presencia de Dios la medida de vuestras obligaciones.

Fundó tambien esta verdad en los pensamientos que Dios os inspiró; y si no, acordaos de aquellos primeros instantes de penitencia en que empezasteis á detestar los.

los desórdenes de vuestra vida pasada; entonces sentisteis un nuevo gusto en la oracion, en el retiro, y en las santas austeridades: gemiais en lo íntimo de vuestro corazon por los empeños con que aun estabais ligados con el mundo, por los placeres que aun teniais precision de permitirlos, por las costumbres que una especie de cortesania os hacia seguir: os deciais á vos mismo, que una alma christiana debia desterrar de sí estas reliquias del mundo, y que una alma pecadora, entregada como la vuestra á las lágrimas, y á la penitencia, debia mirar estas costumbres mitigadas, como delitos. ¿No es verdad, Católicos, que á pesar de la flaqueza que hasta ahora os ha hecho perseverar en este estado, no se han borrado aun de vuestros corazones estos pensamientos fieles? ¿Que aun os reprehendeis todos los dias vuestra ribieza y vuestra infidelidad á los dones recibidos? ¿Que conoceis que aun falta algo á lo que Dios pide de vosotros? ¿Que no obstante el público error que alaba vuestra piedad, conoceis todavia que en la presencia de Dios estais muy distantes del estado á que os llama la gracia; y que las alabanzas de los hombres que suponen en vosotros virtudes que no teneis, serán motivo de hacer mas severa vuestra condenacion? ¿No es verdad que toda vuestra vida, por mas inocente que parezca á la vista de los hombres, no es mas que una continuacion de remordimientos, que no experimentais aquella paz inocente que es el mas suave fruto de la gracia, y que aunque os absteneis del pecado, con todo eso os hallais privados de todos los consuelos de la virtud?

La vocacion, pues, del cielo está escrita, por decirlo asi, en las inquietudes de vuestra alma. Si esta vida que aun seguís, natural y mundana, fuera la situacion ó estado en que Dios os quiere; si la gracia no os llamára á una abnegacion del mundo mas absoluta, á una mas severa vigilancia sobre vuestros senti-

tidos, estariais tranquilos en vuestro estado; solo experimentarais aquellos deseos de un estado mas perfecto, inseparables de la justicia christiana; pero no padeceriais las inquietudes de un corazon agitado, descontento, acobardado, que se esfuerza continuamente para levantarse sobre sí mismo, y que inmediatamente le abate su flaqueza; gustariais las delicias que se experimentan en ser de Dios y en servirle; el estar vuestra virtud triste é inquieta consiste en que es tibia é infiel; acaso otro que hubiera sido llamado á menor grado de gracia y de justicia, se preservára de caer en este estado de imperfeccion; sus inclinaciones menos vivas, su genio mas moderado, y su corazon menos facil de moverse, no hallaria entre los mismos peligros en que vosotros vivís, los mismos precipicios: pero vosotros cuyas inclinaciones mas fragiles, cuya alma mas facil en recibir las impresiones, solo puede estar segura lejos de los peligros, y defendida con todas las precauciones de la Fé, sentireis que insensiblemente se debilita vuestra virtud, que se disminuye vuestro horror al vicio, que cada dia se aumenta vuestra flaqueza, que cada objeto debilita vuestro corazon con nuevas impresiones, que cada victoria de las que conseguís disminuye vuestras fuerzas, y caeréis tanto mas peligrosamente, quantas mas habian sido las caídas invisibles que habian precedido en vuestro corazon, antes que un conocido abandono de Dios os manifestase á vosotros mismos vuestra caída. Es imposible el perseverar fiel por mucho tiempo no estando en el estado que Dios nos pide.

Finalmente, fundo esta verdad en vuestras pasadas costumbres. ¿Quereis saber cuáles deben ser los límites de vuestra virtud? Pues acordaos de qual fue la medida de vuestros vicios; esta regla es indefectible; haced en la piedad los mismos progresos que hicisteis en los desórdenes; dad á Dios otro tanto como disteis

al mundo, aquel desasosiego, aquella embriaguez, aquel olvido de vuestros intereses y de vuestra gloria, aquellas sutilezas en vuestros empeños profanos, aquel corazón ocupado siempre en sus pasiones, y que se tenía por feliz en sus penas; esto es lo que fuisteis para el mundo; pues sed lo mismo para Jesu Christo; ofreced á vuestro corazón objetos mas santos; dejad para un Dios, que es solo digno de ser amado, la misma ansia, la misma constancia, la misma sutileza que teniais para las vanas criaturas; en vuestras deplorables pasiones haciais gala de parecer Heroes, de ser mas sinceros, mas generosos, mas fieles, y mas grandes que los demás hombres. Servid á Jesu Christo con la misma nobleza, sin temor, sin respetos, sin division, sin bajeza; llevad la misma grandeza de alma al pie de sus Altares; no os contenteis con una virtud debil y comun, ni degradeis vuestro corazón quando le entregais á Jesu-Christo, cuya gracia le eleva y ennoblece quando está tímido y abatido.

Sí, Católicos, las pasiones en las personas de cierta clase siempre son vivas, sobresalientes, y extremadas; y la penitencia flaca, debil, y tímida; vuelven en sí de los pasados desórdenes, arreglan sus costumbres, se reconcilian con las cosas santas, pero no reparan los excesos pasados; suelen amparar á los Justos, honrarlos con su familiaridad, alentar su zelo, proteger las empresas utiles á la piedad, pero sin conocer las lágrimas, los rigores, los santos desprecios de las cosas del mundo, ni los sacrificios de la penitencia; tienen las públicas virtudes en que nada padece el amor propio, pero no las personales que son las que solamente forman al hombre interior, y obran la verdadera mudanza del corazón; esta suele ser la penitencia, particularmente de los grandes; hacense mas favorecedores de la piedad, pero no son por eso mas rigurosos consigo mismos; hacense mas religiosos, pe-

ro no mas penitentes. La primera cosa que Dios pide á un pecador, por mas distinguido que sea en el mundo, es sus suspiros, sus lágrimas, y sus trabajos. No se contentó David con llevar en triunfo á Jerusalén el Arca Santa, con haber juntado, á costa de grandes gastos, los materiales para un magnífico Templo, con honrar la santidad de Nathan, y del Pontífice Abiathar; sino que lloró su pecado, cubierto de ceniza y de cilicio; interrumpió mil veces su sueño para bañar su cama con sus lágrimas, y confesar en la presencia del Señor la ingratitud y enormidad de su delito; pasó lo restante de sus dias lleno de pensamientos de compuncion y amargura, no pudiendo persuadirse á que lo elevado de su dignidad le dispensaba en las reglas esenciales de la penitencia; es necesario padecer para satisfacer delante de Dios por vuestros pecaminosos deleites; y mientras que vuestras pasiones no estén castigadas, no pueden estar mas que medio extinguidas.

Estas son reglas de fé y de equidad; vosotros podeis juzgar acerca de ellas. No basta haber salido de Sodoma, y de los caminos de la iniquidad, es necesario seguir á la gracia hasta donde ella quiera conducirnos. Salió Loth de aquella Ciudad reprobada, que Dios entregó á las llamas de su venganza, pero esto no fue mas que el principio de su salud; quiso el Angel llevarle hasta lo alto de la Montaña, no se atreve á seguirle, se asusta con la dificultad del camino, y pide que se le permita detenerse á un lado, en una Ciudad situada en la cuesta: *Quia nec possum in monte salvari :: est Civitas juxta*: (a) Con este medio creía haberse puesto en seguridad, haberse libertado del peligro de Sodoma, y de la fatiga de la Montaña. Pero las mitigaciones en materia de obligacion siem-

(a) Genes. 19. v. 19. 20.

pre son peligrosas; abandone Dios, se emborracha, y dá motivo al mas abominable de todos los pecados; la virtud que busca el descanso está muy cerca de la virtud que se aparta del camino; y quando no hacemos mas que medio huir del vicio, estamos muy expuestos á volverle á encontrar; y esta es la primera infidelidad que inutiliza la gracia de la conversion.

La segunda consiste en seguir los caminos que nos dicta nuestra vanidad, ó nuestro capricho, y no aquellos por donde quiere conducirnos la gracia; pero Maria evita este escollo con una correspondencia de estado: elevada al grado mas sublime de la gracia, y con derecho de aspirar á los mas extraordinarios caminos, no sale del simple y natural de su estado: toda su piedad se halla limitada á criar á su Hijo con un religioso cuidado en su retiro de Nazareth; en tributar á Joseph el respeto y obediencia que le era debido por razon del sagrado vínculo con que á él estaba unida; en ir todos los años á Jerusalén para celebrar allí la Pasqua con su Pueblo; en sujetarse á las comunes observancias de la Ley; siempre persevera fiel en seguir la gracia en todos los acontecimientos de su vida; nunca se persuade á que un estado diferente sería mas favorable á la piedad; en las circunstancias en que Dios la pone, nunca busca razones para justificar lo que Dios condena; y el camino por donde la conduce la gracia la parece siempre el mas propio para su eterna salud. En esto suelen engañarse las mas santas intenciones, y aun la misma piedad suele ser nuestra mas peligrosa ilusion; apenas se encuentra quien quiera ir á Dios por el camino que le señala su gracia.

Algunos hay á quienes les parecen ligeras todas las cruces, menos las que les envia la divina Providencia; la pérdida de sus bienes y de su fortuna les parece tolerable, pero no pueden sufrir la mala fé de un ene-

enemigo que los deshonor y calumnia, y les parecen muy injustos estos sentimientos; en qualquiera otro estado que Dios nos colocase nos parece que le seriamos fieles, pero en este que es el unico camino por donde la gracia queria guiarnos, nos quejamos de su providencia, y faltamos á sus ordenes.

En medio del mundo y de la Corte, adonde nos llama nuestro estado, nos decimos á nosotros mismos, que seriamos mas fieles en el retiro y lejos de los peligros: en el retiro, en donde algunas veces nos detiene nuestra obligacion, nos persuadimos que la piedad sola, y entregada á sí misma, se relaja y desfallece, y que el trato de los Justos, y los públicos socorros de la virtud, la alientan y confortan; entre los cuidados públicos, una condicion particular parece mas proporcionada á la salvacion: si nos hallamos en este estado, pretextamos la inutilidad, y creemos que una vida desocupada casi no puede ser inocente: los que están ligados con el santo vínculo del Matrimonio se quejan de que las antipatías, casi siempre inseparables de una mutua sujecion, son un obstáculo invencible para salvarse: los que se hallan en un estado libre se figuran que si estuvieran ligados tendrían su corazón tranquilo, y serviría esto de freno á sus locas pasiones; cada uno apetece las obligaciones esenciales del estado en que no se halla, y nadie es fiel á la gracia de su propio estado. ¿Señor, decian los Israelitas en el desierto, nos habeis acaso trahido á estos lugares áridos para que nos sirvan de sepulcro? Dadnos enemigos con quienes pelear, y de quienes podamos defendernos, y no peñascos ardiendo, hambre y sed que nos consumen: (a) *Cur eduxisti nos in desertum istud ut occideres omnem multitudinem fame?* ¿Señor,

(a) Exod. 16. v. 3.

ñor, decían los mismos despues que salieron del desierto, y llegaron á los Países de Canaá, para qué nos sacasteis del Desierto? Allí solamente teníamos que defendernos de las incomodidades de un largo viage; aqui vamos á ser presa de estos Pueblos valerosos é innumerables que nos rodean, y nos traeis á una tierra habitada de Gigantes y monstruos que traigan á sus habitantes; *Terra devorat habitatores suos.* (a)

En el desierto, donde no necesitaban mas que de paciencia, les parecian fáciles el valor y la fuerza de los combates; en Palestina, en donde debían combatir, les parecia mas facil sufrir las incomodidades del desierto. De este modo, ¡oh Dios mio! con una continua ilusion huimos siempre de nosotros mismos, é infieles á el estado en que nos habeis puesto, substituímos á las presentes obligaciones, que serian penosas á la naturaleza, unos sacrificios chimericos, que divierten la fantasía, y nada cuestan al corazón.

Finalmente, á esta correspondencia de estado añade Maria una correspondencia de perseverancia. Hasta el fin ofrece á todos los rigores que Dios envió sobre ella una fé siempre mas viva, y mas constante; si Jesu-Christo, siendo aun niño, para probar, al parecer, su tierno amor, se pierde de su vista, y se oculta en el Templo, lejos de enfadarse, corre como la Esposa en busca de su Esposo que ha perdido, y no cesan sus cuidados hasta que halla á su amado. En las Bodas de Canaá, la respuesta de Jesu-Christo, tan aspera al parecer, no desalienta su fé, y en el mismo tiempo en que parece manifestarla el Señor tanto despegó, espera todo quanto de él puede esperar; y su fidelidad, fundada sobre reglas sólidas, no depende

(a) Num. 13. v. 33.

de de los diversos modos de proceder de Jesu-Christo para con Maria.

Por lo comun en los principios de la piedad nos mantenemos por un cierto gusto sensible, que casi siempre acompaña á los primeros pasos de una nueva vida: un gusto, que las mas veces tanto es obra de la naturaleza como de la gracia, y que regularmente proviene mas de la flaqueza y timidez de un corazón tierno, que de una plenitud de amor y de compuncion; y así, llegando á faltar este gusto, y no teniendo apoyo sensible el corazón, desmaya, se entibia, y pierde el ánimo; mira atrás, está cerca de recaer, y por fin recae. Esta es la suerte de las mas de las almas; su piedad es una piedad sensible y gustosa; es un cierto atractivo inseparable de la novedad, y que tiene siempre mas imperio sobre las almas ligeras é inconstantes; no es una real y profunda persuasion de las verdades santas, un temor verdadero del Juicio de Dios, un santo aborrecimiento de sí mismas, un desprecio heroico del mundo y de sus deleytes, ni una mutacion universal del corazón; y de aqui provienen las tristes scenas que afligen á la Iglesia, que deshonoran la virtud, y que vemos todos los dias suceder; de aqui proviene el burlarse el mundo de tantas almas, que despues de haberle abandonado con ruido, vuelven luego á sus placeres.

Quando nos volvemos á Dios, Católicos, es necesario esperar disgustos y amarguras; mirar estas como parte de la penitencia que nos impone el Señor: fundar la fidelidad, no sobre el gusto que pasa, sino sobre reglas santas, sobre máximas de fé, sobre la verdad que siempre es permanente; convencerse con la luz que Dios nos inspira, de que el mundo es un sueño, que el pecado es la unica desgracia del hombre, que la inocencia es la verdadera felicidad aun en la tierra, que los males y bienes presentes no son

ver-



verdaderos bienes ni males, y que nuestros títulos, nuestras dignidades, en una palabra, todo quanto somos á la vista de los hombres perecerá con los hombres, y solo seremos eternamente lo que seamos en la presencia de Dios. El gusto pasa, pero la verdad permanece eternamente. Y además de esto, decidme; el mundo á quien renunciasteis, ¿no tenia tambien sus amarguras? ¿No habia tambien entre sus placeres muchos ratos de molestia y de tristeza? ¿Los caminos de las pasiones de que salisteis estaban por ventura siempre sembrados de flores? ¿Es posible que habiendo amado tanto tiempo á un mundo pérfido, injusto, y molesto, os hayais de cansar de la virtud y de la inocencia al primer instante de disgusto? ¡Oh alma fiel! ¿Son acaso mas insufribles los disgustos de la virtud, que los del pecado? Estos dejan en el corazon una raíz terrible y funesta, que hace que no podamos sufrirnos á nosotros mismos; derraman un torrente de amarguras en lo interior de nuestra conciencia; no dexan al pecador ningun recurso dentro de sí; y entregandole á sí mismo, le entregan á todas sus desgracias.

Por el contrario, los disgustos de la virtud no son mas que unas inquietudes superficiales, que siempre dexan en el fondo de la conciencia una paz y una tranquilidad secreta: son nubes pasajeras, que ocultan por un instante al alma su Señor, y su Dios, pero que no apagan en ella las luces de la fé que alumbrá aun en este lugar obscuro, y que en secreto la consuela en sus penas.

En la Escritura Santa podeis ver la diferencia. Saúl cansado de sí mismo y de sus delitos es un infeliz, que no puede sufrir el peso de su conciencia; vuelyese á todas partes, y no halla cosa alguna que pueda calmar los furors de su alma; el Harpa de un Pastor divierte su tristeza, pero no la cura: los encantos de una Pytho-

ni-

nisa engañan su vista, pero no pueden engañar su corazon: los espectáculos del reyno mitigan su enfado, pero no pueden librarle de sus crueles pesares: busca modo de engañarse, y no le halla; huye de sí mismo, y se encuentra en todas partes: siempre lleva consigo sus inquietudes y disgustos; y lejos de suavizar con los placeres que le cercan la amargura de su alma, derrama esta amargura sobre todos los placeres que pudieran consolarle. Estas son las inquietudes del pecado.

Al contrario David, padeciendo las amarguras, á que Dios suele entregar algunas veces las almas justas: Quando ¡oh Dios mio! dice, derramareis sobre mi alma aquellos inexplicables consuelos, en que conoce un corazon que os ama, lo suave que sois, y la gran felicidad que tiene en ser vuestro. *Quando consolaberis me? (a)* ¡Ah! Si vuestra santa Ley no me sostuviera en este estado de tristeza y de trabajo, no podria defenderme de mí mismo, y mi flaqueza venceria la grandeza de vuestros beneficios, la verdad de vuestras promesas, y la fidelidad que tantas veces os he prometido: *Nisi quod lex tua meditatio mea est, tunc fortè periissem in humilitate mea. (b)* El uno abandonado de Dios, y entregado á sí mismo, no halla alivio sino en los horrores de su propia conciencia; el otro afligido por Dios, pero teniendole siempre oculto en lo íntimo de su corazon, lleva consigo el consuelo de todas sus penas. En una palabra: El pecador, perdiendo el gusto de los placeres, lo pierde todo. El Justo nada pierde en perder los consuelos sensibles de la virtud, porque no pierde la misma virtud. ¡Gran Dios! ¡Qué facil es el consolarnos mientras que os poseemos! ¡Quánto mas apreciables son las amarguras de la virtud, que las falsas alegrías del

pe-

(a) Psalm. 118. v. 182. (b) Psalm. 118. v. 92.  
Tomo I. V

pecado! ; Y qué bien se recompensán los rigores con que afligís á las almas fieles, con aquellos consuelos que el mundo ni conoce, ni puede dar! Estas son las instrucciones que nos dá Maria: felices nosotros, si ofreciendo como ella una fiel correspondencia á la gracia, merecemos el consumarla en la gloria. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SER-

# SERMON

PARA EL TERCER DOMINGO  
DE ADVIENTO.

SOBRE EL RETARDAR  
la Conversion.

*Ego vox clamantis in deserto: Dirigite  
viam Domini.*

Yo soy la voz del que clama en el desierto.  
Enderezad el camino del Señor. *Joan. I.  
v. 23.*

SEÑOR.

**J**esu-Christo Señor nuestro, para poder entrar en nuestros corazones, nos anunció por San Juan Bautista que debemos prepararle los caminos, apartando los obstáculos que oponen como un muro de separacion entre su misericordia y nuestra miseria. Estos obstáculos son las culpas con que tantas veces nos manchamos, y que siempre subsisten, porque debiendolas expiar con la penitencia, no lo hacemos. Estos obstáculos son las pasiones de que se dexa arrastrar nuestro insensato corazon,

V 2

las

pecado! ; Y qué bien se recompensán los rigores con que afligís á las almas fieles, con aquellos consuelos que el mundo ni conoce, ni puede dar! Estas son las instrucciones que nos dá Maria: felices nosotros, si ofreciendo como ella una fiel correspondencia á la gracia, merecemos el consumarla en la gloria. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

SER-

# SERMON

PARA EL TERCER DOMINGO  
DE ADVIENTO.

SOBRE EL RETARDAR  
la Conversion.

*Ego vox clamantis in deserto: Dirigite  
viam Domini.*

Yo soy la voz del que clama en el desierto.  
Enderezad el camino del Señor. *Joan. I.  
v. 23.*

SEÑOR.

**J**esu-Christo Señor nuestro, para poder entrar en nuestros corazones, nos anunció por San Juan Bautista que debemos prepararle los caminos, apartando los obstáculos que oponen como un muro de separacion entre su misericordia y nuestra miseria. Estos obstáculos son las culpas con que tantas veces nos manchamos, y que siempre subsisten, porque debiendolas expiar con la penitencia, no lo hacemos. Estos obstáculos son las pasiones de que se dexa arrastrar nuestro insensato corazon,

V 2

las

las que siempre están vivas, y para destruirlas es preciso combatirlas, y no lo hacemos. Estos obstáculos son las ocasiones, en las que ha tropezado tantas veces nuestra inocencia, y que sirven aun todos los dias de fatal escollo á nuestras resoluciones, porque en vez de ceder á la inclinacion secreta que nos lleva á ellas, es preciso huirlas, y no lo hacemos: en una palabra, El verdadero y unico modo de preparar á Jesu-Christo el camino de nuestros corazones es mudar de vida, y convertirnos sinceramente.

Pero aunque el negocio de nuestra conversion sea el mas importante de que podamos estar encargados en la tierra, pues solamente con ella podemos traer á Jesu-Christo á nuestros corazones: aunque sea el unico que verdaderamente nos interesa, pues depende de él nuestra eterna felicidad, no obstante, ¡oh deplorable ceguera! no hacemos caso de este negocio, y siempre le dilatamos para otro tiempo, como si el tiempo y los instantes estuvieran á nuestra disposicion. ¡Qué es lo que esperais, Católicos! Jesu-Christo no cesa de anunciarnos por sus Ministros las desgracias que amenazan á vuestra impenitencia, y al retardar vuestra conversion: ya há mucho tiempo que por nuestras bocas os está avisando, que si no haceis penitencia, todos perecereis.

Y aun no se contenta con avisaros en público por la voz de sus Ministros, os habla tambien en lo intimo de vuestros corazones, y continuamente os está diciendo en secreto: ¿No es ya tiempo de salir de la culpa en que ha tantos años que vives sepultado, quando para salir de ella casi no te queda mas remedio que un milagro? ¿No es ya tiempo de conceder la paz á tu corazón, de desterrar ese caos de pasiones, que han sido el motivo de las desgracias de tu vida, de disponerte á lo menos algunos dias felices y tranquilos, y que ya que has vivido tantos años para un mundo, que siem-

pre

pre te ha dexado vacío é inquieto, vivas finalmente para un Dios, que es quien solamente puede dar la alegría y la tranquilidad á tu alma? ¿No quieres, por último, despues de una vida llena de vanidad, pensar en tus intereses eternos, volverte á la verdad, y sirviendo á Dios, tomar el unico partido prudente que el hombre puede tomar en la tierra? ¿No estás cansado de sufrirte á tí mismo contra los remordimientos que te mortifican, contra la tristeza del pecado que te consume, contra la nada del mundo que en todas partes te sigue? ¿Y no quieres, finalmente, poner fin á tus desgracias y á tus inquietudes, dando fin á tus pecados?

¿Qué respondemos á esta voz secreta, que ya ha tanto tiempo que está clamando en lo intimo de nuestros corazones? ¿Qué pretextos oponemos? Primero: que Dios no nos dá aun los auxilios necesarios para salir del infeliz estado en que vivimos: segundo: que actualmente nos hallamos muy enredados en nuestras pasiones para poder pensar en una nueva vida. Esto es, nos figuramos dos pretextos para dilatar nuestra conversion: el primero sacado de parte de Dios; el segundo de nosotros mismos. El primero que nos justifica, acusando á Dios de que nos falta. El segundo que nos asegura, acusandonos á nosotros mismos de no poder aun volvernos á él. Y así dilatamos nuestra conversion, porque creemos que nos faltan los auxilios, y que Dios no se acuerda aun de nosotros: Dilatamos nuestra conversion, porque nos prometemos que algun dia estaremos algo mas separados del mundo y de nuestras pasiones, y mas en estado de empezar una vida mas regular y mas christiana: dos pretextos que se hallan siempre en la boca de los pecadores, y que intento impugnar, despues de haber implorado, &c. *Ave Maria.*

PRI-

## PRIMERA PARTE.

**N**O es nuevo el que los hombres echen á Dios la culpa de sus desórdenes, y procuren hacer á su bondad y sabiduría responsables de sus injustos procederes. Puede muy bien decirse que esta ceguera entró en el mundo con el pecado. Esta fue la excusa que alegó el primer hombre de su delito, y en vez de aplacar con una humilde confesion de su miseria al Señor á quien acababa de desobedecer, le acusó de que él mismo por haberle juntado con la muger habia sido la causa de su desobediencia.

Y esta, Católicos, es una ilusion comun á casi todas las almas que viven en la culpa, y que dexan para mas adelante la conversion que Dios las pide. Continuamente nos están diciendo que la conversion no depende de nosotros; que el Señor es quien muda los corazones, y los dá la fé y la gracia que los falta; y así, no se contentan con irritarle, dilatando su conversion, sino que tambien le insultan, echandole la culpa de su obstinacion, y de la dilacion de su penitencia. Confundamos pues hoy el desorden, y la impiedad de esta disposicion, y para hacer al alma pecadora mas inexcusable en su impenitencia, quitemosla este pretexto.

Nos decís, pues, en primer lugar, que os convertiriais si tuvierais fé, y si estuvierais bien persuadidos de la verdad de la Religion; pero que la fé es un dón de Dios, que de él solo le esperais, y que luego que os le dé, os costará poco trabajo el determinaros á empezar esta grande obra. Primer pretexto; no tenemos fé, y Dios es solo quien la dá.

Pero primeramente os pregunto, ¿cómo habeis perdido esta fé tan preciosa? En el Bautismo la recibisteis; conservóse en vuestro corazon por medio de una edu-

educacion christiana; creció con vosotros; era un talento inestimable que os entregó el Señor, distinguiendoos con él de tantas Naciones Infieles, y sellandoos con el sello de la salud al salir del vientre de vuestras madres. ¿Qué habeis, pues, hecho de este dón de Dios? ¿Quién ha borrado de vuestra frente esta señal de eterna eleccion? ¿No son esas tinieblas en que os hallais un justo castigo del desorden de vuestras pasiones? ¿Dudabais acaso de la fé de vuestros padres antes de ser impudicos y disolutos? ¿No sois vosotros mismos quien ha apagado entre el cieno aquella luz celestial, que la Iglesia, quando os reengendró, os puso en la mano para que os sirviese de guia entre las tinieblas y peligros de esta vida? ¿Pues por qué os quejais á Dios del mal uso que habeis hecho de sus auxilios? El es quien os habia de pedir su propio dón; quien os habia de hacer dar cuenta del talento que os entregó; quien os habia de decir: siervo ingrato é infiel, ¿qué hice yo por otros que no hiciese por tí? Ennoblecí tu alma con el dón de la fé, y con el catacter propio de mis hijos; tú arrojaste esta preciosa margarita á los animales inmundos: quisiste apagar la fé, y la luz que yo te habia entregado, y yo la he conservado mucho tiempo en tu corazon, aun á pesar tuyo; la he hecho sobrevivir á los impíos esfuerzos que has hecho para apagarla, porque servia de estorvo á tus desordenes: bien sabes quanto te ha costado el sacudir el yugo de la fé, y llegar al estado en que te hallas; y ese terrible estado, que es el mas justo castigo de tus culpas ¿quieres que hoy te sirva de excusa? ¿Y dices que la falta de fé no es culpa tuya, porque no depende del hombre, quando te costó tanto trabajo el arrancarla de tu alma? ¿Dices que yo te la debo dar, si quiero que me sirvas; yo que soy quien te la pide, yo que tantos motivos tengo para quejarme de que la hayas perdido? Entrad en juicio con vuestro Dios y Señor, y justificaos, si es que teneis que responderle.

Y para mejor haceros conocer, amados oyentes míos, la debilidad de este pretexto, estadme atentos: os quejais de que os falta la fé: decís que deseariais tenerla, que no hay mayor felicidad que el estar vivamente persuadido, y que en este estado todo cuesta poco: pero si deseais tener fé, si creéis que no hay otra cosa mas feliz que el estar verdaderamente convencidos de las verdades de eterna salud, y de la ilusion de todo lo que pasa en el mundo; si envidiais la suerte de las almas que han llegado á este apetecible estado, esa es la fé que esperais, y que creéis haber perdido: siendo asi, ya no os falta otra cosa que conocer, para acabar una vida pecaminosa, mas que la felicidad de aquellos que salieron de ella para trabajar en su salvacion. Decís que deseariais tener fé, pues estad persuadidos á que la teneis desde el instante que creéis que es digna de ser deseada; á lo menos teneis la suficiente para conocer que la mayor felicidad del hombre consiste en sacrificarlo todo á sus promesas. Las almas que todos los dias se convierten á Dios no son guiadas por otras luces. Los Justos que llevan su yugo no se sostienen y animan con otras verdades; y aun nosotros mismos quando le servimos nada mas conocemos.

Dexad, pues, de engañaros á vosotros mismos, y de esperar lo que ya poseis. ¡Ah! No os falta la fé, lo que si os falta es la voluntad de cumplir con las obligaciones que os impone: vuestras pasiones, y no vuestras dudas son las que os detienen: no os conocéis. Hallais utilidad en persuadiros que os falta la fé, porque este pretexto, que oponéis á la gracia, es de menos sonrojo para el amor propio, que el de los abominables vicios que os detienen. Pero mirad la raíz; vuestras dudas nacen de vuestros desordenes. Arreglad vuestras costumbres, y quanto os ofrezca la fé será cierto, y os servirá de consuelo. Sed casto, honesto y moderado, y yo os respondo de la fé que os parece haber perdido.

do. Vivid bien, y os costará poquisimo el creer.

Y prueba de ser verdad lo que digo es, que si para volveros á Dios no tuvierais que hacer mas que sujetar vuestra razon á los Misterios que se os presentan; si la vida christiana no os ofreciese mas dificultades que ciertas contradicciones aparentes, que es necesario creer sin poder comprehenderlas; si la fé no os propusiera obligaciones, cuyo cumplimiento es penoso; si para mudar de vida no tuvierais que renunciar á las mas vivas pasiones, y á los lazos mas estrechos; si este fuera un negocio puramente de entendimiento, y de creencia, y que no huviera de padecer en él el corazon ni las pasiones, ninguna dificultad tendriais en creer; mirariais como insensatos á los que comparasen unas dificultades puramente especulativas, que nada cuesta el creerlas, con una eternidad de desgracias en que podian ser sepultados los incrédulos: la fé, pues, solo os parece difícil, porque regla vuestras pasiones, y no porque propone misterios. La santidad de sus máximas es la que os asusta, y no la incomprehensibilidad de sus misterios: y asi, aunque es verdad que vivís en la corrupcion, nó lo es el que seais incrédulos.

Y á la verdad, á pesar de vuestras falsas dudas acerca de la fé, no dexais de conocer que la incredulidad declarada es un terrible partido, que no os atreveis á seguir: es una arena movediza, baxo de la qual veis mil precipicios que os causan horror, en la que no hallais seguridad, y sobre la que no os atreveriais á caminar con confianza. Todos los dias decís en vuestro interior, que en entregarse á Dios nada se pierde; que en la realidad, aun quando no fuera tan cierto que nos espera otra vida despues de esta, es demasiado peligrosa la alternativa para no tomar bien las medidas; y que aún en una efectiva incertidumbre de las verdades de la fé, el partido que toma el Justo sería siempre el mas seguro y prudente. Por lo que vuestro estado mas es una

vaga irresolución de un corazón agitado, y que teme el romper sus cadenas, que una real y efectiva duda acerca de la fé, ni un temor de perder vuestros trabajos, sacrificando á ella vuestros injustos placeres. Vuestras dudas mas son esfuerzos que haceis para defenderos contra la poca fé, que aún os alumbra en lo interior, que señal de que la hayais perdido. No busqueis, pues, con que convenceros; trabajad sí en no oponeros á la fuerza interior que os alumbra y os condena. Entrad en cuentas con vuestro corazón; reconciliaos con vosotros mismos; dexad hablar á una conciencia, que continuamente pleytea en vuestro interior á favor de la fé contra vuestros desordenes. En una palabra, escuchaos á vosotros mismos, y sereis fieles.

Pero acaso direis: es constante que si no hubiera que hacer mas que creer, esto no costaría mucho: pero nos falta la gracia, y la esperamos: La conversión no es obra del hombre; Dios solo es quien muda el corazón; y este es el segundo pretexto de los pecadores que dilatan la conversión.

Digo, pues, que este pretexto tan vulgar, y tan repetido en el mundo, que se halla en boca de casi todos los que viven en la culpa, si consideramos al pecador que le alega, es injusto; si atendemos á Dios de quien se queja, es temerario é ingrato; y si le examinamos en sí mismo, es ridículo é improbable.

Primeramente, es injusto si consideramos al pecador que le alega: os quejais de que Dios aún no os ha movido, que no sentís gusto alguno en la devoción, y que es necesario esperar que éste venga para mudar de vida. Pero estando, como estais, llenos de pasiones, ¿es razón que esperéis ni pidais que Dios os haga experimentar un gran gusto en la piedad? ¿Queréis que vuestro corazón, entregado aún al desorden, experimente las suaves dulzuras, y los castos atractivos de la virtud? Os pareceis á un hombre que sus-

sustentandose solamente con hiel y axenjos, se queja de que todos los alimentos le parecian amargos. Decís que Dios es quien debe daros gusto para servirle si quiere que le sirvais, quando al mismo tiempo estais continuamente estragando vuestro corazón con indignos excesos; quando sin cesar estais poniendo un nuevo caos entre Dios y vosotros con vuestros nuevos desordenes; quando finalmente todos los días extinguís en vuestra alma con nuevos delitos aun aquellos pensamientos de virtud natural, aquellas felices impresiones de inocencia y de regularidad que nacieron con vosotros, y que podrian servir para atraeros á la virtud y á la justicia. ¡Oh hombre! ¡Solamente quieres justificarte acusando la sabiduría y justicia de Dios!

Mas; aun quando Dios produxese en vuestro corazón este gusto y estos deseos de salud que deseais; viviendo como vivís, en la corrupción, y en la disolución, ¿cómo habeis de sentir la obra de la gracia? Aun quando os llamára ¿cómo le habiais de oír, estando como estais, distraídos con los placeres de una vida mundana? Aun quando os moviera, ¿qué resultas habia de tener este movimiento en orden á vuestra conversión, quando inmediatamente le apagaria el ardor y el exceso de vuestras profanas pasiones? A la verdad fieles, que este Dios lleno de longanimidad y paciencia, mueve aun vuestros corazones, y derrama en vuestro interior las riquezas de su bondad y de su misericordia; su gracia nunca os falta: pero vosotros la recibís en un corazón tan lleno de corrupción y de miseria, que por decirlo así, no hace efecto en él, ni le mueve: es como una chispa, que cae en un abismo de barro y corrupción, y que se apaga en el mismo instante que cae en él.

Entrad dentro de vosotros mismos, amados oyentes míos, y conoced la injusticia de vuestros pretextos. Os quejais de que Dios os falta, y de que esperais su gra-

cia para convertirnos: ¿pero acaso puede haber pecador, en cuya boca sea esta queja mas injusta que en la vuestra? Traed á la memoria todo el curso de vuestra vida, y exáminadla desde la primera edad hasta ahora: el Señor os habia prevenido desde vuestra infancia con sus bendiciones; os dotó de un natural feliz, de una alma buena, y de todas las inclinaciones mas favorables á la virtud: os proporcionó, aun dentro del recinto de vuestra familia, socorros y exemplos domésticos de fe y de piedad: aun se estendieron á mas las misericordias del Señor; os ha preservado de mil peligros; os ha hecho sobrevivir á muchas ocasiones, en que las desgracias de la guerra han hecho perecer á vuestro lado á vuestros amigos, y acaso á los que fueron cómplices de vuestros desórdenes; se ha valido para llamaros á sí, de las aficciones, de los disgustos, y de las desgracias; os ha quitado de delante los infames objetos de vuestras pasiones, en el mismo tiempo en que vuestro corazon estaba mas unido á ellos; ha gobernado vuestra suerte con tanta misericordia, que ha opuesto siempre mil obstáculos á vuestras pasiones, sin que hayais nunca podido llegar al cumplimiento de todos vuestros malvados deseos, faltando siempre alguna cosa á vuestra injusta felicidad; os ha facilitado empeños y obligaciones serias, que aun á pesar vuestro, os han puesto en la precision de hacer una vida prudente y arreglada para con los hombres; no ha permitido que se haya obstinado vuestra conciencia en los desórdenes, ni habeis podido conseguir el calmar vuestros remordimientos, y vivir con tranquilidad en la culpa; no ha habido dia en que no hayais pensado en la vanidad del mundo, y en el horror de vuestro estado: aun en medio de vuestros placeres y de vuestros excesos se ha alterado vuestra conciencia, sin que hayais podido segar vuestras secretas inquietudes, sino prometiendos una mudanza en lo por venir. Un Dios justo y miseri-

ricordioso os insta, y os sigue por todas partes desde que le abandonasteis: está pegado á vosotros, dice un Profeta, como se pega el gusano al vestido, para roer sin cesar vuestro corazon, y haceros con la importunidad de su mordedura un saludable remedio: en este mismo instante en que os estoy hablando, está obrando en vuestro interior: las verdades santas que pone en mi boca, y el haberme enviado á aqui para anunciarlas, acaso es para moveros á vos solo. ¿Qué es vuestra vida sino un eslabonado de gracias? ¿Qué sois vosotros, sino unos hijos de dileccion, y la obra de las misericordias del Señor? ¿Oh injustos! Os quejais de que os falta la gracia, quando parece que á vosotros solos se ha dignado el Señor de mirar sobre la tierra, y quando ha estado llamando continuamente á las puertas de vuestro corazon, como si fuerais el solo entre los hombres que quisiera salvar; quando parece que para vos solo ha dispuesto la mayor parte de los sucesos que veis acaecer todos los dias: en una palabra, quando todos los instantes han sido unas nuevas gracias, y quando el mayor delito será el haber recibido muchas, y haber siempre abusado de ellas.

Pero para acabar de convenceros os pregunto, ¿en que os fundais para decir que os falta la gracia? Sin duda lo decís porque conoceis que en el estado en que os hallais os costaria mucho volveros á Dios; luego os parece que tener la gracia es convertirse sin trabajo, sin violencia, y casi sin conocerlo; ¿os parece que tener la gracia es lo mismo que no tener pasiones que combatir, cadenas que romper, ni tentaciones que vencer; que es renacer por medio de la penitencia, sin lágrimas, sin dolor, y sin dificultad? ¡Ah! Sabed que sobre este pie nunca tendreis esta gracia chimérica: que siempre os ha de costar trabajo el convertirnos; que sea la que fuere la gracia, siempre es preciso hacer heroicos esfuerzos, reprimir vuestras inclinaciones, despegaros



ros de los objetos mas amados y sacrificar todo lo que aun os cautiva: mirad si les cuesta trabajo á los que todos los dias se convierten á Dios, y con todo eso tienen la gracia, pues ella es quien los liberta, y quien muda su corazón; preguntadlos si la gracia se lo facilita todo; si dexa al amor propio algo que padecer y que sufrir; preguntadlos si tienen que sufrir mil combates, que vencer mil obstáculos, que moderar mil pasiones; y entonces sabreis si el tener la gracia es lo mismo que convertirse sin que cueste trabajo alguno: mirad si le costó algo á San Agustín; ¿qué esfuerzos no hizo para levantarse de su cieno, y para romper las cadenas de hierro con que estaba atada su rebelde voluntad! Y con todo eso, ¿qué corazón hubo jamás en quien la gracia obrase con mas fuerza y abundancia que en el suyo? La conversion, pues, es un Sacrificio penoso, un bautismo trabajoso, un parto doloroso, una victoria que supone combates y fatigas. Es verdad que la gracia las suaviza, pero no dispensa las batallas: si esperais para convertir os una gracia de esta naturaleza, os aseguro que nunca la hubo, y que el esperar tan locamente la libertad y la salud es estar determinado á perecer.

Pero si el pretexto de la falta de la gracia es injusto de parte del pecador que lo alega, no es menos temerario é ingrato respecto de Dios de quien se queja.

Porque decís, que Dios es el dueño absoluto, y que quando quiera sabrá hallaros; esto es, que vosotros no teneis que hacer mas que dexarle obrar, y que sin que tengais vosotros cuidado alguno de vuestra salvacion, quando él quisiere sabrá mudar vuestro corazón. Es decir, que vosotros no teneis que hacer mas que pasar alegremente vuestra vida en deleytes y culpas, y que sin cuidado alguno de vuestra parte, aun sin pensar en ello, sin poner de vuestra parte otra dis-

disposicion para la conversion que esperais, mas que una vida llena de desordenes y continuas resistencias á su gracia, él sabrá quando es tiempo de llamaros para sí: es decir, que vuestra salvacion, el negocio grande y unico que os interesa en la tierra, no es negocio vuestro, y que el Señor que no os ha encargado otro en el mundo, que os manda preferirle á todos los demás, y que los desprecieis todos para entregaros á él solo, os ha dispensado absolutamente de él por tomarle á su cargo. Manifestadnos, pues, esta promesa en algun nuevo Evangelio, pues bien sabeis que en el de Jesu-Christo no se halla. Quanto puede responder el pecador para justificarse, dice un Profeta, es una necedad, y su corazón se pone iniquamente de parte de sus delitos contra el mismo Dios: *Stultus fatua loquetur, & cor ejus faciet iniquitatem, ut perficiat simulationem, & loquatur ad dominum fraudulenter.* (a)

Finalmente, este pretexto es insensato en sí mismo. Decís que os falta la gracia; ya os he respondido que os engañais; que si procedierais de buena fé, deberais conocer que nunca os ha faltado la gracia; que muchas veces habeis experimentado sus saludables impresiones, que hubiera triunfado de vuestra obstinacion, si la dureza é impenitencia de vuestro corazón no la hubiera opuesto una terrible resistencia; que Dios quiere que todos los hombres se salven, que solo sacó á las criaturas racionales de la nada para que le alaben, le bendigan, y le glorifiquen; en una palabra, que solamente os hizo para sí; os ha abierto, Católicos, como á otros muchos pecadores, mil caminos de conversion, y que sin duda os hubieran conducido al camino derecho, si no hubierais cerrado los oídos á su voz,

(a) *Isai. 32. v. 6.*

voz, quando os llamaba. Decís que os falta la gracia; ¿y qué quereis decir con eso? ¿Quereis dar á entender que Dios, que es nuestro padre, y de quien somos hijos, que nos tiene infinitamente mas amor que la mas tierna madre á su hijo unico; que un Dios tan bueno nos dexa sin socorro, y en la imposibilidad de obrar bien? ¿No conoceis que este estilo es una blasfemia contra la sabiduría de Dios, y que es la justificacion de todos los delitos? ¿Ignorais, por ventura, que por grande que fuese la herida que hizo á nuestra libertad la caída de Adán, con todo eso nos quedó la suficiente? ¿Que ni habria fé, ni le estarian impuestas al hombre ningunas obligaciones, si no tuviera real y verdadero poder para cumplirlas? ¿Que en tal caso, la Religión en vez de servir de socorro y de consuelo, solo seria una desesperacion y un lazo? ¿Que si, no obstante todos el cuidado que Dios tiene de nuestra salvacion, perecemos, siempre es por defecto de nuestra voluntad, y no por falta de su gracia? ¿Que nosotros solos somos los autores de nuestra perdicion y de nuestras desgracias; que en nuestra mano estuvo el evitarlas; y que infinitos pecadores, sin mas gracia ni mas auxilios que nosotros, rompieron sus cadenas, y glorificaron á Dios y á sus misericordias con una nueva vida.

Pero aún quando no fueran tan ciertas estas verdades de la Fé, y aún quando fuera verdad, Católicos, que os falta la gracia, tambien seria indubitado que Dios os habia abandonado del todo; que estariais señalados con un caracter de reprobacion, y que no podia ser peor vuestro estado: porque no tener gracia es la situacion mas terrible de todas, y la mas segura señal de una condenación eterna: y con todo eso, este mismo pensamiento tan terrible os asegura; justifica para con vosotros mismos vuestra tranquilidad en la culpa; os hace dilatar vuestra conversion sin recelo, sin remor-

dimientos, y aun sirve de disculpa á vuestros desórdenes: es decir que os hallais contentos con no tener esta gracia preciosa: os decís con gusto á vosotros mismos; Dios aun no se acuerda de mí; yo no tengo otra cosa que hacer mas que vivir tranquilamente en la culpa; su gracia aun no vendrá tan presto: es decir que no la deseais, y que sentiriais el que viniese á romper las cadenas que aun amais; no tener la gracia debiera ser para vosotros el motivo mas fuerte, y el mas poderoso para salir de vuestro deplorable estado; y es el unico que os tranquiliza y os detiene.

Por otra parte; quanto mas dilatais la conversion menos gracia teneis, porque se multiplican mas vuestras culpas, se aleja Dios mas de vosotros, se acaban sus misericordias, y se pasa el tiempo de la indulgencia: vuestra medida se llena, se acerca el término terrible de su indignacion; y si acaso es cierto que hoy no teneis la gracia suficiente para convertirlos, tambien lo es que en ningun tiempo la tendreis ni aun para conocer que teneis necesidad de la conversion y de la penitencia.

Y así, Católicos, no os quejeis de la gracia, quejaos sí de vosotros mismos. Agustino, en el tiempo de sus tibios deseos de conversion, ¿se quejaba acaso del Señor en la dilacion de su penitencia? No por cierto. No buscaba la razon en otra parte mas que en su flaqueza, y en el desorden de su corazon: Hallabame, dice él mismo, con un corazon enfermo, y lleno de remordimientos; acusabame á mí solo de mis desgracias, y de la dilacion que yo oponia á una nueva vida: *Sic egrotabam, & excruciebar, accusans me metipsum.* (a) Daba vueltas dentro de mis propias ca-

(a) Confes. lib. 8. cap. II. n. 25. Y

denas, sin hacer esfuerzo alguno, como si ellas hubieran de romperse por sí mismas: *Volvens, ac versans me in vinculo meo, donec abrumperetur totum.* Pero Vos, Señor, no cesabais de castigar mi corazón con secretas amarguras, obrando en él continuamente, con una misericordiosa severidad, remordimientos penetrantes que turbaban toda la dulzura de mi vida: *Et instabas tu in occultis meis, Domine, severa misericordia flagella ingeminans timoris, & pudoris.* (a) Con todo eso, las diversiones del mundo, que siempre habia amado, y aun amaba, me detenian: *Retinebant me nugæ nugarum antiquæ amicæ meæ:* y me decian en secreto, ¿es posible que hayas de renunciar á nuestros deleytes? ¿*Dimittis ne nos?* ¿Te has de despedir desde este instante de todo lo que hasta ahora ha sido el deleyte de tu vida? ¿*A momento isto non erimus tecum ultra in æternum?* ¿Es posible que de aqui adelante no te ha de ser permitido el vér á las personas á quienes mas amabas? ¿Te has de separar de los amigos que te acompañaban en los placeres? ¿Te has de desterrar de sus concurrencias? ¿Te has de privar de los mas inocentes deleytes, y de todos los consuelos de la sociedad? ¿*A momento isto non tibi licebit hoc, & illud ultra in æternum?* ¿Te parece que podrás sufrir la molestia de una vida tan triste, y tan distinta de la que has hecho hasta aqui? ¿*Putas ne sine istis poteris?*

Este pecador, medio movido á su conversion, hallaba las razones de su dilacion y resistencia en el temor de renunciar á sus pasiones, y de no poder sufrir una nueva vida, pero no en el defecto de la gracia, y este es el mismo estado en que vosotros os hallais,

(a) *Ibid. num. 26.*

llais, y lo que os decís todos los dias á vosotros mismos.

Y si no, supongamos que os falta la gracia, ¿qué inferís de aqui? ¿Inferís acaso que las culpas en que os hallais sumergidos, no han de ser causa de vuestra condenacion si llega la muerte á cogerlos en este deplorable estado? Me parece que no os atreveréis á decirlo: ¿Que no tenéis que hacer mas que vivir tranquilamente en vuestros desórdenes, esperando á que Dios os mueva, y que se os dé la gracia? Pues sabed que es cosa ridícula el esperar la gracia, haciendose cada dia mas indigno de ella: ¿Que no sois culpable en la presencia de Dios de la dilacion de vuestra conversion, porque no depende de vosotros? Eso era querer que todos los pecadores, que dilatan su conversion, y mueren impenitentes, pudieran justificarse: ¿Que no debéis cuidar de vuestra salvacion, sino dexarla á la casualidad? Este es el partido de la desesperacion y de la impiedad: ¿Que el instante de vuestra conversion está predefinido, y que algo mas ó menos de desorden no es capaz de adelantarle ni atrasarle? Pues atravesaos el corazón con un puñal, ó arrojaos en un rio, fiados en que está determinado el instante de vuestra muerte, y que esta temeridad no puede retardarla ni apresurarla. ¡Oh hombre! exclama el Apostol, respondiendo á la locura ó impiedad de este pretexto, ¿de este modo desprecias las riquezas de la bondad de tu Dios? ¿Ignoras acaso que su paciencia en sufrir tus desórdenes, lejos de autorizarlos, debe atraerte á la penitencia; y no obstante eso, su misma longanimidad es quien te asegura en la culpa? ¿Y quieres juntar á la obstinacion de tu corazón un abundante tesoro de ira para el terrible dia de la cuenta, en el que se le dará á cada uno segun sus obras?

La sola consecuencia racional que pudierais inferir en el caso de que os faltara la gracia, es el que debiais rogar mas que otro alguno para alcanzarla, sin

omitir diligencia alguna para aplacar la ira de un Dios irritado, y que se ha retirado de vuestro corazón: vencer su resistencia con vuestras importunidades; separar de vosotros todo lo que separa su gracia de vuestro corazón; disponerle los caminos; apartar los estorvos que hasta ahora os lo han hecho inútil; evitar las ocasiones en que vuestra inocencia halla todos los días nuevos escollos, y que acaban de cerrar vuestro corazón á las santas inspiraciones: este es el modo christiano y prudente de glorificar á Dios, de confesar que él solo es el Señor de los corazones, y que todo dimana de él: pero el decir, como acostumbraís todos los días, sin mudar vuestras desordenadas costumbres: Dios sabe muy bien quando me ha de buscar para hallarme, es decir; yo aun no pienso en él; puedo muy bien pasarme sin él; vivo feliz y tranquilo; quando me fuerze, sin que yo pueda resistir, entonces me rendiré; pero entretanto quiero gozar de mi fortuna, y del privilegio que me concede de no convertirme aun: ¡Qué disposicion tan fatal para recibir aquella preciosa gracia que muda el corazón! Pues de este modo la espera con confianza el alma impenitente.

Estos son los pretextos que el pecador, que dilata su conversion, opone por parte de Dios. Veamos ahora los que alega por parte de sí mismo.

## SEGUNDA PARTE.

**E**Xtraordinaria cosa es, Católicos, que siendo la vida tan corta, tan incierto el tiempo de la muerte, tan preciosos los instantes, tan raras las conversiones, tan frecuentes los exemplos de los que mueren arrebatadamente, y tan terrible la memoria de lo por venir, podamos formarnos á nosotros mismos tantos, y tan frívolos pretextos para dilatar la mudanza de nuestra vida. En los demás peligros que amenazan á nues-  
tra

tra vida, á nuestra honra, ó á nuestra fortuna usamos de precauciones prontas y aceleradas, aún quando sea dudoso el peligro; y en este asunto, en que el peligro es cierto y presente, las precauciones siempre son inciertas y distantes. Parece, ó que la salvacion es una cosa arbitraria, ó que nuestra vida está en nuestras manos, ó que se nos ha prometido el tiempo de la penitencia, ó que es pequeño mal el morir sin haberla hecho, pues vemos á todos los pecadores vivir tranquilos con la esperanza de que se convertirán algun día, sin que nunca llegue el caso de poner en execucion este deseo: y lo que hay mas incomprehensible en la dilacion de su penitencia es el que todos convienen en la necesidad que tienen de convertirse, y en el mal estado de sus conciencias; que todos miran como la mayor de las desgracias el morir en este triste estado, y no obstante todos dilatan el salir de él, alegando tan pueriles pretextos, que apenas son dignos de refutarse.

Los vanos pretextos, que nos oponemos á nosotros mismos para dilatar la conversion que Dios nos pide, son la edad, las pasiones, y las resultas de la mudanza de vida, las que tememos no poder sufrir.

Primeramente *la edad*. Queremos dexar pasar los años de la juventud, á la que parece no conviene un partido tan prudente como es el de la piedad. Esperamos cierta estacion de la vida, en la que marchitada la primera flor de la edad, siendo ya mas serias las costumbres, mas exacta la honestidad, no mirandonos el mundo con tanta atencion, estando el espiritu mas maduro, y mas en estado de sostener esta grande empresa, nos prometemos trabajar en ella, sin que entonces pueda haber cosa que nos distraiga.

Pero es una cosa muy natural preguntarnos: quién os ha dicho que llegareis al término que os habeis propuesto, que no os cogerá la muerte en medio de estos años

años que habeis destinado aun al mundo y á las pasiones, y que el Señor, á quien no esperais hasta la tarde, no llegará por la mañana, quando esteis mas descuidados: ¿Es por ventura la juventud alguna seguridad contra la muerte? Mirad, sin que hablemos ahora de lo que sucede á todos los hombres, si entre el corto número de vuestros amigos y parientes, ha habido algunos á quienes la justicia divina haya abierto el sepulcro en los primeros años de su carrera; que como la flor de los campos se hayan secado en el discurso de un día, sin que os hayan dexado mas que la triste pena de haber visto nacer una vida que se acabó al instante. ¡Oh insensatos! acaso mañana os pedirán cuenta de vuestra alma: ¿y de qué os servirán entonces estos proyectos de conversion que formais para en adelante? Esas grandes resoluciones que ofreceis poner en execucion algun día, ¿qué podrán minorar de vuestra eterna desgracia, si las previene la muerte, como está sucediendo todos los días, sin dejaros mas consuelo que el inutil pesar de haberlas formado en vano?

Pero demos caso que la muerte no os sobrecoja; os pregunto: ¿en qué fundais que la edad mudará vuestro corazon, y formará en vosotros las disposiciones que hoy no teneis para una nueva vida? ¿Mudó acaso la edad el corazon de Salomon? ¿Ah! Entonces fue quando sus disoluciones llegaron al mas alto punto, sin conocer límites su vergonzosa fragilidad. ¿Dispuso por ventura la edad á Saul para su conversion? ¿Ah! entonces añadió á sus pasados desórdenes la supersticion, la impiedad, la dureza, y la desesperacion. ¿Puso remedio la edad á los desórdenes de Jezabel, y de la incestuosa Herodías? Entonces se manifestaron mas ambiciosas, mas lascivas, mas cuidadosas de agradar que nunca: puede ser que con la edad salgais de algunos desórdenes, porque os retirará el disgusto que siempre se sigue á ellos, pero no os conver-

vertireis por eso: no vivireis en el desorden, pero no os arrepentireis, no hareis penitencia, no se mudará vuestro corazon: todavía os mantendreis mundano, ambicioso, lascivo, sensual; vivireis tranquilo, porque solo tendreis las disposiciones para estos vicios, sin entregaros á sus excesos. Los años, los exemplos, el largo uso del mundo, solo habrán servido de endurcer vuestra conciencia, y substituir una indolencia, y una sabiduria mundana á las pasiones, y de borrar aquella sensibilidad de Religion, que la primera edad dexa en el alma, entonces aún timorata; morireis impenitentes.

Y si acaso os persuadís á que estas razones son un simple movimiento de zelo, y no una verdad fundada en experiencia; exâminad lo que todos los días pasa á vuestra vista: Veis que á todas las almas que han envejecido en el mundo, y á las que solamente la edad ha retirado de los placeres, las acompaña el amor del mundo hasta la muerte, baxo diferentes exterioridades, á quien solo ha mudado la decencia; conservan el mismo amor al mundo, las mismas inclinaciones, la misma ansia por los deleytes, y un corazon aún joven, en un cuerpo mudado y deshecho. Se acuerdan con gusto de las delicias de los primeros años; hacen revivir, con error de la imaginacion, lo que la edad y el tiempo los ha quitado; miran con envidia á una juventud lozana, y á las delicias que la acompañan; disfrutan todo lo que aún es compatible con la seriedad de su estado; forman pretextos para concurrir todavía á ciertos placeres, sin faltar á su honor, y sin exponerse á la risa del público: Finalmente, á proporcion que el mundo huye y se escapa, corren tras él con mas gusto que nunca: El largo uso que de él han hecho, solo ha servido de hacerle mas necesario, y de ponerlos en estado de no poder pasarse sin él. La edad hasta ahora á ninguno ha convertido.

Pe-

Pero aún quando no fuera de temer esta desgracia, ¿el Señor no es por ventura el Dios de todos los tiempos y de todas las edades? ¿Hay acaso entre todos los días alguno que no sea suyo, ó que nos le haya destinado para el mundo y para la vanidad? ¿No es zeloso aún de las primicias de nuestro corazón y de nuestra vida, figuradas en los primeros frutos de la tierra que mandaba la Ley ofrecerle? ¿Pues por qué le habeis de usurpar la parte mas hermosa de vuestra vida, por consagrarla al demonio y á sus obras? ¿Os parece demasiado larga la vida para emplearla toda entera en honra del Señor, que nos la dió, y que nos promete otra inmortal? ¿Os parece demasiado preciosa la primera edad, para consagrarla á merecer la posesion eterna del sér soberano? ¿Luego no le reservais mas que los desperdicios de vuestras pasiones y de vuestra vida? Que es como decirle: Señor, mientras yo pueda servir al mundo y á sus deleytes, no esperéis que me vuelva á vos, ni que os busque; mientras el mundo me quiera á mí, no podré resolverme á quereros á vos; quando empiece á olvidarme, y huya de mí, quando yo ya no le pueda gozar, entonces me volveré á vos, y os diré: aquí estoy; os suplicaré que recibais mi corazón abandonado del mundo, y affigido con la dura necesidad de haberse de dar á vos; pero hasta entonces no esperéis de mí mas que una entera indiferencia, y un absoluto olvido: en la realidad, vos solo sois bueno para servido, quando ya no servimos para nada: Es indefectible que siempre os hallaremos; para vos todos los tiempos son los mismos; pero para el mundo despues de cierta edad ya no somos á proposito: Es preciso darse prisa á gozarle antes que se nos huya, y mientras que dura el tiempo proporcionado. ¡Oh! Alma indigna de confesar jamás las misericordias de un Dios á quien tanto ultrajas: ¿crees que entonces aceptará el Señor unos homenages tan forzados, y tan vergonzosos

sos á su gloria, no teniendo, como no tiene, necesidad del hombre, y haciendole, como le hace, mucha gracia, aun quando acepta sus mas puros votos, y sus mas sinceros rendimientos?

En otro tiempo insultaba el Profeta Isaías en estos términos á los que adoraban los vanos Idolos: Cojéis un Cedro del Libano, les decia, separais lo mejor de él para vuestras necesidades, para vuestros placeres, para el luxo, y para el adorno de vuestros Palacios, y quando no sabeis qué hacer de lo restante, fabricais un Idolo, y le ofreceis votos y homenages ridiculos: *Et de reliquo ejus Idolum faciam.* (a) Lo mismo puedo yo deciros, Católicos: separais los mas hermosos y floridos años de vuestra vida para satisfacer á vuestros gustos, y á vuestras pasiones injustas, y quando no sabeis qué hacer de los restantes, quando ya son inútiles al mundo y á los deleytes, entonces fabricais un Idolo, le haceis servir á la Religion, os formais una virtud falsa, superficial, inanimada, á la que consagrais por fuerza el resto de vuestras pasiones y desórdenes: *Et de reliquo ejus Idolum faciam.* ¡Oh Dios mio! ¿Es esto miraros como á un Dios zeloso, á quien ofende la mas leve mancha en las mas puras ofrendas, ó como á un Idolo vano, que no conoce la indignidad y ficcion de los respetos que se le tributan? *Et de reliquo ejus Idolum faciam.*

Católicos, en la edad abanzada no se recoge sino lo que se ha sembrado en los primeros años de la vida; si sembrais en la corrupcion, dice el Apostol, segareis en la corrupcion: todos los días estais vosotros mismos diciendo que se muere como se vive; que los caracteres no se mudan; que en la vejez duran todos los

(a) *Isaia 44. v. 26.*

los defectos é inclinaciones de la primera edad, y que no hay mayor felicidad que el formarse en tiempo unas buenas inclinaciones, y acostumbrarse, como dice el Profeta, á llevar el yugo del Señor desde la juventud: *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.* (a)

A la verdad, Católicos, aun quando no atendieramos mas que al sosiego de nuestra vida; aun quando no tuvieramos mas interés que el pasar en la tierra unos dias sosegados y felices, sería gran dicha el prevenir, y ahogar en su nacimiento, inclinandonos desde el principio á la virtud, tantas pasiones violentas, que despues afligen nuestro corazon, y que son la causa de todas las desgracias y amarguras de nuestra vida: *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.* ¡Qué felicidad el no haber formado en sí sino ideas inocentes, y librarse de la funesta experiencia de tantos placeres infames, que corrompen para siempre el corazon, que manchan la imaginacion, que nos dexan mil vergonzosas é importunas imágenes, las que aun en la virtud nos acompañan, que sobreviven á nuestros delitos, y aun muchas veces llegan ellas á serlo! *Bonum est viro, &c.* ¡Qué felicidad el haberse formado desde los primeros años unos inocentes y tranquilos placeres, el haber acostumbrado el corazon á contentarse con ellos, el no haber adquirido la triste necesidad de no poder pasarse sin deleytes violentos y culpables, y el no haber hecho insufrible, con el largo uso de unas pasiones desenfrenadas, la dulzura y tranquilidad de la virtud y de la inocencia! *Bonum est, &c.* ¡Qué gracias no adquirirían para lo restante de la vida estos primeros años pasados con pudor, y con aborrecimiento al vicio! ¡Qué

(a) *Thren. 3. v. 27.*

¡Qué atento hacen estar al Señor á todos nuestros caminos! ¡Y cómo nos hacen ser el delicioso objeto de sus cuidados, y de su paternal complacencia! *Bonum est viro, &c.*

Es verdad, direis, que es felicidad el haberse entregado á Dios desde el principio, y el haberse podido preservar de todos los inconvenientes de la edad y de los deleytes; pero no estamos ya en este caso; hemos seguido el camino ordinario, nos hemos dexado arrebatar del torrente del mundo y de las pasiones; actualmente nos hallamos en los lazos mas estrechos, y no está en nuestra mano el romperlos; esperamos una situacion mas favorable, y nos prometemos que apagada la passion que nos cautiva, no nos meteremos en nuevas cadenas, y nos dedicaremos con seriedad á nuestra obligacion, y á la virtud, que es el segundo pretexto; *las pasiones, y los empeños de que aun no podemos salir.*

Pero primeramente: ¿estais bien seguros de que llegará este tiempo mas favorable que esperais para convertirnos á Dios? ¿Quién os ha revelado el curso y duracion de las pasiones que actualmente os cautivan? ¿Quién las ha señalado término, y las ha dicho, como el Señor á las olas del mar agitado: llegareis hasta tal parte, y allí se romperá vuestro ímpetu: (a) *Usque huc venies.* ¿Sabeis quando se acabarán? ¿Podreis asegurar que han de acabarse? ¿Sabeis que será antes de que os acabeis vos mismo? ¿Sereis acaso el primer pecador arrebatado en medio de sus deplorables pasiones? ¿Casi todos los hombres á quienes veis morir, no mueren en este triste estado? ¿Se muere por ventura de otro modo en el mundo? ¿Los Ministros que son llamados al socorro de los moribundos, hallan acaso en el lecho de la muerte muchos pecadores,

(a) *Job 38. v. 11.*

res, que habiendo dexado mucho tiempo antes sus costumbres, se hayan preparado para este ultimo momento? ¿Qué os parece, Señores, que hallamos? Hallamos unas almas ligadas aún con mil cadenas, las que vá á romper la muerte, y unas conciencias inexplicables, si es licito decirlo así, y sepultadas aún en el caos de una vida desordenada. ¿Qué otra cosa oímos sino inútiles aflicciones por este terrible asalto, y vanas protestas, de que si se hubiera previsto se hubieran tomado otras medidas? ¿Cuáles son los ordinarios cuidados que ocupan nuestro ministerio en estos ultimos momentos? El aclarar unas conciencias, que entonces no debieramos mas que consolar; ayudar á acordarse de unos delitos, que debieramos exhortar entonces á olvidarlos; hacer al pecador que está agonizando, que explique sus desordenes, quando entonces debieramos animarle con la memoria de sus virtudes: en una palabra, abrirle los abismos de su corazon, quando entonces solo debieramos abrir al alma, que está para apartarse de su cuerpo, el Seno de Abraham, y los tesoros de una gloria inmortal. Estos son los tristes oficios que acaso tendremos que hacer con vosotros algun dia; nos llamareis, y en vez de consolarnos entonces con vosotros, refiriendo las utilidades que al alma fiel promete una santa muerte, será nuestra ocupacion el hacerlos referir vuestros delitos.

Pero aún quando no llegáran vuestras pasiones hasta esta ultima hora, quanto mas dilatais la conversion, mas profundas raíces echais en la culpa; vuestras cadenas forman nuevos lazos con que aprisionan el corazon; el fermento de la corrupcion que tenéis dentro de vosotros mismos se dilata, se estiende, indispose, y corrompe toda la capacidad de vuestra alma; bien podeis inferirlo de los progresos que hasta ahora han hecho en vuestro corazon las pasiones: en el principio no eran estas mas que unas libertades tí-

mi-

midas, en las que buscabais para sosegaros alguna sombra de inocencia; despues nõ eran mas que unas acciones dudosas, en las que apenas podiais distinguir el delito de la simple ofensa; siguió luego el desorden, pero aun eran muy raros los grandes excesos, é inmediatamente os avergonzabais de ellos, sin poderlos sufrir mucho tiempo en vuestra conciencia, que aun se asustaba de su estado; fueronse multiplicando insensiblemente las caídas, y llegó á hacerse habito en vosotros el desorden; la conciencia no clama ya sino debilmente contra el imperio de la passion: habeis hecho necesidad de la culpa; ya no sentís los remordimientos; la habeis tragado como el agua que pasa sin sentir ni causar gusto alguno en el paladar: quanto mas adelante vais, mas crece el veneno, mas desfallece aquel resto de pudor, que la razon y la gracia habian puesto en vosotros, mas se mancha é inficiona lo que habia quedado sano en vuestra alma. ¿Qué locura, pues, el dexar envejecer y corromper las heridas con el pretexto de que se curarán mas facilmente! ¿Qué es, pues, lo que haceis dilatando la conversion, sino hacer mas incurables vuestros males, y quitar á la esperanza de vuestra conversion todos los remedios que aun la podian quedar?

¿Acaso os fiais en que no son eternas las pasiones, y que el tiempo y el disgusto os han de despertar tarde ó temprano?

A esto os respondo primeramente, que aunque es verdad que podreis cansaros de los objetos que hoy os cautivan, no por eso se acabarán vuestras pasiones: bien podreis formaros nuevos lazos, pero no os formareis un nuevo corazon: confieso que no son eternas las pasiones, pero casi siempre lo son la corrupcion y el desorden; las pasiones que solamente se acaban con el disgusto, siempre dexan dispuesto el corazon para otras, y por lo comun son un nuevo fuego que apaga y

arroyo-



arroja al primero; acordaos de lo que os ha sucedido hasta ahora: creiais que acabada tal conexi6n quedarais libre, y en estado de volveros á Dios; teniais señalado el término de vuestros desórdenes, y el principio de vuestra penitencia para este feliz instante; acabóse aquella conexi6n; la muerte, la inconstancia, el enfado, ó algun otro accidente rompió aquel lazo, y con todo eso no os habeis convertido: se han presentado nuevas ocasiones, habeis contrahido nuevas amistades, habeis olvidado vuestras primeras resoluciones, y vuestro último estado es peor que el primero. Las pasiones que no se apagan con la gracia no hacen mas que disponer el corazon para otras nuevas.

En segundo lugar os respondo; aun quando se acabaran todas vuestras pecaminosas conexiones, y no quedase objeto particular que ocupase vuestro corazon, si son el tiempo y el disgusto quien os ha puesto en ese estado, nada habeis adelantado para vuestra conversion: aun tendreis apego á todo, sin estar unido á nada; os hallareis en un estado vago de indolencia, y de insensibilidad, mas distante del Reyno de Dios, que aun en el del fuego de las locas pasiones; vuestro corazon, libre de todas las pasiones en particular, estará como lleno de una pasion universal, si es lícito decirlo así, de un gran vacío que lo llenará todo; y por lo mismo que no teneis inclinacion alguna en particular que os arrastre, os será más difícil el salir de este estado; os hallareis sin fuerzas, sin gusto, sin pensamiento alguno en orden á vuestra salvacion, y dexando la falta de objeto mas tranquilo en orden á las criaturas, aumentará vuestro disgusto para con el Señor. Esta es una calma de la que os costará mas trabajo el libertaros, que de la misma tempestad, porque los mismos vientos que ocasionan la borrasca, alguna vez pueden con un golpe feliz echarnos al puerto; pero la calma, quanto es mayor, tanto mas seguramente conduce al naufragio.

Pe-

Pero finalmente, quisierais mudar de vida, y entablar una mas razonable y christiana: conoceis la nada del mundo y de sus deleytes; si procurais divertirlos, es sin gusto, y como por fuerza; quisierais dexarle del todo, y trabajar seriamente para vuestra salvacion; pero este primer paso os amedrenta; es un golpe ruidoso, que os hará ser mirado del público, y temeis no poderle sufrir; os hallais colocado en un estado, en que la menor mudanza será muy reparada, y temeis que como otros muchos representareis una scena que durará poco, y que no os dexará mas que motivos para que ridiculicen vuestra devocion, sin dexaros el merito de ella.

¿Temeis, amados oyentes míos, el no poderos mantener en este estado? ¿Y qué, dilatando vuestra conversion, os prometeis que Dios os moverá algun dia, y si os convertís hoy, no os atreveis á prometeros el que os ha de sostener? ¿Contrais con sus misericordias quando le ultrajais, y no os atreveis á contar con ellas quando le glorifiqueis? ¿Creeis que nada arriesgais por su parte continuando en ofenderle, y desconfiais empezando á servirle? ¿Oh hombre! ¿En dónde está aquella razon, y aquella equidad de juicio de que tanto te precias? ¿Es posible que solamente en el negocio de tu salvacion hayas de ser un abismo de contradicciones, y una paradoxa incomprehensible?

Por otra parte, ¿no tendremos razon para deciros: empezad á lo menos, experimentad si acaso podeis perseverar en el servicio de Dios? ¿No merece el asunto el que á lo menos se haga la experiencia? ¿El hombre á quien la borrasca arroja al medio del mar, que está expuesto al furor de las olas, y amenazado de un triste naufragio, antes de dexarse sumergir no hace todos los posibles esfuerzos por ver si puede llegar nadando al puerto? ¿Se persuade acaso á sí mismo para no hacer diligencia alguna, diciendose: no podré man-

te-

tenerme sobre las ondas, puede ser que me falten las fuerzas en el camino. ¡Ah que no! Hace experiencias y esfuerzos, combate contra el peligro, vá hasta donde alcanza el último instante de su fuerza, y no se dexa sumergir hasta que vencido de la violencia de las olas se vé obligado á ceder á la desgracia de su suerte. Vosotros pereceis, Católicos, las ondas os vencen, la corriente os arrebatá, ¿y dudáis si hareis alguna experiencia para vér si podeis libertaros del peligro? Empleais en medir vuestras fuerzas los unicos instantes que os quedan para pensar en vuestra seguridad, y mientras deliberaís, perdeís un tiempo que solo se os ha dado para libraros del peligro en que estais, y en el que habeis visto perecer á tantos.

Finalmente, quiero concederos que en adelante se cansará vuestra flaqueza con las dificultades de la virtud, y que os vereís precisados á volver atrás; pero á lo menos habreis pasado algun tiempo sin ofender á vuestro Dios; habreis hecho algunos esfuerzos para aplacarle; habreis dedicado á lo menos algunos dias á bendecir su santo Nombre; se descontará á lo menos este tiempo de vuestra mala vida, y del tesoro de iniquidad que vais juntando para el terrible dia de las venganzas: á lo menos teneis derecho de presentar á Dios vuestra flaqueza, y decirle: Señor, bien veís mis deseos, y mi imposibilidad; quisiera tener un corazon mas constante para Vos, ¡oh Dios mio! mas firme en el amor de la verdad, mas insensible al mundo, y menos facil en dexarse engañar. Fijad, Señor, mis incertidumbres y mis inconstancias: quitad al mundo el imperio que tiene sobre mi corazon; volved á la posesion de los antiguos derechos, que sobre él teneis; sea eficaz vuestro llamamiento, porque sino acaso volverá á huír de Vos: las eternas inconstancias de mi vida me cubren de vergüenza, Señor, y son causa de que no me atreva á levantar los ojos para miraros,

ni

ni prometeros una eterna fidelidad; mil veces he faltado en este punto á mis promesas, despues de haberos jurado un eterno amor; mi flaqueza me ha hecho olvidar mil veces la felicidad de esta resolucion, de modo que ya no me atrevo á salir por fiador de mí mismo; cada instante se me huye mi corazon, y muchas veces, aún al mismo tiempo que me levanto de vuestros pies, bañados mis ojos con las lágrimas que me hizo derramar el dolor de haberos ofendido, se me presentó una ocasion en que caí; y las mismas infidelidades que acababa de detestar, me han hallado flaco é infiel como antes; con un corazon tan inconstante, ¿qué es lo que yo os puedo prometer? ¡oh Dios mio! ¿Qué podré prometerme á mí mismo? Muchas veces he creído que ya eran firmes mis resoluciones; he gozado de algunos momentos de gracia, tan vivos y tan penetrantes, que parecía me aseguraban el que mi fidelidad habia de ser eterna; pero no veo cosa que sea capaz de hacerme constante, ni que pueda hacerme esperar aquella sólida virtud á que no he llegado hasta ahora. Compadeceos, Señor, de mi peligroso estado; el caracter de mi corazon me asusta y desanima; sé que el ser inconstante en vuestros caminos es señal de perdicion, y que maldecís en vuestros santos Libros á las almas inconstantes: Pero, Señor, mientras que yo experimente en mí las inspiraciones de vuestra santa gracia, no dexaré de hacer esfuerzos para volver á entrar en vuestros caminos; y si me he de perder, mas quiero perecer haciendo esfuerzos para volverme á Vos, ¡oh Dios mio! que nunca permitís que perezca el alma que con sinceridad os busca, y que sois el solo Señor digno de ser servido, que buscar una terrible tranquilidad en la obstinacion declarada, ni renunciar á la esperanza de los bienes eternos, que preparais á los que os aman. Amen.

Tomo I.

Aa

SER-

S E R M O N  
PARA EL CUARTO DOMINGO  
DE ADVIENTO.  
SOBRE LAS DISPOSICIONES  
para la Comunión.

*Parate viam Domini; rectas facite semitas ejus.*

Preparad los caminos del Señor; enderezad sus sendas. *Luc. 3. v. 4.*

SEÑOR.

**O**ID lo que la Iglesia nuestra Madre continuamente nos repite en este santo tiempo, para disponernos al Nacimiento de nuestro Señor Jesu-Christo. Preparad, dice, á todos sus hijos, preparad el camino del Señor, que baxa desde el Cielo á visitar y rescatar á su pueblo; enderezad sus sendas; igualense las montañas y los collados; ende-

recense los caminos torcidos, y reunanse los extraviados, ó lo que es lo mismo en el sentido metaphorico: disponeos, nos dice, para recoger el fruto del gran Misterio que vamos á celebrar, con la humildad del corazón, con la dulzura de la caridad, con la rectitud de la intención, con la uniformidad de la vida, renunciando á vuestra propia sabiduría, y á vuestra propia justicia, mortificando la carne y humillando el espíritu.

Permitaseme usar del mismo estilo, Católicos, con los que venís en esta solemnidad á purificaros en el tribunal de la penitencia, para dar un nuevo nacimiento á Jesu Christo en vuestros corazones, recibiendo en la Sagrada Comunión: *Parate viam Domini*. Preparad el camino del Señor; la acción que vais á executar es la mas santa de la Religión, y la fuente de las mayores gracias; no la hagais, pues, sin poner en ella todo el cuidado, y usar de todas las precauciones que pide. No os espongaís á perder, por culpa vuestra, las preciosas utilidades que de ella os deben resultar. *Parate viam Domini*.

La Comunión debe hacer que nazca Jesu-Christo en nuestros corazones; ¿pero qué diferencia habria entre el justo y el pecador, entre el que respeta al Cuerpo del Señor, y el que le trata como una vianda comun, si igualmente naciera en el corazón de todos los que le reciben? No os engañéis, Católicos, en este punto. Hay un modo de recibir á Jesu Christo que nos hace inutil su presencia; y ojalá que recibiendo de este modo, solamente nos privásemos de las gracias que acompañan á una santa Comunión. ¡Ah Fieles! la Comunión sino hace que nazca Jesu Christo en nuestros corazones, le hace morir en ellos; si no nos hace partícipes de su espíritu y de sus gracias, es para nosotros el decreto de condenación eterna: si no es para nuestras almas fruto de vida,

es fruto de muerte. Alternativa terrible, que nos debe hacer temblar, aunque no apartarnos del todo de la Sagrada Mesa. El pan que en ella se dá es el verdadero sustento de nuestras almas, la fortaleza de los fuertes, el alivio de los flacos, el consuelo de los afligidos, y la prenda de la feliz inmortalidad: ¡Qué cosa tan peligrosa sería, pues, el privarse de ella! pero lo sería infinitamente mas el acercarse sin haberse preparado. Por eso os repito nuevamente con la Iglesia, amados oyentes míos: *Parate viam Domini*. Preparad el camino del Señor; disponeos de antemano para recibirle; desterrad de vuestros corazones todo quanto puede desagradarle; aprended las disposiciones que pide en los que le reciben; haced los posibles esfuerzos para adquirirlas; no hay otro medio para no exponeros á una indigna Comunión, y para atraer á Jesu-Christo á vuestras almas.

Esta es una materia tan importante, que pide toda vuestra atención. Por una parte, se trata de haceros evitar una culpa tan terrible como la profanación del adorable Cuerpo y Sangre del Hijo de Dios: por otra, se trata de enseñaros á lograr con la Comunión todas las gracias que puede producir en vuestros corazones. ¿Cuáles son, pues, estas disposiciones tan esenciales para comulgar dignamente y con fruto? Las reduciré á quatro, que serán el asunto de este discurso. Imploremos, &c. *Ave Maria*.

La Eucaristía es un Manná oculto, es la vianda de los fuertes, prenda sensible y permanente del amor de Jesu-Christo, y continuación y cumplimiento de su sacrificio. Es necesario, pues, saber distinguir este Manná oculto, de las viandas comunes, para no engañarse: *Non dijudicans Corpus Domini*, (a) que es la prime-

(a) *Corinth. Ep. I. c. 11. v. 29.*

ra disposición. Es la vianda de los fuertes; y así es necesario que el hombre se exámine antes de llegar á comerla. *Probet autem seipsum homo*, (a) que es la segunda. Es la prenda del amor de Jesu-Christo, por lo que siempre se recibe en su memoria; esto es, sintiendo con su presencia los movimientos mas tiernos y amorosos que puede excitar la memoria de un objeto muy amado. *Hoc facite in memm commemorationem*, (b) que es la tercera. Es el cumplimiento de su sacrificio; y así es justo que siempre que llegamos á recibirle, anunciemos su muerte, llegando á la Sagrada Mesa con espíritu de cruz y de martirio. *Quotiescumque manducabitis panem hunc, & calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat*, (c) que es la quarta. Debemos, pues, llegar á la Sagrada Mesa con una fé respetuosa que nos haga discernir; con una fé prudente que nos haga exáminarnos; con una fé ardiente que nos haga amar; y con una fé generosa que nos haga sacrificarnos: esta es justamente la doctrina del Apostol refiriendonos la institución de la Eucaristía, y la que dán todos los Santos acerca del uso de este adorable Sacramento.

Primera disposición. *Una fé respetuosa que nos haga discernir*: no os parezca, Católicos, que hablo aquí de aquella fé que nos distingue de los incrédulos; porque ¿qué mérito puede haber en creer, quando las preocupaciones de la niñez nos han acostumbrado á ello, y la sumisión casi nació con nosotros? Aun el sacudir este yugo costaría mucho trabajo; y no se necesita de menos esfuerzo para pasar de la fé á el error, que del error á la verdad: hablo de aquella fé viva, que llega hasta las nubes que rodean el trono del Cordero; que le vé, no en enigma, y como entre cristales, sino cara á

(a) *Ibid. v. 28.* (b) *Ibid. v. 24.* (c) *Ibid. v. 26.*

cara, si es lícito decirlo así, y como en sí es: de aquella fé, que no obstante el velo con que el verdadero Moysés se cubre sobre esta montaña santa, no dexa de ver toda su gloria, ni de temblar de respeto en su presencia; de aquella fé, que sin profundizar temerariamente la Magestad, se oprime con su resplandor: que vé á los Angeles del cielo cubrirse con sus alas, y á las columnas del firmamento temblar delante de la terrible Magestad de este Rey; de aquella fé, á la que nada pueden añadir los sentidos, y que es feliz, no porque cree sin ver, sino porque casi vé al mismo tiempo que cree. Hablo de aquella fé respetuosa, que santamente se horroriza con sola la presencia del Santuario, que se acerca al Altar como Moysés á la Zarza Sagrada, y como los Israelitas á la montaña que arrojaba rayos: de aquella fé, que siente todo el peso de la presencia de un Dios, y que asustada exclama como Pedro: apartaos de mí, Señor, porque no soy mas que un hombre, y un pecador. Hablo de aquella fé, cuyo respeto llega á temor, y que aun tiene necesidad de que la conforten: que descubriendo desde lejos á Jesu-Christo sobre el Altar, siente un resplandor de Magestad que la hiere, la pára, la turba, la hace temer el que vá á ponerse en su presencia sin su orden.

Este es el discernimiento de fé que el Apostol os pide, Católicos. ¡Gran Dios! ¿Ha quedado algo de esta fé sobre la tierra? ¡Ah! que por mas que os manifestéis al mundo, éste no os conoce mas que antes. Aun vuestros discipulos no os conocen muchas veces sino segun la carne; y como siempre están en vuestra compañía, se acostumbra á ella su vista, y casi no os distinguen. Quando aparezcáis en los ayres sobre una magestuosa nube, se caerán los hombres de espanto: los impíos se ocultarán en profundas cabernas, y pedirán á las montañas que caygan sobre sus cabezas. ¿No estais por ventura en el Santuario como sobre una nube de gloria?

¿No

¿No se abren los cielos sobre vos? ¿No baxan los Espíritus celestiales inmediatamente que acaba el Sacerdote de pronunciar aquellas poderosas palabras, para serviros de ministros, y rodearos de sus respetos? ¿No juzgais á los hombres desde aquel misterioso tribunal? ¿No mirais con distincion á la multitud de adoradores que llena vuestros templos? ¿No separais allí á los cabritos de los corderos? ¿No pronunciais decretos de muerte, y de vida? ¿No teneis allí en una mano coronas, y en otra rayos? ¿No me distinguís allí, y escribís sobre mi frente con una mano invisible los caracteres de mi eleccion, ó de mi reprobacion eterna? ¡Oh Dios! ¡Y acaso al mismo tiempo que vos me estais condenando, yo me atrevo á arrimarme! ¡Al mismo tiempo que me arrojaís de vuestra presencia, yo me presento ante ella con confianza; al mismo tiempo que abris el abismo, acaso para señalarme el lugar que en él me corresponde, me presento temerariamente en vuestra mesa; al mismo tiempo que acaso me colocais entre los hijos de ira, vengo yo á ponerme entre los hijos de amor; vuestra carne vivificadora es para mí carne de pecado; el cordero sin mancha, que rompe los siete Sellos del Libro de la muerte, acaso cierra y llena el ultimo de mis iniquidades; y vos, Señor, que habiais de ser mi Salvador, llegais á ser mi pecado!

¡Ah, Católicos! Antiguamente no se podia ver á Dios sin morir inmediatamente. Un Pueblo entero de Bethsamitas, solo por haber querido mirar con curiosidad el Arca, fue exterminado. El Angel del Señor cubrió de llagas á Heliodoro, porque se atrevió á entrar en el Santuario de Jerusalén. A los Israelitas no se les permitia en el desierto, ni aún el arrimarse á la montaña en que el Señor daba su Ley; los rayos y relampagos impedían el acercarse; el terror y la muerte precedian por todas partes á la cara del Dios de Abraham, ¿Y qué? Porque no salen hoy torrentes de fuego de nuestros

tros

tros Santuarios para castigar á los profanadores é indiscretos, ya le miramos sin respeto y sin temor? ¡Oh hombres flacos, sobre quienes tanto pueden los sentidos, que solo sois religiosos quando el Dios que adorais es terrible! ¿Decidme, si distinguieramos el Cuerpo del Señor; si la fé de su presencia hiciera en nosotros tan grandes impresiones como haría si le viesemos claramente con los ojos corporales, llegaríamos tan tranquilos, y casi insensibles, á sentarnos á su mesa? ¿Bastaria para disponer nos á una accion tan temible el haber dedicado antes algunos momentos á rezar con un corazon tibio, y un espíritu distraído, algunas cortas oraciones? ¿Os parece que la Comunión es negocio de una mañana que se quita al sueño, ó á los cuidados domésticos? ¡Ah! Que este cuidado debiera ocuparnos, y traernos inquietos un mes antes; tendríamos necesidad de mucho tiempo para asegurarnos, si es licito decirlo así, contra nuestro propio respeto, y contra la idea de su Magestad: los días que precediesen serian días de retiro, de silencio, de oracion, de mortificacion: cada dia que se acercase á este feliz termino, veria crecer en nosotros nuestro temor, y nuestra alegría: este pensamiento nos acompañaria en todos nuestros negocios, en todas nuestras conversaciones, en nuestras comidas, en nuestro descanso, y aún en nuestro sueño: nuestro espíritu lleno de fé, no podría desembarazarse de él: solamente veriamos á Jesu-Christo; la figura del mundo, lejos de encantarnos, apenas nos moveria; tendríamos ojos, y no veriamos; sola esta imagen sería el objeto de nuestra atencion; y esto es lo que se llama distinguir el Cuerpo del Señor.

Bien sé que el alma mundana siente unos secretos temores al acercarse una solemnidad, en que el decóro, ó acaso la ley, la obligan á llegar á la Sagrada Mesa. Pero ¡oh Dios mio! vos que penetráis lo íntimo del corazon, ¿de qué nacen estas turbaciones? ¿son acaso aquellos temores de fé y de religion, con que una humil-

de criatura debe llegar á vuestra mesa? ¡Ah! que es una tristeza que causa la muerte; son unas inquietudes que nacen de las tinieblas de una conciencia, que es necesario aclarar; está triste é inquieta, como aquel Joven del Evangelio á quien mandasteis que os siguiese; teme estos felices dias como dias fimestos; mira las solemnidades de los Christianos como misterios tristes y lúgubres; se fatiga con las delicias de vuestro banquete; entra en él como los ciegos y cojos del Evangelio, esto es, es necesario que las leyes de vuestra Iglesia saquen, como por fuerza, á estos infelices, de las plazas públicas, de los deleytes del siglo, y del camino real de la perdicion, y los traygan contra su voluntad á la sala del festin; retarda quanto puede esta obligacion de la religion; y esta sola memoria ahoga todos sus deleytes. Vos, Señor, veis á estas almas infieles, cargadas con el peso de una conciencia irresoluta, que están indecisas mucho tiempo entre sus obligaciones y sus pasiones: que por ultimo, eligiendo un Confesor indulgente, suavizan la amargura de este paso, y se ponen en vuestra presencia que sois, ¡oh Dios mio! su alimento en este misterio de amor, con tanta repugnancia, como si se fueran á presentar á un enemigo; y que acaso en todo el año no experimentan otro trabajo mayor que el de recibir á un Dios, que con tanto amor se les franquea. ¡Ah, Señor! Tambien vos despreciais invisiblemente estas víctimas culpables, que ván forzadas al Altar, pues no quereis sino sacrificios voluntarios: Tambien os entregais de mala gana á estos corazones ingratos, que contra su gusto os reciben; y si aún fuerais capáz de aquellos santos furors que manifestasteis en el sepulcro de Lázaro, os veriamos enfurecer quando entráis en las profanas bocas, que no son á vuestra vista mas que sepulcros abiertos, así como ellos han gemido mucho tiempo antes de resolverse á tributaros este obsequio.

Confesemos, pues, Católicos, que es muy rara la

fe que nos hace distinguir el Cuerpo de Jesu Christo. Creemos, es verdad, pero con una fé que no llega mas que á la superficie de este Sacramento, sin penetrar su virtud y sus misterios: Creemos, pero con una fé que ciñe todo su merito á sujetarse, y no contradecir: Creemos, pero con una fé leve que la desmienten las obras: Creemos, pero con una fé humana, que es el dón de nuestros Padres segun la carne, y no el dón del Padre de las luces: Creemos, pero con una fé popular, que solo dexa en nosotros unas ideas flacas y pueriles: Creemos, pero con una fé supersticiosa, que solo se ciñe á respetos vanos y exteriores: Creemos, pero con una fé de costumbre que nada conoce: Creemos, pero con una fé insípida, que nada discierne: Creemos, pero con una fé conmoda, y sin conseqüencias: Creemos, pero con una fé poco ilustrada, que falta, ó al respeto familiarizandose, ó al amor apartandose: Creemos, pero con una fé que cautiva el espiritu, y dexa vagar el corazon: Creemos finalmente, pero con una fé tranquila y vulgar, que nada tiene de grande, de sublime, de digna del Dios que nos dá á conocer. Distinguir vuestro Cuerpo, Señor, con la fé, es gustar mas de este celestial pan, que de todas las viandas de Egipto: Es tenerle por el unico consuelo de nuestro destierro, por el mas tierno alivio de nuestras penas, por el sagrado remedio de nuestros males, y por el continuo deseo de nuestras almas: es hallar en él serenidad en las borrascas, paz en las turbaciones, calma en las inquietudes de la adversidad, asilo contra nuestras desgracias, escudo que oponer á los encendidos dardos que nos asesta el demonio, remedio contra los estímulos de la carne rebelde, y nuevo fervor contra las inevitables tibiezas en la piedad. Distinguir vuestro Cuerpo, Señor, es tener mas cuidado, mas atencion, mas circunspeccion en recibirlos, que en todas las demás acciones de la vida. Distinguir vuestro Cuerpo, Señor, es respetar los tem-  
plos

plos en que se os adora, los Ministros que os sirven, y á nuestros cuerpos que os reciben. Examine cada uno, si acerca de esto oye el testimonio de su conciencia, y es la segunda disposicion; una fé prudente, que nos haga examinar: pruebese el hombre: *Probet autem se ipsum homo.*

*Segunda Reflexion.* Bien sé que nuestro corazon huuye de nosotros mismos; que el espiritu del hombre no siempre conoce lo que pasa en el hombre; que las pasiones nos engañan, los exemplos nos aseguran, y las preocupaciones nos arrastran; que nuestras inclinaciones casi siempre deciden en favor de nuestro corazon; que el probarse á sí mismo es las mas veces confirmarse en los mismos errores. Este es el hombre; oh Dios mio! entregado á solas las luces de su razon, continuamente se muda y se desfigura aun á sí mismo; á vos os conoce muy imperfectamente, y apenas se conoce á sí; no vé con claridad ninguna de quantas cosas le rodean; tiene por luz á las tinieblas; vá de desorden en desorden; quando vuelve en sí, no sale de sus errores; solamente las luces de vuestra fé pueden enderezar sus juicios, abrir los ojos de su alma, servir de guia á su corazon, enseñarle á que se conozca, aclarar los misterios del amor propio, descubrir los artificios de sus pasiones, y hacer un hombre espiritual que juzgue de todo rectamente. Las reglas de la fé son, Católicos, con las que nos hemos de examinar; las doctrinas humanas, las relajaciones introducidas por la costumbre, los exemplos de la multitud, nuestras propias luces son unas guias falaces; y si en alguna ocasion conviene no engañarse, en ninguna tanto como en esta, en que el sacrilegio es la pena del engaño.

¿Pero acerca de qué hemos de examinarlos? ¿acerca de qué? Acerca de la santidad de este Sacramento, y nuestra corrupcion. El es la carne de Jesu-Christo, el pan de los Angeles, el cordero sin mancha, que

no quiere que estén al rededor de su Altar sino los que no han manchado sus vestidos; ó que los han lavado con la sangre de la penitencia. ¿Y quién eres tú, alma temeraria, á quien yo veo llegar con tanta seguridad? ¿Llegas con todo tu pudor, con toda tu inocencia? ¿Has poseído siempre el vaso de tu corazón con honor y santidad? ¿No has manchado tu cuerpo con el cieno de mil pasiones? ¿Tu alma en la presencia de Dios no está como aquel tizon negro de quien habla el Profeta, á quien las impuras llamas de tus primeros años tiznaron y consumieron, sin que haya quedado mas que una horrible reliquia de su violencia? ¿No estás todo cubierto de llagas vergonzosas? ¿Hay en todo tu cuerpo parte alguna que no esté señalada con algún delito? ¿En dónde colocarás, pues, la Carne del Cordero? ¿Descansará acaso sobre tu lengua? ¿Pero esta carne pura ha de descansar sobre un sepulcro que siempre ha exhalado infección y hediondez; esta carne inmolada con tanta dulzura ha de descansar sobre el instrumento de tus venganzas y de tu amargura; esta carne crucificada, sobre el asiento de tus sensualidades y embriaguéces! Baxará á tu corazón: ¿pero hallará allí, acaso, en donde reclinar su cabeza? ¿No has convertido este santo templo en una caberna de foragidos? ¿Quieres colocarla entre tantos deseos impuros, tantas amistades profanas, tantos proyectos de ambicion, tantos movimientos de ira, de envidia, y de soberbia? ¿La has dispuesto su mansión en medio de todos estos monstruos? ¿Ah! Eso es entregarla á sus enemigos, y ponerla en las manos de sus verdugos.

Ya estamos examinados, me respondereis acaaso; ya nos hemos confesado antes de llegar á recibirla. ¿Ah, Católicos! ¿Y vais á recibir á Jesu-Christo con la misma boca de donde habeis vomitado vuestras iniquidades? ¿Y os atreveis á llegar al Altar á participar de los

los Misterios santos, con un corazón en que aun humean mil pasiones mal apagadas, y que volverán á encenderse el día despues? ¿Y vais á comer el pan de los escogidos, con la imaginacion aun manchada con las frescas ideas de los excesos que acabais de referir al Confesor? ¿Es posible que al levantaros del confesonario habeis de usar de la comunión como de penitencia? ¿Vais sin intermision desde el pecado al Altar? ¿En vez de derramar lágrimas entre los penitentes, quereis ir á consolaros con los justos? ¿En vez de sustentaros con el pan de la tribulacion, correis apresurados al festín delicioso? ¿En vez de estar como el Publicano á la puerta del templo, os acercais temerariamente al Santo de los Santos? Antiguamente no llegaba un penitente á la mesa del Señor sino despues de muchos años de humillacion, de ayunos, de oracion, de austeridad, y despues de haberse purificado con las lágrimas, con el dolor, y con los ejercicios públicos de una trabajosa disciplina; se formaban nuevos hombres; no les quedaba de la antigua vida mas que un sincero pesar; no veían, finalmente, señales de las pasadas culpas, sino en la penitencia y maceraciones con que las habian expiado: la Eucaristía era entonces el pan celestial, del que no comia el hombre pecador, sino á costa del sudor de su rostro; y hoy creemos que el haber confesado las culpas es haberlas ya castigado: que una absolucion, que supone un corazón contrito y humillado, le forma ella misma; y que toda la pureza que pide la carne de Jesu-Christo en el que la recibe, consiste en que haya descubierto la podredumbre é infección de sus llagas; Comuniones indignas, Católicos. Comeis y bebeis vuestro juicio: por mas que os aseguren, sabed que el hombre no puede justificaros quando Dios os condena.

Por otra parte, la Eucaristía es un Azimo puro, y es necesario hallarse sin fermento alguno para comerle. De-



Decidme, pues, ¿aquellas personas del mundo, que por razon de una solemnidad se determinan á llegar á la Eucaristía, han dexado ya el antiguo fermento quando llegan al Altar? ¿No llevan aun viva la raíz de todas sus pasiones? Inferidlo por las consecuencias. Al salir de la sagrada mesa se hallan con las mismas disposiciones; sus rencóres no se han extinguido; el imperio de su voluntad no se ha debilitado; el deseo de los placeres no se ha minorado en ellos; la inclinacion al mundo no es menos rápida que antes; la concupiscencia nada ha perdido de sus antiguos derechos; no se vé que usen de mas precauciones que antes contra los peligros ciertos: vuelven á entablar sus conexiones, á revivir sus pasiones; todo vuelve á estar como antes, y solo tienen de mas que en su primer estado, el haber profanado este terrible misterio; ¿y de qué proviene esto? De que el <sup>hombre</sup> confesarse simplemente, no es haberse exáminado.

Además: es la vianda de los fuertes. Una alma floca, vacilante, poco segura, que se mueve á todos vientos, que cede al primer obstáculo, que se rompe contra el primer escollo, que cada instante huye de la gracia, que tiene larga experiencia de su fragilidad, que no lleva al Altar mas que unas promesas, mil veces violadas, y una devocion, á la que sofoca el primer delyte, que desde sus primeros años vive en el comercio de sus flaquezas y de las cosas santas, y ha visto siempre suceder las culpas al arrepentimiento, y los Sacramentos á las recaídas: una alma de este carácter, ¿es por ventura una alma fuerte? ¿No debe probarse, crecer, fortalecerse, y ejercitarse en la caridad? ¿Quando apenas puede digerir la leche, podrá, sin imprudencia, cargarse de una vianda sólida, que solo puede servir de mantenimiento á el hombre perfecto?

Mandabase en la Ley antigua, que si la víctima que

que se acababa de sacrificar, (a) se ponía en un vaso de tierra, este se rompíese inmediatamente; pero que si el vaso era de metal, se lavase y limpiase. Parece que estas circunstancias, señaladas con tanto cuidado, no serian dignas del Espiritu Divino, si no encerrarán instrucciones y misterios. Una alma fragil que recibe la verdadera víctima es semejante al vaso de tierra que se rompe, y no puede resistir á la violencia de este sagrado fuego: Pero el alma fuerte como el bronce, se purifica en él, y dexa en él las mas leves manchas, quedando mas pura y mas brillante. ¿Qué es lo que sucede, segun dice Jesu-Christo, quando se echa vino nuevo en una vasija vieja y gastada? pierdese el vino, y se sale. ¿Qué quiere decir esta Parábola? Echais el vino místico, este vino que engendra Virgenes, cuya fuerza embriaga santamente á las almas castas, le echais en un corazon gastado, y debilitado con las antiguas pasiones: Pues no me admiro de que no pueda sufrir su fuerza, de que no pueda mantenerse en él la Sangre de Jesu Christo, ni de que en la primera ocasion que se ofrezca, la derrameis, y piseis. Era menester acostumbrar vuestro corazon poco á poco, prepararle con el retiro, con la oracion, con el huir las ocasiones, con las continuas victorias contra vosotros mismos, y con estas largas y prudentes pruebas, fortalecerle, y ponerle en estado de recibir á Jesu-Christo.

Llega el tiempo de la Pasqua de los Christianos: Pues sabed que Jesu-Christo no celebra su Pasqua sino con sus discipulos: *Cum Discipulis meis facio Pascha.* (b) ¿Y en qué os parece que consiste el ser su discipulo? Consiste en negarse á sí mismo, en llevar su Cruz, y seguirle: ¿Sois mortificado en vuestros deseos, paciente en

(a) *Levit. 6. v. 28.* (b) *Matth. 26. v. 18.*

en vuestras aflicciones, y seguís las huéllas que os dexó señaladas Jesu-Christo? Ser su discipulo consiste en amarse unos á otros: ¿y cuántas veces habeis venido á comer este pan de union; cuántas veces os habeis presentado en este festin de caridad, llevando en el corazon una oculta hiel de amargura contra vuestro hermano? ¿Cuántas veces habeis llegado á ofrecer vuestro presente en el Altar sin haberos reconciliado con él?

Finalmente, es un Dios tan puro, que en su comparacion están manchados aún los mas resplandecientes Astros; tan Santo, que despues de la caída del Angel fue preciso que se rompiese el cielo, se abriesen los abismos, y que quedase un eterno caos entre él y el pecado; tan zeloso, que qualquiera extraño deseo le ofende: Y asi, Católicos, es necesario que exâmineis vuestras inclinaciones; ¿fomentais aún en vuestro corazon aquellos deseos del siglo, de que habla el Apostol? pues para dar á Dios la gloria que se merece, exâminad de este modo vuestro corazon en su presencia: Voy á tomar por sustento á Jesu-Christo, y convertirle en mi propia sustancia; pero luego que haya entrado en mi alma, y que distinga las intenciones, las inclinaciones mas secretas, ¿hallará acaso alguna cosa que sea indigna de la santidad de su presencia? Irá primeramente al origen y principio de mis desordenes; exâminará si está arrancada la raiz, ó solamente suspendido el curso: verá quales son aún las pasiones dominantes en mi alma, qual es el peso que hace todavia inclinar el corazon: ¡Oh! ¿Podrá acaso decir, como en otro tiempo quando entró en la casa de Zaqueo: Hoy ha llegado la salud á esta casa? he detestado, por ventura, de buena fé, aquella passion tan fatal á mi inocencia, aquel enojo de que acabo de arrepentirme á los pies del Confesor, aquella idolatría de las riquezas que me obliga á tan injustos tratos, aquella passion desordenada por el juego, perjudicial á mi

mi salud, á mis intereses, y á mi salvacion? ¿Aquel humor inconstante y molesto, que se enardecia con el menor motivo? ¿Aquella vanidad que me saca de la clase en que me dexaron mis mayores? ¿Aquella envidia que siempre me ha hecho mirar con pesar la prosperidad ó reputacion de mis iguales? ¿Aquel genio soberbio y censurador, que de todo juzga, sin juzgarse jamás á sí mismo? ¿Aquella passion al regalo y al deleyte, que es como mi propio sér y naturaleza? ¿La confesion que acabo de hacer con el Ministro de Jesu-Christo las ha desarraigado todas de mi corazon? ¿Soy yo una nueva criatura? Solamente un hombre resucitado puede aspirar á comer este pan celestial, que yo acabo de recibir: ¿Soy, por ventura, tal en vuestra presencia, oh Dios mio? ¿No me llamaba vivo estando aún en la realidad muerto? ¿Entrando el fuerte armado en mi alma, la poseerá en paz, sin hallar siete espíritus inmundos que le arrojen de ella? Alumbradme, Señor, y no permitais que vuestro Christo, vuestro Santo baxe á la corrupcion: De este modo, Católicos, se debe exâminar el alma. Antiguamente prohibió el Señor á los Judios que ofreciesen miel y levadura en los Sacrificios; pues ved si al acercaros al Altar, llegais á él con la levadura de vuestras culpas, y con la miel de vuestra concupiscencia; esto es, aquel gusto del mundo y del deleyte, aquel caracter sensual, enemigo de la Cruz, é incompatible con la salvacion, y si no os conoceis bastante puro, no os acerqueis. Esta Carne santa, dice el Profeta, no os quitará vuestra malicia, antes añadirá otra nueva; vuestra religion será vana, vuestro culto idolatría, vuestro Sacrificio un sacrilegio.

Exâminaos, pues, á vos mismo, y despues comed de este pan celestial, pero no debeis contentaros con el simple discernimiento, y con el exâmen: Con esto no habeis hecho mas que apartar los obstáculos; pero no habeis puesto las ultimas disposiciones: habeis separado todo lo

que podía desterrar de vuestras almas á Jesu-Christo, pero no habeis adquirido lo que podía atraerle á ellas; habeis tomado las medidas para no recibirle indignamente: pero no las habeis tomado para recibirle con fruto: no basta el estar libres de culpas, es necesario estar revestidos de justicia y santidad: no basta el no hacerle traicion con Judas, es necesario amarle con los otros discipulos: en una palabra, es poco el no ser mundano, profano, sensual, carnal, sobervio, vengativo, y obstinado; es necesario ser grave, suave, humilde, firme, casto, fiel y christiano. Siempre que hagais esto, hacedlo en mi memoria: que es la tercera disposicion, comulgar en memoria de Jesu-Christo.

*Tercera Reflexion.* ¿Qué os parece que es comulgar en memoria de Jesu-Christo? Primeramente, Católicos, es acordarse de lo que pasó en el corazon del Señor, quando instituyó este adorable Sacramento. Mucho he deseado, decia el Señor á sus discipulos, el comer esta Pasqua con vosotros: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum.* (a) Suspiraba por este feliz momento; no le perdía de vista; su memoria le consolaba de todas las amarguras de su pasion: *Antequam patiar.* ¿Qué quiso enseñarnos con esto, Católicos? ¡Ah! Que es necesario llevar á esta Mesa Divina un corazon abrasado, penetrado, consumido de amor; un corazon impaciente, fervoroso, y deseoso; una hambre y una sed de Jesu-Christo; un gusto avivado con el amor; en una palabra, una fé ardiente que nos haga amar. Este pan, dice un Santo Padre, pide un corazon hambriento: *Interioris hominis querit esuriem.* (b) ¡Ah, Señor! dice entonces el alma fiel con

San

(a) *Luc. 22. v. 15.* (b) *August. in Confes. lib. 5. cap. 5.*

San Agustin. ¿Quién me concederá que vos vengaís á mi corazon para tomar posesion de él; para llenar todo su vacío, para reynar solo en él, para morar allí conmigo hasta la cosumacion de los siglos: para servirme allí de todo; para ser mis mas castas delicias; para derramar en él mil secretos consuelos; para saciarle, para embriagarle, para hacerle olvidar de mis desgracias, de mis inquietudes, de mis vanos placeres, de todos los hombres, de todo el mundo, y dexarme todo para vos, para gozar de vuestra presencia, de vuestra conversacion, de las dulzuras que preparais á los que os aman? Puede ser, Señor, que la casa de mi alma no esté suficientemente dispuesta para recibirlos; pero vos podeis adornarla: puede ser que veais en ella algunas manchas que os aparten; pero vos la purificareis con vuestro divino contacto: puede ser que distingais en ella enemigos invisibles: ¿pero no sois vos el fuerte armado? Vuestra sola presencia los disipará, y todo quedará en paz luego que vos tomeis la posesion: acaso hay en ella arrugas que la afean; pero vos renovareis su juventud como la de la Aguila: acaso está aun manchada con las reliquias de sus pasadas infidelidades; pero vuestra Sangre acabará de lavarlas. Venid, Señor, y no tardeis: con vos me vendrán todos los bienes; despreciado, perseguido, afligido, despojado y calumniado, en nada tendré todas mis desgracias desde el instante en que vos vengaís á consolarme: honrado, favorecido, elevado, y lleno de abundancias, ninguna de estas vanas prosperidades me moverá, ni me parecerán apreciables desde el instante en que me hagais gustar vuestra suavidad. Estos son los deseos con que debemos llegar al Altar.

¡Pero ay! Unos llegan con una repugnancia criminal; necesitan que se ofrezcan ocasiones para acabar de resolverse, porque si no nunca se acordarian de llegar á la sagrada mesa. ¿Pero qué digo ocasiones? Son necesarios

rayos y anathemas: es necesario que la Iglesia trueque y fulmine. ¿Dios mio! ¿Es posible que la tibieza de los Christianos haya reducido á vuestra Iglesia á que haga una ley expresa para mandarlos que participen de vuestra Carne y Sangre? ¿Que ha de haber sido preciso valerse de penas y amenazas para llevarlos al Altar, y obligarlos á que se sienten á vuestra mesa? ¿Que la mayor felicidad del hombre en la tierra haya llegado á ser para él el mas penoso precepto? ¿Que el mas glorioso privilegio con que pudisteis favorecer á los hombres, haya llegado á ser para ellos un tormento y una violencia? ¡Oh Señor! ¿Quando disteis á la Iglesia el poder de atar, esperabais que tuviese que emplearle en este uso? ¿Estaba por ventura destinada su autoridad á traer por fuerza sus hijos al Altar, ó á separar de él á sus enemigos? Otros llegan con un corazon torpe, con un gusto estragado, con una alma toda de hielo. Gentes que viven en el comercio de los deleytes y de los Sacramentos: que se sientan á la mesa de Satanás y á la de Jesu-Christo: que tienen unos dias destinados para el Señor, y otros para el siglo: gentes á quienes una Comunión no les cuesta mas que un dia de molestia y de cuidado; que en este dia no juegan, no miran, no se dán al público, no maldicen, no frecúentan las concurrencias: pero este régimen no dura mucho tiempo; toda la devoción acaba con la solemnidad del dia; es una acción de pura ceremonia; quedan satisfechos con esta corta suspensión; vuelven tranquilamente á sus primeros caminos, porque antes habian hecho consigo mismos este pacto; viven con tranquilidad en esta pacífica mezcla de lo profano y sagrado: los Sacramentos nos calman acerca de los placeres; los placeres, para que nuestra conciencia esté mas sosegada, nos conducen á los Sacramentos, y somos medio buenos, para poder ser mundanos sin escrupulo. De este modo vamos al Altar con un

gus-

gusto estragado con las diversiones y alegrías del siglo, con el émbarazo de los negocios, y con el tumulto de las pasiones: no percibimos las inesfables dulzuras de esta celestial vianda; hallamos aun al pie del trono de la gracia las imagenes de los placeres de que acabamos de salir; los intereses que nos ocupan, los proyectos que nos embarazan, las ideas que nos apartan del altar para mas estrecharnos con el mundo, hacen en nuestro corazon impresiones mucho mas vivas que la presencia de Jesu-Christo. Pero Señor ¿no era contra estos monstruosos Christianos contra quienes indignado vuestro Profeta os decia en otro tiempo: *Ah, Señor, sea para ellos vuestra mesa un lazo, un castigo, y una piedra de escandalo?* (a)

En segundo lugar. Comulgar en memoria de Jesu-Christo es querer despertar con la presencia de esta prenda soberana toda la impresion que su memoria puede hacer en un corazon que le ama. La ausencia entibia las mas finas amistades; preveía Jesu-Christo, que subiendo á los cielos olvidarian insensiblemente sus discipulos sus beneficios y divinas instrucciones. No estuvo Moysés mas de quarenta dias en el monte, y ya no se acordaban los Israelitas de los prodigios que habia hecho para sacarlos de Egipto. ¿Qué se ha hecho Moysés? se decian unos á otros; hagamos unos Dioses que vayan delante de nosotros, y nos defiendan de nuestros enemigos. Jesu-Christo, para remediar estas inconstancias del corazon humano, quiso quando subió á la Sion celestial dexarnos una prenda de su presencia; ésta quiere que nos sirva de consuelo en su ausencia: en ella debemos hallar la mas viva memoria de sus maravillas, de su doctrina, de sus beneficios, de sus

Di-

(a) *Psalm. 68. v. 23.*

Divina persona: en ella, baxo de misteriosas señales, le vemos nacido en Bethlem, educado en Nazareth, conversando con los hombres, y recorriendo las ciudades de Judea, haciendo señales y prodigios, que ninguno antes habia hecho, llamando para que le siguiesen á unos toscos discipulos, para hacerlos Mestros del mundo, confundiendo la hipocresia de los Pharisios, anunciando la salud á los hombres, dexando en todas partes señales de su poder y de su bondad, entrando triunfante en Jerusalén, llevado al Calvario, espirando en una Cruz, vencedor de la muerte y del Infierno, llevando consigo al cielo á los que estaban cautivos, como trofeos de su victoria, y formando despues su Iglesia con la efusion de su espiritu; y la abundancia de sus dones: en una palabra, allí le hallamos en todos sus Misterios.

Envidiais, dice San Juan Chrisóstomo, la suerte de la Hemorroisa que toca sus vestiduras: de una pecadora que baña sus pies con sus lágrimas; de las mugeres de Galilea, que tuvieron la felicidad de seguirle y servirle en los caminos de su ministerio; de sus discipulos con quienes trataba familiarmente; de los pueblos de aquel tiempo que oyeron las palabras de gracia y de salud que salieron de su boca; llamais felices á los que le vieron: Quantos Reyes y Profetas lo desearon en vano! Pero, Católicos, venid al Altar, le vereis, le tocareis, le besareis santamente, le bañareis con vuestras lágrimas, y aun le llevareis en vuestras entrañas, como Maria Santísima en las suyas. Nuestros padres iban á la tierra Santa á adorar las huellas de sus pies, y los lugares que habia consagrado con su presencia. Aquí, les decian, propuso la Parábola del buen pastor, y de la oveja perdida; aquí reconcilió á la muger adultera; aquí consoló á la pecadora; aquí consagró las bodas, y los festines con su presencia; aquí multiplicó los panes para sustentar al pue-

pueblo hambriento; aquí impidió el que sus discipulos hiciesen baxar fuego sobre la ciudad pecadora; aquí se humilló hasta conversar con una muger de Samaria; aquí permitió que los niños anduviesen al rededor de él, y reprehendió á los que querian apartarlos: aquí dió vista á los ciegos, pies á los cojos, libertó á los energúmenos, hizo hablar á los mudos, y oír á los sordos: Con estas palabras nuestros padres, arrebatados de un santo gozo, derramaban lágrimas de ternura y devocion sobre aquella tierra feliz: aquel espectáculo, aquellas imagenes les acordaban el tiempo, las acciones, los Misterios de Jesu-Christo; alentaban su fervor, y consolaban su fé; los pecadores hallaban allí una suave confianza, los flacos una nueva fuerza, y los Justos nuevos deseos.

Católicos, no hay necesidad de pasar los mares, cerca de vosotros teneis la salud. La palabra que os predicó entrará, si quereis, en vuestra boca, y en vuestro corazón. Abrid los ojos de la fé, mirad estos Altares, mirad que no son lugares á quienes Jesu-Christo consagró en otro tiempo con su presencia, mirad que es el mismo Jesu-Christo, acercaos en su memoria. Venid, y avivad aquí lo tierno, lo penetrante, lo vivo de vuestro corazón para con este Divino Salvador. La memoria de su piedad, que no sufria el romper una caña ya cascada, ni apagar una lámpara que aún humeaba, calmará vuestros furioses é impacencias. La memoria de sus trabajos y penosa vida confundirá vuestro regalo. La memoria de su modestia y humildad, que le hizo huir quando quisieron hacerle Rey, curará vuestras vanidades, vuestros proyectos, vuestras frívolas pretensiones. La memoria de su ayuno quadragesimario os desengañará de las falsas razones que alegais para quebrantar el vuestro, ó para mitigarle. La memoria de su zelo contra los profanadores del Templo, os enseñará el respeto y temor con que debeis entrar en él. La memoria de la simplicidad y frugalidad de sus

sus costumbres, condenará las vanas superfluidades, y los excesos de las vuestras. La memoria de su retiro, de su oracion, os enseñará á huir del mundo, y á retiraros algunas veces á lo mas escondido de vuestras casas para pasar á lo menos algunas horas del dia en el indispensable exercicio de la oracion. La memoria de su amor, de su compasion para con un pueblo hambriento, os dará entrañas de caridad para con los infelices. La memoria de sus santas conversaciones os instruirá para conversar con inocencia, santidad, y utilidad con los hombres. En una palabra, la memoria de todas sus virtudes mas viva entonces, y mas presente al corazon, y al espiritu, os corregirá de todos vuestros desordenes. Esto es lo que se llama comulgar en su memoria.

Pero llegar todos los dias al Altar con las mismas flaquezas, familiarizarse con la Carne de Jesu Christo, de modo que no excite en nosotros sentimientos nuevos, y nos dexé en el mismo estado que estabamos; sustentarse con una vianda Divina, y no creer; acercarse con frecuencia á este horno ardiente, y no poder calentar vuestra tibieza; presentarse con unas culpas mil veces detestadas, sin acabar de aborrecerlas; con unos habitos de imperfeccion, que aunque leves en sí, no lo son, atendida la pasion é inclinacion que hace nos sean inevitables, y la circunstancia de el Sacramento que nos exponemos á profanar: hacer profesion de la piedad, de huir del mundo, estar casi siempre en compañía de las cosas santas, y haber formado como un punto fijo de virtud, sin pasar de allí jamás; andar continuamente repitiendo las mismas Confesiones y recáidas; no estar mas adelantados en la virtud que al principio; despues de muchos años de exercicios de piedad, haber retrocedido, y aflojado mucho de el primer fervor; usar continuamente de este Divino remedio, sin experimentar

tar alivio en nuestros males; amontonar Sacramento sobre Sacramento, si es lícito decirlo así; sin desocupar nunca el corazon para hacer lugar á esta celestial vianda; mantener envidias, rencores, delicadezas, aficiones ocultas, aborrecimiento á la mortificacion, deseos de agradar, de introducirse, de llegar á conseguir; hacer costumbre de las diversiones, de hablar con libertad de los proximos, de usar de alegrías desordenadas, y desahogos absolutamente mundanos, de pensamientos profanos, movimientos vanos, rodeos agenos de la sinceridad, disfraces que se familiarizan con la mentira, impaciencias y ruidos; cultivar unas amistades, que aunque cubiertas con el velo de piedad, solo las formó y las mantiene la inclinacion; ser extremadamente zeloso de su gloria, de sus intereses, de sus derechos; ponerse en arma al mas ligero desprecio, sin poder sufrir ni aún el mas leve desayre; cuidar infinitamente de sí mismo, y buscar su estimacion en un adorno simple y modesto; anhelar por su comodidad, acaso con mas cuidado que una alma mundana: y con todo eso sustentarse con el Pan de los Angeles, ¡oh Dios mio! Cosas son todas capaces de hacernos temblar.

¿No es comer indignamente este Pan, el comerle con tantas flaquezas é imperfecciones? ¿Quién, Señor, sino Vos, sabe lo que nosotros somos? Esto no es comulgar en vuestra memoria; el dia de la cuenta se manifestarán muchas obras, al parecer justas, como un lienzo manchado en vuestra presencia; muchos de los que habian profetizado en vuestro nombre serán despreciados; en este estado todo debe temerse. A Pedro no le admitís á vuestra Cena hasta despues de haberle lavado los pies, no obstante haberos asegurado que estaba limpio. Apartais á la Magdalena, y la prohibís el que se acerque quando salís del Sepulcro, porque el principio de su fervor era aún un gusto demasiado sen-

sible, no obstante que os había amado mucho, y había lavado vuestros pies y sus pecados, con sus lágrimas: y nosotros, Señor, llenos de miserias, faltos de sinceros frutos de penitencia, criados en el regalo y sensualidad, tibios y sin gusto, fijos en un cierto estado de piedad flaca é imperfecta, fundada más en la costumbre, y en los empeños de una profesion santa, que en vuestra gracia, y en una fe viva y sólida, hacemos pasto ordinario de vuestro Cuerpo: ¿Qué abismos, Señor! ¿Quántos delitos habrá acaso en nosotros, que ahora los ignoramos, de los que no nos arrepentimos, los que infinitamente multiplicamos, y que son como el tronco en que ingerimos otras nuevas profanaciones! ¿Qué abismos, vuelvo á decir, y qué terribles secretos nos hará manifiestos vuestra luz en el terrible día de la cuenta! ¿Qué soy yo en vuestra presencia, Dios mio! Yo no puedo, ni agradaros, ni desagradaros con tibieza; mi condicion no permite estos estados, que son como un medio entre la inocencia y el pecado: si no soy santo, soy un monstruo: si no soy un vaso de honor, soy un vaso de ignominia: si no soy Angel de luz, no hay que dudar, soy Angel de tinieblas; y si no soy Templo vivo de vuestro Espiritu, soy su profanador. ¡Oh Dios mio! y qué motivos tan poderosos son estos para velar, para cuidar de mi mismo, para ser circunspecto, para temblar al acercarme á vuestros Altares, para humillarme, para llorar, y para compungirme, esperando á que vuestros adorables juicios se manifiesten! Pero no basta, Católicos, el comulgar en memoria de Jesu-Christo, y acordarnos de su vida; es necesario tambien, y es la ultima disposicion, acordarnos de su muerte, y anunciarla siempre que comemos su Cuerpo, y bebemos su Sangre; y esto es lo que se llama fe generosa que nos hace sacrificar.

*Quarta Reflexion.* Siempre que comiereis el Cuerpo del Señor, ó bebiereis su Sangre, anunciareis su muer-

muerte hasta que venga. ¿Qué significa esta senténcia? En el sentido literal se anuncia su muerte, porque este Misterio fue prelude de su pasion; porque Judas formó entonces la última resolucion de entregarle: porque Jesu-Christo, deseoso de sufrir el Bautismo de sangre con que había de ser bautizado, previno el cumplimiento, y anticipadamente se inmoló á sí mismo con la mística separacion de su Cuerpo y de su Sangre; porque la Eucaristia es el Sacrificio permanente de la Iglesia, y la plenitud y fruto del de la Cruz; y finalmente, porque Jesu-Christo está en él como muerto; pues tiene boca, y no habla; ojos, y no usa de ellos; pies, y no anda. Pero, Católicos, en este estado, tanto el impio como el Justo, anuncian su muerte siempre que comen su Cuerpo: reciben el Misterio, pero no el mérito; esta es naturaleza del Sacramento, y no privilegio del que le recibe; es efecto de su institucion, y no disposicion para recibirle. El fin, pues, del Apostol es precaver el abuso, enseñar á los fieles á comer dignamente el Cuerpo del Señor, y manifestarles en los Misterios que encierra este Sacramento, las disposiciones que pide. Hay, pues, un modo de anunciar la muerte del Señor, que pasa en nuestros corazones, que nos dispone y nos prepara, que acostumbra la situacion de nuestra alma á la naturaleza de este Misterio, que nos hace llevar en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesu-Christo, y que nos ofrece y sacrifica con él. Volvamos, pues, á tomar todas las razones que hemos apuntado, y mudemos la letra en espiritu.

Primeramente, se anuncia la muerte del Señor, porque este Misterio fue prelude de su pasion. En los primeros tiempos la Eucaristia era un prelude del martirio; desde el instante que se declaraba el furor del Tirano, y empezaba á levantarse la persecucion, todos los fieles corrian á fortalecerse con este Pan de vida, llevaban á sus casas este precioso depósito, y teniendo

do á la vista esta preciosa prenda de su inmortalidad, no les parecia tan terrible la muerte, y aun la deseaban; y los inefables consuelos que la presencia de Jesu Christo, oculto bajo los místicos velos, derramaba ya en sus almas, les hacia suspirar por aquel torrente de delicias con que embriagará á sus escogidos quando le vean cara á cara. Encarcelados, cargados de prisiones como malhechores, aunque el mundo no era digno de ellos, ocultaban cuidadosamente en su seno la divina Eucaristía; se sustentaban con la esperanza del martirio; engordaban con esta celestial vianda como víctimas preparadas, para que su sacrificio fuese mas agradable al Señor: las Vírgenes castas, los Fieles fervorosos, los Ministros santos, todos participaban juntos en los calabozos del Pan de bendición: de este modo todos estaban alegres entre las cadenas, y serenos en aquellos lugares oscuros: cantaban cánticos de acciones de gracias en aquellas lúgubres moradas, en las que no hallaba la vista sino tristes imagenes de la muerte, y preparativos de los mas crueles suplicios. Quántas veces decian á Jesu-Christo, á quien tenian presente en aquel adorable Sacramento: Señor, pues estais entre nosotros no temeremos los males; no tendremos miedo aunque nos veamos rodeados de Exércitos enteros; nuestros enemigos podrán perder nuestros cuerpos, pero Vos los hareis gloriosos é inmortales; ¿pero quién podrá perder á los que os entregó vuestro Padre? Felices son estas cadenas, pues vos ayudais á llevarlas; santas son estas prisiones, pues las consagrais con vuestra presencia; amables son estas tinieblas, pues en ellas llenais nuestras almas de tantas luces; preciosa es la muerte que vá á unirnos con Vos, y á rasgar los velos que os ocultan á nuestra vista. Con estas reflexiones, ¿qué valor no experimentaban en los tormentos! Llenos de la Carne de Jesu-Christo, teñidos con su Sangre, salian, dice el Chrisóstomo, de sus calabozos,

zos como Leones aun ensangrentados, y sedientos de tormentos y muertes: volaban á los cadahalsos, se presentaban en ellos con una santa valentía, miraban á una y otra parte con constancia y magnanimidad, atemorizando aun á los mas bárbaros tyranos, y desarmando á los mismos verdugos. Anunciaban, pues, la muerte del Señor, disponiendose para el martirio.

La paz de nuestros siglos, y la religion de nuestros Soberanos, no nos permiten esta esperanza; ya no es la muerte la recompensa de la Fé, ni la Eucaristía hace Mártires; ¿pero no tenemos por ventura tyranos domésticos? ¿Acaso nuestra Fé debe solo temer á los tyranos? ¿No hay martirio de amor como de sangre? Católicos, una alma fiel, al acercarse al Altar suspira por la disolucion de su cuerpo terrestre: porque ¿cómo es posible que ame esta vida al mismo tiempo que anuncia la muerte de Jesu-Christo, y quando en estos signos místicos considera su salida del mundo para ir á buscar á su Padre celestial? Quejase de lo dilatado de su destierro; llega al pie del Santuario con un espíritu de muerte y de martirio. ¡Oh, Señor! dice, pues Vos estais muerto y crucificado para el mundo, ¿por qué me deteneis en él? ¿Qué puedo yo hallar en la tierra que sea digno de mi corazon, no estando Vos en ella? El mismo misterio que con vuestra presencia pudiera consolarme, me hace acordar de vuestra muerte; esos velos con que os ocultais son artificio de vuestro amor, y solo os escondeis para despertar en mi corazon el deseo de vero: claramente. Criaturas vanas, ¿qué otra cosa hallo en vosotras, sino una abominable privacion del Dios que busco? ¿Qué me respondeis quando mi corazon engañado se vuelve hácia vosotras para calmar sus inquietudes? Volveos, me decís, al que nos hizo, nosotras gemimos esperando á que venga á librarnos de esta triste esclavitud que nos hace servir á las pasiones, y á los errores de los hombres, no



le busques entre nosotras, porque no le hallarás: ya resucitó, y no está aquí: si alguna vez se manifiesta, es para morir todos los dias; recoge los deseos y afectos que querias entregarnos, y envialos hácia el cielo: nos han robado al Esposo; ya la tierra no es para el Christiano mas que una morada de suspiros y lágrimas; esto es lo que nos responden. ¿Pues qué es, Señor, lo que me detiene en la tierra? ¿Cuáles son los lazos y los encantos que pueden unirme al mundo? Inquieto en los placeres, impaciente con la ausencia, enfadado de las conversaciones y comercio de los hombres, atemorizado con la soledad, sin gusto para el mundo, sin gusto para la virtud, executando el mal que aborrezco, y sin practicar el bien que quisiera executar; ¿qué es lo que me detiene? ¿Quién dilata la disolución de este cuerpo de pecado? ¿Qué es lo que me impide volar con alas de paloma al monte santo? Bien conozco, Señor, que seria esto para mí una gran dicha; entonces podria continuamente sustentarme con este Pan delicioso: yo no experimento verdadera alegría sino al pie de los Altares; allí gozo de los mas felices ratos de mi vida, pero duran muy poco; es necesario volver inmediatamente á experimentar las molestias y enfados del siglo: ¿He de vivir apartada de Vos por mucho tiempo? No, Señor, no hay felicidad perfecta en la tierra, y la muerte es suave á quien os ama.

¿Son estos nuestros pensamientos, Católicos, quando llegamos al Altar? ¿Dónde están ahora aquellos Christianos, que como los primeros Fieles esperan la dichosa esperanza, y apresuran con sus suspiros el fin de su destierro, y la venida de Jesu-Christo? Esta es una piedad tan fina, que ya no se conoce; es un idioma casi de contemplativos; pero no obstante, es el fundamento de la religion, y el primer paso de la Fé; miramos la necesidad de morir como una pena cruel; la

sola idea de la muerte, que tanto consolaba á nuestros padres, nos hace estremecer; el fin de la vida es el termino de nuestros placeres, habiendo de ser el de nuestras penas; la mantenemos á expensas de la Ley de Dios, y de las obligaciones que nos impone la Iglesia: los cuidados que molestan al cuerpo son infinitos; en este punto son excesivas nuestras preocupaciones, y si alguna vez sucede el que deseemos la muerte, es por estar cansados de la vida, y de sus molestias: es por alguna desgracia, por alguna enfermedad habitual que nos molesta, por alguna mudanza en nuestros negocios, que no nos dexa esperar deleytes en el mundo, porque nos faltó un puesto que poseíamos, por una muerte, por un accidente, finalmente, por un disgusto, y un deseo de amor propio. Nos cansamos de ser desgraciados, pero no nos apresuramos por reunirnos á Jesu-Christo, y con todo eso vamos á comer la Cena del Señor, á renovar la memoria de su Pasion, y anunciar su muerte hasta que él venga; ¡qué indignidad!

En segundo lugar: anunciamos su muerte en este Misterio, porque en él formó Judas la ultima resolucion de entregarle. ¿Qué pide, pues, de nosotros esta memoria? Ah, Católicos! pide un fervoroso deseo de reparar con nuestras sumisiones la impiedad de tantas Comuniones monstruosas, que de nuevo crucifican á Jesu-Christo. ¿Cuántos pérfidos Ministros le ofrecen en todos los lugares en donde es conocido su nombre con manos sacrilegas? ¿Cuántos pecadores vengativos, mundanos, impúdicos, y ladrones, de todos pueblos, y de todas naciones, le reciben en sus profanas bocas? Debemos, pues, nosotros sentir los ultrages que allí padece Jesu-Christo; confundirnos en su presencia, contemplando que el mas señalado de sus beneficios es la ocasion de los mayores pecados; temblar por nosotros mismos; admirar su bondad, con la que por un corto numero de escogidos ha querido exponerse á las in-

indignidades de esta infinita multitud de pecadores de todos los siglos y de todos los tiempos que le han afrentado y le afrentan; apartar con las lágrimas de nuestro corazón, y con interiores suspiros, los azotes que las Comuniones indignas atraen sobre la tierra; porque si antiguamente se quejaba el Apóstol de que el ser los cuerpos heridos con llagas, las enfermedades populares, las muertes repentinas eran efecto de la profanación de este Sacramento, ¡ah! ¿Cuánto tiempo há, Señor, que nos estais hiriendo? Arrojaís sobre nuestras Ciudades y Provincias el rayo de vuestro furor: armais los Reyes contra los Reyes, y los Pueblos contra los Pueblos; no se oye hablar mas que de batallas y de ruidos de guerra; haceis llover del cielo la esterilidad sobre nuestros campos; la espada enemiga despuebla nuestras familias, y quita á los padres el consuelo de su ancianidad; gemimos con unas cargas, que apartando de nuestros muros á el enemigo del estado, nos entregan al hambre y á la miseria: las Artes son casi inútiles al pueblo; perecen las ganancias y el comercio, y apenas basta la industria para socorrer las necesidades: las calamidades secretas, y de Vos solo conocidas, son aun mas lastimosas que las públicas. Hemos visto á la hambre y á la muerte segar á nuestros Ciudadanos, y mudar nuestras Ciudades en espantosos desiertos: el enemigo de vuestro nombre se aprovecha de nuestras disensiones, y usurpa vuestra herencia.

Gran Dios, ¿de dónde vienen estos azotes tan dilatados y terribles? ¿Dónde se forman estas nubes de furor y de indignacion que há tanto tiempo que descargan sobre nuestras cabezas? ¿No estais armado para castigar á los sacrílegos? ¿Los atentados que todos los dias se cometen al pie de vuestros Altares contra vuestro Cuerpo, no son los que motivan estas señales de vuestra indignacion? Heridnos, pues, Señor, vengad vuestra gloria, mandad al Angel que está en los ayres que

que no detenga su brazo, que no perdone á las casas en donde aun están impresos los vestigios de una sangre profanada; vuestra indignacion es justa; pero no, no vengueis, Señor, unos delitos permitiendo otros delitos; concedednos la paz, oíd los clamores de los Justos que os la piden: Señor, os dicen con el Profeta: (a) *Nosotros esperabamos la paz, y aun no nos ha llegado este bien.* Haced que cesen las profanaciones que traen siempre consigo las guerras; no castigueis los sacrilegios, permitiendo que se multipliquen sobre la tierra; volved la Magestad á tantos Templos profanados; el culto y la dignidad á tantas Iglesias despojadas; el esplendor y la magnificencia á tantos Altares derribados; la paz á nuestras ciudades; la abundancia á nuestras familias; el consuelo y alegría á Israel; volved los hijos á sus padres; á las esposas desconsoladas sus esposos; y si vuestras desgracias no os mueven, muevan os á lo menos las de vuestra Iglesia.

En tercer lugar, se anuncia la muerte del Señor en este Misterio, porque Jesu-Christo se ofrece en él á sí mismo, por la separacion mística de su cuerpo, y de su sangre. ¿Qué se sigue, pues, de aquí? que debemos estar al pie de los Altares, como si estuviéramos al pie de la Cruz; imitar las disposiciones de los discipulos y mugeres de Jerusalén, que recogieron los últimos suspiros del Señor quando moria, y estuvieron presentes á la consumacion de su sacrificio. ¿Qué horror no tenian estos á un mundo que crucificaba á su Señor! ¿Os parece que comunicaban con sus asesinos? ¿Temian acaso declararse por discipulos de aquel Señor, que tan manifestamente se declaraba su Salvador á costa de su sangre? ¿No decian al Padre Celestial: castigadnos, Señor, á nosotros que somos los culpados,

(a) Jerem. 8 v. 15.

dos, y perdonad al inocente? ¿Qué horror tenían á sus culpas pasadas, por las que veían á su Señor clavado en una Cruz! ¿Qué impresion tan fuerte hacian sus penas en aquellos corazones! Y así, Católicos, contemporizar aun con el mundo, no atreverse á declarar abiertamente por la piedad, avergonzarse de la Cruz de Jesu Christo, medir la devoción de modo que aun persevere cierto gusto del mundo, que se mezele por decirlo así, con los intereses de nuestra virtud, no confesar á Jesu Christo á cara descubierta, no atreverse á faltar á un espectáculo en que se hace burla del Señor, á una concurrencia en que se le ofende, á un camino de donde no puede salir entera la inocencia, á un cumplimiento en que padecen las obligaciones de la religion, á un cierto genero de vida que tienen por indispensable los mundanos, á ciertas máximas que ofenden al Evangelio, y que la costumbre ha acreditado de leyes; vivir con todas estas condescendencias, y con todo eso venir á comer la Pasqua con los discípulos de Jesu Christo; conservar aun inteligencias con sus enemigos, y sentarse á su mesa; hacer estimacion de las máximas que le crucifican, y querer ser testigos y compañeros fieles de su Cruz, esto, Señores, es una contradicción.

Venció Jesu Christo al mundo, le clavó en su Cruz, é hizo que sus errores y máximas espirasen con él; y así el anunciar su muerte en la Comunión es acordarse de esta victoria. ¿Pues si el mundo vive aun, y reyna en nuestros corazones, Católicos, no destruí el fruto de la muerte del Señor? ¿No disputais á Jesu-Christo el honor de su triunfo? Y en vez de anunciar su muerte, ¿no venis á renovarla con sus enemigos?

Mas: Se anuncia, en quarto lugar, su muerte en este misterio, porque es la consumación del sacrificio de la Cruz, y nos aplica su fruto. ¿Quién, pues, nos dá derecho al fruto de la Cruz, y por consiguiente

te á la Comunión? Los trabajos, las mortificaciones, una vida interior y penitente: y si no decidme: ¿os atreveriais á llegar á anunciar la muerte del Señor viviendo entre las delicias? ¿Os atreveriais á sustentar un cuerpo como el vuestro, acostumbrado á los placeres, alagado, acariciado, os atreveriais, vuelvo á decir, á alimentarle con una carne crucificada? ¿Os atreveriais á incorporar á Jesu-Christo agonizando, y coronado de espinas, con unos miembros delicados y sensuales? ¿Os atreveriais, habiendo de convertir su carne en vuestra propia sustancia á transformarla en una carne sensual? Esto sería un gran delito: Para alimentaros con la carne de Jesu-Christo, es necesario que vuestros miembros puedan hacerse miembros suyos, y que su cuerpo pueda tomar la figura del vuestro. Su cuerpo, pues, es un cuerpo crucificado; sus miembros son unos miembros que padecen, y si vosotros vivis sin padecer, si no llevais la mortificación de Jesu-Christo en vuestros cuerpos, si no habeis hecho jamás, como puede suceder, violencia alguna á vuestros sentidos y deseos, si habeis pasado vuestros dias en una tranquila sensualidad, si os impacientan las aflicciones, si os enfada todo lo que es contrario á vuestro genio, si no os exercitais en obras de mortificación, si no recibís bien la que el cielo os embia, ¿cómo quereis unir vuestra carne con la carne de Jesu-Christo? En esto no se piensa, Católicos; pero sabed, que una vida sensual, solo es capaz de una comunión indigna.

Finalmente se anuncia la muerte del Señor en este misterio, porque en él está como muerto: tiene boca, y no habla; ojos, y no mira; pies, y no camina; reparad, pues, Católicos, y obrad segun este modelo. De este modo debeis anunciar su muerte, quando participais de su cuerpo. Es necesario llegar con los ojos acostumbrados á no ver las cosas de la tierra; con una lengua enseñada al silencio, ó á las conversaciones de Dios,

como dice San Pablo; con pies y manos inmóviles para las obras pecaminosas; con los sentidos muertos, ó mortificados; en una palabra, debéis llevar una muerte universal en vuestro cuerpo. El estado de Jesu Christo en la Eucaristía es el estado de un Cristiano en la tierra. Un estado de retiro, de silencio, de paciencia, de humildad, y de divorcio con sus sentidos. Porque ¿qué es estar Jesu Christo en la Eucaristía? Es estar en el mundo como si no estuviera en él; estar entre los hombres, pero invisible; oír sus vanos discursos, sus quimericos consejos, sus esperanzas frívolas, sus inquietudes, sus empresas, y dexarles obrar: Tributarle honores divinos, y le ultrajan; y permaneciendo siempre él mismo, se muestra tan insensible á los insultos como á los rendimientos: vé renovar los siglos, los imperios, las familias; vé mudar las costumbres; variar el gusto y las edades de los hombres, cesar los usos, y volver á revivir; vé la figura de este mundo en una continua revolucion, prevalecer las heréjias, destruirse su heredad, las guerras, las sediciones, trastornarse todo repentinamente, temblar todo el universo, y permanece tranquilo sobre sus ruinas, y nada le aparta de la íntima é inefable aplicacion á su Padre: nada turba el divino reposo de su santuario, en el que siempre está vivo para interceder por nosotros. Volvedle á mirar, y obrad segun este exemplar. Lleguemos á la sagrada mesa con los ojos cerrados mucho antes á quanto pueda ofender á nuestra alma: con una lengua cercada de una guardia de circunspeccion y de verguenza; con unos oídos castos é impenetrables á los silvidos de la Serpiente, y á la sensualidad de los sonidos y voces tan propias para corromper el corazón; con una alma tan insensible á los desprecios, como á las alabanzas; con una alma incapaz de alterarse por los sucesos de la tierra, ni por las revoluciones de la vida: igual en la buena y en la mala fortuna:

que

que mire con indiferencia quanto sucede en el mundo; que juzgue de los bienes y males que la suceden, como si no la tocasen; y que en medio de las agitaciones de la tierra, del tumulto de los sentidos, de la contradiccion de las lenguas, de las vanas empresas de los hombres, esté siempre atenta á no perder la paz de su corazón, á caminar tranquilamente hácia la eternidad, á no perder de vista á su Dios, y á tener siempre su conversacion en el cielo.

No quiero decir con esto que deban excluirse del Altar todos los que no han llegado á este estado de muerte. Este es un asunto que pide toda la vida, y la carne de Jesu-Christo es un socorro para fortificarnos y ayudarnos en esta empresa: Pero es necesario haber á lo menos empezado para no llegar al Altar indignamente: Es necesario estar en una continua pelea con los sentidos, con la corrupcion, con las flaquezas, y adelantarse todos los dias alguna cosa: Es necesario practicar la abnegacion christiana: Es necesario expiar con el retiro, con el silencio, con las lágrimas, con la oracion, con las maceraciones, las continuas victorias que de nosotros alcanzan el mundo y los sentidos: Es necesario levantarse con tiempo de las caídas: Lo que quiero decir es, que una Comunion no es negocio de un dia, ni de una solemnidad; que toda nuestra vida debe ser una continua preparacion para la Eucaristía; que todas nuestras acciones deben ser como pasos que nos guien al Altar; que la vida de la mayor parte de las personas del mundo, aún de aquellas que no viven en el desorden, que de nada se angustian, que viven segun los sentidos, que solo les mueven los intereses terrenos, es una vida que no anuncia la muerte del Salvador, y por eso deben ser excluidas de este misterio. Os quiero hacer conocer que la Eucaristía es un festin, si es licito decirlo así, de duelo, y de muerte: Que las alegrías, los placeres, las vanas decoraciones afean

esta sagrada mesa, y hacen que seais despreciado como el que se presenta con un vestido roto y sucio; que es imposible alimentarse á un mismo tiempo con las viandas de la tierra, y con el pan del cielo; y que desde el instante que llegaron los Israelitas á las fronteras de Canaán, y empezaron á comer los frutos de la tierra, dice la Escritura, que dexó de llover Manná, y no volvieron á alimentarse con esta celestial vianda: *Defecitque Manna, postquam comederunt de frugibus terra.* (a) Quiero daros á entender que este Sacramento es el fruto, y no la señal de la penitencia: Que los que solo comulgan por razon de la solemnidad, mas son profanadores que verdaderos adoradores: Que es imposible sustentarse con el Cuerpo de Jesu-Christo sin vivir de su espíritu: Que es tambien necesario que el Espíritu Santo descansa sobre una alma, como sobre Maria, antes que Jesu-Christo venga á ella como á encarnar de nuevo. Quiero daros á entender que la leccion de los libros santos, y los saludables rigores de la penitencia deben preparar en nuestros corazones la morada á Jesu-Christo, para que seamos como Arcas santas, y que este celestial Manná descansa en ellos en medio de las tablas de la Ley, y de la vara de Aarón. Quiero daros á entender que nada os debe hacer temblar tanto á vosotros, que vivís en los peligros del siglo, y los amais, como las Comuniones que habeis hecho antes de haberos probado, y sin mas precauciones que una confesion. Quiero daros á entender que el pan de vida se muda en veneno para la mayor parte de los Fieles. Que casi vé el Altar mas delitos que el teatro. Que es mas ultrajado Jesu-Christo en su Santuario, que en las asambleas de los pecadores; y que las solemnidades son para el Señor Misterios de luto, y dias destinados á afrentarle. En una palabra, os quiero dar á entender que para llegar dignamente es ne-

(a) Jos. 5. v. 12.

cesaria una fé respetuosa, que nos haga discernir; una fé prudente con que nos examinemos; una fé viva que nos haga amar; y una fé generosa que nos haga sacrificar. Sin esto el recibir al Señor es hacernos una culpa de su carne y de su sangre; es comer y beber su juicio.

¡Ah, Señor, y qué poco he conocido yo hasta ahora la extrema inocencia y pureza que pedís en los que llegan á alimentarse con este pan celestial! El Centurion, aquel hombre de una fé tan viva, tan humilde, tan ilustrado, aquel hombre tan rico de buenas obras, que amaba á vuestro pueblo, que levantaba sagrados edificios á vuestro nombre, destinados para las públicas oraciones, y para interpretar vuestras Escrituras; aquel hombre no se juzgaba digno ni aun de recibirnos en su casa. La mas pura de todas las Virgenes, quando la anuncia el Angel que vais á baxar á su seno, se atemoriza; considera su miseria, y si la queda alguna fuerza para hablar, solo es para preguntar, ¿cómo podrá ser esto? ¿Pues quién soy yo, Señor, para atreverme á sentarme á vuestra mesa con tan poca precaucion? Yo que me pongo tan vacío en vuestra presencia, que no tengo que ofrecer os si no las reliquias de un corazón á quien ha ocupado el mundo tanto tiempo, y que reserva para las criaturas y para las pasiones la parte mas principal de él: yo que no llevo á vuestros Altares mas que unos débiles ensayos de salvacion, y obras llenas de pecados; yo que solo excedo á los demás pecadores en el abuso que he hecho de vuestras gracias, en las luces inútiles, y en los pensamientos que se han exhalado en deseos: que no llevo mas que mil inspiraciones, que no consiguen de mí otra cosa mas que vanos amagos de conversion; un corazón incapáz de familiarizarse ni con el pecado, ni con la virtud; un natural feliz, y casi naturalmente enemigo del exceso, y del vicio, á quien con todo eso yo he alterado.

¡Ah

¡Ah, Señor! Los frutos de una Comunión santa son abundantes y sensibles; el alma sale tan inundada en vuestras gracias y favores, que aun quando yo no tuviera otras señales de lo indigno de mis Comuniones, que su inutilidad, debiera temblar, y confundirme. Quando se come vuestra carne dignamente, vos nos enseñáis que aun se padece hambre, y yo me retiro de esta sagrada mesa fatigado y cansado de mis respetos; respiro al salir de ella como al salir de un cumplimiento, ó de una molestia; me alegro de haber acabado, como si hubiera dado fin al negocio mas penoso; y si algun gusto experimento es el de los placeres y del mundo. Quando se ha comido dignamente vuestra carne quedamos en vos, y vos quedais en nosotros; esto es, vuestra Sangre preciosa que corre por nuestras venas nos dexa vuestras inclinaciones, vuestro amor, y vuestra semejanza; somos como otro vos mismo, y como en Principes herederos de una sangre real, se debe advertir en nuestro semblante cierto ayre de magestad, que anuncie nuestra nobleza: no deben manifestarse en nosotros sino inclinaciones nobles, y pensamientos dignos de la sangre que hemos recibido; y con todo eso, yo siempre hallo en mi pensamientos terrenos, inclinaciones baxas y mundanas, un corazon que aun se rebuelca entre el cieno, y que no sabe levantarse sobre las criaturas, y volver á vuestro seno de donde salió. Quando se come dignamente vuestra Carne nos enseñáis que vivimos para vos, y que esto es vivir eternamente; y yo he continuado viviendo para el mundo, para mí mismo, para los hombres que me rodean, para mis placeres, para mis proyectos de fortuna, para mis negocios, para mi familia, para mis hijos, para mi gloria, sin dexar para vos apenas un instante en todo el dia. ¿Qué he de hacer, pues, Señor? ¿Me he de retirar de vuestra mesa; me he de privar de este fruto de vida? ¿No se ha de partir para mí el pan de consolacion? No, Señor, Vos

no

no quereis excluirme, sino hacerme digno; no quereis que me retire, sino que me disponga; no me negais el pan de vuestros hijos; pero no quisierais que mi indignidad os obligase á ofrecermé en su lugar una Serpiente. Preparaos, pues, Señor, dentro de mí mismo una digna morada. Allanad las alturas, enderezad las sendas torcidas, purificad mis deseos, emendad mis inclinaciones, ó criadlas de nuevo. Vos solo podeis ser vuestro precursor, y prepararos los caminos en las almas; llenadnos, pues, Señor, de vuestro espíritu, para que comamos dignamente vuestro Cuerpo, y vivamos eternamente para Vos. Amen.

F I N.





# SERMON

## PARA EL DIA

### DE LA NATIVIDAD.

*Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo, quia natus est vobis hodiè Salvator, qui est Christus Dominus.*

Os traygo una nueva, que será de grande alegría para todo el Pueblo, y es que hoy os ha nacido un Salvador, que es el Christo del Señor. *Luc. 2. v. 10. 11.*

#### SEÑOR.

**E**sta es la gran nueva que ya ha quatro mil años esperaba el mundo; el gran suceso que habian anunciado tantos Profetas; figurado en tantas ceremonias; deseado de tantos Justos, y que toda la naturaleza parece prometia y aceleraba con la universal corrupcion que se habia introducido en toda la carne. Este es el gran beneficio que la bondad de Dios preparaba

á los hombres, despues que la infidelidad de nuestro primer padre nos sujetó á todos al pecado, y á la muerte.

El Salvador, el Ungido, y el Señor, se manifiesta por último en la tierra; las nubes producen al Justo; la Estrella de Jacob aparece en el universo; sale el Centro de Judá, y ya ha llegado el que habia de venir; ya se cumplieron los tiempos misteriosos; el Señor ha manifestado la señal que prometió á Judea; una Virgen concibió, y ya ha parido; y de Bethlem sale el Conductor que debe instruir y gobernar á Israel.

¿Qué bienes tan grandes se anuncian á los hombres, Católicos, con este nacimiento? No hubiera sido anunciado, esperado, deseado por tantos siglos: no hubiera formado la Religion de tantos pueblos, ni sido el objeto de todas las Profecías, la manifestacion de todas las figuras, el unico fin de todos los pasos de Dios hácia los hombres, si no fuera la mayor señal de amor que podia darlos. ¿Qué noche tan feliz aquella en que sucedió este divino parto! Vió resplandecer la luz del mundo entre sus tinieblas; en el cielo resuena la alegría y los cánticos de accion de gracias.

Pero, Católicos, para participar de las alegrías que este nacimiento esparce en el cielo y en la tierra es necesario participar tambien de los favores que nos trae: la comun alegría se funda en la comun salud que nos ofrece; y si no obstante estos socorros nos obstinamos en perecer, la Iglesia llora por nosotros, y juntamos el luto y la tristeza á el gozo que inspira una nueva tan feliz.

¿Cuáles son, pues, los inestimables beneficios que esta nueva trae á los hombres? Los mismos celestiales espíritus vienen hoy á anunciarlos á los Pastores: viene, dicen, á dar gloria á Dios, y paz á los hombres; y en esto se descubre todo el fondo de este Misterio; á Dios la gloria que le habian querido quitar los hom-



# SERMON

## PARA EL DIA

### DE LA NATIVIDAD.

*Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo, quia natus est vobis hodiè Salvator, qui est Christus Dominus.*

Os traygo una nueva, que será de grande alegría para todo el Pueblo, y es que hoy os ha nacido un Salvador, que es el Christo del Señor. *Luc. 2. v. 10. 11.*

#### SEÑOR.

**E**sta es la gran nueva que ya ha quatro mil años esperaba el mundo; el gran suceso que habian anunciado tantos Profetas; figurado en tantas ceremonias; deseado de tantos Justos, y que toda la naturaleza parece prometia y aceleraba con la universal corrupcion que se habia introducido en toda la carne. Este es el gran beneficio que la bondad de Dios preparaba

á los hombres, despues que la infidelidad de nuestro primer padre nos sujetó á todos al pecado, y á la muerte.

El Salvador, el Ungido, y el Señor, se manifiesta por último en la tierra; las nubes producen al Justo; la Estrella de Jacob aparece en el universo; sale el Centro de Judá, y ya ha llegado el que habia de venir; ya se cumplieron los tiempos misteriosos; el Señor ha manifestado la señal que prometió á Judea; una Virgen concibió, y ya ha parido; y de Bethlem sale el Conductor que debe instruir y gobernar á Israel.

¿Qué bienes tan grandes se anuncian á los hombres, Católicos, con este nacimiento? No hubiera sido anunciado, esperado, deseado por tantos siglos: no hubiera formado la Religion de tantos pueblos, ni sido el objeto de todas las Profecías, la manifestacion de todas las figuras, el unico fin de todos los pasos de Dios hácia los hombres, si no fuera la mayor señal de amor que podia darlos. ¿Qué noche tan feliz aquella en que sucedió este divino parto! Vió resplandecer la luz del mundo entre sus tinieblas; en el cielo resuena la alegría y los cánticos de accion de gracias.

Pero, Católicos, para participar de las alegrías que este nacimiento esparce en el cielo y en la tierra es necesario participar tambien de los favores que nos trae: la comun alegría se funda en la comun salud que nos ofrece; y si no obstante estos socorros nos obstinamos en perecer, la Iglesia llora por nosotros, y juntamos el luto y la tristeza á el gozo que inspira una nueva tan feliz.

¿Cuáles son, pues, los inestimables beneficios que esta nueva trae á los hombres? Los mismos celestiales espíritus vienen hoy á anunciarlos á los Pastores: viene, dicen, á dar gloria á Dios, y paz á los hombres; y en esto se descubre todo el fondo de este Misterio; á Dios la gloria que le habian querido quitar los hom-



bres; á los hombres la paz que ellos se habian quitado á sí mismos. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

**E**L hombre solo fue colocado en la tierra para tributar al Autor de su sér la gloria y los respetos que le son debidos: todas las cosas le acordaban esta obligacion; pero todo quanto debia servir para acordarsela, solo servia de desviarle mas de ella. Debia el hombre á su Magestad suprema su adoracion y sus respetos; á su bondad paternal su amor; á su sabiduría infinita el Sacrificio de su razon y de sus luces. Estas obligaciones gravadas en lo íntimo de su corazon, y nacidas con él, le eran continuamente anunciadas por todas las criaturas: no podia ni escucharse á sí mismo, ni escuchar á quanto le rodeaba sin oírlas en todas partes: con todo eso las olvida, las echa fuera de su corazon; no contempla en la obra, el honor y culto debido al Artífice Soberano; en los beneficios que le hace, el amor debido á su bienhechor; en la obscuridad de los efectos naturales, la imposibilidad de sondear los secretos de Dios, y la desconfianza con que debe vivir de sus propias luces: la Idolatría tributaba á las criaturas el culto que el Criador se habia reservado para sí: la Synagoga le honraba con la boca, limitando á un culto exterior, poco digno del Señor, el amor que le debía: la Filosofia erraba en sus discursos, media las luces de Dios por las del hombre, y creía que la razon que no se conoce á sí misma, podia conocer todas las verdades. Estas tres heridas se observaban en la tierra; en una palabra: ni Dios era conocido y glorificado, ni el hombre se conocia á sí mismo.

Primeramente: ¿á qué exceso no habia llegado el culto de la Idolatría? La muerte exáltaba muy presto á los honores de deidad á una persona á quien se ama-

amaba; y sus viles cenizas, sobre las que estaba escrita su nada con caracteres indefectibles, venian á ser el título de su gloria y de su inmortalidad: el amor conyugal se formó Dioses; imitóle el amor impuro, y quiso levantar sus Altares: la Esposa y la enamorada; el Esposo y el amante, todos delinquentes, tuvieron templos, sacerdotes y sacrificios: la locura y la corrupcion abrazó un culto tan ridículo y abominable: inficionóse todo el Universo; autorizóle el imperio y la magestad de las Leyes; hizose respetable esta extravagancia con la magnificencia de los templos, con el aparato de los sacrificios, y con la inmensa riqueza de los Simulacros; cada pueblo deseó tener sus Dioses: en efecto del hombre ofrecia inciensos á la bestia: los respetos impuros llegaron á ser el culto de las divinidades impuras: las ciudades, las montañas, los campos, los desiertos, todos se mancharon, y vieron los sobervios edificios consagrados á la soberbia, á la impureza, á la venganza: la multitud de divinidades igualó á la de las pasiones: los Dioses llegaron á ser casi tantos como los hombres: todo vino á ser Dios para el hombre, sin que el hombre conociese al verdadero Dios.

Estaba el mundo casi desde su nacimiento sepultado en el horror de estas tinieblas; cada siglo habia añadido nuevas impiedades; quanto mas se acercaba el tiempo del Salvador, tanto mas parece que crecia la depravacion entre los hombres: la misma Roma, Señora del Universo, se habia sujetado á los diferentes cultos de las naciones que habia vencido, y veía levantar dentro de sus muros los diversos Idolos de tantos pueblos subyugados, que mas servian de monumento público á su locura y ceguedad, que á sus victorias.

Pero finalmente: aunque toda la carne habia corrompido su camino, Dios no queria hacer llover su furor,

ror sobre los hombres, ni exterminarlos con un nuevo diluvio: queria salvarlos; habia puesto en el cielo la señal de su alianza con el mundo, y esta verdadera señal no era aquel arco tosco, aunque resplandeciente, que se manifiesta en las nubes; era Jesu Christo su Unigenito Hijo; el Verbo hecho carne; el verdadero sello de la eterna alianza, y la sola luz que vino á iluminar todo el mundo.

Manifestase hoy en la tierra, y dá á su Padre la gloria que habia querido quitarle la impiedad del culto público; el respeto que le tributa su alma santa, unida al Verbo, desagracia primeramente á su Divina Magestad de todos los honores que el mundo le habia hasta entonces negado, por tributarlos á la criatura. Mas gloria dá á la Divinidad un hombre Dios que la adora, que quanta le habian quitado todos los pueblos Idolatras: muy agradable debió ser á Dios este respeto, pues él solo bastó para arruinar la Idolatría en la tierra; hizo suspender la sangre de las víctimas impuras; trastornó los Altares profanos; hizo callar á los Oraculos de los demonios; demolió los Idolos vanos, y mudó sus sobervios templos, que hasta entonces habian servido de asilo á todas las abominaciones, en casas de culto y oracion. De este modo mudó de cara el Universo; fue adorado el Dios desconocido, aun en Athenas, y en las ciudades que eran mas famosas por su ciencia y política: el mundo reconoció á su autor: Dios volvió á tomar posesion de sus derechos; establecióse en la tierra un culto digno de su Magestad, y tuvo en todas partes fieles que le adorasen en espíritu y en verdad.

Este es el primer beneficio del nacimiento de nuestro Señor Jesu-Christo, y la primer gloria que dá á su Padre celestial. ¿Pero, Católicos, se estiende á nosotros este grande beneficio? No adoramos ya vanos Idolos: á un Jupiter incestuoso; á una Venus lasciva;

á un Marte vengativo, y cruel: ¿Pero es Dios glorificado entre nosotros? ¿No colocamos en su lugar á la fortuna, al deleyte, al favor, al mundo con todos sus placeres? Porque todo aquello que amamos mas que á Dios, lo adoramos; todo lo que preferimos á Dios, viene á ser un Dios para nosotros; todo lo que es el sólo objeto de nuestros pensamientos, de nuestros deseos, de nuestras aficciones, de nuestros temores, y de nuestras esperanzas, es nuestro culto; y nuestras pasiones son nuestros Dioses, á las que sacrificamos el Dios verdadero.

¿Qué Idolos de esta especie no hay aun en el mundo Christiano? Aquella infeliz criatura á quien habeis entregado vuestro corazon; á quien habeis sacrificado vuestros bienes, vuestra fortuna, vuestra gloria, vuestro descanso, y de quien no os pueden separar ni los motivos de religion, ni aun los del mundo, esa es vuestro Idolo: ¿Qué falta para ser vuestra infame Divinidad, pues en vuestros excesos ni aún este nombre la negais? Aquella Corte, aquella fortuna que os ocupa, que os posee, á la que entregais todos vuestros cuidados, todos vuestros pasos, todos vuestros movimientos, toda vuestra alma, todas las potencias, y aun vuestra misma vida, esa es vuestro Idolo. ¿La negais acaso alguno de aquellos criminales respetos que os pide, ó que pueden servir para alcanzar su favor? Aquella vergonzosa intemperancia que envilece vuestro nombre y nacimiento, que desdice aun de vuestras costumbres, que ha anegado y entorpecido vuestros talentos con los excesos del vino y de la embriaguéz, que haciendoois insensible para todo, solo os dexa gusto para los brutales deleytes de la mesa, esa es vuestro Idolo; solo contaís por vida el tiempo que empleáis en ella, y tributais con el corazon mas respetos á esta Divinidad infame y despreciable, que con vuestras canciones profanas é insolentes. En otro tiempo las pasiones se formaron Dioses; y Jesu-Christo no ha destruí-

truido estos Idolos, sino destruyendo las pasiones que los habian formado: vosotros volveis á levantarlos haciendo revivir las pasiones que habian hecho idolatra al mundo entero, ¿y de qué sirve conocer á un solo Dios, si tributais vuestros respetos á otras Divinidades? El culto está en el corazon; y si el Dios verdadero no es el Dios de vuestro corazon, poneis en su lugar, como los paganos, á las criaturas viles, y no le dais la gloria que se le debe.

No se contenta Jesu-Christo con manifestar á los hombres el nombre de su Padre, ni con establecer sobre las ruinas de los Idolos el conocimiento del verdadero Dios; sino que le forma adoradores que estimarán en muy poco las exteriores sumisiones; si no las santifica y anima el amor; y que tendrán á la misericordia, á la justicia, y á la santidad por las mas dignas ofrendas de Dios, y por el mas magnífico aparato de su culto; que es el segundo beneficio del Nacimiento de Jesu-Christo, y el segundo genero de gloria que dá á su Padre.

Es verdad, que como dice el Profeta, Dios era conocido en Judea; Jerusalén no veía en sus Plazas Idolos que usurpasen los respetos al Dios de Israel: *No habia simulacro en Jacob, ni agüero en Israel.* (a) Está sola porcion de la tierra se habia preservado del universal contagio; pero todo el merito de su culto consistia en la magnificencia de su templo, en el aparato de sus sacrificios, en la pompa de sus solemnidades, y en la exáctitud de sus observancias legales: Toda su religion se limitaba á estas obligaciones exteriores; sus costumbres no eran menos delinqüentes; permanecian allí la injusticia, el fraude, la mentira, el adulterio,

(a) Num. 23.

y todos los vicios; y aun los autorizaban con estas vanas exterioridades de culto: honraban á Dios con los labios, pero el corazon de aquel ingrato pueblo siempre estaba muy distante de él.

Vino Jesu-Christo á desengañar á la Judéa de un error tan grosero, tan antiguo, y tan injurioso á su Padre; vino á enseñarla que el hombre puede contentarse con solas las exterioridades, pero que Dios solo mira al corazon; que qualquiera respeto exterior con que se le niega éste, mas es un insulto, y una hipocresía, que un culto verdadero; que es inutil purificar el exterior, si el interior está lleno de infeccion y podredumbre; y que á Dios solo se le adora amándole.

Pero ¡ah, Católicos! ¿no subsiste aun entre nosotros este error de la Synagoga, tantas veces reprehendido de Jesu-Christo? ¿A qué se reduce todo nuestro culto? á algunas observancias exteriores; á cumplir con ciertas obligaciones públicas, establecidas por la ley; y esta es la religion de los mas prudentes: asisten á los Misterios Santos, hacen escrupulo de faltar á las leyes de la Iglesia, rezan algunas oraciones, consagradas ya por la costumbre, celebran las solemnidades, y aumentan la multitud que concurre á nuestros templos; y en esto consiste toda su religion. ¿Pero están por ventura desprendidos del mundo y de sus deleytes? ¿Están menos ocupados con los cuidados del bien parecer, y de la fortuna? ¿Mas dispuestos á romper un lazo pecaminoso, ó á huir de las ocasiones en que todos los dias naufraga su inocencia? ¿Acompaña á estos exteriores ejercicios de devocion un corazon puro, una fé viva, y una caridad sin fingimiento? No por cierto: todas sus pasiones subsisten siempre con estas obras religiosas, que hacen mas por uso que por religion. Y advertid, Católicos, que ninguno de estos se atreveria á faltar del todo á estas obligaciones, á vivir como impío

sin profesion alguna de culto, sin cumplir, á lo menos, con algunas obligaciones públicas; tendríanse por anathemas, dignos de los rayos del cielo; y al mismo tiempo se atreven á pisar estas santas obligaciones con unas costumbres delinquentes! No les causa horror el inutilizar estas superficiales reliquias de religion con una vida que la religion condena y aborrece; y no temen la ira de Dios, continuando en las culpas que la invocan, y limitando todo el culto que se le debe, á unos vanos respetos que le insultan.

No obstante, ya he dicho que entre todos los mundanos estos son los mas prudentes, y los que parecen mas regulares á los ojos del mundo. No han sacudido aun el yugo, como otros muchos; no tienen la bárbara vanagloria de no creer en Dios; no blasfeman de lo que ignoran; no miran á la religion como juego é invencion humana; quieren vivir todavia unidos á ella con algunas exterioridades, pero no con el corazon; la deshonran con sus desórdenes; no son Christianos sino en el nombre; y así subsisten aun entre nosotros, mas que antiguamente en la Synagoga, las magníficas exterioridades de culto, con la mas profunda y universal depravacion de costumbres que jamás reprehendieron los Profetas á la obstinacion é hipocresía de los Judios. De este modo la religion de que nos gloriamos no es para la mayor parte de los fieles sino un culto superficial: de este modo, aquella nueva alianza que debia estar escrita en los corazones, aquella ley de espiritu y de vida que debia hacer á los hombres espirituales, aquel culto interior que debia formar para Dios adoradores en espiritu y verdad, no forma sino fantasmas, adoradores falsos, apariencias de culto; en una palabra, un pueblo como el de los Judios, que le honra con los labios, pero cuyo corazon corrompido, manchado con mil culpas, y ligado con mil pasiones, permanece muy separado de él.

Este

Este es el segundo beneficio del Nacimiento de Jesu-Christo, en el que nosotros no tenemos parte alguna: Vino á destruir un culto puramente exterior, que se limitaba á los sacrificios de los animales, y á las observancias legales, y que no daba á Dios la gloria que le es debida, pues no le tributaba los respetos de nuestro amor, capaz solo de glorificarle: Vino á substituir á estas vanas apariencias de religion, una ley que debe cumplirse entera en nuestro corazon, y un culto en que el primero y principal respeto debe ser el amor á su padre: Con todo eso, este culto santo, este nuevo precepto, este sagrado depósito que nos ha dexado, ha degenerado entre nosotros; hemos hecho un culto absolutamente Pharisayco, en que no tiene parte alguna el corazon, que no muda nuestras desarregladas inclinaciones, que no influye en nuestras costumbres, y con el que nos hacemos mas culpables, y abusamos del beneficio que debiera borrar y purificar todos nuestros delitos.

Finalmente, los hombres quisieron tambien quitar á Dios la gloria de su providencia, y de su eterna Sabiduría. Los Filósofos, movidos de la extravagancia de un culto que multiplicaba infinitos Dioses, y obligados por solas las luces de la razon á conocer un solo sér supremo, desfiguraban su naturaleza con mil opiniones ridículas: Unos se figuraban un Dios ocioso, metido dentro de sí mismo, gozando de su propia felicidad, que no se dignaba de baxarse á mirar lo que pasaba en la tierra; que en nada tenia á los hombres á quienes habia criado, interesando tan poco en sus virtudes como en sus vicios; y que dexaba á la casualidad el curso de los siglos y estaciones, la revolucion de los Imperios, la suerte de cada particular, la máquina entera del universo, y toda la disposicion de las cosas humanas: Otros le sujetaban á un fatal enlace de sucesos, haciendole un Dios sin libertad y sin poder;

Gg 2

y

y al mismo tiempo que le contemplaban como dueño de los hombres, le tenían por esclavo de la suerte; siendo entonces los delirios del entendimiento, la sola regla de religion y creencia de los que eran tenidos por mas ilustrados y sabios.

Jesu-Christo vino á dar á su Padre la gloria que le habian quitado los vanos discursos de la Filosofía: Vino á enseñar á los hombres que la fé es la fuente de las verdaderas luces, y que el sacrificio de la razon es el primer paso de la Filosofía Christiana: Vino á fijar las dudas, enseñandonos lo que debemos conocer del Sér Soberano, y lo que debemos ignorar.

No bastaba, pues, que los hombres para glorificar á Dios le sacrificasen su vida, como á Autor de su sér, y renunciasen con esta confesion á la impiedad de la Idolatría; que le sacrificasen su amor y su corazon como á su soberana felicidad, y confesasen de este modo la insuficiencia, é inutilidad del culto exterior y Pharisayco de la Synagoga: Era tambien preciso que le sacrificasen su razon como á su Sabiduría, y á su verdad eterna, y se desengañasen de este modo de las vanas averiguaciones y orgullosa ciencia de los Filosofos.

El Nacimiento, pues, de un Hombre Dios, la union inefable de nuestra naturaleza con una persona Divina, destruye toda la razon humana; y este Misterio incomprehensible, propuesto á los hombres como toda su ciencia, toda su verdad, toda su Filosofía; toda su religion, les hace desde luego conocer que la verdad que hasta entonces habian buscado inutilmente, debe buscarse, no con vanos esfuerzos, sino con el sacrificio de la razon, y de nuestras débiles luces.

¡Pero ay! ¿Dónde están los Fieles que sacrifican á la fé su razon entera, y que renunciando á sus propias luces, baxan los ojos con un silencio de adoracion y de respeto ante las magestuosas tinieblas de la religion? No hablo de aquellos impíos que aún viven

en-

entre nosotros, y que no se acuerdan de Dios; estos deben ser entregados al horror y á la indignacion de todo el universo, que conoce y adora una Divinidad; ó al horror de su propia conciencia, la que aún contra su voluntad la invoca, y llama en secreto, quando al mismo tiempo se están ellos exteriormente gloriando de no conocerla.

Hablo de la mayor parte de los Fieles, que casi forman de la Divinidad una idea tan falsa y humana, como antiguamente formaban los Filosofos Paganos; que no cuentan con ella respecto de los sucesos de la vida; que viven como si la casualidad ó el capricho de los hombres decidiese de todas las cosas de la tierra; y que solo conocen á la felicidad, y á la desgracia, como las dos unicas Divinidades que gobiernan el mundo, y que presiden á todo lo que pasa en la tierra: Hablo de aquellos hombres de poca fé, que lejos de adorar los futuros secretos, ocultos en los profundos é impenetrables consejos de la Providencia, ván á buscarlos en las ridículas y pueriles predicciones, que atribuyen al hombre una ciencia que Dios se reservó para sí solo: Esperan con una necia persuasion en las locuras de un falso Profeta, sucesos y revoluciones que deben decidir de la suerte de los pueblos é Imperios: fundan sobre esto vanas esperanzas para sí mismos, y renuevan, ó las extravagancias de los Agereros, y Aruspices Paganos, ó la impiedad de la Phytionisa de Saul, y los Oráculos de Delphos, y Dodona: Hablo de los que quisieran ver claramente los eternos caminos de Dios acerca de nuestros destinos, y que no pudiendo con solas las fuerzas de la razon resolver las insuperables dificultades de los Misterios de la gracia en orden á la salvacion de los hombres, en vez de exclamar con el Apostol: *Oh profundidad de la Sabiduría, y ciencia de Dios!* están tentados á creer, ó que Dios no se mezcla en nuestra salvacion, ó que es

es inútil el que nosotros cuidemos de ella: Hablo de aquellas personas sequaces del mundo, que aplauden y tienen por convincentes aun las mas débiles y fútiles razones que la incredulidad opone á la fé; que titubean con qualquiera duda frívola que les propone el impío; que parece se alegrarian de que la religion fuese falsa; y que les hace menos fuerza el respetable peso de las pruebas que confunden á un entendimiento soberbio, y confirman la verdad, que un discurso aéreo que la impugna, en el que, por lo regular, no se halla mas fondo que el atrevimiento de la impiedad y de la blasfemia: Finalmente, hablo de muchos Fieles que dexan para el pueblo la creencia de tantos prodigios como nos ha conservado la historia de la religion; que parece creen que todo lo que excede á las fuerzas de los hombres excede tambien al poder de Dios; y que niegan los milagros á una religion que está fundada sobre ellos, siendo ella el mayor de todos.

De este modo usurpamos nosotros á Dios la gloria que le dió el Nacimiento de N. S. Jesu-Christo: Este nos enseñó á sacrificar al incomprehensible Misterio de su manifestacion en nuestra carne nuestras propias luces, y á vivir solo con la fé; fijó las dudas del espíritu humano, y le sacó de los desordenes y abismos en que se habia precipitado el entendimiento en orden á la verdad y á la vida; y nosotros la abandonamos, y queremos caminar baxo los estandartes de la fé, como antiguamente baxo los estandartes, si es licito decirlo así, de una flaca razon: Nos ponen en arma los Misterios de la fé que oímos; todo lo reformamos; de todo dudamos; queremos que Dios piense como el hombre: Sin perder del todo la fé, la dexamos debilitar dentro de nosotros mismos; no usamos de ella; y esta flaqueza de la fé es la que ha corrompido las costumbres,

bres, multiplicado los vicios, avivado en todos los corazones el amor de las cosas presentes, apagado el de los bienes futuros, introducido la discordia, el aborrecimiento, la disension entre los fieles, y destruido aquellos primeros rasgos de inocencia, de santidad, y caridad que hizo tan respetable el Christianismo en los primeros tiempos, aun á los que reusaban sujetarse á él. Pero no solamente el Nacimiento de Jesu-Christo dá á Dios la gloria que quisieron usurparle los hombres, sino que tambien dá á los hombres la paz que continuamente se quitaban á sí mismos. (a) *Et in terra pax hominibus.*

## SEGUNDA PARTE.

**R**eynaba una paz universal en todo el universo, quando Jesu-Christo, Principe de la paz, (b) vino á la tierra: todas las Naciones sujetas al Imperio Romano sufrían tranquilamente el yugo de aquellos soberbios dueños del mundo: la misma Roma, despues de las guerras civiles que habian despoblado sus murallas, esparcido sus proscriptos por las islas y desiertos, é inundado la Asia, y la Europa con la sangre de sus ciudadanos, respiraba ya del horror de estas turbaciones; y reunida baxo la autoridad de un Cesar, hallaba en su esclavitud la paz de que no había podido gozar en su libertad.

Estaba, pues, en paz el universo; pero esta era una paz falsa: el hombre, entregado á sus injustas y violentas pasiones, padecia dentro de sí mismo la guerra y disension mas cruel: apartado de Dios, entregado á las inquietudes y furores de su propio corazón, combatido de la multitud y contrariedad eterna de sus des-

(a) *Luc. 2. v. 14.* (b) *Isai. 6. v. 9.*

ordenadas inclinaciones, no podia hallar la paz; porque no la buscaba mas que en el mismo origen de sus turbaciones é inquietudes. Los Filósofos se preciaban de poderla dár á sus discipulos; pero aunque esta calma universal de las pasiones que ofrecian, fiados en su ciencia, y que anunciaban con tanto emphasis, pudiese reprimir los excesos de la ira, dexaba todo el veneno y el tumulto en el corazon; era una paz de soberbia y ostentacion; era una falsa apariencia de paz, pero baxo de esta máscara el hombre permanecia siempre el mismo.

Hoy baxa Jesu-Christo á la tierra para traer á los hombres aquella verdadera paz, que hasta ahora no habia podido darles el mundo; viene á traer el remedio para el origen del mal; su divina Filosofía no se limita á dar preceptos pomposos, que aunque puedan lisongear al entendimiento, no curan las heridas del corazon, y como la soberbia, la sensualidad, los rencores, y las venganzas habian sido las fatales raíces de todas las agitaciones que habia padecido el corazon del hombre, viene á darle la paz, destruyendolas con su gracia, con su doctrina y exemplo.

Sí, Católicos, la soberbia fué la primera raíz de todas las turbaciones que despedazaban el corazon de los hombres. ¿Qué guerras, qué furoros no habia encendido en la tierra esta funesta pasión? ¿Con qué arroyos de sangre no habia inundado el universo? ¿Qué otra cosa es la historia de los pueblos, de los imperios, de los principes, y conquistadores; la historia de todos los siglos, y de todas las naciones, sino la historia de las calamidades con que desde el principio del mundo habia la soberbia affligido á los hombres? El mundo no era mas que un teatro lúgubre, en que esta pasión altiva é insensata ofrecia todos los dias las mas sangrientas escenas; pero esto que sucedia en lo exterior no era mas que una imagen de las turbaciones que

que el hombre sobervio padecia dentro de sí mismo. El deseo de ser ensalzado era tenido por virtud; la moderacion pasaba por cobardía; un hombre solo arruinaba su patria, trastornaba las leyes y las costumbres, hacia infelices á infinitos, por usurpar el primer puesto entre sus ciudadanos; y el feliz éxito de su delito le grangeaba los respetos; y su nombre, bañado en la sangre de sus hermanos, era respetado en los anales públicos donde se conservaba su memoria; y un malvado feliz era el mayor hombre de su siglo. Esta pasión entre el pueblo no era tan ruidosa, pero no por eso era menos furiosa y funesta. No gozaba mas tranquilidad el hombre baxo, que el público; cada uno queria adelantarse á sus iguales: el Orador, y el Filosofo se disputaban, y usurpaban la gloria, unico objeto de sus trabajos y vigiliass; y como los deseos de la soberbia son insaciabes, el hombre que entonces tenia por honor el entregarse todo á ella, como no hallaba en ella cosa en que poder fijarse, tampoco podia estar pacifico y tranquilo. La soberbia que era la unica raíz del honor, y de la gloria humana, era el fatal escollo del reposo, y de la felicidad de los hombres.

El nacimiento de Jesu-Christo, enmendando este error en el mundo, restableció en él la paz que la soberbia habia desterrado de la tierra: bien pudo manifestarse á los hombres con todas las señales de resplandor que le atribuyeron los Profetas: bien pudo tomar los pomposos títulos de Conquistador de Judá, de Legislador de los pueblos, de Salvador de Israel: Jerusalén hubiera conocido por estos gloriosos caracteres al que esperaba; pero Jerusalén no veria en estos títulos mas que una gloria humana, y Jesu-Christo vino á desengañarla, y enseñarla que esta gloria es nada; que semejante esperanza no era digna de los Oráculos de tantos Profetas como la habian anunciado; que el Espiritu Santo, que fue quien los inspiró, no pudo prometer

ter á los hombres mas que santidad y bienes eternos; que todos los demás bienes, en vez de hacerlos felices, multiplicaban sus desgracias y pecados; y que su visible ministerio solo correspondiera á las pomposas promesas con que tantos siglos antes le anunciaban, porque sería absolutamente espiritual, y solo se propondría la salvacion de todos los hombres.

Por eso nace en Bethlem en un estado pobre y despreciable, sin pompa alguna exterior, aquel Señor cuyo nacimiento celebraba al mismo tiempo la celestial milicia con cánticos; sin título alguno que le distinga entre los hombres, el que era sobre todo el poder, y sobre todos los Principados: permite que se escriba su nombre con el de los mas oscuros vasallos del Cesar, aquel cuyo nombre era sobre todo nombre, y el que solo tenia derecho de escribir el nombre de sus escogidos en el libro de la eternidad. Solos los pastores sencillos y rústicos vienen á tributar respetos á aquel, en cuya presencia debe doblar la rodilla quanto hay grande en el cielo, en la tierra, y en los infiernos: finalmente en este espectáculo de su nacimiento se junta todo lo que puede confundir la soberbia humana. Si los títulos, la elevacion, las prosperidades hubieran podido hacernos felices en la tierra, y dar la paz á nuestro corazon, Jesu Christo se hubiera manifestado revestido de estos bienes, y se los hubiera dado á sus discipulos; pero nos trajo la paz despreciandolos, y enseñandonos á que nos despreciásemos á nosotros mismos. Viene á hacernos felices, viniendo á reprimir los deseos que hasta entonces habian sido causa de nuestras inquietudes. Viene á manifestarnos los bienes mas verdaderos y durables, los que solo son capaces de calmar nuestros corazones, de llenar nuestros deseos, y de aliviar nuestras penas; unos bienes que no pueden quitarnos los hombres, y que con solo amarlos y desearlos, los poseemos.

Pe-

Pero con todo eso, ¿quién disfruta esta feliz paz? ¿Son por ventura menores despues de su Nacimiento las guerras, las turbaciones, y los furoros? ¿Están mas pacíficos los Imperios y Estados que le adoran? ¿Excita menos tumultos y confusiones entre los hombres la soberbia, á quien vino á aniquilar? Buscad entre los Christianos esta paz que debiera ser su herencia. ¿En dónde le hallareis? ¿Acaso en las ciudades? La soberbia todo lo pone en ellas en movimiento; cada uno quiere ser mas que sus antepasados; para uno á quien eleva la fortuna, hay mil desgraciados que siguen sus pisadas sin poder llegar á donde el otro. ¿En el recinto de las casas? En ellas no se oculta otra cosa mas que cuidados é inquietudes; y el padre de la familia, continuamente ocupado mas en el adelantamiento que en la educacion christiana de los suyos, les dexa por herencia sus agitaciones é inquietudes, las que ellos tambien dexarán á sus descendientes. ¿En los Palacios de los Reyes? En ellos una desmesurada ambicion corroe y consume todos los corazones: en ellos, baxo un exterior de alegría y tranquilidad, se mantienen las mas violentas y amargas pasiones; en ellos es donde parece que reside la felicidad, y donde la soberbia hace mas infelices y descontentos. ¿En el Santuario? ¡Ah! Sin duda que este debiera ser el asilo de la paz, pero aun hasta este santo lugar ha entrado la ambicion; buscan algunos en él mas la elevacion que el ser utiles á los fieles; las Dignidades santas de la Iglesia son, como las del siglo, premio de la solicitud y de los engaños: la religiosa circunspeccion del Principe no puede contener las pretensiones y ocultos manejos; observase la misma solicitud en pretenderlas, la misma tristeza quando no se acuerdan de nosotros, la misma envidia contra los que son preferidos; un ministerio que no debía aceptarse sino temblando, se pretende con audacia; nos sentamos en el Templo de Dios sin que su divina mano

Hh 2

nos



nos haya puesto en el asiento; nos ponemos á la frente del rebaño sin consentimiento de su dueño, y sin que nos haya dicho como á Pedro: *Apacienta mis ovejas.* (a) Y como nos encargamos de este cuidado sin vocacion y sin talento, le gobernamos sin edificacion y sin fruto, y aun muchas veces con escandalo. ¡Oh paz de Jesu-Christo, que excedes á toda capacidad, y que sola eres el remedio de las disensiones que continuamente excita la soberbia en nuestros corazones! ¿quién podrá introducirte en el del hombre?

Pero en segundo lugar. Si las inquietudes de la soberbia habian desterrado la paz de la tierra, no habian excitado menos turbaciones en ella los impuros deseos de la carne. El hombre, no acordandose de la excelencia de su naturaleza, y de la santidad de su origen, se entregaba sin escrupulo, como las bestias, al ímpetu de este brutal instinto; siendo esta en su corazon la mas violenta y universal de sus inclinaciones, la tenia tambien por la mas inocente y legitima, y aun para autorizarla mas, formó de ella culto, y se hizo Dioses impuros, en cuyos templos este infame vicio era el solo respeto que honraba sus Altares. Un Filosofo, aunque por otra parte el mas sabio de entre los Paganos, temiendo que el matrimonio sirviese de freno á esta deplorabile pasion, quiso destruir este sagrado lazo, permitiendo una brutal confusion entre los hombres, como entre los animales, y que el linage humano solo se multiplicase á costa de maldades: quanto mas universal era este vicio, tanto mas perdia de este nombre, y con todo eso; qué diluvio de males no derramó sobre la tierra? ¿Con qué furoros no armó los pueblos contra los pueblos, los Reyes contra los Reyes, la sangre contra la sangre, los hermanos contra los hermanos? En todas partes introdujo la confusion y la rabia, é hizo

(a) Joan. 21. v. 18.

temblar al universo: las ruinas de las ciudades, las reliquias de los Imperios mas florecientes, los cetros y las coronas trastornadas, eran los públicos y lúgubres monumentos que levantaba cada siglo, para conservar, al parecer, á las futuras edades la memoria y la tradicion funesta de las calamidades con que este vicio habia continuamente afligido al genero humano: él mismo era un fondo inagotable de confusiones y pesares para el hombre que se entregaba á él sin medida: prometia la paz y los placeres, pero siempre le seguian los zelos, las sospechas, los furoros, los excesos, los disgustos, las inconstancias, y los tristes pesares: llegó á tanto exceso, que se vió autorizado con las leyes, con la religion, y con el universal exemplo, de modo, que aun en aquellos siglos de obscuridad y corrupcion, solo el amor al sosiego pudo apartar de él á un corto número de Sabios.

Pero este motivo era muy debil para detener el impetuoso curso, y apagar el fuego en los corazones de los hombres: habia necesidad de mas poderoso remedio, y este fue el Nacimiento del Salvador, que vino á sacar á los hombres de aquel abismo de corrupcion, para que quedasen puros y sin mancha; á desatarlos de aquellos vergonzosos lazos, y á darlos la paz, restituyendoles la libertad y la inocencia que les habia quitado la servidumbre y tiranía de este vicio. Nació de una Madre Virgen, y la mas pura de todas las criaturas; con esto solo ya dió honor á una virtud desconocida en el mundo, y á la que aun su mismo pueblo miraba como oprobrio. Además, uniendose á nosotros se hizo nuestra cabeza, nos incorporó consigo mismo, nos hizo miembros de su místico cuerpo, de aquel Cuerpo que recibe el influxo y la vida de sí mismo; de aquel Cuerpo en el que son Santos todos los miembros; que debe estar sentado á la diestra de Dios vivo, y glorificarle por todos los siglos.

Ved, Católicos, á qué grado de honor ensalzó Jesu-Christo nuestra carne en este Misterio. Hizola Templo de Dios, Santuario del Espíritu Santo, parte de un cuerpo en que reside la plenitud de la Divinidad, el objeto de la complacencia y amor de su Padre. ¿Pero nosotros no profanamos aun este Santo Templo? ¿No hacemos aun servir á la ignominia los miembros de Jesu-Christo? ¿Respetamos acaso nuestra carne, despues que es una porcion santa de su Cuerpo místico? ¿No exercé aun esta pasion vergonzosa la misma tiranía sobre los Christianos; esto es, sobre los hijos de la santidad y de la libertad? ¿No turba aun la paz del universo, la tranquilidad de los Imperios, el sosiego de las familias, el orden de la sociedad, la buena fé de los matrimonios, la inocencia de los comercios, y la suerte de cada particular? ¿No ofrece aun todos los dias al mundo espectáculos trágicos? ¿Respetamos los mas sagrados vínculos, ni los mas respetables caracteres? ¿Hace caso de ninguna obligacion? ¿Cuenta ni aun con los respetos? ¿No hace aun de la misma sociedad una confusion terrible, en la que la costumbre ha borrado todas las reglas? Vosotros los que me escucháis, decidme, ¿de dónde os han venido todas las desgracias y pesares de vuestra vida? ¿No es de esta la deplorable pasion? ¿No es ella la que ha arruinado vuestra fortuna, la que ha introducido las inquietudes y divisiones aun en el recinto de vuestra casa, la que ha consumido el patrimonio de vuestros padres, la que ha deshonrado vuestro nombre, arruinado vuestra salud, y os ha hecho pasar una vida triste é ignominiosa en la tierra? ¿No es á lo menos la que actualmente despedaza vuestro corazon, cuya posesion tiene? ¿Qué es lo que pasa dentro de vosotros, sino una tumultuaria revolucion de temores, de deseos, de zelos, de desconfianzas, de disgustos, de atrocidades, de despechos, de pesares, y de furiores? ¿Habeis tenido un instante de paz

paz despues que esta pasion manchó vuestra alma, y se introduxo á turbar todo el reposo de vuestra vida? Haced que renazca Jesu-Christo en vuestro corazon, porque él solo puede ser vuestra verdadera paz; arrojad los espíritus impuros, y estará pacífica la casa de vuestra alma. Hacedos hijo de gracia, pues la inocencia es sola la raíz de la tranquilidad.

Finalmente, el nacimiento de Jesu-Christo reconcilia á los hombres con su Padre, une á los Gentiles con los Judios, destruye todas las odiosas distinciones de Griego y de Bárbaro, de Romano y de Scita; apagó todas las enemistades y todos los rencores; de todos los pueblos hizo un solo pueblo; de todos los Discipulos un corazon y una alma, último genero de paz que vino á traer á los hombres. No estaban estos unidos antes, ni por el culto, ni por una comun esperanza, ni por la nueva alianza, que en un enemigo nos manifiesta un hermano; casi se miraban como criaturas de diferente especie: la diversidad de religiones, de costumbres, de países, de idiomas, de intereses, parece que habia diversificado entre ellos la misma naturaleza; apenas se conocian mutuamente por la figura de hombres, que era la sola señal de union que aun les quedaba: exterminabanse como bestias feroces; ponian su gloria en despoblar la tierra de sus semejantes, y en llevar en triunfo sus cabezas ensangrentadas, como ilustres monumentos de sus victorias; parece que se podia decir que todos descendian de diversas criaturas irreconciliables: ocupados siempre en destruirse, parece que no habian venido á la tierra mas que á ventilar su querella, y á terminar sus diferencias con la extincion universal de uno de los dos partidos. Todo dividia á los hombres, solamente los unian las pasiones é intereses, los que eran la unica raíz de su division y discordia.

Pero Jesu-Christo fue nuestra paz, nuestra reconcilia-

liacion, la piedra angular que une y ata todo el edificio, la cabeza vivificadora que une todos sus miembros, y hace de ellos un solo cuerpo: todo lo que nos une con él, nos une entre nosotros: uno mismo es el espíritu que nos anima, la esperanza que nos sostiene, el pecho que nos cria, la cuna que nos junta, y el pastor que nos guarda. Somos hijos de un mismo padre, herederos de unas mismas promesas, ciudadanos de la misma eterna ciudad, y miembros de un mismo cuerpo.

Ahora bien, Católicos, ¿tantos sagrados lazos han bastado para unirnos entre nosotros mismos? El Cristianismo que no debía ser mas que la union de los corazones, el lazo de los fieles entre sí, y de Jesu Christo con los fieles, que debía figurar en la tierra la paz del cielo; este Cristianismo no es mas que un teatro fatal de disensiones y guerras: la guerra y el furor parece han establecido entre los Christianos una eterna mansion: la Religion que debía unirlos es la que los divide: el infiel, el enemigo de Jesu-Christo, los hijos del falso Profeta, que no vino á traer mas que la guerra y la carnicería entre los hombres, están en paz, y los hijos de la paz, los discipulos de aquel Señor que vino hoy á traerla á los hombres, tienen continuamente en la mano el hierro y el fuego para valerse de ellos unos contra otros: atrevome á decirlo en la presencia de un Principe, que mil veces ha preferido la paz á las victorias: los Reyes se levantan contra los Reyes, los pueblos contra los pueblos, los mares que los separan, los reunen para que se destruyan: un vil monton de piedras excita su furor y su venganza, y las Naciones enteras van á perecer y sepultarse debaxo de sus murallas, para disputar á quien han de pertenecer sus ruinas. No basta la tierra á contenerlos, ni para mantener á cada uno dentro de los límites que la misma naturaleza parece habia puesto á los Estados é Imperios. Cada uno quisiera usurpar algo á su vecino, y un miserable campo

po de batalla, que apenas puede servir de sepultura á los que le han disputado, es el premio de los arroyos de sangre con que queda teñido para siempre. ¡Oh Divino Reconciliador de los hombres, volved otra vez á la tierra, pues la paz que naciendo nos tragisteis, padece aun tantas guerras y calamidades en el universo!

Aun mas. El recinto de las ciudades que nos une baxo de unas mismas leyes, no une los corazones ni los afectos; los rencores y los zelos dividen á los ciudadanos, del mismo modo que á las naciones; las venganzas se perpetúan en las familias, y los padres se las dexan á los hijos como una herencia de maldicion. Por mas que la autoridad del Principe desarme el brazo, no desarma los corazones: Por mas que quite la espada de las manos, se hiere al enemigo mucho mas cruelmente con la espada de la lengua: El rencor, obligado á encerrarse en lo interior, se hace mas profundo y mas amargo, y el perdonar es una flaqueza que afrenta. ¡Oh Católicos, vino Jesu-Christo en valde á la tierra! Vino á traernos la paz, y dexarnosla como herencia suya; ninguna cosa nos encargó tanto como el que nos amásemos, y parece que la union y la paz han sido desterradas de entre nosotros. Los rencores dividen aun la Corte, la ciudad, las familias; y aquellos á quienes los puestos, los intereses del estado, la cortesía, ó á lo menos la sangre debiera unir, se despedazan, se consumen, quisieran destruirse, y levantarse los unos sobre las ruinas de los otros: La religion que en nuestros enemigos nos representa nuestros hermanos, no es oída: la amenaza que nos hace esperar el que Dios use con nosotros la misma severidad que nosotros usamos con nuestros hermanos, no nos mueve; y todos estos motivos, tan capaces de ablandar el corazon, dexan aun en él toda la amargura del rencor. Vivimos tranquilamente en este horroroso estado. La equidad de nuestras quejas contra nuestros enemigos calma en nosotros la injusticia de nues-

tro rencor, y del aborrecimiento que los tenemos; y si acaso estando para morir nos reconciliamos con ellos, no es porque los amemos, sino porque el corazon en aquel estado no tiene ya fuerzas para aborrecerlos: Es porque ya están casi apagados todos nuestros sentidos, ó á lo menos porque no sentimos ya mas que nuestro próximo desfallecimiento y extincion. Unamonos, pues, con Jesu-Christo que nace; contemplemos el espiritu de este Misterio; demos con él á Dios la gloria que le es debida. Este es el solo medio de darnos á nosotros la paz, que hasta ahora nos han quitado nuestras pasiones. *Amen.*



SERMON  
PARA EL DIA  
DE LA CIRCUNCISION  
DE NUESTRO SEÑOR.  
SOBRE LA DIVINIDAD  
de Jesu-Christo.

*Vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab Angelo.*

Llamóse Jesus, que fue el nombre que le dió el Angel. *Luc. 2. v. 21.*

UN Dios que se humilla hasta hacerse hombre, aturde y confunde la razon, y esta se precipitaria en un abismo de errores, si la luz de la fé no acudiera prontamente á socorrerla, descubriendola la profundidad de la Sabiduría Divina, oculta en la aparente locura del Misterio de Dios Hombre. Por eso este punto fundamental de nuestra Santa Religion, quiero decir, la Divinidad de Jesu-Christo, ha sido siempre el objeto mas expuesto á las insensatas contradicciones del es-

tro rencor, y del aborrecimiento que los tenemos; y si acaso estando para morir nos reconciliamos con ellos, no es porque los amemos, sino porque el corazon en aquel estado no tiene ya fuerzas para aborrecerlos: Es porque ya están casi apagados todos nuestros sentidos, ó á lo menos porque no sentimos ya mas que nuestro próximo desfallecimiento y extincion. Unamonos, pues, con Jesu-Christo que nace; contemplemos el espiritu de este Misterio; demos con él á Dios la gloria que le es debida. Este es el solo medio de darnos á nosotros la paz, que hasta ahora nos han quitado nuestras pasiones. *Amen.*



SERMON  
PARA EL DIA  
DE LA CIRCUNCISION  
DE NUESTRO SEÑOR.  
SOBRE LA DIVINIDAD  
de Jesu-Christo.

*Vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab Angelo.*

Llamóse Jesus, que fue el nombre que le dió el Angel. *Luc. 2. v. 21.*

UN Dios que se humilla hasta hacerse hombre, aturde y confunde la razon, y esta se precipitaria en un abismo de errores, si la luz de la fé no acudiera prontamente á socorrerla, descubriendola la profundidad de la Sabiduría Divina, oculta en la aparente locura del Misterio de Dios Hombre. Por eso este punto fundamental de nuestra Santa Religion, quiero decir, la Divinidad de Jesu-Christo, ha sido siempre el objeto mas expuesto á las insensatas contradicciones del es-

piritu humano. Los hombres sobervios, que no debían ocuparse sino en acciones de gracias por el inefable dón que les hizo el Padre de misericordias, dándoles su unico Hijo, no han cesado de ultrajarle, vomitando contra este adorable Hijo las mas impías blasfemias. Están ciegos, pues no han visto que el nombre solo de Jesus, que se le impuso en este dia, nombre que primero recibió en el cielo, y que trae un Angel á la tierra á Maria, y á Joseph, es la incontrastable prueba de su Divinidad. Este sagrado nombre le establece Salvador del humano linage: Salvador, porque con la efusion de su sangre, que es nuestro rescate, nos libra del pecado, y de sus inseparables conseqüencias, que son la tiranía del demonio, y del infierno: Salvador, porque atrayendo sobre su cabeza el castigo debido á nuestras prevaricaciones, nos reconcilia con Dios, y nos abre de nuevo la puerta del eterno Santuario, que estaba cerrada por el pecado. Pero, Católicos, si el Hijo de Maria fuera puro hombre, ¿de qué precio pudiera ser á los ojos de Dios la oblation de su sangre? Si Jesu Christo no fuera Dios, ¿cómo habia de ser aceptada su mediacion, quando él mismo tendria necesidad de mediador para reconciliarse con Dios?

Esta prueba, que no hago mas que apuntar aqui, y otras muchas que me ofrece la Religion, cerrarian prontamente la boca del impio, y confundirian su impiedad, si yo pensara en dilatar me en ellas; pero no permita Dios que yo venga al Templo Santo, en donde están levantados Altares á nuestro Divino Salvador, y en donde se juntan sus adoradores, á disputar, como si hablara entre sus enemigos, y hacer la Apologia del Misterio de Dios hombre á vista de un pueblo fiel, y de un Principe, cuyo mas glorioso titulo es el de Christianísimo. El consagrar hoy este discurso á la Divinidad y gloria eterna del Hijo de Dios, no es por confundir á los impíos, sino solamente por consolar nuestra fé, re-

firiendo las maravillas de su autor y consumador, y por animar vuestra piedad, exponiendo la gloria, y la Divinidad del Mediador, que es el objeto y la mas suave esperanza; es tambien muy conveniente renovar de tiempo en tiempo estas verdades en el espiritu de los Grandes, y de los Principes del pueblo, para fortalecerlos contra los discursos de la incredulidad, de los que suelen estar muy rodeados, y levantar algunas veces el velo que cubre el Santuario, para exponer á su vista estas ocultas bellezas, que la Religion no propone mas que á su veneracion y respetos.

La Divinidad, pues, del Mediador no se puede probar sino por su ministerio; los titulos no se pueden manifestar sino en sus funciones; y para saber si baxó del cielo, y si es igual al Todo Poderoso, basta referir lo que vino á hacer en la tierra. Vino, Católicos, á formar un pueblo santo y fiel; un pueblo fiel que cautive su razon baxo el sagrado yugo de la fé; un pueblo santo, cuya conversacion sea en el cielo, y que ya no dependa de la carne, para vivir segun ella; este es el fin de su mision temporal.

El resplandor de su ministerio es el mas sólido fundamento de nuestra fé; y el espiritu de su ministerio la regla unica de nuestras costumbres. Si no fuera mas que un hombre enviado de Dios, sería el resplandor de su ministerio para nosotros una ocasion inevitable de nuestra supersticion y de nuestra idolatría; el espiritu de su ministerio sería el lazo funesto de nuestra inocencia; y así, ya sea que consideremos el resplandor ó el espiritu de su ministerio, queda del mismo modo invenciblemente establecida la gloria de su Divinidad.

Oh Jesus, unico Señor de todos! Recibid este público homenaje de nuestra confesion y de nuestra fé; mientras que la impiedad blasfema en secreto, y en las tinieblas contra vuestra gloria, dejadnos el consuelo de publicarla con la voz de todos los siglos, delante de

los Altares, y formad en nuestro corazon, no solamente aquella fé que os confiesa, y que os adora, sino tambien la que os sigue, y os imita.

## PRIMERA PARTE.

**S**E manifiesta Dios á los hombres para enseñarles lo que es, y lo que los hombres le deben; y la Religion propriamente no es mas que una luz divina con que Dios se descubre al hombre, y que arregla las obligaciones del hombre para con Dios. Ya sea que el Altísimo se manifieste á sí mismo en la tierra, ó ya que llene de su espíritu á unos hombres extraordinarios, el fin de todos estos pasos no puede ser otro que el conocimiento y santificacion de su Nombre en el universo, y el establecimiento de un culto en que se dé á Dios solo, lo que solo á él se le debe.

Si nuestro Señor Jesu-Christo, pues, venido al mundo en la plenitud de los tiempos, no fuera mas que un hombre Justo é inocente, escogido solo para ser enviado de Dios á la tierra, hubiera sido el fin principal de su ministerio hacer al mundo idolatra, y quitar á la Divinidad la gloria que la es debida, para atribuir-sela á sí mismo.

Y á la verdad, Católicos, ya sea que consideremos el resplandor de su ministerio en el aparato pomposo de oráculos y figuras que le precedieron; ya en las circunstancias maravillosas que le acompañaron; ya finalmente en las obras que él mismo hizo, su resplandor es tal, que si Jesu Christo no fuera mas que un hombre como nosotros, Dios que le envió á la tierra, revestido de tanta gloria y poder, nos hubiera engañado, y sería culpable de la idolatría de los que le adoran.

El primer carácter resplandeciente del ministerio de Jesu Christo es el haber sido anunciado, y prometido á los hombres desde el principio del mundo.

Ape-

Apenas cayó Adán, quando desde lejos se le manifiesta el Reparador necesario en la tierra para remediar su caída: En los siglos siguientes parece que Dios solo se ocupa en disponer á los hombres para su venida; si se manifiesta á los Patriarcas, es para confirmarlos en la fé de esta esperanza; si inspira á los Profetas, es para anunciarla; si escoge un pueblo, es para hacerle depositario de esta gran promesa; si manda á los hombres sacrificios y ceremonias religiosas, es para dibujar, como de lejos, la historia del que ha de venir; todos los sucesos que acaecen en la tierra, parece que conducen á este gran suceso: Los Imperios y los Reynos no caen, ni se levantan sino para disponerle los caminos; los cielos no se abren sino para prometerle; y toda la naturaleza, como dice San Pablo, parece que está impaciente por parir al Justo que tiene en su seno, y que ha de venir á libertarla de la maldicion en que habia caído: *Omnis creatura ingemiscit, & parturit.* (a)

Hacer, pues, Católicos, que la tierra espere á un hombre, y anunciarle desde lo alto del cielo, y desde el principio de los siglos, es disponer á los hombres para que le reciban con un respeto de religion y de culto; y si Jesu Christo no tuviera otro resplandor particular que le distinguiese de los demás hombres, pudiera temerse la supersticion de los pueblos, si hubiera sido una pura criatura; pero nada es respecto de Jesu-Christo el haber sido anunciado; todas las demás circunstancias en que se halló son aun mas maravillosas, y mas admirables que las mismas predicciones. A la verdad, Católicos, que si Cyro, y San Juan Bautista fueron anunciados mucho tiempo antes de nacer en las profecías de Isaías, y de Malachías, estas fueron unas pu-

(a) Rom. 8. v. 22.

puras predicciones sin conseqüencias, sin aparato, y que se hallan en un solo Profeta; unas predicciones que solo anuncian sucesos particulares, y en que no podía padecer engaño la religion de los pueblos: Cyro, para ser el restaurador de los muros de Jerusalén; el Bautista para preparar los caminos al que habia de venir; uno y otro para confirmar con el cumplimiento de estas particulares profecías la verdad y divinidad de todas las que anuncian á Jesu-Christo.

Pero aqui tenemos, Católicos, un enviado del cielo, pronosticado por todo un pueblo, anunciado por espacio de quatro mil años por una larga sucesion de Profetas, deseado de todas las naciones, figurado en todas las ceremonias, esperado de todos los Justos, y señalado de lejos en todas las edades: Los Patriarcas mueren deseando verle; los Justos viven con esta esperanza; los Padres enseñan á sus hijos á desearle, y este deseo es como una religion doméstica que se perpetúa de siglo en siglo: Aun los mismos Profetas de los Gentiles vén brillar desde lejos la Estrella de Jacob, y hasta en los Oráculos de los Idolos se anuncia este gran suceso: Este no es un suceso particular, sino un suceso que ha de servir de remedio al mundo condenado; es el Legislador de los pueblos, la luz de las naciones, la salud de Israel; viene á desterrar del mundo la iniquidad, á traer una justicia eterna, á llenar el universo del espíritu de Dios, y dar á todos los hombres una paz inmortal. ¡Qué aparato tan extraordinario! ¡Qué lazo sería para la religion de todos los siglos, si unos preparativos tan magníficos no anunciaran mas que una pura criatura, y particularmente en tiempos en que la credulidad de los pueblos ponía con tanta facilidad en el número de los Dioses á los hombres extraordinarios!

Por otra parte, Católicos, quando el Bautista se

ma-

manifiesta en las riberas del Jordan, temiendo al parecer, que el solo Oráculo que le habia anunciado no fuese ocasion de idolatría á un pueblo, á quien la fama de su santidad hacía que le siguiese, no hace milagro alguno: No cesa de decir: yo, no soy el que esperais; parece que solo atiende á precaver los honores supersticiosos: Al contrario Jesu-Christo á quien quatro mil años antes las figuras, las profecías, las promesas habian anunciado á la tierra con tanta magnificencia; Jesu-Christo, lejos de precaver la supersticion de los pueblos respecto de sí, viene con gran virtud y poder; hace obras y maravillas que hasta entonces nadie habia hecho; y no solo se levanta sobre el Bautista, sino que dice ser igual al mismo Dios; ¿dónde estaria su zelo de la gloria de aquel que le envia, y su amor á los hombres, si en esto pudiera haber engaño, y si fuera idolatría el tributarle honores divinos?

Además, Católicos, quantos hombres extraordinarios hubo en los siglos antecedentes, todos los Justos de la Ley, y de la edad de los Patriarcas, no fueron mas que unas imperfectas imagenes de Christo, y aun cada uno de ellos no representaba mas que algun pasage singular de su vida y ministerio; Melchisedech su sacerdocio; Abraham su qualidad de cabeza, y Padre de los creyentes; Isaac su sacrificio; Job sus persecuciones; Moysés su oficio de mediador; Josué su entrada triunfante en la tierra de los vivientes con un pueblo escogido: Todos estos hombres tan venerables y milagrosos no eran mas que unos rasgos del Mesías que habia de venir; era, pues, preciso que fuese muy grande este Mesías, quando tan ilustres y famosos fueron los que le figuraron; pero si quitais á Jesu-Christo la Divinidad, y su eterno origen, en nada excede la verdad á la figura. Bien sé, como diré despues, que el resplandor de sus maravillas, mirado de cerca, está señalado con unos caracteres Divinos, que no se ha-

Tomo I.

Kk

llan



Han en la vida de estos grandes hombres; pero si se juzgara solo con los ojos corporales, no sería el paralelo favorable á Jesu Christo. ¿Es acaso mayor que Abraham? Aquel hombre tan grande, que el mismo Dios entre sus nombres mas magníficos tomó el de Dios de Abraham, como para dar á entender á la tierra, que los respetos de un hombre tan justo, y tan extraordinario, eran mas gloriosos á su soberanía, que el título de Dios de los Imperios y de las naciones; tan grande, que los Judios creían ser mejores que los demás Pueblos del mundo, solo por ser descendientes de un padre tan famoso y querido del cielo; que los padres, refiriendo á sus hijos las maravillas de su nación, y la historia de sus mayores, los animaban á la virtud, solo con decirles que eran hijos de Abraham, y parte de una estirpe santa. ¿Es acaso mas maravilloso que Moisés? Aquel hombre poderoso en obras y en palabras, medianero de una alianza santa, que libertó á su pueblo, y sacudió el yugo de Egypto; aquel que fue declarado Dios de Pharaon; que parecia dueño de la naturaleza; que cubrió la tierra de plagas; que separó los mares, é hizo llover del cielo un nuevo sustento; aquel hombre que vió al Señor cara á cara en el monte santo, y que se dexó ver en presencia del pueblo de Israel lleno de resplandores. ¿Hay acaso en toda la vida de Jesu-Christo cosa tan extraordinaria ni tan grande? Con todo eso, todas estas maravillas no eran mas que unos toscos rasgos de su gloria y de su poder. El era quien debia perfeccionarlas, y darlas la ultima mano: si Jesu-Christo, pues, no fuera imagen de la substancia de su Padre, y el resplandor eterno de su Gloria, quando mas, debería igualarse á estos primetos hombres, y podría la incredulidad de los Judios preguntarle, sin blasfemar, ¿sois acaso mas que nuestro Padre Abraham, y que los Profetas, los que con ser tan grandes murieron? *Numquid tu major es Patre nostro Abraham?*

*ham?* (a) Con razon, pues, digo, que si considerais su ministerio, primeramente por el magnífico aparato de Oráculos y figuras que le anunciaron, es tal su resplandor, que si Jesu-Christo no fuera mas que un hombre como nosotros, la misma Sabiduria de Dios sería culpable del error de los que le adoran.

Pero, Católicos, Christo fue anunciado con sus miembros; nosotros estamos incluidos en las Profecías que le anunciaron en la tierra; nosotros hemos sido prometidos como una descendencia santa, un pueblo espiritual, que habia de tener gravada la ley en el corazón, y que solamente habia de suspirar por los bienes eternos, y adorar en espíritu y verdad; nosotros hemos sido, como Jesu-Christo, la esperanza de los justos del tiempo antiguo, el deseo de las Naciones; nosotros somos esta nueva Jerusalén pura y sin mancha, tantas veces anunciada por los Profetas, en la que solo Dios habia de ser conocido y adorado, en la que la fé habia de ser la sola luz que nos alumbraba, la Caridad el solo lazo que nos une, la Esperanza de la Patria el solo deseo que nos anima. ¿Llenamos, pues, esta Esperanza tan ilustre y santa? ¿Somos acaso dignos de haber sido el objeto deseado de todos los pasados siglos que nos precedieron? ¿Merecemos haber sido esperados como hombres celestiales, que debian llenar la tierra de santidad, y justicia? ¿No se engañaron los siglos esperando al pueblo Christiano? ¿Si los Justos de los pasados tiempos volvieran á la tierra, podríamos manifestarnos á ellos, y decirlos: Ved aquí los hombres celestiales, espirituales, castos, fieles, caritativos que esperabais? ¡Ah, Católicos! los antiguos Justos fueron Christianos antes del nacimiento de la fé, y nosotros somos Judios, aun después de haber recibido el Evangelio: vivimos solamente para la tierra;

(a) Joan. 8. v. 53.

ra; no conocemos mas bienes verdaderos que los presentes; toda nuestra religion está en los sentidos; hemos recibido mas auxilios, pero no por eso somos mas fieles.

Al resplandor de las profecías que anunciaron á Jesu-Christo se debe añadir el de sus obras y prodigios, que es el segundo carácter resplandeciente de su ministerio. Si, Católicos, aun quando el cielo no le hubiera prometido á la tierra con tanta magnificencia, aun quando no hubiera sido, como fue en las primeras edades, la sola ocupacion y esperanza del universo; ¿cómo se manifiesta en la tierra? ¿Vióse acaso jamás hombre mas maravilloso, mas divino en sus obras, y en todas las circunstancias de su vida?

Digo, primeramente, en sus obras y prodigios. Bien sé, como acabo de decir, que en los siglos anteriores hubo en la tierra hombres extraordinarios, á los que parecia que el Señor habia hecho depositarios de su virtud y poder: Moysés, tanto en Egypto, como en el desierto, parecia dueño del cielo y de la tierra: en los siglos siguientes, Elías vino á presentarse á los hombres con el mismo poder; pero si se miran atentamente todos estos hombres milagrosos, aun en su mismo poder tenian impresos los caracteres de flaqueza y dependencia.

Moysés no obraba sus maravillas sino con la vara misteriosa; sin ella era un hombre flaco y sin poder, y parece que el Señor habia vinculado la virtud de los milagros en aquel arido leño, como para dar á entender á los Israelitas, que el mismo Moysés no era entre sus manos mas que un instrumento fragil de quien queria servirse para obrar maravillas: Jesu-Christo, aun sin hablar, obra los mayores prodigios, y el solo contacto de su ropa cura las mas desesperadas enfermedades. Moysés no comunica á sus discipulos el poder de hacer milagros, porque en él era un dón extraño, que ha-

habia recibido del cielo, y del que no podia disponer: Jesu-Christo dexa á los suyos un poder, aun mayor del que él mismo habia manifestado: Moysés obra siempre en el nombre del Señor; Jesu-Christo lo obra todo en su propio nombre, y sus obras son las obras de su Padre: no obstante, aquel Moysés que no habia sido anunciado como Jesu-Christo, que no perdonaba los pecados como él, que no decia ser igual á Dios, sino solamente su siervo fiel; aquel Moysés, temiendo que despues de su muerte le hiciesen sus prodigios ser tenido por Dios, toma sus medidas para que la credulidad de su pueblo no le tribute honores divinos en los siglos futuros; quiere que se ignore en la tierra su sepulcro; se retira al monte para morir, donde no le vean sus hermanos, temiendo que vengan á ofrecerle sacrificios al sepulcro; y oculta para siempre su cuerpo á la supersticion de las Tribus: ni aun á sus Discipulos se manifiesta despues de su muerte; contentase con dexarles la Ley de Dios, y hace los posibles esfuerzos para que le olviden; y Jesu-Christo, despues de todos los prodigios que obró en Judéa, despues de todas las predicciones que le habian anunciado, despues de haberse manifestado como Dios en la tierra, su sepulcro es conocido de todo el orbe, expuesto á la veneracion de todos los pueblos, y de todos los siglos; aun despues de su muerte se manifiesta á sus discipulos ¿era por ventura menos temible en este caso la supersticion? ¿O era acaso Jesu-Christo menos zeloso que Moysés de la gloria del Soberano Sér, y de la salud de los hombres?

Es verdad que Elías resucita muertos, pero tiene precision de echarse muchas veces sobre el cuerpo del niño que resucita, sopla, se encoge, se agita, de donde se infiere, que invoca otro poder, que llama del imperio de la muerte una alma que no está sujeta á su voz, y que no es él el dueño de la muerte y de la vida: Jesu-Christo resucita los muertos como si hi-

ciera qualquiera accion comun de la vida; habla como dueño á los que duermen el sueño eterno, é inmediatamente dá á conocer que es el Dios de los muertos, como de los vivos, y nunca mas tranquilo que quando obra las mayores maravillas.

Finalmente, los Poetas nos representaban á sus Sybylas y Sacerdotisas como furiosas quando pronosticaban lo futuro: parece que no podian sufrir la presencia del espíritu impostor que en ellas habitaba; aun nuestros Profetas quando anunciaban las cosas futuras, sin perder el uso de la razon, y sin salir de la gravedad y decencia de su ministerio, eran poseídos de un entusiasmo divino; muchas veces era preciso despertar en ellos el espíritu profético con el sonido de una Lyra: Bien se dexaba conocer que los animaba un impulso extraño, y que la ciencia de lo futuro, y los misterios ocultos que anunciaban á los hombres no los sacaban de su propio caudal; pero Jesu-Christo profetiza del mismo modo que habla; la ciencia de lo futuro ni le inmuta, no le turba, ni le sobrecoge, porque contiene en su espíritu todos los tiempos: los Misterios futuros que anuncia no son en su alma luces repentinas é infusas que le turben, sino unos objetos familiares que siempre tiene presentes, y cuyas imagenes halla en su interior, y todos los siglos futuros se comprehenden baxo la inmensidad de su vista, como el presente dia que nos alumbrá: por eso ni la resurreccion de los muertos, ni la prediccion de lo futuro, no turban su ordinaria tranquilidad; parece que está jugando quando obra maravillas en el mundo, y si alguna vez dá á entender que se turba y enfurece, es solo á vista del pecado, y de la obstinacion de su pueblo: porque quanto mayor es su santidad, tanto mas aborrece el pecado; y la sola cosa que el Hombre Dios puede vér con furor, es el espectáculo de una conciencia manchada con delitos.

Es-

Esta es la Omnipotencia de Jesu-Christo; sus milagros no dan señal alguna de dependencia, y no contento con manifestarnos con esto que es igual á Dios, nos avisa que todas las maravillas que su Padre obra en la tierra son tambien obra suya; y que las obras de su Padre son sus obras. ¿Teneis noticia de algun Profeta hasta Jesu-Christo que haya hablado de este modo? ¿y que en vez de dar á Dios la gloria, como al Autor de todo dón excelente, se haya atribuido á sí mismo los grandes prodigios que el Señor se dignaba obrar por su ministerio?

Pero, Católicos, nosotros además de haber sido anunciados con Jesu-Christo, somos partícipes de su soberanía sobre todas las criaturas. El Christiano por la fé es dueño de la naturaleza; todo le está sujeto, porque él solo está sujeto á Dios: Todas sus obras, en algun sentido, deben ser milagrosas, porque todas deben derivarse de un principio sublime y divino, y exceder las fuerzas de la humana flaqueza: Debemos ser, por decirlo así, hombres milagrosos, y dueños del mundo, despreciandole; elevados sobre las leyes de la naturaleza, sobrepujandolas; árbitros de los sucesos, sujetandonos á ellos; y aun mas fuertes que la muerte, deseandola: Este es el sublime estado del Christiano. Es preciso, pues, que Jesu-Christo sea muy grande para haber levantado á tanto poder y grandeza á la flaqueza humana.

Finalmente, el ultimo caracter resplandeciente de su ministerio son las maravillosas, y hasta entonces inauditas circunstancias, que componen el discurso de su vida mortal. Bien sé que vino pobre y humilde; pero entre esta exterior apariencia de obscuridad y desprecio, aun sus mismos enemigos se ven precisados á reconocer en él el resplandor de su Divinidad.

Primeramente, aunque le miren como á un hombre semejante á nosotros, le creen, no obstante, formado por

por la operacion invisible del Altisimo, en el Seno de una Virgen de Judá, contra la ley ordinaria de los hijos de Adán. ¿Qué gloria esta, aun quando no tuviera otra, para una pura criatura?

En segundo lugar: apenas nació quando las celestiales Legiones hacen resonar los ayres con cánticos de alegría, y nos enseñan que este nacimiento, glorifica al Altisimo, y trae la eterna paz á la tierra. ¿Quién es, pues, esta criatura que puede glorificar al Altisimo, y no halla su gloria sino en sí misma? Pero despues un nuevo Astro llama á los Magos en lo interior del Oriente, y guiados por esta misma luz, vienen estos hombres justos desde las extremidades de la tierra á adorar al nuevo Rey de los Judios.

Exâminad todas las circunstancias de su vida: Si Maria le presenta en el Templo, un Justo, y una Santa muger anuncian su futura grandeza, y transportados de una santa alegría, mueren contentos despues de haber visto á aquel á quien llaman salud del mundo, luz de las naciones, y gloria de Israel. Los Doctores juntos en el Templo, ven con admiracion su niñez mas sábia é ilustrada, que toda la sabiduría de los ancianos: segun vá creciendo, se vá manifestando su gloria: El Bautista, el mayor de los hijos de los hombres, se humilla en su presencia, y se tiene por indigno de servirle, aun en los mas viles ministerios: El cielo se abre muchas veces sobre su cabeza, y declara que aquel es el hijo amado: Los demonios espantados huyen de su presencia, no pudiendo sufrir su santidad; y confiesan que es el Santo de Dios. Juntad, pues, tan nuevos y tan distintos testimonios, circunstancias tan extraordinarias é inauditas: ¿Quién es, pues, este hombre que se manifiesta en la tierra con tanto resplandor? ¿No tienen buena escusa los pueblos que le adoran?

Pero estos no son mas que unos debiles preludios de su gloria: Si se retira al Thabor, acompañado de tres

Dis-

Discipulos solos, su gloria, impaciente, si es licito decirlo asi, de haber estado hasta entonces como cautiva baxo el velo de la humanidad, brilla hácia fuera; dexase ver todo rodeado de resplandores: el Padre celestial temiendo entonces que la gloria de Jesu-Christo fuese ocasion de error y de Idolatria á los discipulos admirados, y testigos del espectáculo, parece que hubiera debido avisarlos, que este Jesus á quien veían tan glorioso, no era mas que su siervo y su enviado; pero al contrario, los declara que es su hijo amado, en quien se complace, sin poner límites á los honores que quiere le tributen. Quando Moysés se manifestó cercado de gloria, y como transfigurado en la montaña de Siná, temiendo que los Israelitas, inclinados siempre á la supersticion, le tuviesen por un Dios baxado á la tierra, declaró al mismo tiempo el Señor desde lo alto del cielo, entre truenos y relámpagos: *Yo soy quien soy, y no adorareis mas que á mí solo.* (a) El mismo Moysés se presenta al pueblo, llevando en las manos las Tablas de la Ley, como para darle á entender, que aun en medio de la gloria de que le veían adornado, no era mas que Ministro, y no Autor de la Ley Santa; que á él solo le tocaba presentarla gravada en la piedra, y que solo Dios era quien podia imprimirla en los corazones: Pero Jesu-Christo se manifiesta en el Thabor como Legislador: El Padre Eterno no le dá una nueva ley, para que la trayga á los hombres, solamente los manda que le oygan, y se le presenta como Legislador, ó por mejor decir, como su ley viva y eterna. ¿Qué mas puedo decir, Católicos? Si desde el Thabor pasamos al Calvario, á aquel lugar en donde debian consumarse todos los oprobrios del Hijo del hombre, el mismo Calvario sirve de teatro á su gloria, y á su Divinidad: Toda la naturaleza desordena-

da

(a) Exod. 3. Deuter. 6.

da le reconoce allí como á su Autor; los Astros que se ocultan, los muertos que resucitan, las piedras de los sepulcros que se abren y se rompen, el velo del Templo que se rasga, y la incredulidad misma que le confiesa por boca del Centurion; bien se conoce que no es un hombre comun el que muere, y que en este monte está pasando alguna cosa nueva y extraordinaria.

Muchos Justos habian muerto antes de él á manos de los impíos: El Palacio de Herodes acababa de vér la cabeza del Bautista hecha premio de la sensualidad: Isafas glorificó á Dios con una muerte terrible, y no obstante la sangre de los Reyes, de quienes descendia, no pudo su augusta ascendencia libertarle de las persecuciones, que son siempre la recompensa de la verdad y del zelo: Otros muchos murieron por la justicia; pero no parecia que la naturaleza toda entera se interesase en sus trabajos: Los muertos no salian de sus sepulcros, como para reprehender á los vivos sus sacrilegios; nada de esto se habia visto aún en la tierra.

Recorred los demás misterios de su vida; en todos hallareis nuevos rasgos que le distinguen de los demás hombres: Si resucita de entre los muertos, además de hacerlo por su propia virtud (lo que hasta entonces nunca se habia visto) es para no volver á morir, como otros á quienes resucitaron los Profetas, y recibe en la tierra una vida inmortal, lo que nunca se concedió á criatura alguna.

Si sube al cielo no es en un carro de fuego, que le arrebatara de un golpe: él mismo se eleva con magestad: dexa á sus amados discipulos tiempo bastante para que le acompañen con la vista, y para que rindan las debidas adoraciones á su Divino Maestro: Los Angeles se presentan delante de este Rey de la Gloria, como para recibirle en su Imperio, y consuelan á los afligidos discipulos, prometiendoles que volverá á la

tier-

tierra rodeado de gloria y de inmortalidad; todo anuncia en la tierra al Dios del cielo, que vuelve á el lugar de donde habia salido, y que vá á tomar posesion de su gloria; todo persuade á los hombres esta verdad.

Quando Elías fue arrebatado en el carro de fuego, no tuvo por testigo de esta ascension milagrosa mas que á un solo discipulo; sucede ésta en un lugar apartado y distante de la vista de los demás hijos de los Profetas, los que acaso, mas crédulos, y menos instruidos que Eliseo, hubieran en aquel instante tributado honores divinos á este hombre milagroso; pero Jesu Christo sube al cielo rodeado de gloria, á vista de quinientos discipulos; los mas débiles, y aun aquellos en quienes estaba menos radicada la fé de la resurreccion, son llamados los primeros al santo monte; nada se teme de su credulidad; al contrario se les sufren sus adoraciones, como sus pesares y lagrimas; y una vida llena de prodigios, tan inauditos hasta entonces en la tierra, se termina por ultimo con una circunstancia aun mas maravillosa, y la que unicamente bastaria para hacerle mirar como á un Dios, y para eternizar el error y la Idolatría entre los hombres.

Es cierto, Católicos, que si los siglos Paganos para justificar los impíos é insensatos honores que tributaban á sus Legisladores, á los Fundadores de los Imperios, y á otros hombres célebres, hacian decir á sus Historiadores y Poetas, que estos Heroes no habian muerto; que solo habian desaparecido de la tierra; que siendo de naturaleza de Dioses, habian subido al Firmamento para ocupar en él su lugar con los demás Astros (que segun ellos eran otras tantas Divinidades que nos alumbran) y para gozar allí de la inmortalidad debida á su nacimiento divino; si una tan grosera ficcion bastó para mantener á los hombres Idólatras por tanto tiem-

Ll 2

po,

po, ¿qué impresion no debía hacer en los pueblos la verdad de este hecho? ¿Y si el universo había adorado á unos impostores que publicaban falsedades, no hubiera tenido escusa en adorar á un hombre milagroso, á quien los mismos hombres vieron levantarse sobre los Astros, cercado de gloria?

Pero advertid, Católicos, que la ocasion de error no acabaría con Jesu-Christo: se nos anuncia tambien que parecerá al fin de los siglos, en medio de los ayres, rodeado de poder y magestad, y acompañado de todos los Espiritus Celestiales; que todas las naciones juntas, y temblando esperarán á sus pies la decision de su eterno destino; que pronunciará como Soberano su decisiva sentencia; que los Abrahanes, los Moysés, los Davides, los Elías, los Bautistas, quanto ha habido grande y maravilloso en todos los siglos, estará sujeto á su juicio y á su imperio; que él solo se levantará sobre todo poder, y toda dominacion, y sobre todo lo que se llama grande en el cielo y en la tierra; que levantará su trono sobre las nubes al lado del Altisimo: que no solo parecerá dueño de la vida y de la muerte, sino Rey inmortal de los siglos, Principe de la eternidad, Gefe de un pueblo santo, y árbitro de todas las criaturas. ¿Quién es, pues, este hombre á quien el Señor ha comunicado tal poder? ¿Los muertos que se presentarán en su juicio, podrán ser condenados por haberle adorado, habiendole visto revestido de tanta gloria, magestad y poder?

Para finalizar esta primera parte de mi discurso os pido que hagais una reflexion, y es; que si en Jesu-Christo se hubiera hallado una larga vida, y en ella no mas que algun rasgo extraordinario y divino, se pudiera creer que el Señor algunas veces se complace en hacer resplandecer su gloria y su poder en sus siervos; por eso fue arrebatado Enoch; Moysés se transfiguró en el monte santo; Elías subió al cielo sobre

un

un carro de fuego; el Bautista fue anunciado; pero además de que estas eran circunstancias unicas, y que el language de estos hombres milagrosos, y de sus discipulos, hablando de la Divinidad, y de sí mismos, no dexaba lugar á la supersticion, ni al engaño; en Christo hay un conjunto de maravillas, que cada una de ellas hubiera podido engañar la credulidad de los hombres: en él se hallan todos los rasgos repartidos en estos hombres extraordinarios, que fueron mirados casi como Dioses en la tierra, y aun de un modo mas glorioso y divino: profetiza, pero con mas magestad, y con caractéres mas resplandecientes que el Bautista: se manifiesta transfigurado en el monte santo, pero rodeado de mas gloria que Moysés: sube á los cielos, pero con mas señales de poder y de magestad que Elías: vé lo futuro, pero con mas claridad que todos los Profetas: nace, no solo de un vientre estéril como Samuél, sino tambien de una Virgen pura é inocente. ¿Pues qué he de decir? Y no solo no desengaña á los hombres con expresiones claras y precisas acerca de su origen puramente humano, sino que su estilo acerca de su igualdad con el Altisimo, la sola doctrina de sus discipulos, que nos dicen, que desde la eternidad estaba en el seno de Dios, y que todo fue hecho por él, que le llaman su Señor y su Dios, que nos enseñan que está todo en todas las cosas, justificaria el error de los que le adoran, aun quando su vida hubiera sido comun y semejante á la de los demás hombres.

O vosotros los que le negais su gloria y su Divinidad, y que no obstante le mirais como á enviado de Dios para instruir á los hombres, acabad la blasfemia, y confundidle con aquellos impostores que vinieron á engañar al mundo, pues lejos de establecer en él la gloria de Dios, y el conocimiento de su nombre, el resplandor de su ministerio no hubiera servido mas que de ensalzarle á Divinidad, de hacerle colocar malamente

te

te al lado del Altísimo, y de sepultar á todo el universo en la mas peligrosa, la mas larga, la mas inevitable y universal de todas las idolatrías.

Nosotros, Católicos, los que creemos en él, y á quienes ha sido revelado el Misterio de Christo, no perdamos de vista este modelo divino, que nos manifiesta el Padre desde lo alto del monte santo: consideremos el espíritu de los diversos misterios que componen toda su vida mortal: estos son los diferentes estados de la vida del Christiano en la tierra. Reconozcamos el nuevo Imperio que vino á formarse Jesu-Christo sobre nuestros corazones: el mundo á quien hasta aquí hemos servido, no ha podido librarnos de nuestras penas y miserias: buscábamos en él la libertad, la paz, la dulzura de la vida, y hemos hallado la confusion, la servidumbre, la amargura, y la desgracia de nuestros días. Ved aquí un nuevo Salvador que viene á traer la paz á la tierra, pero no nos dá la paz como la promete el mundo. El mundo había querido conducirnos á la paz y á la felicidad por los deleytes de los sentidos, por la indolencia, y por una vana Filosofía; no ha salido con su intento, y favoreciendo nuestras pasiones ha aumentado nuestras penas: Jesu-Christo viene á proponernos nuevos caminos para llegar á la paz, y á la felicidad que buscamos; el desprecio, el desprecio del mundo, la mortificacion de los sentidos, y la abnegacion de nosotros mismos son los nuevos bienes que viene á manifestar á los hombres. Desengañémonos, pues, no tenemos mas felicidad que esperar aun en esta vida, que el reprimir nuestras pasiones, y prohibirnos los violentos deleytes que turban y corrompen el corazon: solamente la Filosofía del Evangelio forma sabios, y hace felices, porque sola ella arregla el espíritu, fija el corazon y restituye el hombre á sí mismo, restituyendole á Dios. Los que han querido seguir otros caminos no han hallado mas que

va-

vanidad y afliccion de espíritu. Y solo Jesu-Christo, viniendo á traer la espada y la separacion, vino á traer la paz á los hombres.

¡Oh Dios mio! yo sé, bien á mi costa, que el mundo y los deleytes no hacen felices á los hombres: venid, pues, á recobrar un corazon que ha huído en vano de vos, y que á pesar suyo, sus propios disgustos os le traen: venid á ser su Salvador, su paz, y su luz, y mirad mas sus desgracias, que sus delitos.

Ved aquí, Señores, como el ministerio de Jesu-Christo sería para los hombres una inevitable ocasion de Idolatría, si no fuera mas que una simple criatura: veamos ahora como el espíritu de su ministerio sería el lazo de nuestra inocencia.

## SEGUNDA PARTE.

**E**L resplandor del ministerio de Jesu-Christo aun no es lo mas augusto y magnífico que en él se halla: Por grande que nos haya parecido por los Oráculos que le anunciaron, por las obras que hizo, y por las admirables circunstancias de sus Misterios, esto no es mas, por decirlo así, que lo exterior de su gloria y de su grandeza; y para conocer todo lo que en él hay, es necesario contemplar el fondo y el espíritu de su ministerio. El espíritu, pues, de su ministerio encierra su doctrina, sus beneficios, y sus promesas. Descubramos, pues, todo lo que en sí encierra, y hagamos ver, ó que es necesario negar á Jesu-Christo su qualidad de hombre justo, y de enviado de Dios Todo Poderoso, que es lo que conceden los enemigos de su divinidad, ó confesar que es un Dios Encarnado, que baxó á la tierra para salvar á los hombres.

Esta, Católicos, es una alternativa inevitable: Si Jesu-Christo es Santo, es Dios: y si su ministerio no es un ministerio de error y de impostura, es el ministerio-

nis-

nisterio de la misma eterna verdad, que se ha manifestado para instruirnos. Los enemigos, pues, de su Nacimiento Divino están obligados á confesar que fue un Hombre justo, inocente, amigo de Dios; y si ha habido en el mundo algunos espíritus bárbaros é impíos que se atrevieron á blasfemar contra su inocencia, y á confundirle con los impostores, estos solo han sido algunos monstruos de quienes ha tenido horror el humano linage, y cuyo nombre, odioso aun á la naturaleza, ha quedado sepultado en las mismas tinieblas de donde habia salido el horror de su impiedad.

A la verdad, ¿qué hombre se habia visto hasta entonces en la tierra con mas incontrastables caracteres de inocencia y santidad, que Jesu Christo hijo de Dios vivo? ¿En qué Filosofo se observó jamás tanto amor á la virtud, tan sincero desprecio del mundo, tanta caridad para con los hombres, tanta indiferencia para la gloria humana, tanto zelo de la gloria del Sér Supremo, y tanta elevacion sobre todo lo que los hombres admiran y buscan? ¿Qué zelo por la salud de los hombres? Todos sus discursos, todos sus cuidados, todos sus deseos, todas sus inquietudes se dirigen á este fin. Los Filosofos solamente criticaban á los hombres, sin intentar mas que hacerlos conocer su flaco, ó su ridiculéz: Jesu Christo no habla de sus vicios, sino para enseñar los remedios: los unos eran censores de las flaquezas humanas; Jesu-Christo es el Medico: los unos se preciaban de notar en sus próximos, vicios de que ellos no estaban esentos; este habla siempre con un amargo dolor de los defectos de que le exime su inocencia, y aun derrama lágrimas por los desordenes de una ciudad infiel; bien se conoce que los unos no intentaban corregir á los hombres, sino hacerse estimar, despreciandolos; y que el otro solo piensa en salvarlos, y que le mueven poco sus aplausos y estimacion.

Ob

Observad por menor sus costumbres y conducta, y ved si hubo jamás en la tierra un Justo mas universalmente esento de todas las flaquezas, aun las mas inseparables de la humanidad: quanto mas se le observa mas se descubre su santidad. Sus discipulos que le veían mas de cerca, son los que mas se admiran de la inocencia de su vida; y la familiaridad, tan peligrosa á la mas heroyca virtud, solo sirve de descubrir cada dia nuevas maravillas en la suya; siempre habla un lenguaje del cielo; no responde sino quando sus respuestas pueden ser utiles á la salud de los que le preguntan; no se vén en él aquellos intervalos en que se suele conocer que uno es hombre: en todo parece enviado del Altísimo: las mas comunes acciones son en él singulares por la novedad y grandeza de las disposiciones con que las acompaña. No parece menos divino quando come en casa del Phariséo, que quando resucita á Lázaro. Cierto, Católicos, que sola la naturaleza no podria llevar tan adelante á la flaqueza humana. No es este un Filosofo que dá preceptos; es un Justo, que con su propio exemplo dá las reglas y preceptos de su Doctrina. Es preciso, pues, que sea Santo, pues aun el mismo Discipulo que le entregó alevosamente, interesado en justificar su perfidia manifestando sus defectos, satisface á su inocencia, y á su santidad, con un público testimonio; y armada contra él toda la malicia de sus enemigos, no pudo reprehenderle de pecado alguno.

Digo, pues, Católicos, que si Jesu-Christo es Santo, tambien es Dios; y que si considerais la Doctrina que nos enseñó, tanto en orden á su Padre, como á los hombres, si no fuera mas que un hombre ordinario, enviado solamente de Dios para instruir á los hombres, esta Doctrina no sería mas que un conjunto de equívocos malignos, ó de ocultas blasfemias.

Tomo I.

Mm

Di



Dixe, si considerais la Doctrina que nos enseñó en orden á su Padre; porque á la verdad, si Jesu-Christo no fuera mas que un simple Enviado del Altísimo, no pudiera venir mas que á manifestar á las naciones Idólatras la unidad de la Divina Esencia. Pero además de que su mision se ordenaba principalmente á los Judios, los que habia mucho tiempo que no habian vuelto á caer en la idolatría, y por consiguiente, no tenian necesidad de que Dios les enviase un Profeta que les corrigiese un error que no padecian, y un Profeta á quien esperaban desde el principio del mundo como luz de Israel, y libertador de su pueblo; además de esto ¿cómo cumple Jesu-Christo con su ministerio, y en qué estilo habla del Sér Supremo? Moysés, y los Profetas encargados de la misma mision, no cesaban de publicar que el Señor era uno; que era impiedad el compararle á la semejanza de las criaturas; y que ellos no eran mas que sus Siervos y enviados, unos instrumentos viles puestos en las manos de Dios, por cuyo medio obraba grandes maravillas: No se les oía expresion alguna dudosa acerca de un punto de tanta importancia en su mision: En ningun modo se comparaban con el Sér Supremo, pues esta comparacion siempre es peligrosísima, por la inclinacion que tenia el hombre á tributar sus respetos al hombre, y á fabricarse Dioses palpables y visibles: No se valian de ningun término equívoco que pudiese confundirlos con el Señor, en cuyo nombre hablaban, y dár lugar á la idolatría y á la supersticion que venian á destruir.

Però si Jesu-Christo no fuera mas que un Enviado, como ellos, sería necesario que desempeñase su ministerio con tanta fidelidad como ellos. Continuamente está diciendo que es igual á su Padre. Viene á enseñarnos que baxó del cielo, y salió del seno de Dios; que era antes que Abrahám, y que todas las cosas; que el Padre y él no  
eran

eran mas que uno; que la vida eterna consistia tanto en conocer al Hijo, como en conocer al Padre; que quanto hace el Padre, lo hace tambien el Hijo: buscadme un Profeta hasta Jesu-Christo que haya hablado en un estilo tan nuevo, tan inaudito, y de tan poco respeto para el Dios Supremo; y que en vez de dár á Dios la gloria como á Autor de todo Dón excelente, haya atribuido á sus propias fuerzas las grandes maravillas que el Señor se dignaba obrar por su ministerio. En todas partes se compara al Dios Soberano; es verdad que una vez dixo, que el Padre era mayor que él; ¿pero qué es lo que esto puede significar, si él no fuera un Dios Encarnado? ¿No tendríamos por insensato á un hombre, que con seriedad nos dixese que el Sér Supremo es mayor que él? ¿No es querer igualarse con la Divinidad el atreverse á compararse con ella? ¿Hay por ventura alguna proporcion de mas, y menos entre Dios, y el hombre, entre el todo, y la nada? ¿Pero qué digo? Jesu-Christo no se contenta con decir, que es igual á Dios, justifica tambien la novedad de estas expresiones contra las murmuraciones de los Judios que se escandalizan; lejos de desengañarlos con claridad los confirma en el escandalo; en todas partes usa de un lenguaje, ó impio, ó insensato, si su igualdad con el Padre no le ilustrara, y justificara: si no es Dios, ¿qué es lo que vino á hacer á la tierra? Hubiera venido á escandalizar á los Judios, dándoles motivo para creer que se comparaba con el Altísimo; á engañar á las naciones, haciendose adorar de todo el mundo despues de su muerte, y no á esparcir sobre la tierra la ciencia, la luz, y el conocimiento de Dios, como él mismo decia, sino nuevas tinieblas. Pablo y Bernabé rasgan sus vestiduras quando los tienen por Dioses; exclaman altamente delante de los pueblos que quieren ofrecerles víctimas, diciendo: adorad al Señor, cuyos enviados y Ministros somos: el Angel del Apocalypsi quando San Juan quiere postrarse en tierra para adorarle,

reusa con horror este respeto, y le dice: *Adora á solo Dios.* (a) ¡Y Jesu-Christo sufre con paciencia que le tributen honores divinos! ¡Y Jesu-Christo alaba la fé de los discipulos que le adoran, y que con Thomás le llaman: *Su Señor, y su Dios!* (b) ¡Y Jesu-Christo confunde á sus enemigos que le disputan su Divinidad, y su eterno origen! ¿Es acaso menos zeloso que sus discipulos de la gloria del que le envia? ¿O le importa menos el desengañar á los pueblos de un error tan injurioso al Sér Supremo, y que aniquilaria el unico fruto de su ministerio?

A la verdad, Católicos, ¿qué bien hubiera traído al mundo Jesu-Christo, si los que le adoran fueran Idólatras y profanos? Todos quantos han creído en él, le han adorado como á Hijo Eterno del Padre, imagen de su substancia, y esplendor de su gloria: No se halla en el Christianismo mas que un corto número de hombres, que teniendole por enviado de Dios le niegan los honores divinos, y aun esta Secta, desterrada de todas partes, execrable aun en aquellos lugares en donde hallan asilo todos los errores, está reducida á pocos Sectarios, desconocidos y ocultos, castigada en todas partes como impia, luego que se atreve á manifestarse, y obligada á ocultarse en las tinieblas, y en las extremidades de las Provincias y Reynos mas distantes. ¿Es este acaso aquel numeroso pueblo compuesto de todas lenguas, de todas las Tribus, de todas las naciones, que Jesu-Christo vino á formar en la tierra? ¿Es esta aquella Jerusalén celestial, antes esteril, y ya fecunda, que debia encerrar en su seno los pueblos y las naciones, y adonde desde las Islas mas remotas, los Principes y Reyes habián de venir á adorar? ¿Son estas las grandes utilidades que de-

(a) *Apo. 19. v. 10.* (b) *Joan. 20. v. 28.*

bia sacar el mundo del ministerio de Jesu-Christo? ¿Es esta aquella abundancia de gracia, aquella plenitud de espíritu de Dios derramado sobre todos los hombres, aquella renovacion universal, aquel reyno espiritual y perpetuo, anunciado por los Profetas con tanta magestad, y que debia acompañar la venida del Salvador? ¿Qué os parece, Católicos? ¿Habia de reducirse una esperanza tan magnífica á ver al mundo en una nueva idolatría? Este suceso tan feliz para la tierra, prometido tantos siglos antes, anunciado con tanta pompa, deseado de todos los Justos, manifestado desde lejos á todo el universo, como su unico remedio, habia de corromperle y pervertirse para siempre? Esta Iglesia tan fecunda, de quien son hijos los Reyes y los Césares, á la cabeza de sus pueblos, ¿no habia de comprender en su extension mas que un corto número de hombres, odiosos al cielo y á la tierra, vergüenza de la naturaleza y de la Religion, obligados á ocultar en las tinieblas el horror de su blasfemia? Y toda la magnificencia futura del Evangelio ¿habia de limitarse á formar la bárbara Secta del impío Socino?

¡Oh Dios! ¿Qué sábia y razonable parece la fé de vuestra Iglesia, quando se la oponen las insensatas contradicciones de la incredulidad! ¡Y qué consuelo es para los que creen en Jesu-Christo, y esperan en él, ver los abismos que se forma la soberbia, quando intenta abrirse nuevos caminos, y arruinar el unico fundamento de la fé y de la esperanza de los Christianos!

Ved, Católicos, como la Doctrina de Jesu-Christo respecto de su Padre establece la gloria de su eterno origen. Por eso, quando hablan los Profetas del Dios del cielo y de la tierra, faltan las expresiones á la grandeza y magnificencia de sus ideas: llenos de la inmensidad, de la Omnipotencia, y de la Magestad del Sér Supremo, agotan la flaqueza del lenguaje humano, para que corresponda á lo sublime de estas imagenes: este Dios

Dios es quien encierra las aguas del mar en el hueco de su mano; quien pesa los montes en su peso; quien tiene en sus manos los rayos y las tempestades; quien como jugando sostiene el universo. ¿Unos pocos hombres habian de hablar de este modo de la gloria del Altísimo? La infinita desproporcion que se halla entre la inmensidad del Sér Supremo, y la flaqueza del espíritu humano, debe atemorizarle, deslumbrarle, confundirle; y los mas elevados términos nunca lo son bastante para su admiracion y pavor.

Pero quando Jesu Christo habla de la gloria del Señor no usa de las pomposas expresiones de los Profetas: le llama Padre Santo, Padre Justo, Padre Clemente, Pastor que corre tras la oveja descarriada, y que con gran bondad la hecha sobre sus hombros: amigo que se dexa vencer de las importunidades de su amigo: Padre de familias, alegre con la vuelta y arrepentimiento de su hijo. Bien se echa de ver que este es un Hijo que habla con un lenguaje doméstico; que la familiaridad y sencillez de estas expresiones suponen en él un conocimiento sublime, que le hace familiar la idea del Sér Supremo, sin que como nosotros se asuste y atemorice con la Magestad de su gloria; y finalmente, que no habla sino de lo que vé claramente, y de lo que él mismo posee. Los títulos que se adquieren por el nacimiento causan menos admiracion: los hijos de los Reyes hablan simplemente de los cetros y coronas; y solamente el Hijo Eterno de Dios vivo puede hablar con tanta familiaridad de la gloria del mismo Dios.

Supuesto, pues, Católicos, que somos compañeros de todas las gracias de Jesu-Christo, ved el derecho que nos adquirió de mirar á Dios como á nuestro Padre, podernos llamar hijos suyos, y amarle mas que temerle. Pero con todo eso nosotros le servimos como esclavos y mercenarios; tememos sus castigos; nos mueve poco su amor y sus promesas; nada tiene de amable

ble para nosotros su ley tan justa y tan santa; la tenemos por un yugo que nos pesa, que nos hace murmurar, y que prontamente sacudiríamos, si sus transgresiones hubieran de quedar sin castigo. No se oyen mas que quejas contra la severidad de sus preceptos; disputas para defender las mitigaciones que el mundo introduce continuamente en ellos; en una palabra, si Dios no fuera vengador, no le conoceríamos; solo debe á su justicia y á sus castigos nuestros respetos y honores.

Pero no confirma menos la doctrina de Jesu-Christo respecto de los hombres, á quienes vino á instruir, la verdad de su Nacimiento Divino. No hablo aqui de la sabiduría, de la santidad, de lo sublime de esta doctrina; en ella todo es digno de la razon, y de la mas sana Filosofia; todo proporcionado á la miseria y excelencia del hombre, á sus necesidades y á sus altos destinos; en ella todo inspira desprecio de las cosas perecederas, y amor á los bienes eternos: todo mantiene el buen orden, y tranquilidad de los estados: todo es grande, porque todo es verdadero; la gloria de las acciones es mas real y mas resplandeciente en el corazon que en las acciones mismas: El Sabio del Evangelio no se propone otra recompensa de su virtud que la virtud misma, y prefiere el testimonio de su conciencia á los aplausos de los hombres; es mayor que el mundo entero por la elevacion de su fé, y es el mas ínfimo de los hombres por la modestia de sus pensamientos; su virtud no busca en la soberbia el descanso de sus penas; este es el primer enemigo á quien hace guerra, y en esta divina Filosofia las mas heroicas acciones son nada, quando el hombre se tiene por algo; mira la fama como error, la prosperidad como infortunio, la elevacion como precipicio, las aflicciones como favores, la tierra como destierro, y todo lo que pa-

sa como sueño. ¿Qué nuevo estilo es este? ¿Qué hombre habló de este modo antes de Jesu-Christo? Y si sus discipulos solamente por haber anunciado esta celestial doctrina, fueron tenidos de todo un pueblo por Dioses baxados á la tierra, ¿qué culto se podrá negar á su Autor, en cuyo nombre la anunciaban?

Pero dexemos estas reflexiones generales, y vamos á las obligaciones mas precisas del amor y dependencia que su doctrina pide que le tributen los hombres. Manda que le amemos á él del mismo modo que nos manda amar á su Padre; quiere que estemos en él, esto es, que nos fijemos en él, y que en él busquemos nuestra felicidad, como en su Padre: que ordene- mos todas nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestros deseos, y nosotros mismos á su gloria, como á la gloria de su Padre; aún los pecados no se perdo- nan sino á los que le aman mucho; y el amor que se le tiene es toda la justificacion del Justo, y la re- conciliacion del pecador. ¿Quién es, pues, este hom- bre, que viene á usurpar el lugar del mismo Dios en nuestros corazones? ¿Merece acaso la criatura ser amada por sí misma? ¿Quanto hay grande y digno de amor, no es dón del que solo merece ser ama- do?

¿Qué Profeta hasta Jesu-Christo vino á decir á los hombres: me amareis; quanto hagais hacedlo todo por mi gloria? Amareis á vuestro Dios, y Señor, dixo Moysés á los hijos de Israel. Nada hay amable en sí mismo, sino lo que puede hacernos felices: ninguna criatura puede hacer nuestra felicidad y nuestra per- feccion; ninguna criatura, pues, merece por sí misma que la amemos; esto sería idolatría: qualquiera hom- bre que se proponga á los demás hombres como ob- jeto de su amor, es un impío, y un impostor, que viene á usurpar el mas esencial derecho del Sér Supre- mo: es un monstruo de soberbia y extravagancia,  
que

que quiere levantarse altares hasta en los corazones, que son el unico Santuario que jamás cedió la Divinidad á los Idolos profanos. La Doctrina de Jesu-Christo, esta doctrina tan divina, y tan admirada, aun de los Paga- nos, no sería mas que una monstruosa mezcla de impie- dad, de soberbia, y de locura, sino siendo él el Dios bendito en todos los siglos, hubiese intimado á sus dis- cipulos, en el amor que de ellos pedia, el mas esencial precepto de su moral, y sería en él una ostentacion in- sensata el proponerse á los hombres como modelo de humildad y modestia, pues estenderia la soberbia y vana complacencia á mas que todos aquellos sobervios Filóso- fos, que nunca aspiraron mas que á la estimacion y aplausos de los hombres.

Pero aún mas; no solo quiere Jesu-Christo que se le ame, sino que pida á los hombres las señales del mas heroyco y generoso amor; quiere que se le ame mas que á los proximos, que á los amigos, que á las rique- zas, que á la fortuna, que á la vida, que al mundo en- tero, y que á sí mismo: quiere que se padezca todo por él, que todo se desprecie por él, que por él se derrame hasta la ultima gota de sangre: el que no le tributa es- tos grandes respetos no es digno de él; el que le com- para con alguna criatura, ó consigo mismo, le ultra- ja, le deshonra, y no debe aspirar á ninguna de sus pro- mesas.

¿Qué os parece, Católicos? no se contenta con que se le ofrezcan sacrificios de cabritos y toros, como los Idolos, y aún como parece se contentaba el Dios verdadero: aún quiere mas: quiere que el hombre se sacrifique á sí mismo, que corra á los suplicios, que se ofrezca á la muerte y al martirio por la glo- ria de su nombre; pero si no es dueño de nuestra vi- da, ¿qué derecho tiene á pedirnosla? Si nuestra alma no salió de entre sus manos, ¿por qué se la hemos de volver? ¿Es por ventura ganarla el perderla por

su amor? Si no fuera el autor de nuestro sér, no seríamos sacrilegos y homicidas en sacrificarnos por su gloria, ofreciendo á la criatura, y á un simple enviado de Dios, el grande sacrificio de nuestro sér, destinado solo á reconocer la soberanía y poder del Eterno Artifice que nos sacó de la nada? Muera Jesu-Christo en hora buena para glorificar á Dios; exhortenos á que sigamos su exemplo; muchos Profetas murieron antes que él por la causa del Señor, y exhortaron á sus discipulos á que siguiesen sus pisadas; pero que Jesu-Christo, si no es Dios, nos mande morir por él; que pida á los hombres esta ultima señal de amor; que nos mande ofrecer por él una vida que no le deberíamos; ¿se podrá creer que haya habido en el mundo hombres tan necios é insensatos, que se hubiesen dexado engañar de la extravagancia de esta doctrina? ¿Sería posible que unas máximas tan locas é impías hubieran podido triunfar de todo el universo, confundir todas las sectas, juntar todos los espíritus, y prevalecer contra toda quanta ciencia, doctrina, y sabiduría se habia visto hasta entonces en la tierra? Y si tenemos por bárbaros á aquellos pueblos salvages, que se sacrifican sobre los sepulcros y cenizas de sus parientes y amigos, ¿por qué hemos de hacer mas honor á los discipulos de Jesu-Christo, que se han sacrificado por él? ¿No sería su religion una religion bárbara y sanguinolenta?

Sí, Católicos, las Lucías, las Ineses, las Aguedas, aquellas primeras Martires de la Fé y del pudor, ¿se habian de haber sacrificado por un hombre mortal; y queriendo mas derramar su sangre, que doblar la rodilla delante de los vanos Idolos, no habrian hecho mas que huir de la idolatría, para caer en otra mas reprehensible, muriendo por Jesu-Christo? Ignacio, aquel famoso Martir que dió el Oriente á Roma, queriendo ser trigo de Jesu-Christo, habia de haber

perdido todo el fruto de sus tormentos, y merecido desde entonces ser despedazado por los leones furiosos, por haberse ofrecido en sacrificio por un hombre como él? ¿Los generosos Confesores de la fé no habian de haber sido mas que unos desesperados y fanáticos en ofrecerse á la muerte como insensatos? ¿La tradicion de los Mártires no habia de ser mas que una scena impía y sangrienta? ¿Habian de haber sido los Tiranos y perseguidores, los defensores de la justicia y de la gloria de la Divinidad, y el Christianismo una secta sacrilega y profana? ¿Habia de haberse engañado el genero humano? ¿Y la sangre de los Mártires, en vez de ser la semilla de los fieles, habia de haber inundado el universo de supersticion é idolatría? ¡Oh Dios! ¿Pueden los oídos de los hombres sufrir sin horror tales blasfemias? ¿Hay necesidad de mas que hacer patente la incredulidad á sí misma para confundirla?

Estas son, Católicos, nuestras primeras obligaciones para con Jesu-Christo; sacrificarle nuestras inclinaciones, nuestros amigos, nuestros parientes, nuestra fortuna, nuestra misma vida; y en una palabra, quanto puede servir de obstáculo á nuestra salvacion; esto es confesar su Divinidad; esto es reconocer que él solo puede llenar el lugar de todo quanto por él despreciamos, y darnos mas que dexamos, dandosenos á sí mismo. Solamente el que desprecia al mundo y sus placeres, dice el Apostol San Juan, confiesa que Jesu-Christo es Hijo de Dios, porque de este modo dice que Jesu-Christo es mayor que el mundo, mas poderoso para hacernos felices, y por consiguiente mas digno de ser amado.

Pero no basta el haber considerado el ministerio de Jesu-Christo en su doctrina; es necesario considerarle tambien en las gracias y favores, que de él ha recibido el universo. Vino á libertar á los hombres de

la muerte eterna; de enemigos que eran de Dios, los hizo hijos suyos; los abrió el cielo; los aseguró la posesion del reyno de Dios y de los bienes eternos; y los trajo la ciencia de la salud, y la doctrina de la verdad. Estos dones tan magníficos no se acabaron con él; sentado á la diestra de Dios Padre, los derrama aun sobre nuestros corazones; todos nuestros males hallan aun en él su remedio; nos sustenta con su cuerpo, lava nuestras manchas, aplicandonos continuamente el precio de su sangre; forma Pastores que nos instruyan; inspira Profetas que nos enseñen; santifica á los Justos, para que nos animen con su exemplo. Siempre está presente en nuestros corazones para aliviar todas las miserias: no hay pasion en el hombre que no cure su gracia; no hay afliccion que no haga amable; no hay virtud que no sea obra suya; en una palabra, él mismo nos asegura que es nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida, nuestra justicia, nuestra redencion, y nuestra luz. ¿Qué nueva doctrina es esta? ¿Un hombre solo pudiera ser origen de tantas gracias para los demás hombres? ¿El Dios Soberano, tan zeloso de su gloria, pudiera unirnos con una criatura con obligaciones y lazos tan estrechos y sagrados, que casi mas dependemos de ella que de él? ¿No era de temer que un hombre tan util y tan necesario á los demás hombres, llegase por ultimo á ser su Idolo? ¿Que un hombre autor y distribuidor de tantas gracias, que hace con nosotros el oficio y todas las funciones de un Dios, llegase muy presto á tomar lugar en nuestros corazones?

Porque advertid, Católicos, que solo el reconocimiento hizo antiguamente los falsos Dioses; los hombres olvidando al Autor de su sér, y del universo, adoraron primero al ayre que los vivificaba, á la tierra que los sustentaba, al Sol que los alumbraba, á la Luna que presidia á la noche; estos eran su Cibeles, su

su Apolo, su Diana; adoraban á los Conquistadores que los habian libertado de sus enemigos; á los Principes bienhechores y equitativos que habian hecho felices á sus vasallos, é immortalizado la memoria de su reynado. Jupiter, y Hercules fueron colocados en el número de los Dioses, el uno por sus muchas victorias, el otro por la felicidad y tranquilidad de su reynado. Los hombres en los siglos de la supersticion y credulidad, no conocian mas Dioses que aquellos que los hacian bien; este es el carácter del hombre, y su culto solo consiste en su amor y agradecimiento.

Esto supuesto, Católicos, ¿qué hombre hizo jamás tanto bien á los hombres como Jesu-Christo? Acordaos de quanto nos refieren los siglos Paganos en la historia de sus Dioses, y ved si creyeron deberles ni aun tanto como la misma incredulidad confiesa con los libros santos que el mundo debe á Jesu-Christo: creían ser deudores, á unos de la serenidad del ayre, y de una feliz navegacion; á otros de la fertilidad de sus estaciones; á su Marte del buen éxito en las batallas; á su Jano de la paz y tranquilidad de los pueblos; y de la salud á su Esculapio. ¿Pero qué son estos cortos beneficios comparados con los que Jesu-Christo hizo al mundo? Trajo á él la paz eterna, la santidad permanente, la justicia, y la verdad; hizo un mundo nuevo, y una tierra nueva; llenó de bienes, no á un pueblo solo, sino á todos los pueblos, y á todo el mundo; y además de esto, por ser nuestro bienhechor, se hizo nuestra víctima. ¿Qué cosa mayor pudo hacer por la tierra? ¿Si el agradecimiento, pues, hizo los Dioses, podian faltar adoraciones á Jesu-Christo entre los hombres? ¿Sería conveniente el que le debiésemos tanto, si pudiera haber exceso en el amor y agradecimiento?

Aun mas, Católicos: quando murió hubiera ad-  
ver-

vertido á sus discipulos que solo eran deudores al Señor de tantos beneficios; que él solo habia sido el instrumento, y no el autor, ni la raíz de todas estas gracias, y que así debian olvidarle, y dar á Dios solo la gloria que le es debida; pero no acabó Jesu-Christo sus prodigios y su ministerio con semejantes instrucciones; no solo no quiere que sus discipulos le olviden, y dexen de esperar en él despues de su muerte, sino que al mismo tiempo de dexarlos, les asegura que estará presente con ellos hasta la consumacion de los siglos, les promete aun mas de lo que les ha dado, y se les une con lazos indisolubles é inmortales.

A la verdad, las promesas que les hizo en este ultimo momento son aun mas extraordinarias que las mismas gracias que les habia concedido durante su vida: primeramente les promete el Espiritu Consolador, á quien llama Espiritu de su Padre: este es el espiritu de verdad, á quien no puede resistir el mundo: el espiritu de fortaleza que habia de formar los Mártires: el espiritu de inteligencia que habia de alumbrar á los Profetas: el espiritu de sabiduría que habia de conducir á los Pastores: el espiritu de paz y caridad que de todos los fieles habia de hacer no mas que un solo corazon, y una sola alma. ¿Qué derecho tiene Jesu Christo sobre el espiritu de Dios, para disponer de él á su arbitrio, y prometerle á los hombres, sino es espiritu propio suyo? Elías subiendo al cielo, mira como cosa muy difícil el prometer á solo Eliséo su doblado espiritu de zelo y de Profecía, ¿quánto mas lejos estaria de prometerle el espiritu eterno del Padre celestial, aquel espiritu de libertad que inspira donde quiere? Con todo eso las promesas de Jesu-Christo se cumplieron; luego que subió al cielo, el Espiritu de Dios se derramó sobre todos sus Discipulos; los simples quedaron mas sabios que los sabios y Filósofos; los flacos mas fuertes, que los tiranos; los insensatos, segun el mundo, mas prudentes

que toda la sabiduría del siglo; manifestabanse en la tierra nuevos hombres, animados de un nuevo espiritu, que todo lo llevaban tras de sí; mudan el semblante del universo, y hasta el fin de los siglos este espiritu animará su Iglesia, formará justos, confundirá á los incredulos, consolará á sus discipulos, los sostendrá entre las persecuciones y oprobrios, y dará testimonio en lo íntimo de su corazon, de que son hijos de Dios, y de que este augusto título les dá derecho á bienes mas sólidos y verdaderos que todos aquellos de que los despoja el mundo.

En segundo lugar, Jesu-Christo promete á sus discipulos las llaves del cielo y del infierno, y el poder de perdonar los pecados. ¿Qué os parece, Católicos? se escandalizaron los Judios porque él mismo los perdonó, y porque parecia atribuirse un poder reservado á solo Dios; ¿pero qual será el escandalo de todos los pueblos de la tierra, quando lean en su Evangelio que dexó este poder á sus discipulos? Si no fuera Dios, ¿podieran la locura y la temeridad imaginar cosa semejante? Qué derecho tendria sobre las conciencias para atarlas, ó desatarlas á su gusto, para entregar á unos hombres flacos un poder, que ni aun él mismo podia exercer sin blasfemia.

En tercer lugar; aún no basta esto, promete tambien á sus discipulos el dón de los milagros, que en su nombre resucitarán los muertos, que darán vista á los ciegos, salud á los enfermos, habla á los mudos, y que serán dueños de toda la naturaleza. No prometió Moysés á sus discipulos el dón de los milagros con que le favoreció el Señor; conocía que esta virtud le era comunicada, y que el Soberano Señor puede favorecer á quien quisiere. Por eso quando despues de su muerte mandó Josue al Sol que se detubiese en medio de su carrera, para acabar la victoria sobre los enemigos del pueblo de Dios, no manda á este Astro que se detenga

tenga en el nombre de Moysés; no habia recibido de él el poder de hacer detener á los Astros, ni se encomienda á él quando quiere usarle: pero los discipulos de Jesu-Christo nada pueden obrar sino en nombre de su Maestro. En su nombre resucitan los muertos, y dán pies á los cojos; y sin este divino nombre son flacos como los demás hombres. El ministerio y el poder de Moysés acaban con su vida; el ministerio y poder de Jesu-Christo no empieza, por decirlo así, hasta despues de su muerte, y se nos asegura que será eterno su reyno.

¿Qué he de decir por ultimo? Promete á sus discipulos la conversion del universo, el triunfo de la Cruz, la docilidad de todos los pueblos de la tierra, de los Filósofos, de los Cesares, de los Tiranos; y que su Evangelio será recibido en todo el mundo; ¿tiene acaso entre sus manos los corazones de todos los hombres para hablar de este modo de una mudanza, de la que hasta entonces no habia habido exemplar en el universo? Acaso respondereis que Dios revela á su siervo las cosas futuras; pero os engañais, porque si no fuera Dios, tampoco sería Profeta: sus profecias serian sueños y quimeras. Sería un espíritu impostor que engañase y pronosticase lo futuro, desmintiendo los sucesos la verdad de sus promesas. Profetiza que todos los pueblos que están sentados baxo la sombra de la muerte, ván á abrir los ojos á la luz, y no veria que adorandole iban á caer en mas culpables tinieblas: Profetiza que su Padre será glorificado, y que su Evangelio le dará en todas partes adoradores que le adoren en espíritu y verdad, y no veria que los hombres iban á deshonorarle para siempre, igualando con él aquel Jesus, que no debia ser mas que su enviado y su Profeta; profetiza que serán derribados los Idolos, y no veria que él habia de ser colocado en su lugar; profetiza que se formará un pueblo santo de todas las lenguas, y de todas las Tribus; y no veria que

solo vendria á formar un nuevo pueblo Idólatra de todas las Naciones, que le colocaran en el Templo como Dios vivo, que le tributarán todas sus acciones, todo su culto, todos sus respetos; que todo lo harán por su gloria, que de nadie querrán depender sino de él, ni vivir sino en él, y para él, ni tener fuerza, movimiento, ni virtud sino de él; en una palabra, que le adorarán, que le amarán de un modo infinitamente mas espiritual, mas íntimo, mas universal que los Paganos adoraron á sus idolos. Esto no sería ser Profeta: aun sus parientes segun la carne blasfeman, y le tienen por un frenético é insensato, que á los sueños de su espíritu enfurecido los dá el peso y realidad de revelaciones y misterios. *Quoniam in furorem versus est. (a)*

A esto llega, Católicos, la incredulidad. Destruid el fundamento de que nuestro Señor Jesu-Christo es Hijo Eterno de Dios vivo, y cae todo el edificio: quitad este gran misterio de piedad, y toda la religion es un sueño; apartad de la doctrina de los Christianos á Jesu-Christo, Dios y Hombre, y apartareis todo el mérito de la fé, todo el consuelo de la esperanza, todos los motivos de la caridad. ¿Qué zelo no manifestaron, Católicos, los primeros discipulos del Evangelio contra aquellos impíos, que desde entonces se atrevieron á hacer guerra á la gloria de la Divinidad de su Maestro? Bien conocian que esto era acometer al corazón de la religion; que era quitarlos toda la firmeza de sus persecuciones y trabajos, toda la seguridad de las promesas futuras, toda la grandeza y nobleza en sus pretensiones, y que trastornado una vez este principio, toda la religion se desvanecia en humo, sin ser mas que una

(a) *Marc. 3. v. 21.*



doctrina humana, y una secta de un hombre mortal, que como otros Gefes, no hubiera dexado mas que su nombre á sus discipulos.

Aun por eso, Católicos, los mismos Paganos reprehendian á los Christianos de que tributaban honores divinos á su Christo. Un Proconsul Romano, (a) célebre por sus escritos, refiriendo al Emperador Trajano sus costumbres y doctrina; despues de verse precisado á confesar que los Christianos eran hombres justos, inocentes, equitativos, y que se juntaban antes de salir el Sol, no para empeñarse en cometer delitos, ni para turbar la tranquilidad del Imperio, sino para vivir con piedad, y con justicia, para desterrar los fraudes, los adulterios, el deseo de los bienes ajenos; solamente les arguye de que cantan Hymnos y cánticos en honra de su Christo, y de que le tributan los mismos honores que á Dios: Si estos primeros fieles no hubieran tributado honores Divinos á Jesu-Christo, se hubieran justificado de esta calumnia; hubieran quitado este escandalo de su religion, que era casi el unico que alteraba el zelo de los Judios, y la sabiduria de los Gentiles: hubieran dicho con claridad; nosotros no adoramos á Jesu-Christo, ni intentamos dar á la criatura los honores y culto que es debido á solo Dios. Con todo eso no se defienden contra esta acusacion. Sus Apologistas refutan las demás calumnias con que querian los Paganos manchar su doctrina; de todo lo demás se justifican; aclaran, confunden las mas ligeras acusaciones, y sus Apologías dirigidas al Senado se admiran hasta en Roma, y tapan la boca á sus enemigos; y sobre la acusacion de idolatrar en Jesu-Christo, que sería la mas temible y horrorosa, sobre el cargo que se les hace de adorar á un Crucificado, que era el mayor y mas

(a) *Plin. Ep. 1. v. 1.*

capáz de desacreditarlos, y que tambien debia ser el mas sensible á unos hombres tan santos, tan opuestos á la Idolatría, tan zelosos de la gloria de Dios, no hablan palabra, no se defienden, justifican esta acusacion con el silencio; ¿qué digo silencio? La autorizan quando hablan de Jesu-Christo padeciendo por su nombre, muriendo por él, confesandola en presencia de los Tiranos, espirando con alegria sobre los cadahalsos, con la esperanza que los consuela de ir á gozar de él, y de hallar en su seno una vida mas inmortal que la que perdian por su gloria. Padecian el martirio antes que doblar la rodilla á la Estatua de los Césares, y aun antes que permitir que los amigos que tenian entre los Paganos, movidos de una humana compasion, y para libertarlos del suplicio, fuesen á testificar falsamente en la presencia de los Magistrados, que habian ofrecido incienso á los Idolos, ¿y habian de haber sufrido que se les acusase de tributar honores divinos á Jesu-Christo, sin destruir jamás esta falsa impostura? No por cierto, antes hubieran publicado todo lo contrario, se hubieran expuesto á la muerte antes que dár lugar á una sospecha tan odiosa y execrable. ¿Qué puede, pues, oponer á esto la incredulidad? y si fuera error el creer que Jesu-Christo es igual á Dios, sería un error que nació con la Iglesia, que ha levantado todo el edificio, que ha formado tantos Mártires, y convertido todo el universo.

¿Pero qué fruto puede sacarse de este discurso, Católicos? El que Jesu-Christo es el grande objeto de la piedad de los Christianos; y con todo eso apenas conocemos á Jesu-Christo. No reparamos en que los demás ejercicios de piedad, son por decirlo así, arbitrarios; pero que este es el fundamento de la fé y de la salud, que esta es la simple y sincera piedad: Que el meditar continuamente en Jesu-Christo, recurrir á él, sustentarse con su doctrina, conocer el espíritu de sus misterios, estudiar sus acciones, y no contar sino con el

merito de su sangre y de su sacrificio, es la sola ciencia, y la obligacion mas esencial de un fiel. Acordaos, pues, Católicos, de que la piedad para con Jesu-Christo es el espíritu íntimo de la religion Christiana. Que no hay edificio tan sólido como el que levanteis sobre este fundamento; y que el principal respeto que os pide es que os parezcáis á él, y que sea su vida el modelo de la vuestra, para que conformes con su semejanza seáis del número de los participantes de su gloria. Amen.



SERMON  
PARA EL DIA  
DE LA EPIPHANIA  
DEL SEÑOR.

*Vidimus Stellam ejus in Oriente, & venimus adorare eum.*

Vimos su Estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarle. *Matth. 2. v. 2.*

SEÑOR.

**L**A verdad, aquella luz del cielo, figurada en la estrella que se manifiesta hoy á los Magos, es la única cosa que hay en la tierra digna de los cuidados y atenciones del hombre: Es la luz de nuestro espíritu, la regla de nuestro corazón, la raíz de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, la suavidad de nuestros males, y el remedio de todas nuestras penas: Ella sola es la seguridad de la buena conciencia, y el terror de la mala; la pena secreta del vicio, y la recompensa interior de la virtud; ella sola inmortaliza á los que la han

merito de su sangre y de su sacrificio, es la sola ciencia, y la obligacion mas esencial de un fiel. Acordaos, pues, Católicos, de que la piedad para con Jesu-Christo es el espíritu íntimo de la religion Christiana. Que no hay edificio tan sólido como el que levanteis sobre este fundamento; y que el principal respeto que os pide es que os parezcáis á él, y que sea su vida el modelo de la vuestra, para que conformes con su semejanza seáis del número de los participantes de su gloria. Amen.



SERMON  
PARA EL DIA  
DE LA EPIPHANIA  
DEL SEÑOR.

*Vidimus Stellam ejus in Oriente, & venimus adorare eum.*

Vimos su Estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarle. *Matth. 2. v. 2.*

SEÑOR.

**L**A verdad, aquella luz del cielo, figurada en la estrella que se manifiesta hoy á los Magos, es la única cosa que hay en la tierra digna de los cuidados y atenciones del hombre: Es la luz de nuestro espíritu, la regla de nuestro corazón, la raíz de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, la suavidad de nuestros males, y el remedio de todas nuestras penas: Ella sola es la seguridad de la buena conciencia, y el terror de la mala; la pena secreta del vicio, y la recompensa interior de la virtud; ella sola inmortaliza á los que la han

han amado; ilustra las cadenas de los que padecen por ella; adquiere los honores públicos á las cenizas de los Mártires y de sus defensores, y hace respetable el desprecio y pobreza de los que todo lo dexaron por seguirla. Finalmente, ella sola inspira pensamientos magníficos, forma hombres heroycos, almas de quienes no es digno el mundo, y sabios mercedores de este nombre; todos nuestros cuidados debieran, pues, limitarse á conocerla, nuestros talentos á manifestarla, nuestro zelo á defenderla: No debieramos buscar en los hombres mas que la verdad, no querer agradarnos sino por la verdad, no estimar en ellos mas que la verdad, y no permitir que ellos quisiesen agradarnos sino por la verdad: En una palabra; parece que debiera bastar el que se nos manifestase, como hoy á los Magos, para amarla, y enseñarnos á conocernos.

No obstante son dignas de admiracion las diferentes impresiones que hace la verdad en los hombres quando se les manifiesta: para unos es una luz que los alumbra, que los liberta, y que manifestandoles su obligacion se la hace amable; para otros es una luz importuna y obscura, que los entristece y molesta: Finalmente, para muchos es una nube espesa, que los irrita, que arma su furor, y acaba de cegarlos: Es la misma estrella que se manifiesta hoy en el firmamento; Los Magos la ven; los Sacerdotes de Jerusalén saben que está anunciada en los Profetas; Herodes no puede dudar de que haya aparecido, pues unos Sabios vienen desde las extremidades del Oriente, buscando, con el favor de su luz, al nuevo Rey de los Judios; con todo eso ofrecen unas disposiciones poco parecidas á la misma verdad que se les manifiesta.

En los Magos halla un corazón docil y sincero; en los Sacerdotes un corazón doble, tímido, flaco, disimulado; en Herodes un corazón obstinado, y corrompido: Por eso en los Magos forma adoradores; en los Sa-

Sacerdotes disimuladores; en Herodes un perseguidor. Esta, pues, Católicos, es tambien entre nosotros la suerte de la verdad; es una luz celestial, que se manifiesta á todos, dice San Agustin: *Omnibus praeesto est*. Pero pocos la reciben, muchos la ocultan, y disfrazan, y aun muchos mas la desprecian y persiguen. Manifiestase á todos, ¿pero cuántas son las almas obstinadas que la desprecian? ¿Cuántos los corazones flacos y tímidos que la disimulan? ¿Cuántos los corazones obstinados que la oprimen y persiguen? Recojamos estos tres caracteres señalados en nuestro Evangelio, que nos instruirán en todas nuestras obligaciones para con la verdad: la verdad recibida: la verdad disimulada: la verdad perseguida. Espiritu Santo, espíritu de verdad, aniquilad en nosotros el espíritu del mundo, este espíritu de error, de disimulo, de horror á la verdad; y en este lugar santo, destinado á formar Ministros que vayan á anunciarla hasta las extremidades de la tierra, hacednos dignos de amar la verdad, de manifestarla á los que la ignoran, y de sufrirlo todo por ella. AVE MARIA.

## PRIMERA PARTE.

Verdad llamo á aquella regla eterna, á aquella luz interior, continuamente presente dentro de nosotros, que nos manifiesta en cada accion lo que se debe abrazar, ó huir; que aclara nuestras dudas, y juzga nuestros juicios; que nos aprueba ó condena interiormente, segun que nuestras costumbres se conforman ó contradicen á su luz; y que estando mas viva y mas resplandeciente en algunos instantes, nos descubre con mas evidencia el camino que debemos seguir, y que nos está señalado por esta luz milagrosa que hoy guia á los Magos á Jesu-Christo.

Esto supuesto digo, que el primer uso que debemos hacer de la verdad es para nosotros mismos: la Igle-

Iglesia nos propone en este dia en la conducta de los Magos el modelo de las disposiciones, que solas pueden hacernos util y saludable el conocimiento de la verdad: pocas almas hay, por mas sumergidas que estén en los sentidos y en las pasiones, cuyos ojos no se abran algunas veces para conocer la vanidad de los bienes que anhelan, la grandeza de las esperanzas que sacrifican, y la indignidad de la vida que hacen. Pero, ¡oh! no se abren sus ojos á la luz, sino para volverse á cerrar inmediatamente; y todo el fruto que sacan de la verdad que se les manifiesta y los ilustra, consiste en añadir á la desgracia de haberla ignorado hasta entonces, el delito de haberla despues inutilmente conocido.

Unos se contentan con hablar de la luz que los hiere, y hacen de la verdad motivo de disputa y de vana Filosofía; otros, sin acabar de resolverse, desean, al parecer, el conocerla, pero no la buscan como se debe, porque en la realidad se enfadarian de haberla hallado. Finalmente, algunos mas dociles se dexan vencer de su evidencia, pero espantados con las dificultades y violencias que les presenta, no la reciben con aquella alegría y agradecimiento que inspira, quando una vez se ha conocido: y estos son los tres escollos que hoy nos enseñan á evitar las disposiciones de los Sabios del Oriente para con la luz del cielo, que viene á manifestarles nuevos caminos.

Aunque acostumbrados por la pública profesion que hacian de la ciencia y de la Filosofía á sujetar todas las cosas al juicio de una vana razon, y á no dexarse llevar de las preocupaciones populares, con todo eso, fiados en la fé de la luz celestial, no se detienen antes de ponerse en camino, á exâminar si la aparicion de este nuevo astro podia provenir de causas naturales; no llaman hombres sabios de todas partes para disputar acerca de un suceso tan inaudito; no gastan el tiempo en vanas dificultades, que por lo comun nacen mas

de

de la oposicion que se tiene á la verdad, que de un sincero deseo de ilustrarse y conocerla. Instruidos por la tradicion de sus Padres de lo que antiguamente habian dicho en Oriente los Israelitas cautivos, y de lo que Daniél, y otros muchos Profetas habian anunciado acerca de la estrella de Jacob, que se habia de manifestar algun dia, conocen desde luego que no deben mezclarse con la luz celestial las vanas reflexiones del espíritu humano; que la claridad que los manifiesta el cielo, basta para determinarlos y conducirlos; que la gracia dexa siempre algunas obscuridades en los caminos por donde nos llama, por no quitar á la fé el mérito de su sumision; y que quando hay la felicidad de percibir un solo vislumbre de verdad, debe la rectitud del corazon suplir lo que falta á la evidencia de la luz: *Vidimus, & venimus.*

No obstante, quantas almas hay en el mundo fluctuantes en la fé, ó por mejor decir, arrastradas de sus pasiones, que tienen por dudosa la verdad que las condena; quantas almas que fluctuando de este modo, vén claramente que la religion de nuestros padres tiene en el fondo unos caracteres de verdad que no se atreviera á disputarselos la razon mas soberbia, y mas osada; que la incredulidad adelanta mucho; que despues de estas dudas, siempre es preciso creer algo; que el no creer nada es un partido aun mas incomprehensible para la razon, que los mismos misterios que la asustan: sienten el gusano de la conciencia, que continuamente les reprehende su descamino y locura, y procuran adormecerle con continuas disputas; que con el pretexto de ilustrarse, resisten á la verdad que se les manifiesta en lo íntimo de su corazon; que sólo consultan para poderse decir á sí mismos, que no han podido satisfacer á sus dudas; que no consultan á los mas habiles, sino por tener un nuevo motivo de incredulidad, por haberles consultado en vano. Parece que la religion no es mas

Tomo I.

Pp

que

que para discursos; no se mira como un negocio serio, en que no debemos perder un instante; es una simple materia de conversacion, como antiguamente en el Areapago; es un descanso del ocio, y una de las quëstiones inútiles que llenan el vacío de las conversaciones, y mantienen el enfado y vanidad de los comercios.

Pero, Católicos, *el Reyno de Dios no viene con observacion.* (a) La verdad no es fruto de las contiendas y disputas, sino de las lágrimas y suspiros; solamente purificando nuestro corazon en el silencio, y en la oracion, debemos esperar, como los Magos, la luz del cielo, para hacernos dignos de discernirla y conocerla. Un corazon corrompido, dice San Agustin, puede vér la verdad, pero no podrá gustarla, ni tenerla por amable: Por mas que os ilustréis é instruyais, vuestras dudas están en vuestras pasiones: La religion será clara luego que vosotros seais castos, templados y equitativos; y tendreis fé luego que dexéis de tener vicios: No tengais interés en que sea falsa la religion, y la hallareis incontrastable; no aborrezcais sus máximas, y no disputareis sus misterios: *Inherere veritati sordidus animus non potest.*

El mismo Agustino, convencido ya de la verdad del Evangelio, hallaba aún en el amor á los deleytes, dudas y anxiedades que le detenian: No eran ya los sueños de los Manicheos los que le apartaban de la fé; conocia su necedad y fanatismo; ni tampoco eran las falsas contradicciones de nuestros Libros santos; Ambrosio le habia descubierto el secreto y los adorables misterios; con todo eso aún dudaba: El solo pensamiento de que era preciso renunciar sus vergonzosas pasiones, haciendose discipulo de la fé, se la hacia aun

(a) *Luc. 17. v. 20.*

sospechosa: Hubiera querido, ó que la doctrina de Jesu-Christo fuera una impostura, ó que no condenara los deleytes, sin los que no podia alcanzar como se podia vivir una vida feliz y tranquila: De este modo, fluctuando siempre sin querer fijarse, consultando sin cesar, y temiendo ser ilustrado; siempre discipulo y admirador de Ambrosio, y siempre agitado con las inquietudes de un corazon que huía de la verdad, arrastraba su cadena, como dice él mismo, temiendo la libertad: seguia proponiendo dudas para dár largas á sus pasiones; queria ser mas ilustrado, porque temia el serlo demasiado: *Trahebam catenam meam, solvi timens*, (a) y mas esclavo de sus pasiones que de sus errores, solo repugnaba la verdad que se le manifestaba, porque la miraba como una mano victoriosa, que venia á romper por último los lazos que aun amaba: *Repellens verba benè suadentis, tanquam manum solventis.* Hoy, pues, la luz del cielo no halla dudas que disipar en el espiritu de los Magos, porque no halla en su corazon pasiones que combatir, y merecen ser las primicias de los Gentiles, y los primeros discipulos de la fé que habia de sujetar todas las Naciones á el Evangelio: *Vidimus, & venimus.*

No quiero decir que no haya muchas veces necesidad de añadir á la luz que nos alumbra, los votos de los que están destinados á discernir, si es bueno el espiritu que nos mueve; es la ilusion tan parecida á la verdad, que muchas veces es difícil no engañarse; por eso los Magos para mas asegurarse de la verdad del prodigio que los guia, vienen en derechura á Jerusalén: consultan á los Sacerdotes y Doctores, que son los que pueden descubrirles la verdad que buscan: pre-

(a) *S. Aug. in Conf.*

guntan unánimemente y sin rodeos, en medio de esta gran ciudad: ¿Dónde está el Rey de los Judios recién nacido? *Ubi est, qui natus est Rex Judaeorum?* No proponen su pregunta con mitigaciones proporcionadas á que les den una respuesta engañosa; quieren ser ilustrados; no quieren que los adulen; buscan la verdad sinceramente, y por eso la hallan: *Ubi est, &c.*

Esta es una nueva disposicion, bastante rara entre los Fieles. ¡Ah! Nosotros no hallamos la verdad, porque no la buscamos con corazon recto y sincero; esparcimos sobre todos los pasos que damos para buscarla, unas nubes que la ocultan á nuestra vista; consultamos, pero damos un colorido tan favorable á nuestras pasiones, las exponemos con unos colores tan parecidos á la verdad, que hacemos que nos respondan que es ella; no queremos ser instruidos; queremos ser engañados, y añadir á la pasion que nos cautiva una autoridad que nos sosiegue.

Esta es la ilusion de la mayor parte de los hombres, y muchas veces, aun de aquellos, que tocados de Dios, se han retirado de los desordenes de una vida mundana: Sí, Católicos; por mas sincera que por otra parte parezca nuestra conversion, si entramos dentro de nosotros mismos, veremos que siempre hay en nosotros algun punto, algun apego secreto y privilegiado, en que no procedemos con sinceridad; el que nunca manifestamos con claridad á nuestro director; acerca del qual nunca buscamos la verdad sinceramente; en una palabra, respecto del que sentiriamos el haberla hallado: De aqui proviene que las flaquezas de los justos dan todos los dias tantos motivos de irrision á los mundanos; de aqui proviene que hagamos que continuamente caygan sobre la virtud tantas reprehensiones y censuras, que solo debieran caer sobre nosotros: No obstante, si se nos oye, nosotros amamos la verdad; queremos que nos la den á conocer; pero la prueba de que

que esto no es mas que un vano discurso, es que en todo lo que mira á esta pasion favorita, que hemos como salvado entre las ruinas de las otras, quantos nos tratan guardan un profundo silencio. Nuestros amigos callan; nuestros superiores se ven precisados á disimular; nuestros inferiores están alerta, valiendose de continuas precauciones; no nos hablan de ella sino con una blandura, que pone un velo á nuestras llagas; nosotros somos los unicos que ignoramos nuestra miseria; todos la ven, y nadie se atreve á manifestarnosla; todos conocen que no buscamos la verdad de buena fé, y que la mano que nos descubriese nuestra herida, en vez de curarnos, no conseguiria mas que hacer una nueva llaga.

David no conoció ni respetó la santidad de Natham, hasta despues que este Profeta le habló sinceramente acerca del escandalo de su conducta: Desde este dia hasta el fin le miró como á su libertador y padre; y con nosotros pierde todo el merito el que intenta hacer que nos conozcamos; antes era prudente, sabio, caritativo, tenia todos los talentos propios para grangearse la estimacion y la confianza: Oíamos con gusto á los Bautistas, como en otro tiempo un Rey incestuoso; pero despues que nos hablan con claridad, despues que nos han dicho, *no es licito*, (a) han perdido en nuestro concepto todas estas grandes prendas. Tenemos su zelo por mal humor, su caridad por obstinacion, ó por gana de censurarlo y contradecirlo todo; su piedad por imprudencia ó ilusion con que ocultan su soberbia; su verdad por una fantasma que toma su figura; por eso convencidos muchas veces en secreto de la injusticia de nuestras pasiones, quisieramos que los demás las aprobasen; y obligados con el testimonio

(a) *Matth. 14. v. 4.*

interior de la verdad, á echarnoslas en cara á nosotros mismos, no podemos sufrir que nos las manifiesten: sentimos el que los demás se unan á nosotros contra nosotros mismos: semejantes á Saúl, queremos que Samuel apruebe en público lo que nosotros condenamos en secreto; y por una corrupcion de corazon, peor acaso que nuestras mismas pasiones, no pudiendo apagar la verdad en el fondo de nuestro corazon, quisieramos extinguirla en el de todos los que se nos acercan. Luego con razon decia yo, que todos nos preciamos de amar la verdad, pero que son pocos los que la buscan con un corazon recto y sincero como los Magos.

El poco caso que tambien hacen de las dificultades que parecian apartarlos de lo que buscaban, es una nueva prueba de que lo buscan con sinceridad y buena fé. Porque, Católicos, ¿qué singular no debiera parecer á su espiritu el extraordinario camino que les propone la gracia? Solos en medio de su nacion, entre tantos Sabios, sin respeto á sus parientes y amigos, á pesar de los discursos é irrisiones públicas, quando todos los demás, ó desprecian esta estrella milagrosa, ó miran la observacion é intentos de estos tres Sabios como un designio insensato, ó una flaqueza popular contra el comun dictamen, ellos solos siguen la nueva guia que los manifiesta el cielo: ellos solos abandonan su patria, y sus hijos, y tienen en nada una singularidad, cuya necesidad y sabiduría les descubre la luz celestial. *Vidimus, & venimus.*

Ultima instruccion: El que la verdad se nos manifieste casi siempre inutilmente, consiste, Católicos, en que no juzgamos de ella por las luces que dexa en nuestra alma, sino por la impresion que hace en los demás hombres entre quienes vivimos: no consultamos á la verdad en nuestro corazon, sino solamente en la idea que forman los demás. Por eso la luz del cielo mil veces nos turba, y nos ilustra inutilmente acerca de los caminos que de-

debemos seguir: la primera reflexion que hacemos despues acerca del exemplo de los demás hombres que viven como nosotros, nos asegura y esparce una nueva nube sobre nuestro corazon. En aquellos felices instantes, en que solamente consultamos la verdad en nuestra propia conciencia, nos condenamos á nosotros mismos, temblamos de lo por venir, y nos proponemos una nueva vida: entrando en el instante siguiente en el mundo, y no consultando mas que el exemplo comun, nos justificamos, nos restituimos á la falsa paz que habiamos perdido, desconfiamos de la verdad, á quien contradice el comun exemplo, la retenemos en la injusticia, la sacrificamos al error y á la opinion pública, se nos hace sospechosa, porque nos escoge á nosotros solos para favorecernos con sus luces, y la misma singularidad de su beneficio nos hace ingratos y rebeldes: No alcanzamos que el trabajar por la salvacion es distinguirse del resto de los hombres, es vivir solo en medio de la multitud, es estar solo de su parte en medio de un mundo, que, ó nos condena, ó nos desprecia; en una palabra, es no tener en nada los malos exemplos, y moverse solamente por las obligaciones. No alcanzamos que el perderse consiste en vivir como los otros, en conformarse con la multitud, en no distinguirse en nada de los del mundo, en formar un mismo cuerpo y un mismo mundo con él: No conocemos que el mundo está ya juzgado, que este cuerpo del Ante-Christo perecerá con su cabeza y sus miembros, que esta ciudad criminal será herida de maldicion, y condenada á una anathema eterna. Sí, Católicos, el mayor obstáculo que hallan la gracia y la verdad en nuestros corazones es la opinion pública. ¿Quántas almas tímidas no se atreven á convertirse de veras, por no desamparar al mundo á quien sirven de espectáculo? Por eso aquel Rey de Asiria no se atrevia á declararse por el Dios de Daniél, porque los grandes de su Corte hubieran condenado su conducta. ¿Quántas almas fieles hay que



que disgustadas de los placeres, solo los siguen movidas de un falso honor, y por no distinguirse de aquellas que las incitan con su exemplo? Por eso Aarón, en medio de los Israelitas, danzaba al rededor del Becerro de Oro, y ofrecia con ellos incienso al Idolo que detestaba, porque no se hallaba con fuerzas para resistir solo al error público. ¡Oh, y qué insensatos somos! Solo el exemplo público es el que nos asegura contra la verdad, como si los hombres fueran nuestra verdad, ó como si debieramos buscar la regla y la luz, que debe conducirnos, en la tierra, y no en el cielo, como los Magos. Es verdad que muchas veces no es el respeto humano quien apaga la verdad en nuestro corazon, sino las violencias y trabajos que ella nos presenta. Por eso nos entristece como á aquel Joven del Evangelio, y no la recibimos con aquella alegría que manifestaron los Magos quando volvieron á ver la estrella milagrosa. *Videntes stellam gavisissimi sunt gaudio magno valde.* Vieron la magnificencia de Jerusalén, la pompa de sus edificios, la magestad de su templo, el resplandor y grandeza de la Corte de Herodes; pero no dice el Evangelio que les moviese este vano espectáculo de las pompas humanas: Miraban todos estos grandes objetos del deseo, sin atención, sin deleyte, sin gusto, sin señal alguna de admiración ni pasmo: no piden que se les enseñen los tesoros y riquezas del templo, como antes habian hecho con Ezechias los enviados de Babilonia; y atentos únicamente á la luz del cielo, que antes se les habia manifestado, no tienen ojos para ver nada de quanto pasa en el mundo; movidos solamente de la verdad que los ha ilustrado, todo lo demás les es indiferente ó molesto; y desengañado del todo su corazon, nada hallan que los alegre, que los interese, y consuele, sino la verdad. *Vidimus stellam, &c.*

Por lo que á nosotros toca, Católicos, acaso los primeros rayos de verdad, que la bondad de Dios der-

ramó sobre nuestros corazones, movieron en nosotros un gusto sensible; el proyecto de una nueva vida que formabamos al principio; la novedad de las luces que nos ilustraban, y las que con especialidad no conocíamos; el cansancio, y el disgusto de las pasiones, en las que no conocia nuestro corazon mas que las amarguras, y penas; la novedad de las ocupaciones que nos proponiamos en esta mudanza, todo esto nos ofrecia imagenes agradables; la novedad por sí sola agrada. Pero esta alegría no duró mas que un instante, como dice el Evangelio: *Ad horam exultare in luce ejus.* (a) A proporcion que la verdad se nos iba manifestando mas de cerca, nos parecia, como á San Agustin, quando aún era pecador, ménos amable y alhagueña. *Quanto proprius admovebatur, tanto ampliore inculiebat terrorem.* (b) Quando despues de esta primera vista examinamos despacio y por menor las obligaciones que nos imponia, las separaciones dolorosas que nos mandaba, el retiro, la Oracion, las maceraciones, y las violencias que nos manifestaba como indispensables, la vida sería, ocupada, interior en que nos empeñaba, empezabamos tristes é inquietos á apartarnos de ella: todas las pasiones la opusieron nuevos obstáculos: todo se nos presentaba baxo unas imagenes lúgubres y nuevas; y lo que al principio nos habia parecido tan agradable, mirado mas de cerca nos parece un objeto espantoso, un camino áspero é inaccesible á la flaqueza humana. *Ad modicum exultare in luce ejus.*

¿Dónde están las almas, que como los Magos, despues de haber conocido la verdad, no quieren ver mas que á ella, que no tienen ojos para el mundo, para el vacío de sus placeres, y para la vanidad de sus pompas y de sus espectáculos: que no hallan alegría si-

no

(a) Joan. 15. v. 35. (b) S. Agust. in Conf. Tomo I. Q9

no quando están ocupados en la verdad; que en la verdad hallan el alivio de todas sus penas, el estímulo contra su pereza, el socorro en sus tentaciones, y las mas castas delicias de su alma? Y á la verdad ¡oh Dios mio! el mundo, sus deleytes, sus esperanzas, sus grandezas parecen vanas, pueriles, enfadosas á una alma que os ha conocido, y que ha conocido la verdad de vuestras eternas promesas: á una alma que conoce que todo lo que no es vos, no es digno de ella, y que mira á la tierra como patria de los que deben perecer eternamente: Nada puede consolarla sino lo que la manifiesta los bienes verdaderos: Nada la parece digno de su atencion sino lo que ha de durar eternamente: Nada puede agradarla sino lo que siempre ha de agradar: Con nada es capaz de unirse sino con lo que nunca ha de perder; y todos los falsos objetos de la vanidad no son para ella mas que, ó estorvo de su piedad, ó tristes monumentos que la acuerdan la memoria de sus delitos. *Videntes stellas, &c.*

Esta es la verdad recibida de los Magos con sumision, con sinceridad, con alegría. Veamos ahora en la conducta de los Sacerdotes la verdad disimulada; y despues de habernos instruido en el uso que debemos hacer de la verdad respecto de nosotros, veamos el que hemos de hacer de la misma respecto á los demás.

## PARTE SEGUNDA.

**L**A primera obligacion que nos impone la ley de la caridad para con nuestros hermanos es la obligacion de la verdad. No somos deudores á todos los hombres de los cuidados, de los deseos de servirlos, de las fatigas; pero á todos somos deudores de la verdad: Los diferentes estados que el nacimiento y las dig-

dignidades nos dán en el mundo, diferencian nuestras obligaciones respecto de nuestros hermanos; pero la obligacion de la verdad en todos los estados es la misma. Somos deudores de ella, tanto á los grandes como á los pequeños; tanto á nuestros criados, como á nuestros amos; tanto á los que la aman, como á los que la aborrecen; á los que quieren valerse de ella contra nosotros, como á los que quieren aprovecharse de ella. Hay algunas ocasiones en que la prudencia permite ocultar y disimular el amor que tenemos á nuestros hermanos, pero ninguna hay en que sea licito disimular la verdad: En una palabra, la verdad no es nuestra; nosotros no somos mas que sus testigos, sus defensores, y sus depositarios: Es la luz de Dios infusa en el hombre, que debe ilustrar á todo el mundo; y quando la disimulamos hacemos injusticia á nuestros hermanos, á quienes pertenece como á nosotros, y somos ingratos á el padre de las luces, que la ha derramado en nuestra alma.

Con todo eso el mundo está lleno de disimuladores de la verdad; parece que no vivimos mas que para engañarnos unos á otros; y la sociedad, cuyo primer lazo debiera ser la verdad, no es mas que un comercio de ficcion, de engaño, y de artificio. En la conducta de los Sacerdotes de nuestro Evangelio vemos los diversos géneros de disimulo con que todos los dias se hacen los hombres culpables para con la verdad: hallamos en ellos un disimulo de silencio; un disimulo de condescendencia; y un disimulo de ficcion y mentira.

*Disimulo de silencio:* Consultados por Herodes acerca del lugar en que debia nacer Jesu-Christo, es verdad que responden, que Bethlem era el lugar señalado por los Profetas, en donde se habia de efectuar este gran suceso. *At illi dixerunt in Bethlem Judæ.*

*da.* (a) Pero no añaden, que habiendose ya por último manifestado la estrella anunciada en los Libros santos, y viniendo los Reyes de Sabá, y de Arabia con presentes á adorar al nuevo Gefe, que habia de regir el pueblo de Israel, no habia ya duda en que las nubes hubieran parido al Justo: no juntan los pueblos para anunciarlos esta feliz nueva; no corren los primeros á Bethlem para animar á Jerusalén con su exemplo; encerrados dentro de su culpable temor, guardan un profundo silencio, retienen la verdad en la injusticia; y quando los extranjeros vienen de las extremidades del Oriente á publicar en Jerusalén, que ha nacido el Rey de los Judios, los Sacerdotes y los Doctores callan, y sacrifican á la ambicion de Herodes los intereses de la verdad, la mas amada esperanza de la nacion, y el honor de su ministerio.

¡Qué vileza para unos Ministros de la verdad! El favor del Principe les mueve mas que el sagrado depósito de la religion de que están encargados: El resplandor del trono apaga en su corazon la luz del cielo; lisongean con un infame silencio á un Rey que los consulta, y que solo de ellos podia saber la verdad; le confirman en el error, ocultandole lo que hubiera pedido desengañarle. ¿Pues cómo podrá llegar la verdad á los soberanos, si los mismos Ungidos del Señor, que rodean el trono, no se atreven á anunciarla, y se unen á los que habitan en las cortes para ocultarla y callar?

Pero esta obligacion, Católicos, os es comun con nosotros en algun modo, y con todo eso hay en el mundo pocas personas, aun de aquellas que viven en la piedad, que no sean culpables todos los dias de este disimulo de silencio para con sus hermanos. Les

(a) *Matth. 2. v. 5.*

parece á algunos haber cumplido con quanto deben á la verdad, con solo no declararse contra ella; oyen continuamente á los mundanos desacreditar la virtud; defender la doctrina del mundo, justificar sus abusos y sus máximas, debilitar, ó combatir las del Evangelio, blasfemar muchas veces lo que ignoran, hacerse muchas veces jueces de la misma Fé que los ha de juzgar; oyenlos, vuelvo á decir, y aunque no subscriben á su impiedad, no la reprueban abiertamente, contentandose con no autorizar con su voto sus blasfemias ó sus preocupaciones.

Digo, pues, que tocandonos á cada uno en particular los intereses de la verdad, el callarla quando abiertamente la impugnan en nuestra presencia es hacernos sus perseguidores y contrarios; y añadiendo que aquellos principalmente á quienes Dios ha ilustrado, faltan entonces al amor que deben á sus hermanos, pues la obligacion para con ellos se aumenta á proporcion de las gracias que Dios les ha hecho, y así son para con Dios culpables de ingratitude: no agradeceis suficientemente, vosotros en particular los que habeis recibido estos dones, el beneficio de la gracia y de la verdad con que os ha favorecido en medio de vuestras insensatas pasiones, con que ha disipado vuestras tinieblas, y os ha llamado á sí, quando seguiais las sendas falsas é injustas; sin duda que derramando de este modo la luz en vuestro corazon, no atendió solamente á vosotros; ha querido que vuestros parientes, vuestros amigos, vuestros súbditos, vuestros amos hallen en vosotros, ó su instruccion, ó su censura; ha querido favorecer vuestro siglo, vuestra nacion, vuestra patria, favoreciendolos á vosotros: porque el Señor forma á los escogidos, ó para la salud, ó para la condenacion de los pecadores; su fin ha sido poner en vosotros una luz que pueda alumbrar en medio de las tinieblas, que perpetuase la verdad entre los hombres,

y que diese testimonio de la justicia y sabiduría de su ley en medio de las preocupaciones y vanos pensamientos de un mundo profano.

No oponiendo, pues, mas que un debil y tímido silencio á las máximas que impugnan á la verdad, no cumplís con los fines de las misericordias de Dios para con vuestros hermanos; inutilizais para su gloria y para la extension de su reyno, el talento de la verdad que os habia entregado, y del que particularmente os pedirá una estrecha cuenta: Habló principalmente con vosotros, los que en otro tiempo defendisteis con tanto ardor los errores y las máximas profanas del mundo: que fuisteis sus apologistas intrépidos y declarados: el Señor tenia derecho para pedir os que os declaraseis con el mismo valor por la verdad; con todo eso, no ha conseguido su gracia mas que el hacer de un zeloso partidario del mundo, un discipulo tímido del Evangelio; aquellas demostraciones de confianza y de intrepidez con que en otro tiempo haciais la apología de las pasiones, os han abandonado desde que defendisteis los intereses de la virtud; aquella audacia que en otro tiempo hacía callar á la verdad, calla hoy á vista del error; y la verdad que hace intrépidos y valientes, dice San Agustin, á los que la tienen de su parte, os ha hecho flacos y cobardes.

Bien sé que hay tiempo de hablar, y tiempo de callar, y que el zelo de la verdad tiene sus reglas y medidas; pero no quisiera que las almas que conocen á Dios, y que le sirven, oyesen continuamente trastornar las máximas de la religion, herir la raputacion de sus hermanos, justificar los infames abusos del mundo, sin atreverse á defender los intereses de la verdad ultrajada; no quisiera que el mundo tubiera sus apasionados declarados, y que Jesu-Christo no pudiese hallar los suyos; no quisiera que los Justos se for-

ma-

masen una falsa cortesía para disimular los desordenes de los pecadores, de que continuamente son testigos, quando al mismo tiempo los pecadores hacen gala de proponerlos y defenderlos en su presencia; quisiera que una alma fiel conociese que solo se debe tener respeto á la verdad, y que no está en la tierra mas que para glorificar á la verdad; quisiera que llevase sobre su frente el noble valor que inspira la gracia; el candor heroyco que produce el desprecio del mundo y de toda su gloria; la libertad generosa y christiana que no considera mas que los bienes eternos, que no espera mas que á Dios, que á nada teme sino á su propia conciencia, que no condesciende sino con los intereses de la justicia y de la caridad, y que solo intenta agradar con la verdad; quisiera que la sola presencia de una alma justa hiciese callar á los enemigos de la virtud; que estos respetasen al carácter de la verdad, que debe llevar gravado en su frente; que temiesen su santa generosidad, y que á lo menos honrasen con su silencio y con su confusion á la virtud que ocultamente desprecian. Los Israelitas entregados á sus danzas, á sus regocijos profanos, y á sus clamores impíos é insensatos al rededor del Becerro de oro, se suspenden, y guardan un profundo silencio al presentarse Moyses, que baxa del monte, armado solamente con la ley del Señor, y con su eterna verdad. Este es el disimulo de silencio.

*El segundo modo de disimular la verdad, es el suavizarla con mitigaciones y condescendencias que la ofenden:* Los Magos no podian sin duda ignorar, que no podia ser agradable á Herodes la nueva que venian á anunciar á Jerusalén: este extranjero, por sus artificios había llegado á sentarse sobre el trono de David, pero no gozaba tan pacíficamente del fruto de su usurpacion, que no estubiese continuamente temiendo que viniese algun heredero de la sangre de los

los Reyes de Judá, á arrojarle de la herencia de sus padres, y á reintegrarse en el trono prometido á su posteridad. ¿Con qué gusto, pues, podia mirar á unos hombres, que venian á declarar en medio de Jerusalén, que habia nacido el Rey de los Judios, y á declararlo á un pueblo tan zeloso de la sangre de David, y tan impaciente con todo dominio extranjero? No obstante, los Magos nada ocultan de quanto vieron en Oriente, ni templan este gran suceso con expresiones menos propias para despertar los zelos de Herodes; podian llamar al Mesías que buscaban, el enviado del cielo, ó el deseado de las naciones; podian distinguirlo con títulos menos odiosos á la ambicion de Herodes; pero llenos de la verdad que se les manifestó, no conocen estas tímidas evasiones; estaban persuadidos á que los que no quieren recibir la verdad, sino con el favor de sus errores, no son dignos de conocerla; no saben cubrirla con respetos y disfraces indignos de ella; y preguntan sin rodeos: ¿dónde está el nuevo Rey de los Judios? y no contentos con mirarle como dueño de la Judea, declaran que aun el cielo le pertenece, que son suyos los Astros, y que solo se manifiestan en el Firmamento para executar sus órdenes: *Vidimus enim, &c.*

Al contrario los Sacerdotes y Doctores, obligados por la evidencia de las Escrituras á glorificar á la verdad, la mitigan con expresiones disfrazadas; procuran unir el respeto que deben á la verdad, con la condescendencia que quieren conservar con Herodes; suprimen el título de Rey que acaban los Magos de dar al Mesías, y que tantas veces le habian dado los Profetas; se le demuestran por una qualidad que podia denotar en él igualmente una autoridad de doctrina, ó de poder: le anuncian mas como Legislador establecido para arreglar las costumbres, que como Soberano sus-

sus-

suscitado para librar á su pueblo de la esclavitud: *Ex te enim exiet dux, qui regat populum meum Israel.* (a) Y aunque ellos mismos esperaban un Mesías Rey y Conquistador, suavizan la verdad que quieren anunciar, y acaban de cegar á Herodes, á quien li-songean.

¡Deplorable suerte de los Grandes! Los labios de los Sacerdotes se debilitan quando los hablan; luego que se manifiestan sus pasiones, se les trata con cautela; la verdad nunca se les presenta sino con dos caras, de las cuales la una siempre es favorable; no quieren los Sacerdotes hacer traycion á cara descubierta á su ministerio, y á los intereses de la verdad; pero quieren conciliarlos con sus propios intereses: intentan salvar la regla y sus pasiones, como si pudieran subsistir las pasiones con la regla que las condena; rara vez sucede que los Grandes se instruyan, porque rara vez sucede que al tiempo de instruirlos no se intente agradarlos; con todo eso, los mas amarian la verdad si la conocieran; las pasiones y los excesos de la edad, favorecidos de los deleites que los cercan, pueden detenerlos; pero el fondo de religion que tienen, les hace que respeten siempre á la verdad; puede decirse que la ignorancia condena mas Principes y Grandes, que personas de mas baxa esfera; y que la vil condescendencia que con ellos se usa, deshonorá mas el ministerio, y ocasiona mas oprobios á la religion que los mayores escandalos que afligen la Iglesia.

La conducta de estos Sacerdotes os parecerá indigna, Católicos; pero si quereis juzgaros á vosotros mismos, y examinar menudamente vuestras obligaciones, vuestras conexiones, y vuestras conversaciones, vereis que to-

(a) *Matth. 2. v. 6.*

dos vuestros discursos, y todos vuestros pasos no son más que mitigaciones de la verdad, y arbitrios para conciliarla con las preocupaciones ó pasiones de aquellos con quienes tenéis que vivir; nunca les manifestamos la verdad, sino por aquella parte por donde puede agradarles; siempre hallamos algo bueno, aun en sus más deplorables vicios; y como todas las pasiones se parecen á alguna virtud, siempre las salvamos á favor de esta semejanza.

Por eso en presencia de un ambicioso hablamos siempre del amor á la gloria, y del deseo de conseguirla; como de las únicas inclinaciones que forman los hombres grandes; lisongeamos su soberbia, encendemos sus deseos con esperanzas y pronósticos lisongeros y quiméricos; mantenemos el error de su imaginación, representándole fantasmas con que él mismo se sustenta continuamente: acaso alguna vez nos compadecemos en general de los hombres, que tanto se agitan por unas cosas que distribuye la casualidad, y que mañana nos quitará la muerte, pero no nos atrevemos á reprehender al insensato, que sacrifica á este humo su sosiego, su vida, y su conciencia: en presencia de un vengativo justificamos su sentimiento y su colera; le minoramos su delito, autorizando la justicia de sus quejas; lisongeamos su pasión, exágerando la maldad de su enemigo; solemos atrevernos á decir, que es preciso perdonar; pero no nos atrevemos á añadir, que el primer grado del perdón es no hablar de la injuria recibida.

En presencia de un cortésano mal contento con su fortuna, y envidioso de la de otros, le manifestamos sus concurrentes baxo aquel aspecto que les es menos favorable; ocultamos con destreza su mérito y su gloria, para que no se ofenda la vista del que nos escucha; minoramos y obscurecemos el resplandor de sus talentos y servicios, y con nuestras injustas condes-

condencias agriamos la pasión, le ayudamos á cegarse, y á mirar todos los honores que se distribuyen á sus próximos, como usurpaciones hechas á él; ¡pues en la presencia de un pródigo! Sus profusiones no son en nuestra boca más que una señal de generosidad y magnificencia. En la presencia de un avaro, su dureza y mezquindad no son más que una sábia moderación, y una economía doméstica. En la presencia de un Grande, sus preocupaciones y errores hallan siempre en nosotros dispuestas las apoloías: respetanse sus pasiones como su autoridad, y sus preocupaciones se hacen nuestras. Finalmente, tomamos los errores de todos aquellos con quienes vivimos; nos transformamos en ellos; nuestro mayor estudio consiste en conocer sus flaquezas, para apropiarnoslas; no tenemos idioma propio; hablamos siempre el lenguaje de los otros; nuestros discursos no son más que una repetición de sus preocupaciones; y á este indigno abajamiento de la verdad llamamos ciencia del mundo, y prudencia que sabe gobernarse, y el grande arte de conseguir y agradar: ¡Oh hijos de los hombres, hasta cuándo amareis la vanidad y la mentira! (a)

De este modo, Católicos, perpetuamos el error entre los hombres; autorizamos todos los abusos, justificamos sus falsas máximas, damos un colorido de inocencia á todos los vicios, mantenemos el reyno del mundo y su doctrina contra el de Jesu-Christo, y corrompemos la sociedad, cuyo primer vínculo debiera ser la verdad. De las obligaciones y cortesías de la vida civil, establecidas para animarnos á la virtud, formamos lazos y ocasiones inevitables de ruina: mudamos la amistad, que debiera ser el remedio de nues-

(a) Psalm. 40. v. 3.

Rr 2

tros errores y desordenes, en un comercio de disfraz y seduccion: en una palabra, haciendo de este modo rara la verdad entre los hombres, la hacemos odiosa ó ridicula; y quando digo háceños, hablo principalmente con aquellas almas entregadas á Dios, y que están encargadas en la tierra de los intereses de la verdad. Quisiera, Católicos, que las almas fieles usasen en el mundo de distinto lenguaje; que se hallasen en ellas otras máximas, otros pensamientos distintos de los de los demás hombres, y que mientras todos hablan el idioma de las pasiones, ellas solas hablasen el de la verdad: quisiera que ya que el mundo tiene sus *Balaanes*, que con sus discursos y consejos autorizan el desorden y la liberrad; tuviese también la piedad sus *Phinees*, que abiertamente se declarasen por los intereses de la ley de Dios, y de la santidad de sus máximas; que ya que el mundo tiene sus impíos y sus falsos sabios, que se glorían de publicar que se debe gozar de lo presente, y que el fin del hombre no es distinto del de las bestias, la piedad tuviese sus Salomones, que desengañados con su propia experiencia, se atreviesen á publicar altamente que fuera del temor del Señor, y la obediencia á sus preceptos, todo lo demás es vanidad; que ya que el mundo tiene sus encantadores que engañan á los pueblos, y á los Reyes, con sus adulaciones y prestigios, tuviese la piedad sus Moysés, y Aarones, que tuviesen valor para confundir con la fuerza de la verdad sus artificios é imposturas: en una palabra, que ya que el mundo tiene sus Sacerdotes y Doctores que debilitan la verdad, como los del presente Evangelio, tuviese la piedad sus Magos, que no temiesen el anunciarla, aun delante de aquellos á quienes no puede menos de desagradar.

No condeno por esto las condescendencias de una sábia prudencia, que parece concede alguna cosa á las pre-

preocupaciones de los hombres, solamente por atraerlos con mas seguridad á la regla, y á la obligacion: Bien sé que la verdad no quiere defensores indiscretos y temerarios; que las pasiones de los hombres piden ciertas condescendencias y respetos; que son enfermos á quienes muchas veces es preciso disfracar y suavizar los remedios, y casi siempre curarlos sin que lo conozcan: Bien sé que todos los rodeos que no se dirigen mas que á establecer la verdad, no son flaquezas, sino arbitrios, y que la regla mas segura del zelo de la verdad es la caridad y la prudencia; pero no es esto lo que se intenta, quando se la debilita con condescendencias indignas y lisongeras; se quiere agradar; no se intenta edificar; nos ponemos nosotros en el lugar de la verdad, y queremos grangearnos los votos que solo á ella se deben; ni basta el responder que los justos que se precian de no poder hacer traycion á la verdad, tienen por lo comun mas austeridad y obstentacion, que caridad. El mundo siempre falso, cuyos comercios y conexiones caminan siempre sobre el disimulo y artificio, que funda en esto su honor y su ciencia, y que no conoce esta noble rectitud, no puede suponerla en los demás; su profunda corrupcion es quien le hace sospechosa la sinceridad y el valor de los justos; su proceder le parece temerario, porque para él es nuevo; y como advierte en él algo de extraordinario, mas quiere persuadirse á que es soberbia, ó extravagancia, que virtud.

Y de aqui proviene el que no solo se disfracza la verdad, sino que publicamente se la hace traycion. El último disimulo de los Sacerdotes de nuestro Evangelio es un disimulo de mentira: no se contentan con alegar las Profecías en términos oscuros y disfraczados, sino que viendo que los Magos no volvian de Je-

Jerusalén, como lo habian prometido; añaden, sin duda por sosegar á Herodes, que avergonzados de no haber hallado al nuevo Rey que buscaban, no se han atrevido á parecer; que son unos extranjeros poco versados en la ciencia de la Ley, y de los Profetas; y que la luz del cielo á quien decian seguir, no era mas que una ilusion vulgar, y una preocupacion supersticiosa de una nacion bárbara y crédula; y á la verdad era preciso que ellos hablasen á Herodes de este modo, pues su modo de proceder fue consiguiente, y no van á Bethlem á buscar al nuevo Rey recién nacido, como para acabar de persuadir con esto á Herodes, que en la pesquisa supersticiosa de estos Magos, habia mas de credulidad que de verdad.

Y esto es en lo que por último venimos á parar, á fuerza de condescender con las pasiones de los hombres, y de querer agradarlos á costa de la verdad; por último la abandonamos á las claras; la sacrificamos con cobardía, y sin rodeo á nuestros intereses, á nuestra fortuna, y á nuestra gloria; hacemos traycion á nuestra conciencia, á nuestra obligacion, y á nuestras luces; por eso, luego que la verdad nos incomoda, nos expone, nos daña, ó nos hace molestos, la negamos, la despreciamos, la entregamos á la opresion, y á la injusticia: negamos como Pedro el que se nos haya visto ser sus discipulos; de este modo nos formamos un corazon cobarde y vil, á quien nada cuesta una mentira util; un corazon lleno de dobléz y artificio, que toma todas las figuras, sin tener jamás ninguna fija; un corazon flaco y lisongero, que no se atreve á negar su voto sino á la virtud inutil y desgraciada; un corazon corrompido é interesado, que hace servir á sus fines la religion, la verdad, la justicia, y quanto hay de mas sagrado entre los hombres:

bres: en una palabra, un corazon capaz de todo, menos de ser verdadero, generoso, y sincero. Y no os parezca que son raros en el mundo los pecadores de este carácter; en estos defectos solo huimos la publicidad y la vergüenza; las maldades seguras y ocultas hallan pocos corazones escrupulosos, y las mas veces no amamos en la verdad mas que la reputacion y la gloria.

Solamente debemos cuidar de que quando intentamos defender los intereses de la verdad, no defendamos las ilusiones de nuestro propio espíritu. La soberbia, la ignorancia, la porfia dán todos los dias al error unos defensores tan intrépidos y obstinados, como aquellos de que se gloria la Fé. La sola verdad digna de nuestro amor, de nuestro zelo, y de nuestro valor, es la que nos manifiesta la Iglesia: solo por ella es por quien debemos sufrirlo todo: sin ella no somos mas que los mártires de nuestra obstinacion, y de nuestra vanidad.

¡Oh Dios mio! Derramad en mi alma aquel amor humilde y generoso de la verdad con que se sustentan vuestros escogidos en el cielo, y que es el que constituye el carácter de los justos en la tierra; haced que yo no viva mas que para glorificar vuestras verdades eternas, para honrarlas con la santidad de mis costumbres, para defenderlas por solo el zelo de vuestros intereses, y para oponerlas continuamente al error y á la vanidad. Destruid en mi corazon estos temores humanos, esta prudencia de la carne, que concilia los errores y los vicios con las personas. No permitais que yo sea una debil caña, facil de mover á todos vientos, ni que jamás me avergüence de llevar sobre mi frente la verdad, como el mas honroso título de que puede gloriarse una criatura vuestra, y como la mas gloriosa señal de vuestras misericordias para con mi alma: *Et ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque.*



que. (a) A la verdad, Señores, no basta el ser su testigo y depositario, es necesario tambien ser su defensor: carácter opuesto al de Herodes que hoy es su enemigo y perseguidor. Ultima instruccion que nos dá nuestro Evangelio: *La verdad perseguida.*

## PARTE TERCERA.

SI es delito el resistir á la verdad quando ella nos ilustra, el retenerla injustamente quando somos deudores de ella á los demás, es lo ultimo de la iniquidad; y el combatirla y perseguirla es la mas segura señal de reprobacion. No obstante, no hay cosa mas comun que esta persecucion de la verdad, y el impío Herodes, que hoy se declara contra ella, tiene mas sequaces de lo que parece.

Porque primeramente, la persigue con el público desvío que manifiesta de la verdad, llevando tras de sí á toda Jerusalén con su exemplo: *Turbatus est, & omnis Jerosolyma cum illo.* (b) Que es lo que llamo persecucion de escandalo. En segundo lugar, la persigue procurando corromper á los Sacerdotes, y aun poniendo emboscadas á la piedad de los Magos: *Clam vocatis Magis, diligenter didicit ab eis:* (c) y á esto llamo persecucion de seduccion. Finalmente, la persigue derramando la sangre inocente: *Et mittens occidit omnes pueros,* (d) y á esto llamo persecucion de fuerza, y de violencia. Si la brevedad de un discurso me permitiera, Católicos, el exáminar estos tres géneros de persecuciones de la verdad, acaso no habria ninguno en que no os hallaseis culpables.

Por

(a) *Psalm. 118. v. 43.*(b) *Matth. 2. v. 3.* (c) *Ibid. v. 7.*(d) *Ibid. v. 16.*

Porque primeramente, ¿quién puede preciarse de no ser del número de los que persiguen á la verdad con sus escandalos? No hablo de aquellas almas desenfrenadas que han levantado el estandarte de la culpa, y del libertinage, sin tener casi respeto alguno al público: los escandalos mas ruidosos no son siempre los mas temibles; y el desorden manifiesto quando llega á cierto punto, las mas veces nos adquiere mas censores de nuestra conducta que imitadores de nuestros excesos. Hablo de aquellas almas entregadas á los placeres, á las vanidades, á todos los abusos del siglo, cuya conducta, regular en lo demás, no solo es irreprehensible á los ojos del mundo, sino que tambien se grangea la estimacion, y alabanza de los hombres: y digo que estos persiguen á la verdad con solo su exemplo; que aniquilan, en quanto está de su parte, en todos los corazones las máximas del Evangelio, y las reglas de la verdad: que gritan á todos los hombres, que el huir de los deleytes es una precaucion inutil: Que el amor del mundo, y el de la virtud no son incompatibles: Que el gusto de los espectáculos, del bien parecer, de las diversiones públicas, es un gusto inocente, y que se puede vivir bien, viviendo como lo restante del mundo: esta regularidad mundana es una continua persecucion de la verdad, y tanto mas peligrosa, quanto está mas autorizada; nada tiene de odioso, y nadie se guarda de ella; acomete á la verdad sin violencia, y sin efusion de sangre, baxo la imagen de paz, y de sociedad; y hace que sean mas los desertores de la verdad, que lucieron en otro tiempo los Tiranos y suplicios.

Hablo tambien de aquellos Justos, que no cumplen enteramente con las obligaciones de la piedad, y que conservan aun reliquias demasiado públicas de las pasiones del mundo, y de sus máximas; y digo que persiguen á la verdad, con estas tristes reliquias de infidelidad,

dad, y flaqueza, que hacen que los impíos, y pecadores la blasfemen; que autorizan los discursos insensatos del mundo contra la piedad de los Siervos de Dios; que disgustan de la virtud á las almas, que se hallaban dispuestas para ella; que confirman en el desorden á las que buscan pretextos para mantenerse en él: en una palabra, que hacen á la virtud, ó sospechosa, ó ridícula. De este modo, como antiguamente se quejaba el Señor por su Profeta, el infiel Israel, esto es, el mundo, justifica aun todos los dias sus desordenes, comparandolos con las infidelidades de Judá, esto es, con las flaquezas de los Justos. *Justificavit animam suam avertitrix Israel, comparatione pravaricatricis Judae.* (a) Es decir que el mundo se cree seguro, quando ve que las almas que hacen profesion de la piedad, le acompañan en sus placeres y vanidades; que se mueven como los demás hombres, con la fortuna, con el favor, con las preferencias, con las injurias; que de sean sus fines, gustan aun de agradar, buscan con ansia las distinciones y gracias, y aun alguna vez, de la misma virtud se hacen camino para llegar á ellas con mas seguridad. ¡Ah! entonces es quando el mundo triunfa, asegurado con este paralelo: Entonces, advirtiendo que la virtud de los Justos se parece á sus vicios, permanece tranquilo en su estado: y cree que sería cosa inutil el mudarse, pues se retienen las mismas inclinaciones, aunque se varíe de nombre. *Justificavit animam suam, &c.*

Y aqui es adonde no puedo menos de deciros, Católicos, con aquel Apostol á quien Dios llamó de los caminos del mundo, y de las pasiones, á los de la verdad y la justicia; portemonos de tal modo entré los mundanos, que así como hasta ahora han desacredita-

(a) Jerem. 3. v. 11.

do la virtud, y menospreciado, ó censurado á los que la exercitan, las buenas obras que nos vean hacer; nuestras costumbres puras, y santas, nuestra paciencia en los desprecios, nuestra sabiduria, y nuestra circunspeccion en las conversaciones, nuestra modestia, y humanidad en la elevacion, nuestra igualdad, y sumision en las desgracias, nuestro agrado con los inferiores, nuestro respeto con los iguales, nuestra fidelidad con nuestros amos, nuestra caridad con todos nuestros hermanos, les obligue á glorificar á Dios; les haga respetar, y envidiar la virtud; y los disponga á recibir la gracia de la luz, y de la verdad, quando se digne visitarlos, é ilustrarlos en sus errados caminos. *Conversationem vestram inter gentes habentes bonam, ut in eo quod detrectant de vobis tanquam de malefactoribus, ex bonis operibus vos considerantes, glorificent Deum in die visitationis.* (a) Cerremos la boca con el espectáculo de una vida irreprehensible á los enemigos de la virtud; honremos la piedad para que ella nos honre; hagamosla respetable, si queremos que tenga quien la siga; demos al mundo exemplos que le condenen, y no censuras que le justifiquen; acostumbremosle á pensar que la verdadera piedad es util para todo, y que tiene en sí no solo la promesa de una vida, y una felicidad futura, sino tambien la paz, la alegría, la tranquilidad del corazon, que son los unicos bienes, y los deleytes de la vida presente. *Promissionem habentes vitæ, quæ nunc est, & futura.* (b)

A esta persecucion de escandalo añade Herodes una persecucion de seduccion. Tienta la santidad, y fidelidad de los Ministros de la Ley. Quiere hacer que sirva á la impiedad de sus designios, el zelo, y la santa generosidad de los Magos: finalmente, nada olvida para

(a) 1. Petr. 2. v. 12. (b) 1. Tim. 4. v. 8.

aniquilar la verdad antes de acometerla á cara descubierta: *Clam vocatis Magis.*

Y ved aqui un nuevo modo con que todos los dias perseguimos la verdad. Primeramente debilitamos la piedad de las almas justas, tachando de exceso su fervor, y esforzandonos á persuadirlas que se exceden: exortamoslas, como el tentador, á que muden sus piedras en pan; esto es, á que moderen su austeridad, y á que muden esta vida retirada, triste y laboriosa, en una vida mas cómoda, y mas comun: las hacemos temer, que no han de corresponder los fines al fervor de estos principios: en una palabra, procuramos que sean semejantes á nosotros, ya que nosotros no queremos parecernos á ellas. En segundo lugar, acaso tentamos tambien su fidelidad, y su inocencia, haciendolas vivas pinturas de los placeres de que huyen; reprehendemos, como la muger de Job, su simplicidad y flaqueza; las ponderamos los inconvenientes de la virtud, y las dificultades de la perseverancia; las hacemos titubear con el exemplo de las almas infieles, que despues de haber puesto la mano en el arado, miraron atrás, y abandonaron la obra: ¿Qué mas dire? Acaso acometemos tambien á el fundamento incontrastable de la Fé, y damos á entender la inutilidad de sus violencias, por la incertidumbre de sus promesas. En tercer lugar corrompemos con nuestra autoridad el zelo, y la piedad de aquellas personas que dependen de nosotros; las pedimos unas obligaciones, ó incompatibles con su conciencia, ó peligrosas á su virtud; las ponemos en unas circunstancias, ó trabajosas, ó peligrosas á su fé; las prohibimos los ejercicios, y observancias, ó necesarias para mantenerse en la piedad, ó utiles para adelantar en ella: en una palabra, somos sus tentadores domésticos, no pudiendo, ni gustar del bien para nosotros, ni sufrirle en los demás,

y

y hacemos con estas almas el oficio de demonio, que no vela mas que para perderlas: finalmente nos hacemos culpables de esta persecucion de seduccion, haciendo servir nuestros talentos á la destruccion del Reyno de Jesu-Christo: Los talentos del cuerpo para inspirar pasiones injustas, para ocupar el lugar de Dios en los corazones, para corromper las almas por quienes murió Jesu-Christo: y los talentos del espiritu para persuadir el vicio, ó adornarle con coloridos muy propios para ocultar su vergüenza, y fealdad, para presentar el veneno entre el bocado dulce, y agradable, y perpetuarle en escritos lascivos con los que un Autor desgraciado predicará el vicio, corromperá los corazones, inspirará á sus proximos las deplorables pasiones que le dominaron toda su vida: verá crecer su suplicio, y sus tormentos, á proporcion que se vaya derramando por la tierra el impuro fuego que en ella encendió: tendrá el bárbaro consuelo de declararse contra su Dios, aun despues de su muerte; de quitarle tambien las almas que habia rescatado; de ultrajar su santidad y su poder; de perpetuar su desobediencia, y sus desórdenes, aun mas allá del sepulcro, y hacer hasta la consumacion de los siglos, propios suyos los delitos de todos los hombres. Desgraciados sean, dice el Señor, todos los enemigos de mi Nombre, y de mi gloria, que ponen emboscadas á mi Pueblo; yo me levantaré contra ellos en el dia de mi furor: les pediré la sangre de sus hermanos, á quienes engañaron, é hicieron perecer: multiplicaré sobre ellos males terribles, para consolarme de la gloria que me quitaron: *Vae genti insurgenti super genus meum. (a)*

Pero aquella persecucion, á la que he llamado de fuerza, y de violencia, es un ultimo genero de persecucion.

(a) *Jedith 16. v. 20.*

cucion mas funesta para la verdad. Por último, no adelantando Herodes nada con sus artificios, quita la máscara, se declara abiertamente perseguidor de Jesu-Christo, y quiere apagar en su Nacimiento aquella luz que viene á ilustrar á todo el mundo: *Mittens occidit omnes pueros.*

La sola relacion de la crueldad de este Principe horroriza, y no parece que un exemplo tan bárbaro pueda hallar imitadores entre nosotros; con todo eso, el mundo está lleno de esta especie de perseguidores públicos, y declarados de la verdad, y aunque la Iglesia no se halla afligida con la barbaridad de los Tiranos, y con la efusion de la sangre de sus hijos, se halla aun todos los dias perseguida con las públicas irrisiones que los mundanos hacen de la virtud, y con la pérdida de las almas fieles, que con dolor vé ceder tan frecuentemente al temor de sus irrisiones y censuras.

Si, Católicos, estos discursos que tan facilmente usais contra la piedad de los Siervos de Dios, de aquellas almas que con sus fervorosos respetos consuelan su gloria, de los delitos con que la ultrajais; aquellas irrisiones de su zelo, y de su santa embriaguez por su Dios; aquellas sátiras, que de sus personas resultan contra la virtud, y son la mas peligrosa tentacion de su penitencia; aquella severidad que usais con ellos, sin perdonarles nada, y aun mudando en vicios sus mismas virtudes; aquel estilo blasfemo y satírico, que impiamente ridiculiza la seriedad de su compuncion, que impone nombres de ironía, y de desprecio á los mas respetables ejercicios de su piedad: que hace titubear su fé, que detiene sus santas resoluciones, que desanima su flaqueza, que les hace avergonzar de la virtud, que muchas veces los vuelve á arrastrar al vicio; esto es lo que llamo con los Santos Padres, per-

se-

secucion abierta, y declarada de la verdad. Perseguid en vuestro hermano, dice San Agustin, lo que ni aun los Tiranos se atrevieron á perseguir; éstos no les quitaron mas que la vida, vosotros quereis quitarlos la inocencia y la virtud; éstos solo dirigieron sus golpes contra su cuerpo, vosotros los dirigis á su alma: *Carnem persecutus est Imperator; tu in Christiano spiritum persequeris.*

¿Pues qué, Católicos, no basta el que no sirvais al Dios para quien fuisteis hechos? (Esto era lo que decian antiguamente los primeros defensores de la Fé, los Tertulianos, y Cyprianos á los Paganos perseguidores de los Fieles, y puede creerse, que estas mismas quejas se hallen aun justas en nuestras bocas contra los Christianos) ¿No basta? ¿Habeis tambien de perseguir á los que le sirven? ¿No quereis, pues, ni adorarle, ni permitir que otros le adoren? *Deum non colis, nec coli omnino permittis?* Todos los dias estais perdonando tantas extravagancias á los Sectarios del mundo, tantas pasiones insensatas: los escusais, ¿pero qué digo escusar? Alabais los desarreglados deseos de su corazón: hallais constancia, fidelidad, y nobleza en sus mas vergonzosas pasiones, y dais honrosos nombres á sus mas indignos vicios: solamente el alma justa y fiel, el Siervo del verdadero Dios, es el que no halla en vosotros ninguna condescendencia, y solo consigue vuestros desprecios y censuras: *Solus tibi displicet Dei cultor.* Pero, Católicos, ¿es posible que entre vosotros han de estar abiertas á la pública licencia los placeres de los teatros, y de los espectáculos, sin que en esto haya contradiccion? ¿Que el furor del juego ha de tener sus partidarios, y esto se haya de sufrir? ¿Que la ambicion ha de tener sus adoradores y esclavos, y se les ha de alabar; la liviandad sus víctimas y altares, sin que nadie se los dispute; la avaricia sus idólatras, y nadie habla palabra? ¿Que todas las

las pasiones; como otras tantas divinidades sacrilegas, han de tener establecido su culto, sin contradiccion, y solamente el Señor del universo, el Soberano de todos los hombres, y el solo Dios de la tierra, ó no ha de ser servido, ó no podrá serlo, sin que se reprehenda, y castigue á los que le adoran? *¿Et Deus solus in terris, aut non colitur, aut non est impune quod colitur?*

¡Gran Dios! Vengad vos mismo vuestra gloria; restituíd hoy á vuestros Siervos el honor que los impíos no cesan de quitarlos; no hagais salir, como en otro tiempo, de las cabernas de los montes, bestias crueles que despedacen á los que desprecian la virtud, y santa sencillez de vuestros Profetas; pero entregadlos á sus desordenados deseos, mas crueles é insaciables aun, que los Leones, y los Osos, para que fatigados, despedazados con las inquietudes secretas, y con los furoros de sus propias pasiones, puedan conocer el valor, y la excelencia de la virtud que desprecian, y aspirar á la felicidad, y suerte de las almas que os sirven.

Porque, Católicos, vosotros á quienes se dirige este discurso, permitid que os diga aqui con dolor: *¿es posible que hayais de ser el instrumento de que se vale el demonio para tentar á los escogidos, y encadenarlos, si fuera posible, en el error? ¿Es posible que solo hayais de vivir en la tierra para justificar las profecías de los libros santos acerca de las inevitables persecuciones que han de padecer todos aquellos, que quisieren vivir en la piedad, que es en Jesu-Christo? ¿Es posible, que la persecucion terrible de la Fé, y de la virtud, que ha de durar tanto como la Iglesia, no halle su continuacion, y perpetuidad, sino en vosotros solos? ¿Es posible, que en defecto de los Tiranos, y de los suplicios, el Evangelio halle aun en vosotros solos su escollo, y su escandalo? Renunciad,*  
pues,

pues, vosotros mismos á la esperanza que es en Jesu-Christo; uníos con aquellos pueblos bárbaros, ó con aquellos hombres impíos que blasfeman de su gloria, y de su Divinidad, si es que el vivir baxo de sus leyes, y el observar sus máximas os parece digno de irrisión. Un infiel, un salvage pudiera creer que nosotros que le servimos y adoramos, vivimos en el error; pudieran compadecerse de nuestra credulidad, y de nuestra flaqueza, viendo que sacrificamos lo presente por lo futuro, y por una esperanza que les parecería quimérica y fabulosa: pero á lo menos estarian precisados á confesar, que si no nos engañamos, y si nuestra fé es cierta, somos los mas sabios y los mas dignos de estimacion de todos los hombres; pero vosotros que no os atreveriais á dudar de la certidumbre de la Fé, y de la esperanza que es en Jesu-Christo, *¿cómo os parece que miraria este infiel las censuras que haceis de sus siervos? ¿Os humillais delante de su Cruz, os diria, como en presencia de la prenda de vuestra salud, y os burlais de los que la llevan en el corazon, y ponen en ella toda su esperanza? ¿Le adorais como á vuestro Juez, y despreciais y satirizais á los que le temen y trabajan por tenerle favorable? ¿Creeis que es fiel en su palabra, y mirais como espíritus flacos á los que confian en él, y lo sacrifican todo á la grandeza y certidumbre de sus promesas? ¡Oh hombre extraordinario, y tan lleno de contradicciones, que tampoco concuerdas contigo mismo! exclamaria el infiel: luego es preciso que el Dios de los Christianos sea muy grande y muy santo, pues solo permite entre los que le adoran unos enemigos, cuyas impugnaciones son de tan poco fundamento.*

Respetemos, pues, la virtud, Católicos; honremos los dones de Dios, y las maravillas de su gracia en sus siervos, merezcamos con nuestros respetos, y  
Tomo I. Tt con

con estimar la piedad, el beneficio de la piedad misma; miremos á los justos, como á los unicos que atraen todavia las gracias del cielo sobre la tierra; como los recursos establecidos para reconciliarnos algun dia con Dios; como signos felices que nos señalan, que el Señor mira aun á los hombres con piedad, y continúa sus misericordias á su Iglesia. Alentemos con nuestros elogios á las almas que se vuelven á él, si es que no podemos alentarlas con nuestro exemplo; alabemos su mudanza, si es que no creemos podernos mudar nosotros mismos; precieemos á lo menos de defenderlos, si es que nuestras pasiones no nos permiten aun el imitarlos; honremos á la virtud; no tengamos mas amigos que los amigos de Dios; no contemos con la fidelidad de los hombres; sino en quanto son fieles al Señor que los ha hecho; no declaremos nuestros pesares y penas sino á los que pueden ofrecerlas al que solo puede consolarnos; no nos persuadamos á que toman parte en nuestros verdaderos intereses sino los que entran en los intereses de nuestra salud; allanemos los caminos de nuestra conversion; dispongamos al mundo, con nuestro respeto á los justos, á que algun dia no se admire de vernos tambien justos á nosotros; no formemos con nuestras irrisiones y censuras un respeto humano é invencible, que nos impida siempre el declararnos discipulos de la piedad, á quien tan públicamente hemos despreciado; demos gloria á la verdad; y para que ella nos liberte, recibamosla con religion como los Magos, luego que se nos manifestó; no la disimulemos como los Sacerdotes, quando somos deudores de ella á nuestros proximos; no nos declaremos contra ella como Herodes, quando no nos la podemos disimular á nosotros mismos; para que despues de haber seguido en la tierra los caminos de la verdad, seamos algun dia todos juntos santificados en la verdad, y consumados en la caridad.

*Asi sea.*

# ANALISIS

## DE LOS SERMONES

contenidos en este primer tomo.

DIA DE TODOS SANTOS.

### SOBRE LA FELICIDAD DE LOS Justos.

Division. **L**A felicidad de los Justos en la tierra consiste: I. En las luces de la Fé, que suaviza todas las penas del alma fiel, y hace las del pecador mas amargas. II. En las suavidades de la gracia, que calman todas las pasiones, y que siendo negadas al corazon corrompido, le dexan entregado á sí mismo.

I. Parte. Ya sea que una alma movida de Dios se acuerde de lo pasado, y de los tiempos de sus desordenes, que precedieron á su penitencia; ya sea que considere lo que actualmente pasa en el mundo á su vista; ya sea, finalmente, que considere lo futuro, su fé le dá motivos de consuelo y alegria; quando al contrario, el alma que vive en el desorden no halla en estos tres estados mas que amarguras y temores secretos.

I Por mas entregado que esté un pecador á los deleytes, es imposible el que en algunos instantes no se representen á su memoria sus delitos; y estas imagenes importunas le turban, le fatigan, y le confunden, manifestandole como reunidas en un punto unas

con estimar la piedad, el beneficio de la piedad misma; miremos á los justos, como á los unicos que atraen todavia las gracias del cielo sobre la tierra; como los recursos establecidos para reconciliarnos algun dia con Dios; como signos felices que nos señalan, que el Señor mira aun á los hombres con piedad, y continúa sus misericordias á su Iglesia. Alentemos con nuestros elogios á las almas que se vuelven á él, si es que no podemos alentarlas con nuestro exemplo; alabemos su mudanza, si es que no creemos podernos mudar nosotros mismos; precieemos á lo menos de defenderlos, si es que nuestras pasiones no nos permiten aun el imitarlos; honremos á la virtud; no tengamos mas amigos que los amigos de Dios; no contemos con la fidelidad de los hombres; sino en quanto son fieles al Señor que los ha hecho; no declaremos nuestros pesares y penas sino á los que pueden ofrecerlas al que solo puede consolarnos; no nos persuadamos á que toman parte en nuestros verdaderos intereses sino los que entran en los intereses de nuestra salud; allanemos los caminos de nuestra conversion; dispongamos al mundo, con nuestro respeto á los justos, á que algun dia no se admire de vernos tambien justos á nosotros; no formemos con nuestras irrisiones y censuras un respeto humano é invencible, que nos impida siempre el declararnos discipulos de la piedad, á quien tan públicamente hemos despreciado; demos gloria á la verdad; y para que ella nos liberte, recibamosla con religion como los Magos, luego que se nos manifestó; no la disimulemos como los Sacerdotes, quando somos deudores de ella á nuestros proximos; no nos declaremos contra ella como Herodes, quando no nos la podemos disimular á nosotros mismos; para que despues de haber seguido en la tierra los caminos de la verdad, seamos algun dia todos juntos santificados en la verdad, y consumados en la caridad.

*Asi sea.*

# ANALISIS

## DE LOS SERMONES

contenidos en este primer tomo.

DIA DE TODOS SANTOS.

### SOBRE LA FELICIDAD DE LOS Justos.

Division. **L**A felicidad de los Justos en la tierra consiste: I. En las luces de la Fé, que suaviza todas las penas del alma fiel, y hace las del pecador mas amargas. II. En las suavidades de la gracia, que calman todas las pasiones, y que siendo negadas al corazon corrompido, le dexan entregado á sí mismo.

I. Parte. Ya sea que una alma movida de Dios se acuerde de lo pasado, y de los tiempos de sus desordenes, que precedieron á su penitencia; ya sea que considere lo que actualmente pasa en el mundo á su vista; ya sea, finalmente, que considere lo futuro, su fé le dá motivos de consuelo y alegria; quando al contrario, el alma que vive en el desorden no halla en estos tres estados mas que amarguras y temores secretos.

I Por mas entregado que esté un pecador á los deleytes, es imposible el que en algunos instantes no se representen á su memoria sus delitos; y estas imagenes importunas le turban, le fatigan, y le confunden, manifestandole como reunidas en un punto unas

flaquezas de que se avergüenza, unos monstruos y unos horrores que apenas se atreve á mirar: Muy distinta es la suerte de una alma justa; la memoria de sus defectos, aun acompañada de suspiros y lágrimas, lleva consigo la dulzura y el consuelo, pues no puede acordarse de sus continuados desordenes, sin conocer al mismo tiempo el enlace de las misericordias que Dios usó con ella.

2 Si lo pasado es motivo de sólidos consuelos para las almas fieles, no consuela menos su piedad lo que actualmente pasa á su vista. La inconstancia, la injusticia, la censura del mundo, que tanto aflige á los que le aman, solo sirve de hacerla conocer con mas viveza la felicidad que ha tenido en haberse unido á un mejor dueño.

3 Finalmente; la Fé, manifestando al justo la corona de la gloria que le está preparada, y al pecador los suplicios que merece, hace que la memoria de lo futuro sea tan suave y de tanto consuelo para el uno, quanto triste y molesta para el otro.

II. Parte. *La felicidad de los justos en esta vida consiste en las dulzuras que los facilita la gracia; unas son interiores y secretas: otras exteriores y sensibles.*

1 La primera utilidad interior que facilita la gracia á una alma fiel, consiste en establecer una paz sólida en su corazon, y en reconciliarla con ella misma; quando al contrario, el pecador siempre está en guerra consigo mismo, y por todas partes lleva arrastrando un peso de inquietudes que no le permite sosiego. No quiero decir que el corazon de los justos goza de una tranquilidad tan inalterable, que no experimenten tambien aqui en la tierra turbaciones, disgustos é inquietudes; pero estas son unas nubes pasajeras, que no ocupan, por decirlo asi, mas que la superficie de su alma, pero en lo interior siempre reyna una calma profunda.

El segundo consuelo de la gracia es el amor que suavi-

viza á los justos el rigor de la ley, y muda el yugo de Jesu-Christo, que parece insoportable á los pecadores, en un yugo suave y de consuelo para ellos: Tal es el carácter del amor santo, quando es dueño de un corazon; ó suaviza las penas que causa, ó las muda en santos deleytes; pero el pecador, quanto mas ama al mundo, tanto es mas desgraciado; porque quanto mas ama al mundo, mas se multiplican sus pasiones; quanto mas se encienden sus deseos, mas se ambarazan sus proyectos, y se agrian sus inquietudes: la viveza de su amor es la raiz de todas sus penas, porque el mundo, que es el motivo, nunca puede darle remedio. En esto convienen aun los mismos amadores del mundo, quando teniendo alguna calma sus pasiones les permiten usar de la razon.

2 Utilidades exteriores de la gracia. Lo que hace la suerte de los justos aun mas digna de todos nuestros deseos es, que quando les faltan los consuelos interiores, tienen los socorros exteriores de la piedad, y el alivio de los Sacramentos, los que para el pecador que tiene obligacion de llegarse á ellos, no son mas que un triste cumplimiento que los molesta y estorva; los exemplos de los Santos, de los que el pecador aparta la vista, temiendo ver en ellos su condenacion; los misterios adorables, los que por lo comun no dexan al pecador mas que el pesar de haberlos profanado con su presencia; los santos cánticos, y las preces de la Iglesia, que para el pecador se mudan en un triste enfado: Finalmente, el consuelo de las divinas Escrituras, en las que el pecador no halla mas que amenazas y anathemas.



## PARA EL DIA

### DE LOS DIFUNTOS.

#### LA MUERTE DEL PECADOR, y la del Justo.

Division. *I. Retrato terrible del pecador quando muere. II. Imagen consoladora de la muerte del justo.*

*I. Parte.* No hay cosa mas terrible que el pecador agonizando; porque á qualquiera parte que se vuelva, ya sea que se acuerde de lo pasado, ya considere lo presente, ya piense en lo por venir, nada vé que no le affija y desespere, y que no sea capaz de despertar en él las imagenes mas tristes y funestas.

1. ¿Qué es lo que vé en la larga sucesion de dias que ha pasado en la tierra? Penas inútiles, deleytes que no han durado mas que un instante, delitos que han de durar eternamente.

2. Si considera lo presente, esto no es menos triste para este desgraciado; sus sustos, sus separaciones, sus mudanzas.

*Sus sustos.* Habíase gloriado de que no le asustaria el dia del Señor, y con todo eso habia llegado á él sin prepararse. Dios le hiere quando se halla en lo mas fuerte de sus pasiones; quando habiendo conseguido lo que tan vivamente habia deseado, exórtaba á su alma á que gozase en paz el fruto de sus trabajos: ahora vá á morir, y Dios permite que no haya quien se atreva á decirselo: Abandonado de todos los socorros de la medicina, aun se lisongea, aun espera; solo usa de la razon que

que le queda para engañarse á sí mismo: pero por último se halla precisado á vér que el mundo siempre le ha engañado, y le consume el vér que su engaño no tiene remedio.

*Las separaciones* que se hacen en este último instante no son de menos tormento para el pecador: quanto mas unido estaba con el mundo, tanto mas padece quando debe separarse de él; tantas son para él sus muertes, quantas son las separaciones. Estiende las manos á todos los objetos que le rodean para asirse á ellos, y no toca mas que fantasmas.

*Sus mudanzas:* Mudanza en su crédito y autoridad; quando ya no esperan nada de él, todos le abandonan. Mudanza en su cuerpo; aquella carne en quien tanto habia idolatrado, ya no es mas que un espectáculo de horror. Finalmente, se muda todo quanto le rodea.

3. La memoria de lo por venir es la que acaba de llenar la medida de las penas y desgracias del pecador que agoniza. En otro tiempo se preciaba de no temer esta memoria; pero ya por fin toca aquel por venir terrible, y vedle debil, temblando, desconsolado, levantando al cielo las manos en accion de suplicar; ó triste, taciturno, agitado, y lleno interiormente de pensamientos terribles.

*II. Parte. Imagen consoladora de la muerte del justo.* La gracia vence en él aquel horror á la muerte, natural á todos los hombres, y lo que para el pecador que agoniza es motivo de desesperacion, es entonces para el justo un abundante manantial de consuelos.

1. En la memoria de lo pasado halla el fin de sus penas. A la verdad, ¿qué es lo que ofrece esta memoria al alma fiel? Privaciones, violencias, aflicciones que han durado poco, y que han de ser eternamente recompensadas. ¿Qué consuelo es, despues de haber llegado al puerto el acordarse de la tempestad y de la borrasca? No quiero decir que la memoria de lo pasado no acuer-

de

de tambien al justo sus infidelidades y caídas, pero estas son unas caídas expiadas ya con los suspiros de la penitencia, que le acuerdan las misericordias que Dios ha usado con su alma: de este modo las lágrimas que derrama, no son mas que lágrimas de alegría y de agradecimiento.

2. Quanto pasa en su presencia: el mundo que huye; toda esta fantasma de vanidad que desaparece, esta mudanza, esta novedad es tambien para el alma justa un manantial de consuelos. A la verdad, á diferencia del pecador; 1. Nada la asusta, el día del Señor no la sorprende, ella le esperaba, le deseaba, se disponia para él. Tampoco la asusta el mundo que desaparece con todas sus vanidades; le mira en este último instante con los mismos ojos que le habia mirado siempre, como una figura que pasa, y como un humo: 2. No se separa de nada que le cueste trabajo, ó que le dé pena: porque ¿qué es lo que pudiera echar menos? El mundo, sus bienes, sus dignidades, sus parientes, sus amigos, su cuerpo? La fé la habia ya separado de todas estas cosas, y nunca tuvo apego á ellas su corazón en toda su vida. 3. Finalmente: Las mudanzas que se advierten en el lecho de la muerte nada mudan en el alma fiel: es verdad que su razon se apaga; pero ya habia mucho tiempo que la habia cautivado baxo el yugo de la Fé. Todos sus sentidos se embotan, y pierden el uso natural, pero mucho tiempo antes los habia ella puesto entredichos; nada, pues, se muda para esta alma agonizante.

3. Lo que acaba de llenarla de alegría y consuelo es el pensar en lo por venir. Mientras duraba su mortal vida no se atrevia á fijar la vista en el abismo de los juicios de Dios; se estremecia con solo pensar en aquel por venir terrible, en el que el Señor ha de juzgar aun sus justicias: pero quando está para morir, el Dios de paz que se la manifiesta, calma sus agitaciones; repentinamente cesan los temores, y todo se muda en una dulce es-

esperanza. Vé ya, como Esteban, el seno de la gloria, y al Hijo del Hombre á la diestra de su Padre, dispuesto para recibirla. Del mismo modo, quando los Ministros del Evangelio vienen por último á anunciar á esta alma que ha llegado su hora, y que se acerca la eternidad, ¿con qué paz, con qué confianza, con qué accion de gracias recibe esta feliz nueva?

## PRIMER DOMINGO

### DE ADVIENTO.

#### SOBRE EL JUICIO UNIVERSAL.

*Division.* *Acá en la tierra vive ordinariamente el pecador desconocido á sí mismo por su ceguedad, y á los otros por sus disimulos y artificios. En este gran día se conocerá, y será conocido. I. El pecador manifestado á sí mismo. II. El pecador manifestado á todas las criaturas.*

*I. Parte.* Un riguroso exâmen manifestará primero el pecador á sí mismo, y las circunstancias de este formidable exâmen son.

1. Será uno mismo respecto de todos los hombres: Allí no se contará con la diferencia de siglos, de edades, de países, de condiciones, de nacimiento, ni de genios.

2. Este exâmen será universal, esto es, que en él se acordarán todas las circunstancias de la vida, las flaquezas de la niñez, los excesos de la juventud, la ambicion y los cuidados de la edad mas madura, la obstinacion y pesares de una vejez, acaso lasciva.

3. Además de la historia exterior de nuestras costumbres, que toda se hará presente, se nos manifestará

tambien la historia secreta de nuestro corazon, aquella vicisitud de pasiones, que siempre se sucedieron unas á otras en nuestro interior, y que procurabamos ocultarnos aun á nosotros mismos; una repentina luz alumbrará este abismo, y descubrirá este misterio de iniquidad.

4 A exemplo de los males que hicimos, sucederá el de los bienes que dexamos de hacer: Nos acordarán las infinitas omisiones de que estubo llena nuestra vida, y acerca de las quales no habiamos sentido ni aun remordimientos.

5 A este exámen seguirá el de las gracias, y de los dones naturales de que habeis abusado. Aqui es donde será terrible la cuenta. Quedareis espantados al vér lo mucho que Dios hizo por vosotros, y lo poco que hicisteis por él.

Hasta ahora no os ha exáminado el Justo Juez mas que acerca de los delitos que son propios; pero qué será quando éntre en cuenta sobre los pecados ágenos de que fuisteis, ó la ocasion, ó la causa; y que os serán imputados! Qué nuevo abismo!

II. Parte. *No solamente será el pecador manifestado á sí mismo, lo será tambien á todas las criaturas; y qual será entonces su confusion!*

Para bien comprehenderla no hay mas que atender. 1. Al número y carácter de los asistentes, que serán testigos de su vergüenza. 2. Al cuidado que él habia tenido de ocultar sus flaquezas y disoluciones á la vista de los hombres, quando vivia en la tierra. 3. Finalmente, á sus qualidades personales.

1 Al número y carácter de los asistentes. En este gran dia faltarán al alma reprobada todos los recursos que pueden mitigar la mayor confusion acá en la tierra. Primer recurso: En la tierra quando uno ha cometido alguna falta, que le ha hecho despreciable, todo ha pasado en presencia de un corto número de testigos: hubo el recurso de poder despues apartarse de ellos:

ellos: pudo mudar de habitacion, é ir á ganar en otra parte su primera fama. Pero en el último dia todos los hombres juntos leerán en la frente del pecador la historia de sus desordenes, sin que él pueda ocultarse á su vista. Segundo recurso. En la tierra, aun quando nuestra vergüenza sea pública, siempre se halla algun corto número de amigos, cuya estimacion ó condescendencia, á lo menos, nos ayuda á sufrir el peso de la pública censura; pero en el último dia, la presencia de nuestros amigos será el mas insufrible objeto de nuestra vergüenza. Tercero recurso. En la tierra si no se hallan amigos á quienes interesen nuestras desgracias, hay á lo menos personas indiferentes, á quienes no ofenden nuestras faltas, y no se vuelven contra nosotros; pero en aquel terrible dia no habrá expectadores indiferentes. El pecador será el oprobrio y la anathema de todas las criaturas; aun las inanimadas á su modo se levantarán contra él. Primera circunstancia de la confusion de la alma criminal; la multitud y el carácter de los testigos.

2 La segunda nace del cuidado que tiene en la tierra, de disfrazarse á la vista de los hombres: Como estamos llenos de pasiones, y éstas siempre tienen algo de baxo y despreciable, ponemos toda nuestra atencion en ocultar la bajeza, y manifestarnos por otros de los que somos. ¡Ciudadanos inútiles! No ocultais, dice el Profeta, vuestros desordenes mas que con una tela de araña, la que disipará el Hijo del Hombre en aquél gran dia con solo un soplo de su boca, ¡y qual será entonces el exceso de vuestra confusion!

3 Finalmente, la última circunstancia que hará terrible la vergüenza del pecador serán sus qualidades personales. Pasabais por amigo fiel, sincero, generoso; os tenían por un hombre íntegro, y de una providad incontrastable en la administracion de vuestro cargo: Por un digno Ministro del Santuario: Pero gozabais injusta-

mente de la estimacion de los hombres: Sereis conocidos, y vuestra confusion será tanto mas terrible quanto mas eterna.

## SEGUNDO DOMINGO

### DE ADVIENTO.

#### SOBRE LAS AFLICCIONES.

*Division. Todos los dias se oponen en el mundo tres pretextos al uso christiano de las aflicciones. I. El pretexto de la propia flaqueza. II. El pretexto del exceso ó naturaleza de las aflicciones. III. El pretexto de los obstáculos que parece ponen á la salvacion. Estos pretextos es necesario confundir.*

*I. Parte. Primer pretexto. La propia flaqueza:* confesamos y nos quejamos de no haber nacido con la fuerza suficiente; que somos de un natural demasiado sensible para poder conservar el corazon tranquilo y humilde en la aflicion: Pero por lo mismo que sois flaco debe el Señor haceros pasar por las tribulaciones y amarguras; porque los flacos, y no los fuertes, tienen necesidad de ser probados. Vuestra flaqueza, por otra parte, proviene de vuestra liviandad, y la prosperidad solo sirviera de aumentarla. Además, todos los preceptos del Evangelio piden fortaleza; alegar, pues, la flaqueza para escusar la impenitencia, es decir que no se hizo todo el Evangelio para nosotros. Finalmente, por mas flacos que seamos, debemos confiar en la bondad de Dios, que no permitirá que seamos probados, tentados, afligidos sobre nuestras fuerzas, y que su fin en derramar amarguras sobre nuestra vida, es el purificarnos y salvarnos.

II.

*II. Parte. Segundo pretexto. El exceso y naturaleza de las aflicciones.* Persuadimonos á que llevariamos con resignacion unas cruces de otra especie; pero que las que el Señor nos envía son de tal condicion, que no admiten consuelo, y que es difícil conservar la paciencia y tranquilidad en un estado en que parece que la casualidad ha juntado para nosotros solos mil circunstancias tristes.

Pero, 1. Quanto mas extraordinarias nos parezcan nuestras aflicciones, menos debemos creer que provienen de la casualidad, y debemos decirnos á nosotros mismos, que el Señor no nos quiere dexar perecer con la multitud, pues nos lleva por caminos tan singulares. 2. Las calamidades ordinarias no despertarian nuestra Fé mas que por un instante: Los deleytes, los consuelos humanos divertirian muy presto nuestra tristeza, y nos restituirian el gusto del mundo y de sus vanas diversiones. Por eso el Señor proponiendonos penas fijas y constantes, ha querido prevenir nuestra inconstancia, y unirnos para siempre á su servicio. 3. Si ponemos en un peso, á un lado nuestros delitos, y en otro nuestras aflicciones, hallaremos que padecemos mucho menos de lo que merecemos. Finalmente, el excesivo amor propio, y nuestra dureza para con nuestros hermanos, aumentan á nuestra vista nuestras propias desgracias; no nos parecieran tan grandes si tuvieramos menos pasiones, y fuéramos mas compasivos.

*III. Parte. Tercer pretexto. Los obstáculos que parece ponen las aflicciones á la salvacion.* Quando se exórta á las almas á quienes Dios aflige, á que de las aflicciones pasajeras hagan caudal para el cielo y para la eternidad, responden muchas veces que en este estado de tristeza no son capaces de nada. Que las contradicciones en que viven, agrían el espíritu, y alteran el corazon; y que para pensar en Dios es menester es-

tár

tár tranquilo. Digo, pues, que de todos los pretextos de que se valen para justificar el uso poco christiano de las aflicciones, este es el mas insensato y culpable: El mas culpable, porque decir que la Providencia nos pone en unas circunstancias incompatibles con nuestra salvacion, es blasfemar de ella; pues quanto dispone en la tierra es para facilitar á los hombres los caminos de la vida eterna; y el mas insensato, porque una alma no se vuelve á Dios, sino separandose de este mundo miserable; y nada la separa con mas eficacia que las amarguras que halla en él

---

## SERMON DE LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

*Division. Maria nos dá el exemplo de dos fidelidades á la gracia recibida. I. Una fidelidad de precaucion, que la hace temer aun los menores peligros. II. Una fidelidad de correspondencia, que la tiene atenta hasta el fin en hacer nuevos progresos en los caminos de la gracia.*

*I. Parte. Fidelidad de precaucion. Tres escollos tienen que temer las almas que empiezan á servir á Dios. 1. Su propia fragilidad, que las arrastra. 2. El mundo, con quien quieren aun guardar respetos. 3. Finalmente, el olvido de la gracia que recibieron.*

A estos tres escollos, tan peligrosos para la piedad en sus principios, opone Maria tres precauciones. 1. A la propia fragilidad, una separacion entera del mundo.

dó. 2. A una vana delicadeza acerca de los juicios públicos, una insensibilidad heroyca á los discursos y pensamientos frívolos de los hombres. 3. Al olvido de la gracia, un reconocimiento continuo y proporcionado á la grandeza de este beneficio.

*II. Parte. Fidelidad de correspondencia. ¿Cuáles son los mas frecuentes motivos de nuestras recaidas? 1. El no seguir toda la fuerza y extension de la gracia, que nos sacó del desorden. 2. El salirnos del camino por donde ella queria llevarnos. 3. Finalmente, el desanimarse quando se vá adelantando; acobardandonos con cada obstáculo que el demonio, ó nuestra propia flaqueza nos opone. Maria, pues, ofrece á la gracia una correspondencia de perfeccion, una correspondencia de estado, y una correspondencia de perseverancia con que nos instruye.*

---

## TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

### SOBRE EL RETARDAR LA conversion.

*Division. El pecador dilata su conversion. I. O porque cree que le falta la gracia. II. O porque piensa que abandonando algun dia al mundo y á sus pasiones, estará mas en estado de empezar una vida christiana, y de perseverar en esta resolucion. Dos pretextos que hoy intento impugnar.*

*I. Parte. Primer pretexto: Me falta la gracia, dicen, y la espero: La conversion no es obra del hombre; á Dios solo pertenece el mudar el corazon: Pre-  
tex-*

texto vulgar, pero injusto, si consideramos al pecador que le alega: temerario é ingrato respecto de Dios de quien se queja; insensato y mal fundado, si le examinamos en sí mismo.

1 *Es injusto, si consideramos al pecador que le alega:* Porque, Católicos, estando como estais llenos de pasiones, ¿con qué razon podeis esperar y pedir á Dios que os conceda el que experimenteis un gran gusto en la piedad? ¿Acaso es esto posible? Pero aun mas. 2. ¿Aun quando Dios obrase en vuestro corazon, sentiriais la operacion de su gracia? ¿Le oiriais aun quando os llamára? ¿Aun quando os moviera, sería este movimiento de alguna consecuencia para vuestra conversion? Finalmente: 3. ¿En qué os fundais para decirnos que os falta la gracia? ¿El discurso de vuestra vida es mas que una continua sucesion de auxilios? ¿Os parece que el tener la gracia es convertirse sin que cueste trabajo? ¡Ah! Creedme, que sobre este pie jamás la tendreis, y que el esperar una gracia de esta naturaleza, es estar resuelto á perecer.

2 Este pretexto es temerario é ingrato respecto de Dios, de quien se queja el pecador: porque decís, que Dios es dueño de convertirnos y salvaros quando quisiere; esto es, que Dios os ha descargado de vuestra salvacion, de aquel unico negocio que teneis en la tierra, por tomarle todo sobre sí: ¿Pero en qué Evangelio nos hareis ver esta promesa? No será, á lo menos, en el de Jesu-Christo.

3 Finalmente, este pretexto es insensato en sí mismo; porque, supongamos que os falte la gracia, ¿qué inferís de esto? ¿Inferís, acaso, que los delitos, en que todos los dias vivís sepultados, no serán causa de vuestra condenacion si os sorprende la muerte? Me parece que no os atreveréis á decirlo; ¿que podeis vivir tranquilamente en vuestros desórdenes, esperando á que se os confiera la gracia? Extrayagancia sería esperar la gra-

gracia, al mismo tiempo que os estais haciendo indignos de ella; ¿que no sois culpables delante de Dios de la dilacion de vuestra conversion? Luego todos los pecadores que dilatan su conversion, y mueren impenitentes, serian justificados: ¿que no debeis tener cuidado de vuestra salvacion? Este es el partido de la desesperacion y la impiedad; ¿que el momento de vuestra conversion está señalado, y que un poco mas ó menos de desorden no la atrasará, ni adelantará un instante? Pues atravesaos el corazon con una daga, fiados en que está señalado el momento de vuestra muerte. La consecuencia racional que se os puede permitir, en suposicion que os falte la gracia, es el que debeis rogar mas que otros para obtenerla, disponerla los caminos, y separar todos los obstáculos que hasta ahora os la han hecho inutil.

*II. Parte. Segundo pretexto. Se prometen que algun dia, conociendo al mundo, y detestando sus pasiones, estarán mas en estado de empezar una vida christiana, y mantener esta resolucion.*

1 ¿Pero quién os ha dicho que llegareis al término que os señalais?

2 ¿En qué os fundais para decir que la edad mudará vuestro corazon? ¿Mudó la edad el de Salomon, Saúl, Jezabel, y Herodías? No, la edad no ha hecho hasta ahora ninguna conversion. Por otra parte: ¿El Señor no es el Dios de todos los tiempos, y de todas las edades? ¿Pues por qué le habeis de quitar la mas hermosa porcion de vuestros años, por consagrarla al demonio y á sus obras? Finalmente, quanto mas dilatais la conversion, tanto mas incurables son vuestros males. Es verdad que os podreis cansar de los objetos que hoy os cautivan, pero no por eso se acabarán vuestras pasiones, ó si las pone fin el tiempo y el disgusto, no por eso os hallareis mas adelantados en orden á la salvacion: vuestro corazon libre de una passion particular, estará como lle-

no de una pasión universal, y será tanto mayor la dificultad de salir de este estado, quanto no tendreis objeto determinado que os detenga.

3 Pero la conversión, decís, es un golpe ruidoso, que nos empeña con el público, y que acaso no podremos mantener. ¿Y qué, dilatando la conversión os prometéis que Dios os moverá algún día? ¿Y si os convertís hoy, no os atreveis á prometeros que os sostendrá? Por otra parte; ¿este negocio no merece á lo menos el que se intente? ¿Y aun quando tuvierais la desgracia de volver á caer, no os sería siempre muy útil el haber pasado algunos dias en los ejercicios de la virtud, y tendríais motivo para esperar gracias mas poderosas de la bondad de Dios?



## QUARTO DOMINGO

### DE ADVIENTO.

#### SOBRE LAS DISPOSICIONES para la Comunión.

Division. Quatro disposiciones son necesarias para comulgar dignamente y con fruto. Una fé respetuosa que nos haga discernir: una fé prudente que nos haga examinarlos: una fé ardiente que nos haga amar: una fé generosa que nos haga sacrificar. Este es el compendio de la doctrina del Apostol, y el asunto de este discurso.

I. Disposicion. Una fé respetuosa que nos haga discernir, que no obstante el velo con que el verdadero Moyses se cubre sobre este santo monte, no dexa de vér toda su gloria; que con solo mirar al Santuario se dexa sobrecoger de un religioso temor: que siente todo el peso de la presencia de un Dios; y atemorizado exclama como Pedro: *Retiraos de mí, que no soy mas que un hombre pecador.*

¿Pero ha quedado algo de esta fé en la tierra? Se cree, pero con una fé superficial, que se queda, por decirlo así, en la superficie de este Sacramento, y no profundiza su virtud y sus misterios; que se termina en unos exteriores respetos; que nada siente; que no produce aprovechamiento en la vida: en una palabra, que nada tiene de vivo, grande, sublime, y digno del Dios que nos manifiesta.

II. Disposicion. *Una fé prudente que nos haga examinarlos*; ¿pero acerca de qué nos examinaremos? Acerca de la santidad de este Sacramento, y de nuestra corrupcion: él es la carne de Jesu-Christo; el pan de los Angeles; es el cordero sin mancha, que no quiere se acerquen al Altar, sino aquellos que, ó no han manchado sus vestiduras, ó que las han lavado con las lágrimas de la penitencia; es un Azymo puro, y asi es preciso estar libres del viejo fermento para comer de él; es la vianda de los fuertes; una alma flaca, vacilante, poco firme, que se mueve á todos vientos, que se retira al primer obstáculo, que se rompe contra el primer escollo, no está en estado de sustentarse con él; es la Pasqua de los discipulos de Jesu-Christo, y asi es preciso ser del número de éstos para poder participar de ella, esto es, negarse á sí mismo, llevar su Cruz, y seguirle: finalmente, es un Dios tan puro, que en su comparacion están manchados los Astros. Desterremos, pues, de nuestros corazones todo lo que es indigno de su santidad.

III. Disposicion. *Una fé ardiente que nos haga amar*. Mucho deseo he tenido de comer esta Pasqua con vosotros, decía Jesu-Christo á sus discipulos: ¿qué quiso, pues, darnos á entender con esto? Que es necesario llegar á esta divina mesa con un corazon abrasado, penetrado, y consumido de amor; con un corazon impaciente, apresurado, y deseoso; con una hambre, y una sed de Jesu-Christo, que nos inste á ir á gustar quan suave es el Señor. ¡Pero ay! Unos llegan con disgusto, y con una repugnancia criminal; otros llegan con un corazon pesado, un gusto desabrido, una alma de hielo: de modo, que las imagenes del mundo y de sus pasiones hacen en ellos impresiones mucho mas vivas que la presencia de Jesu-Christo, y que la memoria de sus misterios. De este modo llegan al Altar, y vuelven de él todos los dias con las mismas fla-

flaquezas, y las mismas imperfecciones. ¡Qué motivo para temblar!

IV. Disposicion. *Una fé generosa que nos haga sacrificar*. Esto es lo que llama el Apostol anunciar la muerte del Señor. Se anuncia, pues, la muerte del Señor, llevando al Santuario un espíritu de muerte, y de martirio; un sincero deseo de salir de esta carcel de barro para gozar de Jesu-Christo; un cuerpo mortificado, é inmovible para las obras de pecado; unos ojos cerrados desde mucho antes á quanto puede ofender el pudor; una lengua cercada de una guardia de circunspeccion; unos oídos impenetrables á los silvidos de la serpiente; una alma insensible, tanto á los desprecios, como á las alabanzas; una alma superior á los sucesos de la tierra, indiferente á las revoluciones de la vida; igual en la buena y en la mala fortuna; y siempre atenta á caminar con firmeza hácia la eternidad.

No quiero por eso excluir del Altar á todos aquellos que no han llegado aun á la perfeccion de este estado, pero á lo menos es necesario caminar hácia él, y tener sus primicias; sin esto el comulgar es hacerse culpable del Cuerpo y Sangre del Redentor.

## PARA EL DIA

### DE NATIVIDAD.

Division. *Jesu-Christo con su Nacimiento viene á dar gloria á Dios, y paz á los hombres. I. A Dios la gloria que los hombres habian querido quitarle. II. A los hombres la paz que ellos continuamente se quitaban á sí mismos.*

Par-



I. Parte. La Idolatría tributaba á la criatura el culto que el Criador se habia reservado para sí solo; la Synagoga no le honraba mas que con los labios, y con exteriores respetos, que no eran dignos de su Magestad; la Filosofía le quitaba la gloria de su providencia y de su eterna sabiduría; tres llagas esparcidas sobre toda la redondez de la tierra, las que vino á curar Jesu-Christo.

1 El honor que dá á Dios su Alma Santa unida al Verbo, desagrávia, primeramente, á su Suprema Magestad de los honores que hasta entonces la habia negado el mundo. Una multitud de fieles discipulos, instruidos por este Hombre Dios, abre los ojos á la luz; el mundo reconoce á su Autor, y Dios vuelve á tomar posesion de sus derechos. Este es el primer beneficio del Nacimiento de Jesu-Christo. ¿Pero nos aprovechamos de este beneficio? Nosotros no adoramos ya falsos Idolos, ¿pero no ponemos en su lugar al mundo con todos sus placeres?

2 No se contenta Jesu-Christo con manifestar á los hombres el nombre de su Padre, sino que le forma Adoradores en espíritu y verdad, que en nada tendrán los exteriores respetos, si el amor no los anima y santifica. ¿Podemos gloriarnos de ser del número de estos verdaderos adoradores? ¿A qué se reduce nuestro culto? A algunas observaciones exteriores, y aun esta es la religion de los mas prudentes. Este es el segundo beneficio del Nacimiento de Jesu-Christo, en el que nosotros no tenemos casi ninguna parte.

3 Finalmente, los hombres quisieron quitar tambien á Dios la gloria de su providencia, y de su eterna sabiduría. Los Filósofos forzados á reconocer un solo Sér Supremo, se le representaban, ó como un Dios ocioso y sin cuidado de las cosas humanas, ó como un Dios sin libertad, y sujeto á un fatal enlace de sucesos necesarios. Jesu-Christo viene á dar á su Pa-

Padre la gloria que los vanos razonamientos de la Filosofía le habian quitado, y pidiendonos el sacrificio de nuestras cortas luces, nos enseña lo que debemos conocer del Sér Supremo, y lo que debemos ignorar: ¿Pero ay! ¿Dónde se hallan entre nosotros los Fieles, que hacen á la Fé un sacrificio entero de su razon?

II. Parte. *El Nacimiento de Jesu-Christo dá á los hombres la paz que ellos continuamente se quitaban á sí mismos.*

La soberbia, la sensualidad, los odios y venganzas habian sido los funestos manantiales de todas las agitaciones que habia padecido el corazon del hombre: Jesu-Christo viene á darle la paz, agotandolos con su gracia, con su doctrina, y con su exemplo.

Digo que la soberbia fue la primera raíz de las turbaciones que despedazaban el corazon de los hombres. ¿Qué guerras, qué furros no habia encendido esta funesta pasion en la tierra? Pero lo que pasaba exteriormente, no era mas que una imagen de las turbaciones que el hombre sobervio padecia en su interior. Jesu-Christo, descreditando con su Nacimiento pobre, y despreciado, los bienes, y la gloria humana, restablece en el mundo la paz que habia desterrado la soberbia. buscad, no obstante, entre los Christianos esta paz feliz, que debiera ser su herencia; no la hallareis, ni en las ciudades, ni en el recinto de las paredes domésticas, ni en los Palacios de los Reyes, ni aun en el Santuario.

Los deleytes carnales no habian excitado menos turbaciones que la soberbia en el mundo. Jesu-Christo viene á sacar á los hombres de este abismo de corrupcion, y á darlos la paz, restituyendoles la inocencia y libertad que les habia quitado la tiranía del vicio. Nace de una Virgen, y la mas pura de todas las criaturas; de este modo honra ya á una virtud ignorada del mundo, y á la que su mismo pueblo miraba como opro-

oprobrio; además, uniéndose á nuestra carne, la purifica, la hace Templo de Dios, y Santuario del Espíritu Santo. ¿Pero no profanamos aun nosotros este santo Templo? Las vergonzosas pasiones no turban aun la tranquilidad de los Imperios, el reposo de las familias, el orden de la sociedad, la buena fé de los matrimonios, &c.

Finalmente, el Nacimiento de Jesu-Christo, haciendo de todos los pueblos un solo pueblo, y de todos sus discípulos un corazón y una alma, apaga todas las enemistades, y todos los odios; último genero de paz que trae á los hombres, y de la que ellos no saben aprovecharse.

## PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISION.

### SOBRE LA DIVINIDAD de Jesu-Christo.

*Division. El resplandor y el espíritu del ministerio de Jesu-Christo prueban igualmente la gloria de su Divinidad. Si Jesu-Christo no fuera mas que un puro Hombre. I. El resplandor de su ministerio sería para nosotros una ocasion inevitable de idolatría, y el mismo Dios sería culpable del error de los que le adoran. II. El espíritu de su ministerio sería el lazo funesto de nuestra inocencia.*

*I. Parte. El primer carácter resplandeciente del ministerio de Jesu-Christo es el haber sido anunciado,*

y

y prometido á los hombres desde el principio del mundo. Apenas cayó Adán, quando se le manifestó de lejos el reparador. En los siglos siguientes, parece que Dios no se ocupaba en otra cosa mas que en disponer á los hombres para su llegada. Las circunstancias con que fue anunciado Jesu-Christo son aun mas maravillosas que las mismas predicciones. A la verdad, fue vaticinado por todo un pueblo; anunciado en el espacio de quatro mil años, por una larga sucesion de Profetas; figurado por todas las ceremonias de la Ley; esperado de todos los Justos; señalado de lejos en todas las edades, no para un particular suceso, sino para ser el remedio del mundo condenado, legislador de los pueblos, luz de las naciones, y salud de Israel. ¿Qué lazo sería para la religion de todos los siglos, si unos preparativos tan magníficos no anunciassen mas que una simple criatura, y particularmente en unos tiempos en que la credulidad de los pueblos ponía con tanta facilidad en el número de los Dioses á los hombres extraordinarios.

Por otra parte. Al mismo tiempo que el Bautista para impedir que el solo Oráculo que le había anunciado no fuese para su Nacion ocasion de idolatría, no hace milagros, y no cesa de decir: Yo no soy el que esperais, y parece que no cuida mas que de precaver los honores supersticiosos: Al contrario Jesu-Christo, á quien quatro mil años de figuras, y Profecías habían anunciado con tanta magnificencia á la tierra, viene con gran virtud, y poder; hace obras, y maravillas, que antes de él ninguno había hecho, y lejos de precaver la supersticion, que para con él pudieran tener los pueblos, se dice igual al mismo Dios, y permite que se le tributen honores divinos: ¿Serian los hombres responsables de este culto, si fuera idolatría?

Además. Todos los Justos de la Ley, y de la edad de los Patriarcas, todos aquellos hombres tan venerables, y tan milagrosos, no eran mas que unos diseños

Tomo I.

Yy

del

del Mesías futuro; cada uno de ellos no representaba mas que algun pasage singular de su vida, y de su ministerio; pero quitad á Jesu-Christo su Divinidad, y su eterno origen, y en nada será superior el original á la imagen, á lo menos al juicio de los sentidos.

2 Al resplandor de las Profecías que anunciaron á Jesu-Christo es necesario añadir el de sus obras y prodigios. Segundo carácter resplandeciente de su ministerio. ¿Se vió acaso jamás hombre mas maravilloso, mas divino en sus obras y en sus prodigios?

Digo *en sus obras y en sus prodigios*. Bien sé que en los siglos que le precedieron se vieron en la tierra hombres extraordinarios, á quienes parecia que el Señor hacía depositarios de su virtud, y de su omnipotencia; pero si bien se mira, todos estos hombres milagrosos manifestaban en su poder unos caracteres de dependencia, y flaqueza. Al contrario Jesu-Christo, obra los mayores prodigios con una facilidad omnipotente, y con una soberana independencia.

3 Finalmente, el último carácter resplandeciente de su ministerio, son las circunstancias maravillosas, y hasta entonces inauditas que componen todo el curso de su vida mortal: concebido por obra del Altísimo, nace de una Virgen pura: apenas nace, quando las celestes Legionés hacen resonar en los ayres cánticos de alegría, y nos enseñan que este nacimiento dá á Dios su gloria, y la paz á los hombres: Poco despues un nuevo Astro guía desde lo último de Oriente hasta su cuna á unos Sabios: Un Justo, y una Santa Muger anuncian su futura grandeza: los Doctores juntos vén con admiración su infancia, mas sabia é ilustrada, que la sabiduría de los ancianos: A proporción que crece, se vá manifestando su gloria: el Bautista se humilla en su presencia; el cielo se abre sobre su cabeza; los demonios atemorizados no pueden sufrir su presencia; el Padre celestial declara que es su Hijo amado, y que le propone como Ley viva,

y

y eterna, mandando que le escuchen. Si desde el Tabór pasamos al Calvario, aquel lugar donde debian consumarse todos los oprobrios del Hijo del Hombre, no dexa de ser tambien el teatro de su gloria. Toda la naturaleza desordenada le reconoce como á su Autor, y confiesa su Divinidad. Resucita tres dias despues, no por virtud agena, ni para volver á morir, como otros muchos, sino por su propia virtud, y para gozar en adelante de una vida inmortal. Finalmente, sube al cielo, no rapidamente arrebatado en un carro de fuego, sino que se levanta por sí mismo con magestad. Vienen los Angeles á acompañarle, y prometen á la tierra que volverá acompañado de gloria, y de inmortalidad. ¿Quién por estas señas no conocerá al Dios del cielo, que despues de haber conversado con los hombres, para sacarlos de su desorden, y miseria, vuelve á tomar posesion de su gloria? Ved, Señores, como el resplandor del ministerio de Jesu-Christo sería para nosotros una inevitable ocasion de idolatría, si no fuera mas que una simple criatura.

II. Parte. *El espíritu de su ministerio sería tambien el lazo de nuestra inocencia*. El espíritu, pues, de su ministerio encierra su doctrina, sus beneficios y promesas.

I *Su doctrina*. No puede negarse que Jesu-Christo fue un Hombre santo. Porque ¿qué hombre se vió hasta entonces en la tierra, en quien se observasen tantas señales de inocencia y santidad? Quiero decir, tanto desprecio é indiferencia para el mundo; tanto amor á la virtud; tanto zelo de la gloria de Dios; tanto deseo de la salud de los hombres. Añadid á esto la total excepcion de todas las flaquezas, aun las mas inseparables de la humanidad. Si Jesu-Christo, pues, es santo, tambien es Dios, ya sea que considereis la doctrina que nos enseñó, ya respecto de su Padre, ó ya respecto de los hombres. Porque si no fuera Dios, su doctrina no

Yy 2

se-

sería mas que un conjunto, ó de equívocos malignos, ó de blasfemias ocultas.

Considerad su doctrina, respecto de su Padre. Si Jesu-Christo no fuese mas que un simple Enviado de Dios, luego no vendría mas que á manifestar á las naciones Idólatras la Unidad de la divina Esencia. Pero, 1. es Enviado principalmente á los Judios, y así su Mision sería inútil, porque los Judios no eran ya tentados en recaer en la idolatría: 2. cumpliría muy mal con su ministerio: quando Moysés, y los Profetas, encargados de la misma Mision, no cesan de publicar que el Señor es uno, sin compararse jamás con el Sér Supremo, Jesu-Christo no cesa de decir que es igual al Padre: Dice que baxó del cielo, y salió del seno de Dios; que era antes de todas cosas: Que el Padre y él no son mas que uno. En todas ocasiones se compara á Dios Soberano. Los Judios murmuran, y se escandalizan de estas expresiones; lejos de desengañarlos con claridad, los confirma en su escandalo, afectando un language, que es, ó impío, ó insensato, si su igualdad con su Padre no le ilustra, y justifica. Tambien permite que le tributen honores divinos: luego si no es mas que un puro hombre, no vino á la tierra mas que á escandalizar á los Judios, dandoles motivo para creer que se comparaba al Altísimo; á engañar á las naciones, haciendose adorar despues de su muerte; y á derramar nuevas tinieblas en el universo. Luego las grandes utilidades que el mundo debia sacar del ministerio de Jesu-Christo, vendrian á parar en verse sepultado en una nueva idolatría; y toda la magnificencia futura del Evangelio, tan anunciada por los Profetas, se reduciría á formar la exécrable Secta del impío Socino, Secta que se compone de un corto número de hombres aborrecidos del cielo, y de la tierra, vergüenza de la naturaleza, y de la Religion, que se hallan precisados á sepultar en las tinieblas el horror de

de sus blasfemias. Pero supuesto que Jesu-Christo es Santo, debemos inferir, que no pudiendo ser blasfemador, é impío, el modo con que habla de su Padre, la igualdad que con él afecta en todas ocasiones, establece la gloria de su eterno origen. Tambien puede notarse aqui, que quando los Profetas hablan del Dios del cielo, y de la tierra, llenos de la inmensidad de la Omnipotencia, y de la Magestad del Sér Supremo, agotan la flaqueza del humano language para corresponder á lo sublime de estas imagenes. Pero quando Jesu-Christo habla de la gloria del Señor, no usa de estas expresiones pomposas de los Profetas; se vé que como hijo habla un language doméstico, y que no se admira, ni asusta como nosotros con la magestad, y gloria del Padre.

Consideremos ahora la doctrina de Jesu-Christo respecto de los hombres: ésta no establece menos la verdad de su Nacimiento divino. 1. ;Qué sabiduria! ;Qué Santidad! ;Qué excelencia en esta doctrina! En ella todo es digno de la razon, y de la mas sana Filosofia: todo es proporcionado á la miseria, y á la excelencia del hombre. 2. Reparad en las obligaciones de amor, y de dependencia, que su doctrina pide que le tributen los hombres. Nos manda que le amemos; que busquemos en él nuestra felicidad; que ordenemos á él todas nuestras acciones, y aun nosotros mismos, como él ordena todas estas cosas á su Padre: Luego si no fuera Dios, su doctrina tan divina, tan admirada de los Paganos, no sería mas que una mezcla monstruosa de impiedad, soberbia, y locura; pues no siendo mas que un puro hombre, pretenderia usurpar el lugar del mismo Dios en nuestros corazones. Aun mas. Quando el mismo Dios verdadero parece se habia contentado con los sacrificios de cabritos y toros, él quiere para sí que le sacrificemos hasta nuestra vida, que corramos á los suplicios, que nos ofrezcamos á la muerte, y al martyrio por la gloria de su nombre. Pero si él no fuera el Autor de nuestra vida

da ¿qué derecho tendría para pedirnosla? No sería, pues, su Religión mas que una Religión de sangre, y de barbarie. ¿Los generosos Confesores de la Fé no hubieran sido mas que unos desesperados, y fanáticos, y los perseguidores, y Tiranos, los defensores de la justicia, y de la gloria de la Divinidad? ¿Pueden oírse sin horror estas blasfemias?

2. Considerad el espíritu del ministerio en las gracias, y beneficios que de él ha recibido el universo. Declara que vino á librar á los hombres de la muerte eterna; á hacerlos, de enemigos que eran de Dios, hijos suyos; á abrirlos el cielo, y asegurarlos su posesion; trajolos la ciencia de la salud, y la doctrina de la verdad; nos sustenta con su Cuerpo; nos lava nuestras manchas, aplicandonos el precio de su Sangre: En una palabra, nos asegura que es nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida, nuestra justicia, nuestra redencion, y nuestra luz. ¿Podria acaso un puro hombre ser origen de tantas gracias para los demás hombres? ¿O no sería temible, que siendo tan util y tan necesario al humano linage, viniese por ultimo á ser su Idolo? Porque solo el agradecimiento fue quien en otro tiempo formó los falsos Dioses. Tal es el carácter del hombre; su culto no es mas que su amor, y su agradecimiento.

3. Además de los beneficios de que nos colmó Jesu-Christo, considerad las promesas con que los acompañó; promete aun mas de lo que habia dado. 1. Promete á los hombres el Espíritu Consolador, á quien llama Espíritu de su Padre; Espíritu de verdad, de fuerza, de inteligencia, de sabiduría, de caridad, &c. ¿Pero qué derecho tendría Jesu-Christo sobre el Espíritu de Dios, para disponer de él segun su voluntad, si no fuera Espíritu propio suyo? No obstante, las promesas de Jesu-Christo se cumplieron; apenas subió al cielo, quando el Espíritu de Dios se derrama sobre todos sus Discipulos. 2. Jesu-Christo promete á sus Disci-

cipulos las llaves del cielo, y del infierno, y el poder para perdonar los pecados. 3. Además de esto les promete el Dón de Milagros; ¿pero si no fuera Dios, pudo jamás pensar la temeridad, ni la locura, cosa semejante? 4. Les promete la conversion del universo, el triunfo de la Cruz, la docilidad de todos los Pueblos de la tierra, de los Filósofos, de los Césares, de los Tiranos: Que su Evangelio sería recibido en todo el mundo; ¿pero cómo podria responder de una mutacion sin exemplo hasta entonces en el mundo, si no tuviera entre sus manos el corazon de todos los hombres? Se podrá decir que Dios revelaba á su siervo las cosas futuras. Pero si Jesu-Christo no fuera Dios, ni tampoco Profeta, pues no preveía que los hombres, adorandole, iban á caer en unas tinieblas infinitamente mas criminales, que aquellas de que quería libertarlos; y que en vez de formar á el Padre quien le adorase en espíritu, y verdad, no habria formado mas que un nuevo pueblo de Idólatras de todas las naciones.

Ved, pues, adonde conduce la incredulidad. Trastornad el fundamento de que Jesus es Hijo eterno de Dios vivo; quitad de la doctrina de los Christianos á Jesu-Christo Hombre, y Dios verdadero, y quitais todo el mérito de la Fé, todo el consuelo de la Esperanza, todos los motivos de la Caridad, y toda la Religión Christiana, no será mas que una falsedad, y una impostura. ¿Qué zelo, pues, no manifestaron los primeros Discipulos del Evangelio, contra aquellos hombres impíos, que desde entonces se atrevieron á oponerse á la gloria de su Maestro? Entonces los Gentiles argüían á los Christianos de que tributaban honores divinos á Jesu-Christo. ¿Justificáanse acaso, como si fuera calumnia? ¿Responden que no adoran á Jesu-Christo? Nada menos. Los Apologistas de la Religión refutaban las demás calumnias con que querian mancharla; pero sobre la acusacion de adorar á Jesu-Christo, lejos de

de defenderse, la autorizan con su lenguaje, y con sus acciones. Si fuera, pues, error el creer á Jesu Christo igual á Dios, sería un error que nació con la Iglesia, que ha levantado todo su edificio, que ha formado tantos Mártires, y convertido á todo el universo.

## PARA EL DIA DE LA EPIPHANIA.

*Division. La verdad figurada en la Estrella, ha-  
lla en los Magos Adoradores. En los Sacerdotes di-  
simuladores. En Herodes un perseguidor: tal es su  
suerte aun entre nosotros; pocos la reciben, muchos  
la ocultan, y la disfrazan, y muchos mas la despre-  
cian, y persiguen. Por lo que: I. La verdad recibida.  
II. La verdad disimulada. III. La verdad perse-  
guida.*

*I. Parte. La verdad recibida.* Pocas almas hay, por mas sumergidas que estén en los sentidos y en las pasiones, cuyos ojos no se abran alguna vez para ver la vanidad de los bienes que anhelan; la grandeza de las esperanzas que sacrifican; y la indignidad de la vida que hacen: ¡pero ay! Sus ojos no se abren á la luz mas que para cerrarlos al instante; y el fruto que sacan de la verdad es la culpa de haberla inutilmente conocido.

Unos se contentan solamente con hablar de la luz que los hiere, y hacen de la verdad motivo de disputa, y de vana Filosofia; otros sin determinar á resolverse, desean, al parecer, conocerla, pero no la buscan como deben, porque en la realidad les pesará de

de haberla encontrado. Finalmente, algunos mas doctiles se dexan vencer de su evidencia, pero, ó asegurados con la opinion pública, ó acobardados con las dificultades y violencias que les ofrece la verdad, se separan, y la abandonan despues de haberse regocijado algun tiempo con su luz.

No fue este el uso que hicieron los Magos de la verdad: aunque acostumbrados á apelar en todo al tribunal de la razon, siguen la luz celestial, sin detenerse en las vanas reflexiones del espiritu humano, sin respeto á sus amigos y parientes, á pesar de los discursos y murmuraciones públicas; y su corazon desengañado de todo, no halla regocijo, interés, ni consuelo, sino en la verdad. Ved ahí la verdad recibida de los Magos con sumision, con sinceridad, con alegría: veamos en la conducta de los Sacerdotes la verdad disimulada.

*II. Parte. Tres generos de disimulo en los Sacerdotes de la Synagoga; disimulo de silencio; disimulo de complacencia, y de condescendencia; disimulo de ficcion, y de mentira.*

*Disimulo de silencio:* Consultados por Herodes acerca del lugar en donde habia de nacer Jesu-Christo, es verdad que responden que en Bethlem, pero no añaden, que habiendo ya por fin aparecido la Estrella profetizada, y viniendo los Reyes de Sabá, y de Arabia con presentes á adorar al nuevo Capitan que debe conducir á Israel, no habia ya que dudar de su nacimiento. No juntan los pueblos para anunciarlos esta feliz nueva. No van á Bethlem para animar á Jerusalem con su exemplo: encerrados en su criminal temor guardan un profundo silencio, y retienen la verdad con injusticia.

Sin tocar aquí á los ungidos del Señor, pocas personas hay en el mundo que no se hagan culpables todos los dias de este disimulo de silencio: porque pa-

ra ser culpables, no es necesario subscribir á la impiedad, y aprobar las máximas del siglo, basta el callar quando en nuestra presencia se impugna la verdad abiertamente.

Disimulo de complacencia y de condescendencia: Los Sacerdotes y Doctores, forzados por la evidencia de las Escrituras á glorificar á la verdad, la mitigan con expresiones disfrazadas. Para agradar á Herodes suprimen el título de Rey que los Magos acababan de darle, y que los Profetas tantas veces habian dado al Mesías: Le señalan con una qualidad, que podia denotar en él igualmente una autoridad de doctrina, y de poder, no obstante que ellos mismos esperaban un Mesías Rey, y Conquistador. La conducta de estos Sacerdotes nos parece indigna, pero si queremos juzgarlos á nosotros mismos, veremos que nuestros discursos y modos de proceder no son las mas veces mas que mitigaciones de la verdad, y condescendencias para reconciliarla con las preocupaciones ó pasiones de aquellos con quienes tenemos que vivir.

Ultimo disimulo de los Sacerdotes Judios, disimulo de mentira. No se contentan con alegar las Profecías en términos oscuros y disimulados; no viendo volver á los Magos, los acusan, para calmar á Herodes, de una credulidad vana y supersticiosa; y esto es en lo que por último venimos á parar, á fuerza de condescender con las pasiones de los hombres, y de querer complacerlos á expensas de la verdad; la abandonamos por último abiertamente.

III. Parte. *Verdad perseguida por Herodes.* Este impío persigue la verdad. 1. Con el público desprecio que de ella hace, y que con su exemplo lleva tras sí á todo Jerusalén; y esto es á lo que llamo persecucion de escandalo. 2. La persigue intentando corromper á los Sacerdotes, y aun poniendo asechanzas á la piedad de los Magos; y esto es lo que llamo persecucion de

se-

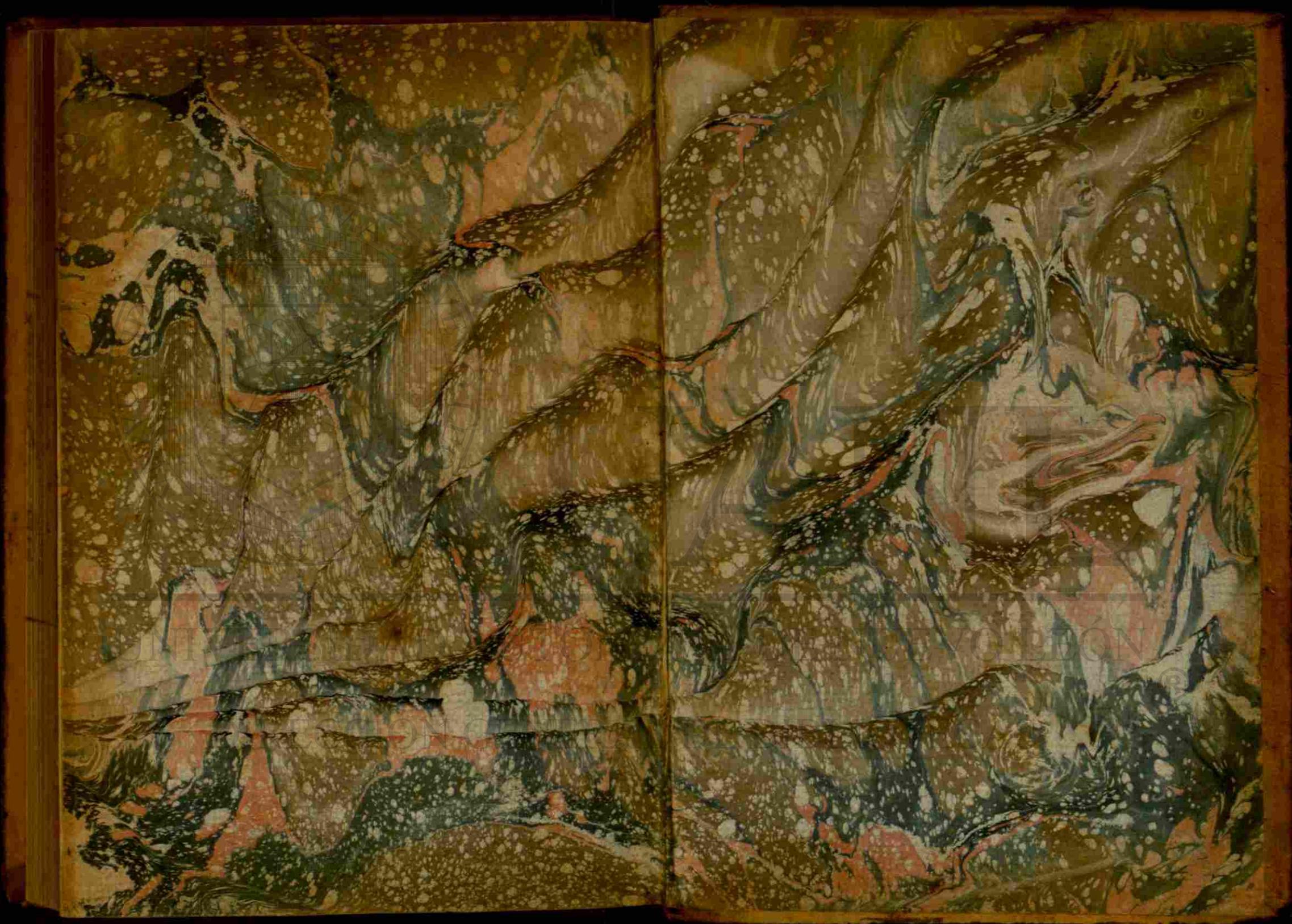
seduccion. Finalmente, la persigue derramando la sangre inocente, y esta es una persecucion de fuerza, y de violencia.

Estos tres generos de persecucion se practican hoy entre los Christianos. 1. ¿Quién puede gloriarse de no ser del número de los perseguidores de la verdad con los escandalos? No hablo de aquellos hombres perversos, que han levantado el estandarte del pecado y del libertinage; hablo de aquellas almas entregadas á los placeres y vanidades del siglo, y cuya conducta, regular por otra parte, se grangea la estimacion y las alabanzas de los hombres; y digo que persiguen la verdad con solo su exemplo; que aniquilan en quanto está de su parte en todos los corazones las máximas del Evangelio; y que hacen mas desertores de la verdad, que hicieron en otro tiempo los Tiranos.

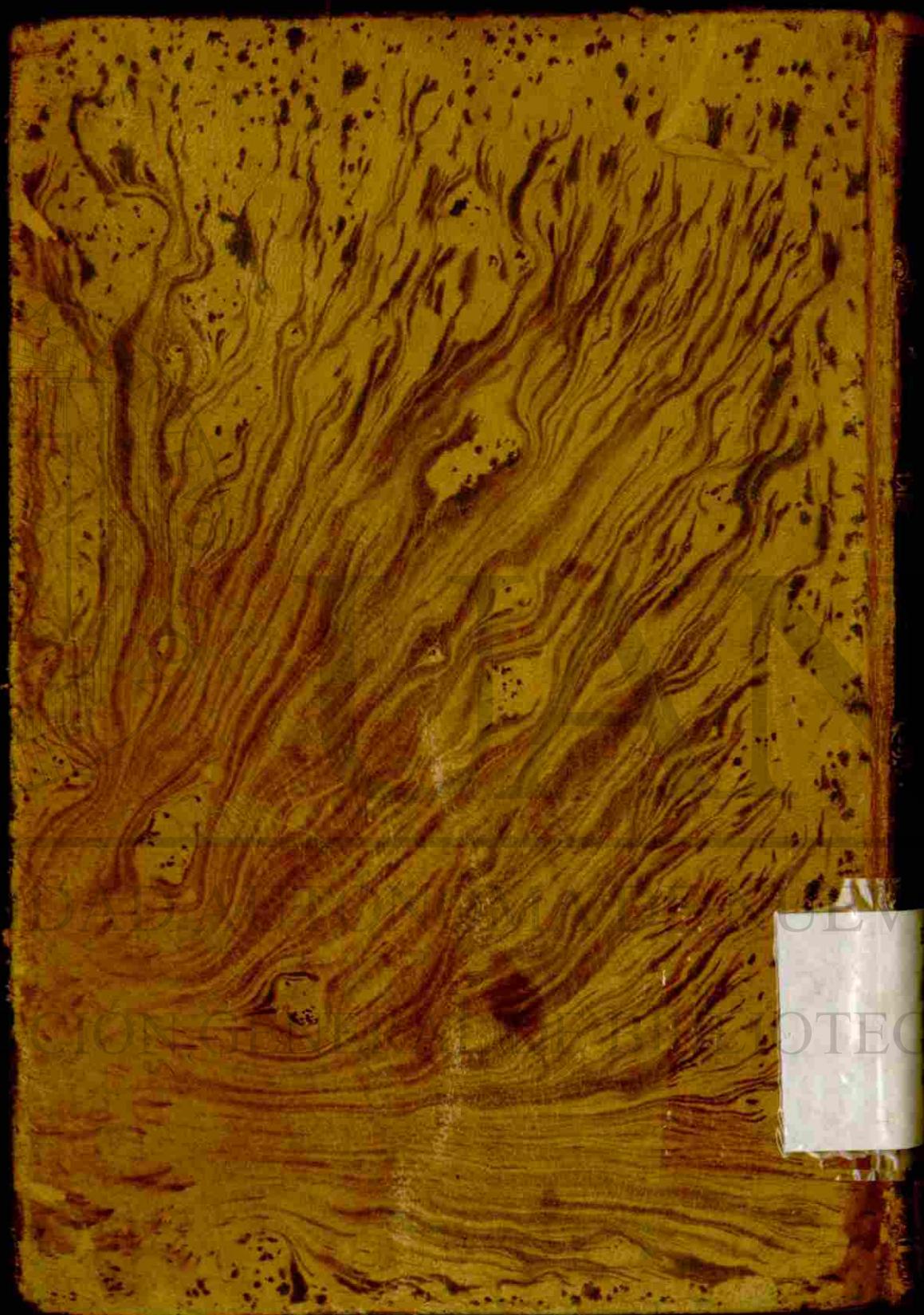
2. Nosotros perseguimos todos los días á la verdad por medio de la seduccion, tachando de exceso el fervor de los justos; haciendoles pinturas vivas y agradables de los deleytes de que huyen; exágerando las dificultades de la perseverancia, y aun acaso acometiendo al incontrastable fundamento de su fé; dañando con nuestra autoridad el zelo y la piedad de las personas que dependen de nosotros. Finalmente, haciendo servir nuestros talentos para la destruccion del reyno de Jesu-Christo.

3. El mundo está lleno de perseguidores públicos de la verdad, y aunque la Iglesia no se halla afligida con la barbaridad de los Tiranos, y con la efusion de la sangre de sus hijos, se halla no obstante continuamente perseguida con las públicas irrisiones que hacen los mundanos de la virtud, y con la pérdida de las almas fieles, que con dolor vé rendirse tan continuamente al temor de sus irrisiones y censuras.

FIN DE LOS ANALISIS,  
y del primer Tomo.







BIBLIOTECA  
OTEC